EN EL CORAZÓN DEL CORAZÓN DEL PAÍS

WILLIAM H. GASS

Traducción de Rebeca García Nieto

LA NAVAJA

EN EL CORAZÓN
DEL CORAZÓN DEL PAÍS

WILLIAM H. GASS

EN EL CORAZÓN DEL CORAZÓN DEL PAÍS

Traducción y epílogo de
Rebeca García Nieto

Traducción del prefacio de
Ce Santiago

Título original: *In the Heart of the Heart of the Country*

Primera edición: noviembre, 2020

© de los textos: Estate of William H. Gass, 1958, 1961, 1962, 1967, 1968

© de la traducción: Rebeca García Nieto, 2016

© del epílogo: Rebeca García Nieto, 2016

© de la traducción del prefacio: Ce Santiago, 2020

© de la presente edición: Editorial Humbert Humbert S.L., 2020

Ilustración de cubierta: Alejandra Acosta

Ilustración de interiores: Laura Moreno

Producción del ePub: booqlab

Publicado por La Navaja Suiza Editores

Editorial Humbert Humbert, S.L.

Camino viejo del cura 144, 1.º B, 28055 – MADRID

http://www.lanavajasuizaeditores.com

ISBN: 978-84-123059-5-1

Thema: FBA

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de la obra.

ÍNDICE

LA PRESENTE EDICIÓN
PREFACIO
EN EL CORAZÓN DEL CORAZÓN DEL PAÍS
El chico de Pedersen
La señora Ruin
Carámbanos
El orden de los insectos
En el corazón del corazón del país
EPÍLOGO de Rebeca García Nieto

LA PRESENTE EDICIÓN

El lector encontrará en el texto usos no ajustados a la norma de las mayúsculas. Asimismo advertirá rasgos tipográficos (puntuación, cursivas y sangrías) poco habituales. Hemos considerado que estas características «heterodoxas» del texto son indispensables para tener un contacto más fiel con el estilo del autor y lograr una mejor comprensión de la obra, de ahí que hayamos decidido mantenerlas en la medida de lo posible.

PREFACIO

Pocos de los relatos por contar que uno guarda en su ser llegan a ser contados, porque el corazón rara vez confiesa a la inteligencia sus necesidades más profundas; y pocos de los relatos por narrar que uno guarda en la cabeza llegan a ser narrados, porque la mente no siempre dispone de una voz que darles. Incluso cuando la voz está ahí, y la lengua está flácida como sucede con el licor o con el amor, ¿dónde se mete ese sensible, ese elogioso par de orejas?

Ningún tribunal demanda nuestras diversiones, requiere nuestros halagos, necesita nuestras fieles ampliaciones ni nuestras mentiras conmemorativas. La fama no es una ramera a la que podamos telefonear. El público gasta su dinero en el cine. Llena estadios con sus vítores; baila el ruido organizado; y mientras los libros mueren en silencio, y con mayor prontitud que sus autores. Mammón[1] no está interesado en nuestros servicios.

Antes la literatura mantenía unidas a las familias mejor que las riñas. Forjaba una ascendencia común con el simple vibrar del aire, y poblaba un pasado a menudo vacío y olvidado con dioses, demonios, enemigos meritorios y sus debidos héroes, hasta que se volvió responsable en gran medida de ese orgullo que todavía sentimos a veces por ser atenienses o vascos, un adepto o un fan. Pensad en los mitos con los que hemos envuelto a Lincoln, esa figura que hemos convertido en ficción con el fin de hacerla inmortal. Pensad en la satisfacción que se da al animar a cualquier equipo que gana. No es un regalo menor, esa sensación de valía que nos alcanza antes que cualquier acción propia, como el cabello al nacer, y que posibilita las empresas brillantes.

Algunos de los relatos de este libro llevan vivos (tal es hoy día la brevedad vital del relato: la del *flash* del fotógrafo) mucho tiempo (que no es tiempo, desde luego, pues *Un corazón sencillo,* de Flaubert, tiene ya un centenar de años); no, conforme a la medida de la inmortalidad no es mucho, y es no obstante un período que sorprende, como el pez en tierra que nos sobresalta con un estertor tardío. Ahora voy a disponer unas palabras ante ellas –estas historias sin argumento y sin gente, me han dicho– y a preguntarme si deberían servir como sirven los tambores apagados o los pasos pausados: para aprestar el respeto ante la llegada del coche fúnebre.

Tal vez sea el caso de muchas invenciones, pero me impacta la facilidad con que podrían no haber sido en absoluto; cuán irracionalmente provisional resulta su entera existencia. ¿Como la de todos, decís?, ¿no somos acaso accidentes genéticos y condiciones de acidez, de un *teje* y un *maneje* elementales?, ¿producto de la posibilidad y la inclinación, simples negligencia y malicia? Sí. Oh. Sí. Por supuesto. Pero brotamos con la sencillez con la que cae el agua. Crecemos del modo ruin en que lo hace un cáncer. Hectáreas baldías atestiguan los incólumes requerimientos de nuestras necesidades. Supongamos que fuese diferente, y que una madre debiera formar cada célula de su niño. ¿Cuántos de nosotros, en ese caso, habríamos alcanzado una existencia completa?

¿Qué hay de la lacerante pasividad de la letra impresa? Si rompo un plato, la física se hará cargo de mi libertad igual que un carcelero, y no habrá pringue de mi dedo en sus pedacitos esparcidos. El vómito grasiento de mi gato, ay, revela más de mí que las virutas de mi sacapuntas. Aun así, estos –los desechos del lenguaje– no podrían existir sin el testarudo sostén de mi voluntad… asombroso de contemplar… un lugar común en el que encontrarse. Compuestos a conciencia pues, estos relatos están cargados naturalmente de deudas, como si hubiesen estado en Hawái, y rodeados de flores exóticas. Si el cabello de mi héroe es rojo como la herrumbre, de quién es

mérito: ¿de un gen recesivo en la inmencionable constitución de mi abuela? Y todos los autores con los que he yacido, a quienes he amado, abandonado, ¿a cuáles hay que culpar por mis listas de la compra de una página de largo, mi vulgarizada jerigonza, mi hojalatosa prosa?, ¿de quién es la sangre que palpita en el bebé cuando nadie reclama la paternidad ni se conoce a la madre?

Nacer libre de cargas no es la ventaja absoluta que de inmediato cabría imaginar. Aunque la lucha por liberar al yo juvenil de la religión, de los parientes y la región está de tal suerte muy simplificada, puesto que no hay complicados grilletes que descerrajar, ni sutiles nudos que desanudar, el yo en cuestión es tan vago y está tan vagamente embrollado como un renglón emborronado. Nací en un lugar tan desprovisto de distinciones como mi escritorio. Cuando escribí la mayoría de estos relatos, lo hice en la mesa de la salita, tan falta de atributos como Fargo. Y nací en un tiempo tan indigno de mención en la localidad que la memoria pública moría de hambre, aunque apenas tenía seis semanas cuando me sacaron en volandas de Dakota del Norte en un canasto de mimbre igual que a Moisés. Ay… el parecido fue breve y superficial, porque mi canasto lo pusieron en el asiento trasero de un viejo Dodge que horadó casi dos mil kilómetros de polvo de grava hasta que emergió en la tiznada ciudad industrial de Ohio, donde mi padre fue a enseñar y, por último, a sujetarse con fuerza los huesos con una garra dolorida y acusatoria.

De nacimiento oscuro (los rumores circulaban en secreto como dinero mal emitido: ¿vine por cesárea?, ¿de nalgas?, ¿eran de fórceps esas marcas en mi cuellecito rojo?, ¿mi papá estaba jugando al béisbol cuando mi madre me trajo a gritos al mundo?, ¿se suponía que debía importarme que mi nacimiento fuese oscuro?) y padres que a duras penas honraban su herencia ni siquiera con la molestia de forzarse a olvidarla, y que tenían muchos prejuicios pero pocas creencias (la ciudad en la que crecí con rapidez estaba al parecer llena de *nigs, micks, wops,*

spicks, bohunks, polacks, kikes;[2] en los paseos públicos, por los pasillos del instituto, uno nunca se cuidaba lo suficiente de los labios profanados de las fuentes de agua); y si bien había mucho por lo que quejarse, tal como lo hay en cualquier familia –mucho a lo que oponerse–, era todo bastante particular, palpable, concreto. Un buen dependiente, mi padre odiaba a los obreros, a los negros y a los judíos, del modo en que esperaba que las mujeres odiaran a los gusanos. No había fe que abrazar ni ideología que desdeñar, salvo quizás el atisbo general de un republicanismo ponzoñoso, o un respeto periódico por ciertas Marcas Registradas. Recuerdo que decidí, en largos paseos o durante ensoñaciones veraniegas o hundido en el lecho de la noche, no ser así, cuando *así* era cualquier cosa que me rodeara: Warren, Ohio –humo de fábrica, depresión, pesadumbre doméstica, resentimientos, enfermedades, fealdad, desesperación, etcétera, y pequeñez, por encima de todo, cortedad, la intrusión de lo enjuto y lo magro–. Yo no voy a ser así, dije, y naturalmente crecí de modos ocultos y especiales hasta ser más así de lo que nadie podría imaginar, ni yo mismo admitir. Incluso de adulto todavía alardeaba a la desesperada de que habría escogido otro coño del que salir. En fin, Balzac quería su *de* y yo quería anonimato.

Al principio la escuela era un aburrimiento; yo era un estudiante lento, mis logros intermitentes e impredecibles como un cable pelado. Decoraba mis días con mentiras extravagantes, indignantes. Pero también leía a Malory, y escuchaba a Ginebra dar a Lancelot su adiós:

> Pues al igual que os he amado, mi corazón no me servirá para veros a vos; pues por vos y por mí se destruye la flor de reyes y caballeros. Así pues, sir Lancelot, marchaos a vuestro reino, y allí tomad esposa, y vivid junto a ella con júbilo y dicha, y de corazón os ruego que recéis por mí a nuestro Señor, para que pueda enmendar mi errada vida.

Enmendar mi errada vida. Y entonces todo en mí dijo: yo quiero ser así… igual que esa frase dolorida. Muy

extrañamente, en un tiempo en el que nadie permitía ya que la lectura o la escritura les otorgara un rostro, un lugar o una historia, me vi forzado a formarme con sonidos y sílabas: no tan solo mi alma, como solíamos decir, sino también mis entrañas, un cuerpo que sabía que era mío porque, como respuesta al trabajo en que devenía lo que fuese que de mí hubiera, ulceraba de ira.

Leía con la rabia hambrienta del bosque en llamas.

Quería ser bombero, recuerdo, pero a los ocho había abandonado aquel cliché muy real por otro igualmente irreal: quise ser escritor.

…*qué?* Bueno, escritor no era lo que sea que fuese Warren. Escritor era lo que sea que fuese Malory cuando escribió sus uves: *mi corazón no me servirá para veros a vos.* Y eso era lo que quería ser yo: una sucesión de acentos.

…*qué?*

El escritor estadounidense contemporáneo no forma en modo alguno parte de la escena social o política. De ahí que no lleve bozal, pues nadie teme que muerda; ni se lo llama a que componga. Cualquier obra que produzca ha de proceder de una temeraria necesidad interna. El mundo no atrae con ademanes, ni en abundancia recompensa. Esto no es ni un alarde ni una queja. Es un hecho. Hoy día la escritura seria ha de ser escrita por amor al arte. La condición que describo no es extraordinaria. Ciertos científicos, filósofos, historiadores y muchos matemáticos hacen lo mismo, y promueven sus causas como pueden. Uno ha de contentarse con eso.

A diferencia de este prefacio, que pretende la presencia de vuestro ojo, estos relatos surgieron de mi interior en blanco para morir en otra oscuridad. Su existencia fue mi voluntad, pero desconozco el porqué. Salvo que de cierto modo vago quería, yo mismo, tener alma, una especial habla, un estilo. Quería sentirme responsable donde pudiese asumir la

responsabilidad, y de una página endeble crear una lámina de acero: algo que por cansancio no corriera a perder su forma como todo lo demás que había conocido (creía yo). Su aparición en el mundo fue, también, oscura: lenta, concisa y poco a poco, entre dientes apretados y mucha desesperación; y si alguna persona fuese a sufrir semejante nacimiento, veríamos que la cabeza asoma un jueves, que la piel aparece al final de la semana, más tarde el hígado, y que las mandíbulas llegan después justo de almorzar. Y ninguno de nosotros, menos aún la propietaria de la abertura por la cual salió centímetro a centímetro, sabríamos qué especie planearía la criatura finalmente copiar y reivindicar. Porque escribí estos relatos sin imaginar que habría lectores que los sostendrían, hoy existen como si carecieran de lectores (una especie extraña, en efecto, como el pez plano y albino de los mares profundos, o el camarón ciego y transparente de las grutas costeras), aunque a veces algún lector deje caer sobre ellos una luz desde ese otro mundo, menos real, de la vida común y de las cosas placenteras y cotidianas.

Ocasionalmente, la compañera de uno, con unas raras ganas de amor, dirá: «Bill, cuenta lo de la vez que increpaste a aquel camionero en el *parking* de camiones»; pero el público de Bill sabe que no es el emperador de las anécdotas, como Stanley Elkin, y en el mejor de los casos esperarán que no los aburra, los divierta sin vigor, ni los edifique ni los eleve, ni los cimiente ni los recomponga; y, ocasionalmente, la hija de uno todavía querrá que le cuenten un cuento, improvisado sobre la marcha, ni leído sin más ni recitado de flácida memoria. Entonces suplicarán muchísimo mejor que un perro.

> Cuéntanos un cuento, pawpaw. Cuéntanos un cuento desolado. Cuéntanos un cuento largo y desolado sobre gigantes de manos pringosas que no tienen casa, porque queremos llorar. Cuéntanos el cuento de los leones demasiado amables. Cuéntanos el cuento del perro triste que no tenía ladrido. Cuéntanoslos, pawpaw, cuéntanoslos, porque queremos llorar. Cuéntanos el del puente largo y el vagón corto y el del portazguero alto y el gran caballo del portazguero y la colita marrón del gran caballo del portazguero alto que no

alcanzaba a espantar las moscas azules… porque queremos llorar. Queremos llorar.

Bueno, ¿cuál?…, ¿qué cuento debo contaros para que os pongáis tristes y que así lloréis?

Oh, no hagas eso, pawpaw. Queremos llorar. No ponernos tristes. Solo queremos llorar. Cuéntanos un cuento desolado. Cuéntanos el de los gigantes. Cuéntanos el de los leones. Cuéntanos el del perro. Pero no nos pongas tristes, pawpaw, solo haznos llorar.

Bueno, cuál…, ¿cuál debo contaros entonces si lo que queréis es llorar…?, ¿qué cuento?

De bosques.

De bosques. Sabía que habría bosques. Sabía que habría bosques cuando habéis dicho que os contara el de los gigantes y los leones y el perro. Sabía que habría bosques cuando me habéis dicho que os contara el del puente largo y el vagón corto y la carretera estrecha que discurre hasta el puente donde descarriló el vagón.

No hay ninguna carretera estrecha en el cuento, pawpaw. No. No hay ninguna carretera estrecha.

Oh. Bueno. ¿Hay quizás un cochino rechoncho?, ¿un cochino rechoncho agachado en un gran leño?, un gran leño tirado en la carretera estrecha que discurre hasta el puente en el que descarriló el vagón.

No, pawpaw, pues claro que no. Sabes que no hay ninguna carretera estrecha, y, por tanto, a duras penas puede haber ningún cochino rechoncho agachado en un gran leño tirado en ninguna carretera estrecha. No. No puede haberla porque no la hay. Y porque los cochinos no se agachan, nunca. Y en los leños, no, nunca. O sea.

Oh. Bueno. ¿Hay quizás una serpiente delgada? ¿Quizás tomando el sol en una roca ancha que reposa a un lado de la carretera que discurre hasta el arroyo por el que pasa el puente?

No. Eres odioso y eres horrendo. Sabes que no hay ninguna carretera como esa. Que nunca, nunca la hubo. Lo único que hubo siempre es el puente largo y el vagón corto y el portazguero alto y el gran caballo que no podía espantar las moscas azules. Nos acordamos. Nos acordamos de eso. Queremos oír hablar de bosques.

Bosques. Sabía que habría bosques. Queréis llorar.

No. Ya no queremos llorar. Antes sí, pero ahora ya no, pero todavía queremos oír hablar de bosques, o sea que di algo sobre bosques, di algo sobre bosques.

Oh. Bueno. Bosques. Total, sabía que habría bosques.

Bueno, pues cuéntanos uno de bosques. Uno de bosques.

Recordáis los bosques igual de bien que yo. Os conozco. Recordáis los bosques.

Sí. Desde luego. Recordamos los bosques. Lo recordamos todo al respecto. Los recordamos de cabo a rabo, totalmente y por completo. Y por eso, por ese motivo, queremos volver a oírlo todo. Queremos oírlo todo de principio a fin, pawpaw. Anda. No te dejes nada. No incluyas nada. Recordamos los bosques completamente, y por eso queremos oír hablar de ellos ahora mismo, o sea que di algo, y di cómo eran, y por qué eran. Y dilo todo.

Bosques. Muy bien. Muy bien, bosques. Bueno…

Rítmicos, repetitivos, copiados, hechos de simples frases igual que pequeños bloques cuadrados (dibújame un payaso, constrúyeme un castillo, hazme un sombrero, echa al vuelo mi avión de papel), con una lógica mágica e imaginaria, sus hechos clavados con esmero a las nubes, a menudo fastidiosos, estos relatos eran ingenuas posesiones que ingenuamente poseían a sus poseedores igual que muñecas… ¿recordáis? Y los mejores eran esos que sonaban, cuando los oías por primera vez, como si los hubieses oído otras muchas veces. Por supuesto, los párrafos que acabo de disponer en la página no son el inicio de ningún relato semejante; tratan *del* carácter y la calidad y la construcción de dichos relatos, y, por tanto, no se asemejan a la mente infantil ni a ninguna mortalidad en absoluto.

Tras esos relatos que una vez usamos para cautivar los oídos de los niños, vinieron los calculados para colgar –no solo a ti o a mí, sino a todos– nuestras almas en el cordel de la colada igual que trapos blancos; y que fueron escritos para manipular una suerte de mecanismo universal en nuestras psiques: el romance gótico sacó provecho de la pasividad, igual que los relatos de enfermeras ponían a las niñas en su lugar, mientras la privada dureza de mirada devenía un duro y sofisticado falo. En mi adolescencia renuncié a Malory para ir en busca de empatías ramplonas. Leí sobre G-8 y sus Ases de la Batalla, sobre Doc Savage y La Sombra.[3] Amenazas, complicaciones y sangrientos desenlaces se seguían unos a otros con magnitud creciente y rapidez gratificante. Las tramas cubrían mi vida igual que el mapa de un buscador de tesoros. El consuelo que contenían era tan inmenso como fullero, ya

que siempre había una salida. Ahora me pregunto si ese atracón de sangre y alocada acción no tacharon en mí todo relato de trivial, infantil y vulgar. Más tarde avancé con penurias hasta Thomas Wolfe y al igual que él hice del mundo un ejemplo de Whitman y una lista de dulces. También despotriqué contra ese enemigo misterioso, el sexo opuesto, porque no era yo lo que sea que pensara que querían las mujeres que mi propia sexualidad fuera.

Si Gertrude Stein entendió los primeros principios, y mucho de su ritmo mágico e hipnótico lo cogió prestado de los cuentos infantiles (todo salvo los bosques y las brujas), Kafka se aferró a los segundos con una mano impía. Sencillamente, su especialidad no eran los desenredos.

> Había desembarcado al alba, deseoso de ver las luces de la ciudad –había oído que había muchísimas–, y quizás, nunca se sabía, sacar algo de provecho de índole honrado de un vino y una conversación. Apenas había cruzado las dársenas y accedido a las calles estrechas que provenían del muelle cuando nueve sargentos de policía, que salieron a la carrera de los portales, lo atraparon con una red de plástico, y con el esfuerzo bambolearon sus charreteras y oscilaron en sus pecheras sus cadenas de plata; y lo llevaron cabeza abajo sobre el hombro derecho del más alto, un hombre de fuerza terrible, de tal forma que lo único que veía a su alrededor mientras rebotaba contra el trasero de aquel hombre eran nueve pares de soberbios pantalones y los dieciocho zapatos resplandecientes que como flechas salían de ellos, agitándose sus cordones de plata, al tiempo que veía en la calzada parches de aceite de un brillo iridiscente. Pendía con tal inclinación que varias veces su cabeza dio contra el pavimento hasta que con crueldad torció el cuello. Una vez se acordó de gritar pero una sacudida hizo que se mordiera la lengua y se atragantó con la saliva. La sangre se acumulaba por encima de sus ojos, provocándole náuseas y miedo a hablar. En aquel estado lo presentaron ante un juez que lo interrogó enseguida.
>
> Probó a contestar, pero el juez se limitó a mirarlo, meneaba constantemente la cabeza de tal forma que de su peluca volaba polvo. Continuaron las preguntas, que recibieron las mismas respuestas que las anteriores. Pero esa sangre en sus mejillas, gritó el juez, ¡que me traigan una jofaina! Lo único que supo hacer él fue suplicar. El juez se levantó enojado y le arrojó la peluca, se levantaron nubes de polvo que lo forzaron a estornudar. El juez sacó una carpeta con fotografías que agitó una tras otra de modo que las imágenes parecían borrosas. ¡Aquí! ¿Qué dice usted a esta, señor? ¿Qué dice usted a estas? Al fin, con terrible enfado, contestó a gritos: es usted un loco, un loco, una criatura en mi pesadilla; y, de inmediato, uno de los sargentos entró y le golpeó en las manos y la cara con la correa de un reloj mientras el juez repetía con fastidio: este carece de dignidad, fijaos en su nariz.

Franz Kafka y Lewis Carroll, Laurence Sterne y Tobias Smollett, James Joyce y Marcel Proust, Thomas Mann y William Faulkner, André Gide y Joseph Conrad: ¿qué podía hacer un pobre principiante? Y de qué agarre resultaba más fácil escapar: ¿del grosero agarre del escritorzuelo o del agarre astuto de los grandes?

En cualquier caso, soltarse. Empezar. Y empecé por contar un relato para distraer de un dolor de muelas. Para distraer de un dolor de muelas tienen que darse muchísimos incidentes, algo de tensión, muchos peligros. Cuando decidí escribir el relato, lo llamé «Y despacio llega la primavera» porque esa frase fragmentada me parecía de algún modo pertinente y poética (no era el caso); pero hasta que no pasaron varias semanas no empecé a borrar la trama para hacer ficción con ella, ya que no se puede contar con que un dolor de muelas dure de por vida. Entonces, lo titulé «El chico de Pedersen», y porque pensé que me haría bien (y así resultó ser), probé a formular al relato una serie de requisitos tan claros y rigurosos como los de un soneto. Sin embargo, desde el comienzo me mostré en exceso preocupado con el tema. No había descubierto aún que eso que descubriría más tarde era para mí una regla de oro de la composición: la búsqueda exasperantemente lenta entre las palabras que ya había escrito de las palabras que estaban por venir, y la necesidad de una revisión continua, de tal forma que cada obra parecía no ser sino el primer párrafo reescrito, inflado con a veces años de escrutinio en torno a esa primera herida verbal, una de la naturaleza que uno anhela, como tan bellamente ha escrito François Mauriac: «los miembros de una particular raza de mortales que nunca pueden dejar de sangrar».

¿Pero qué sabrán los principiantes?, pues demasiado. Eso que creen que saben es lo que los convierte en principiantes. En todo caso, he aquí algunas de las indicaciones que redacté (o establecí) para mí mismo durante aquel enero de su comienzo hace casi veinticinco, no, casi treinta años.

> El problema reside en presentar el mal como una visitación: repentino, misterioso, violento, inexplicable. Todo debería subordinarse a ese fin. La representación física debe ser sobria y en *staccato;* la representación mental debe fluir y ser un tanto repetitiva; el diálogo realista pero musical. Se necesita un efecto ritual. Se da, creo, en tres partes, y cada parte se divide en tres. La primera parte la conforman el descubrimiento del chico, el descubrimiento de lo que el chico ha visto, el descubrimiento (lo peor de todo) de que van a tener que hacer algo. La segunda parte la conforman los esfuerzos: el esfuerzo que se hace por alcanzar la granja; el esfuerzo necesario para construir un túnel; el esfuerzo que se hace por acceder a la casa desde el granero. La clave aquí es el trío, que ha llegado hasta tan lejos únicamente por medio de una presión social mutua, y que, en aterida bravuconería, debe seguir, conocedores de su ignorancia de las causas –de la fuerza en sí– («No está ahí»). Pero los disparos dejan a Jorge solo en la casa. La presión que lo ha llevado hasta allí se ha retirado, y sustituido por la presión del miedo: la amenaza de muerte. La tercera parte contiene el intento de Jorge de huir y su renuente recorrido por la casa, su espera en la ventisca y la noche y su rescate por la mañana. La fuerza se ha ido tal como ha venido. Los Pedersen han desaparecido y el enorme esfuerzo moral de los Jorgensen, por así decirlo, obligado a cada paso, es en vano y queda en nada.

Aunque eliminé el rescate, más que separarme de ella, compliqué esta concepción, y cubrí la capa moral con la escarcha de la duda epistemológica. En cualquier caso, durante la escritura en sí, el manejo de los monosílabos, la alternancia de frases cortas y largas, la integridad emocional del párrafo, la elevación de la dicción más vulgar hasta cierta apariencia de poesía, se convirtió en mi fanática preocupación.

Trabajando durante el verano, acabé el relato en septiembre, y después de eso pasaron siete u ocho años, y podéis imaginar cuántos rechazos editoriales (me parecieron cientos; todavía oigo el golpe seco del correo en el escalón de la entrada, la punzada de vergüenza en las mejillas, la humillación, las dudas, la confusión; oigo las risas de millares); y podéis imaginar cuánta compasión bienintencionada, remitida como postales navideñas, cuántas sillas rotas y tragos amargos y riñas domésticas, pensamientos oscuros y tercas resoluciones, intervinieron… antes de que John Gardner tuviese la generosidad de publicarlo en su revista, *MSS.*

Uno debe comenzar, pero debe saber cómo acabar. Es un conocimiento que he perdido por completo. «El chico de

Pedersen» tenía un comienzo al que podía apuntar. Como la muerte, sabía que llegaría. Como la muerte, no sabía cómo iba a encararlo. Que el resto de estos relatos sean cortos; que *La suerte de Omensetter* sea largo y que *El túnel,* al parecer, se halle en interminables excavaciones: estas son cosas de las que no tenía ni idea cuando comencé. Me doy cuenta, además, de que cada uno fue escrito con conocimiento pleno del fracaso de público de los demás; escritos, por tanto, con un nerviosismo cada vez peor. Exploraba esto, probaba aquello, pero como un jardinero ignorante y descuidado, nunca sabía qué semilla había plantado, así que me sorprendía que creciera tan alto, la naturaleza de su floración.

La escritura y la lectura, como lo masculino y lo femenino, el dolor y el placer, son íntimos pero divergentes. Aunque en sí la escritura pueda ser un sustituto parcial de la expresión sexual (durante la adolescencia, en todo caso), la curiosidad sexual propulsó mis lecturas igual que un cohete. ¿Cuántas páginas áridas pasé en busca de agua? Más allá del siguiente párrafo, a vuelta de página, se materializaba un oasis de sensualidad, difuminado al principio a la luz del desierto, pero luego claro, preciso y detallado igual que un dibujo guarro. Mis rompecabezas sexuales se desprendían como sujetadores, los misterios caían a mis pies como braguitas pasadas las rodillas. ¡Ay!, un aliento ardiente como ese soplaba sobre la página hasta que amustiaba todo oasis. ¿Qué aprendí de Pierre Louÿs? ¿Balzac? ¿Jules Romains…? *Sus* rompecabezas y *sus* misterios, *sus* confusiones y *sus* mentiras. Yo no entendía. No me daba cuenta. Yo quería suciedad o pureza, inocencia o cinismo, jamás el embarrado revoltijo, el monto fijo, los tonos invariables de la verdad. Llevaba conmigo un crítico a todas partes que se levantaba a aplaudir los pasajes apasionados con desvergonzada ausencia de discriminación, y en lo que duraba la palpitante bulla que formaba era incapaz de sentir con honestidad ni de percibir con nitidez ni de pensar con claridad. Cómo no, la curiosidad sexual sigue siendo el tercer señuelo de

la lectura, y, aun así, qué enorme cantidad de bello rubor corporal se malogra en la más tonta de las puerilidades cuando el escritor escribe por la razón por la que los lectores leen.

> Se preguntó cómo se habían formado sus pechos en realidad. Adivínalo, dijo ella. ¿Habían emergido los pezones como gotas de lluvia en un estanque, y eran los huecos de sus muslos como copas que contendrían sus besos? Imagina lo que te plazca, dijo ella. Las ropas de ella siempre lo combatían. Sus dedos eran incapaces de construir el resto de lo que tocaban, ni siquiera cuando alguno, escurriéndose bajo las lindes de su ropa interior, traspasaba un límite sagrado. Ella le permitía cualquier libertad a condición de que entre ellos la ropa siempre los envolviera igual que un vendaje, pero sus manos o sus labios o sus ojos o cualquier cosa salvo la piel de costumbre hacía que ella se pusiera rígida, que contuviese el aliento hasta que lo soltaba como burbujas por una pajita. Él se percató de que era más agua helada que herida. Un día, de hecho, ella se había quitado todas sus prendas superiores salvo una fina blusa suave y verdosa de Celanese, y por entre sus hilos dóciles él la había comprimido. Que él protestara había sido inútil. Adivínalo, decía ella siempre. Y al final, cuando con amargura suficiente y extraordinaria él se había quejado de la dureza con la que lo atormentaba, ella había pedido el falo a sus pantalones como quien le pide una rana a un árbol. Cosita mía, dijo ella; te voy a liberar de mí. Por último, en eso se convirtió su amor, como estrecharse la mano, y al final, él aceptó este proceder porque, como él mismo explicó, se asemejaba mucho al mundo. Ella sonrió ante aquello y despacio sacudió la cabeza: tú conservas tu sueño, dijo ella, y yo mi sorpresa.

El material que conforma un relato ha de ser sometido a una compresión terrible, pero este no libera sin más su significado tal como hace un chiste. Ha de ser epifánico, y seguir no obstante siendo un enigma. Su brevedad ha de ser una función formal: la intensificación de la comprensión, el oscurecimiento del diseño.

En cierto sentido, «La señora Ruin» es un relato de curiosidad sexual trasvasado, una vez más, a lo epistemológico, pese a que tuvo su inicio en una observación que jamás usé.

> 3 de agosto de 1954. El retablo que sigue en la Casa con Muchos Niños: el padre se va a trabajar y está de pie junto al coche hablando con su esposa. Es alto, delgado, moreno, con mucha barba, de modo que, aunque se afeite, siempre tiene mucha sombra, casi azul, a cada lado de la cara y en el mentón. Ella es ancha, de pechos grandes, gorda, tiene ojos de cerdo, es rubia. Los niños fastidian al padre y este les chilla con una voz cavernosa, a uno lo abofetea con fuerza y a los demás los espanta con un vigoroso barrido del brazo de dentro afuera (como a gallinas). Los niños huyen, llorando y gritando y de berrinche. El padre se marcha. La madre se despide con la mano y cuando él desaparece

con un furioso acelerón (el coche se le cala dos veces), ella se vuelve hacia la casa; las cabezas de los niños asoman. Ella pone voz profunda y áspera como la de él y les grita. Lanza un manotazo hacia uno o dos de ellos (falla por mucho), y hace con los brazos ademanes para espantarlos. Los niños rugen encantados. Ella entra y todos la siguen en alegre tropel.

Observé esta escena, representada con tan solo ligeras variaciones, muchas veces, y lo que me interesó de ella, finalmente, fue el triángulo que formaban la madre, los niños y mi yo público-privado; pero no empecé a inventar un Ojo narrativo, me dice mi diario, hasta el 12 de julio de 1955, cuando las primeras palabras del relato aparecieron en forma ya madura. Vacías de todo detalle persuasivo, mal enfocadas, de orden inepto, ritmo flojo, esas tempranas frases iniciales carecen de objetivo, de tono, de figura, son magras.

La llamamos señora Ruin, mi mujer y yo. La vista que tenemos de ella, igual que la vista de su marido y de cada uno de sus hijos, es la vista desde el porche. Cómo es su vida en el interior de su casita solo podemos suponerlo, pero en las cálidas, sofocantes tardes de domingo, mientras procuramos mantener fresco el porche y la vemos renquear a pleno sol, vara en mano para pegar a sus hijos, pensamos muchísimo en ello.

En noviembre advierto que he empezado a escribirme a mí mismo notitas alentadoras: anímate, muchachote, y demás. Se ha convertido en un asunto sombrío, como la escritura de todas mis ficciones. Imaginad un adulterio lleno de falsos comienzos, procrastinación, indecisión, excusas pobres, impotencia y, sobre todo, *planes.*

La idea que debo tener en mente es cómo puedo a) contar la historia del señor y la señora Ruin públicos, tal como la ve el «yo» del relato, b) hacer del «yo» más que un pronombre: más bien una personalidad pronunciada, c) cambiar lenta e imperceptiblemente de la crónica fáctica a las proyecciones imaginarias del «yo». El problema es igual de espinoso que en PK,[4] e igual de agradable. El final será, por supuesto, insatisfactorio, tal como terminará en la imaginación, no en el hecho, como si la imaginación hubiese llenado los espacios con más *hechos,* pese a que ahí no haya más que fantasías. Todos los relatos deberían acabar de manera insatisfactoria.

Un mes más tarde tenía una página, y completé la obra en un momento indeterminado de 1957.

Escribo estas fechas, hoy, y recorro estos espacios temporales con la mirada y una suerte de asombro atontado, porque me veo de nuevo obligado a aceptar la manera absurda en que mis relatos han sido compuestos a paladas: pasta sobre plasta, como esas catedrales que tienen pórticos barrocos, naves góticas y criptas románicas; ya que en ellas las obras siempre fueron lentas; pasaba el tiempo, luego volvía a pasar, los obispos y los príncipes perdían el interés; se terminaban los fondos; morían los hombres; los proyectiles hacían añicos sus radiantes vidrieras; se convertían en víctimas de robos, fuegos, curas, arquitectos, vientos; y, al haber sido puestas en servicio mientras aún estaban en construcción, el pavimento había desaparecido, los pilares estaban en estado de derrumbe, llegado el momento en el que la cúpula estaba lista para el remate en oro o las torres para doblar sus campanas; de modo que para mí la dificultad era bastante obvia: como autor naturalmente deseaba cambiar, desarrollarme, crecer, mientras a su vez cada relato quería que el escritor que lo había empezado no se apartara de él hasta el final como un padre fiel. Este dilema, igual que la bebida, casi destruyó el trabajo de Malcolm Lowry. La absurdidad ensancha como la nariz de un payaso, además, cuando uno se percata de que la estructura a la que al final se le aplica el mortero y el revoque y que se ensambla a martillazos se parece más bien a una *maison de convenience* que a la más modesta de las iglesias. Aun así, lo humilde y lo ridículo atienden sus necesidades igual que lo señorial y lo sublime.

En cualquier caso, se hacía necesario (siempre es necesario) reescribir las secciones más tempranas de lo que fuese aquello en lo que me viera finalmente atrapado, en consonancia con los estándares y con el estilo de la parte que en ese momento tuviese en marcha; porque, aunque pudiera parecer que en el interior de un relato el tiempo pasa, ha de dar la sensación de que el relato en sí es un borrón que hubiese goteado de una sola sacudida de la pluma.

Y cuando vuelves sobre tus pasos, incluso si tu intención es cambiarlos, la senda que ya has abierto ahonda; se hace cada vez más difícil escapar de tus errores iniciales, distinguir un modo verdaderamente nuevo de resolver problemas que se repiten; y mientras, ciertos puntos a lo largo de la ruta, como lugares en los que a menudo has caído, amenazan tu temple, de forma que te inclinas por buscar nuevos senderos que bordeen la montaña y que no requieran para cruzarla una escalada a la intemperie.

Entretanto la mente susurra al alma razones que explican por qué una línea mala es preciosa; cómo han triunfado maravillosamente todas tus estrategias; por qué ha de ser confiado tu desfile con calzado de cartón, pues quién se va a dar cuenta. Mi aprendizaje me había surtido de racionalizaciones igual que un estanque. Bastaba con largar una sola línea para pescar uno. La frase pobre, la conexión remilgada, el chiste fácil, la observación trillada, ese giro encantador que has ideado, la actitud pedante, las ideas infantiles y las innumerables aliteraciones, el baño de oro que acabas de verter sobre un párrafo: estos y otros espantos son parte de ti; provienen de la más profunda de las *cavernas;* y han de ser repelidos como un bebedizo imbebible sin importar lo que diga la etiqueta, ni tu grado de humillación.

Hay mucho miedo. Se asienta en el estómago como un nubarrón de ácido. Los médicos prescriben leche. Saben que en la bondad no hay calcio. Aunque indispuesto, uno trata de disponer sin fisuras sus palabras; pero tal vez, mientras escribo esto, los enunciados a los que estos enunciados se supone que han de hacer de frontal deben fundirse como carámbanos, y que punzantes desaparecen; así que, lector, cuando pases las últimas páginas de este prefacio, afrontarás un vacío pálido y pretencioso; y si eso sucede, sé quién de nosotros será el más tonto, pues los pocos céntimos gastados en este libro suponen una pequeña pérdida a raíz de un pequeño error; piensa en mí y sonríe: yo he malgastado una vida.

Mi diario empieza a balbucir… a agonizar ya. Se acabaron los pequeños planes, se acabaron los registros de melancolías y las exhortaciones gloriosas, y se acabaron también las prácticas de párrafos, como escamas atropelladas en la calle. Antes de empezar «El chico de Pedersen» los practiqué durante varios años (y también frases simples, y palabras inventadas, y sonidos que esperaba hubiesen caído de *Alicia*); tres de los cuales he incluido en este prefacio como trocitos de fruta sueltos en un pudin –un simple cambio de textura y algo de acción para la dentadura– y dichos ejercicios no eran sino otra idiotez, porque sabía que las palabras eran comunidades que creaban los repetidos cruces de contextos igual que las vías del tren dan forma a los pueblos, y que los enunciados no nadan indiferentes entre otros como bancos de peces de otra especie, sino que eran tramos de telaraña dentro de una telaraña, pese a la sensación propia de que el diseño interno es el del punto anudado.

Una vez más acertados con respecto al arte y equivocados con respecto al mundo, los filósofos idealistas habían argüido de igual modo, la sugerencia de Leibniz de que toda verdad era analítica, y que todos los predicados legítimos serían finalmente hallados (por Dios) encastrados como una miríada de gorgojos en un único sujeto, no era ningún dulce; pero entonces, a la inversa, ¿era un enunciado como esa flor en una pared agrietada, esa pizca de arena en la que vemos quizás un mundo, y en la que dentro de su yo sintácticamente pequeño uno podría observar la forma de una turba ajetreada?, ¿serviría la unidad de una frase bien formada como modelo para la unidad de Todas o de Cualquiera? Supongo que era eso lo que yo esperaba.

Horas de locura y evasión… horas inventando expresiones como «bésame los dientes» y preguntándome luego qué significaban… horas de locura y evasión… horas pasadas mirando objetos como si fuesen mujeres, bosquejando ceniceros, por ejemplo, y advirtiendo en uno de cristal

> …los ojos, las líneas de luz, el lustre vivo del cristal; los patrones, el flujo y el reflujo; sombras, vetas; su curso como el del agua en las corrientes silenciosas con el sol en ellas; la espuma y las burbujas del cristal…

y concluyendo el estudio a lo grande (¿quién fingía ser yo? ¿Maupassant tutelado por Flaubert?) con este mandato:

> Nunca menciones un cenicero a menos que seas capaz de transformarlo enseguida en el único de su especie en este mundo.

Una regla que obedecí no mencionando jamás un cenicero.

Como debería resultar obvio por mi colección de palabras referentes al cenicero, no podía aprender a ver sin, al mismo tiempo, aprender a escribir, pues las palabras, y la observación que comprenden, se funden. Si uno no tiene vida y lustre, tampoco la tiene el otro. No he hecho aquí nada por apagar una colilla en… un agrupamiento tan quemado y gris como la ceniza.

Así, oscura y fortuitamente, el azar trajo al mundo estos relatos de la nada. Los carámbanos, por ejemplo, gotearon sólidos una vez desde mis aleros. Pensé que eran notables porque parecían crecer como consecuencia de su propia aflicción, y me pregunté si mis sentimientos se helarían en mí cuando hubiesen atravesado mi altura, y si cada uno de nosotros no tendremos el tamaño exacto de nuestra consciencia solidificada; pero estas invenciones apenas se colaron en el relato que, como «El orden de los insectos», y cuanto he escrito desde entonces, es una exploración de la imagen. Me impresionó no solo su belleza, fría y perecedera, sino la sensación que tenía de que eran *míos,* y que, aunque un accidente los hubiese fijado a mis tripas tal como los había hecho colgar de todas partes, nadie tenía derecho a provocar su pronta destrucción. Pero donde podría reposar hoy el ojo su mirada, ¿no está magullado por los vándalos y sus víctimas? No importa. El relato lo inició este mero pensamiento, no se creó de una pieza como un carámbano debería, de tal forma que las pasiones entibiadas en otra parte se enfriaran a medida que atravesaran el texto hasta que, en el afilado extremo, ellas

mismas se volvieran texto. Eso habría sido ideal. ¡Eso habría sido algo!

Horas de locura y evasión… recogiendo nombres con la esperanza de que resultaran ser el premio gordo, y que los relatos cayeran de repente en chaparrón como monedas…

> Horace Bardwell, Ada Hunt Chase, Mary Persis Crofts, Kelsey Flowers, Annie Stilphen, Edna Hoxie, Asher Applegate, Amos Bodge, Enoch Boyce, Jeremiah Bresnan, James G. Burpee, Curtis Chamlet, Decius W. Clark, Revellard Durcher, Jedediah Felton, Jethro Furber, Pelatiah Hall, George Hatstat, Quartus Graves, Leoammi Kendall, Truxton Orcutt, Plaisted Williams, Francis Plympton, Azariah Shove, Peter Twist; y además los miembros del club de cocina de Mt. Gilead, Ohio, 1899: Dean Booher, Floxy Buxton, Nellie Goorley, Ira Irwin, Bessie Johnson, Clara Kelly, Sadie McCracken, Clara Mozier, Josie Plumb, Sarah Swingle, Maude Smith, Anna, Belle, Deane e Ivan Talmadge, Roberta Wheeler.[5]

Nombres redondos, maduros y llenos de semillas como estos rara vez se encuentran y no se pueden inventar, aunque pudieran presentarse de la más dulce de las maneras. No podría haberlos vareado de ningún árbol local porque carezco de localidad. Yo no soy un hombre de Warren. ¿Qué significa ser de Warren?, ¿o a desgana mitad protestante, mitad católico?, ¿un anodino blanco medio-*wasp*[6]?, ¿de sangre alemana y escandinava tan pálida que incluso a los arios puros repugna?, ¿y con un nombre destinado a divertir, uno que, incluso en alemán, significa «callejón»[7]? Aunque lo soy, Gassy[8] no es lo peor que me han llamado. Soy el hijo de nadie, ni padre, al parecer. Ni norteño, ni estadounidense, ni teósofo, ni erudito, ni Prufrock, ni el danés[9]. Y pese a todo reuní estos nombres. De un libro… libros… de las páginas que son mis calles.

Raro es que la naturaleza entre en bucle. La naturaleza repite. Esta primavera no es la primavera anterior repensada, sino meramente otra, de alguna forma la misma, de alguna forma no. Sin embargo, en una ficción, las ideas, las percepciones, los sentimientos, regresan como reconsideraciones, y cuanto más veas una parte de prosa

imaginativa como una aventura de la mente, más se plegarán y se interrumpirán las linealidades de la vida. Igual que la revisión en sí está hecha de regresos meditativos, así la reaparición de cualquier tema la constituye dicho tema reviéndose a sí mismo. De lo contrario, no hay avance. Hay estancamiento. La quieta espiral de la concha, un giro, incluso un remolino, un túnel que se eleva por los aires: estas son las formas apropiadas, los contornos acertados; aun así el lector no debe sucumbir a las tentaciones de la simple ubicación, sino experimentar en el ascenso, tornar el renglón en visión panorámica, igual que un planeador que traza círculos en una corriente térmica, y sentir al mismo tiempo que como un sacacorchos desciende al interior de la materia, una profundización progresiva en torno al ojo que lee, una penetración en lo particular que es en parte el tema de «La señora Ruin»: a la vez evasión y entrada, un interior sacado a la fuerza y un afuera metido a presión, como es también el caso de mi único relato *corto,* «El orden de los insectos».

Horas de locura y evasión… en las que escribo versos inadecuados, leo, rabio… recojo anécdotas que como manchas se desvanecen en la página… marco el tiempo con la punta de mi lápiz… mordisqueo con los dientes la piel floja de un lateral de mi mano… elaboro intrigas y tropos igual que horóscopos… practico la catacresis como si fuese croquet… grrruño… pateo papeleras a los rincones… advierto que cuando imagino mis métodos de construcción todas las imágenes son arquitectónicas, pero cuando sueño la ficción definitiva –esa entidad animal, el inventado ser silábico– estoy tratando de vigorizar los viejos y gastados órganos robados igual que el Dr. Frankenstein… trrrituro… arrojo fajos mojados de Kleenex por un resfriado primaveral o invernal al rincón donde en su mayoría yerran la cesta… O… Ohio: Oigo el aullar de ambas Oes… juego al *ring agroan the rosie…*[10] deambulo… devuelvo a mis calzoncillos una furiosa erección… rimo…

Entonces, ocasionalmente, en la página ante mí percibo algunas líneas que… mientras yo estaba en otra parte debieron de… sí, algunas líneas que tienen… que tienen *el s*onido… el verdadero silbido del espíritu. Verás cuando lean esto, digo, puede que incluso en voz alta, por encima del agua que corre por el fregadero, por encima del sonido de la lamparita de mi escritorio, el café que se enfría en la taza, el g*rr*uñido de mis tripas. Pero cuando levanto la palma de la mano derecha del papel en el que, blasfemando, la he posado, el silbido en esas palabras ya no está, y solo la lámpara canta. Hasta que tiro de su cadenita como en un retrete.

Así, la idea de un público regresa como un picor entre los dedos de los pies, ya que ahora tenemos palabras que observan palabras… no es de extrañar: ¿qué habrían de hacer los árboles de Berkeley, ocultos en sus bosques, si se enteraran, si creyeran, si supieran que desapercibidos lo probable es que no sean nada?, ¿alentar a las aves?, ¿criar ojos y orejas y frotar las hojas que les queden como billetes extranjeros? Cuando Henry James, magullado por su fracaso en el teatro, regresó a la novela con *La edad ingrata,* él mismo escribió la escena; creó a sus actores y les otorgó sus discursos y ademanes. Más aún, llenó de sensibilidad los espacios alrededor de ellos: otras observaciones; la perfecta vasija de aprecio: él mismo, o mejor, su escritura ambagiosa. Su método ha devenido modelo. Ahora, en la página, aunque el escenario está lleno, el teatro está a oscuras y vacío. Bombillas rojas brillan sobre las salidas. Y cuando el teatro está vacío, y el reparto continúa hablando entre bambalinas y van del aparador al sofá como si en plena emoción, ¿a quién hablan sino a ellos mismos? De repente no hay nada sino acción; las palabras imaginadas son reales; los actores son los papeles que representan; las preguntas ya no son apuntes; las réplicas son auténticas réplicas; se acabó el drama; las condiciones del ensayo han devenido las condiciones de la realidad, y la luz que como papel de colores cae a raudales de los focos es la única mañana que hay y habrá.

1. Continúa trabajando…
2. Estudia a los maestros…
3. Haz ejercicios deliberados…
4. Toma notas regularmente… agudiza esa mirada peculiar y olvidadiza…
5. Dedícate a bosquejar… detalles… exactitud…
6. Empápate de historia…
7. … la mejor palabra… la mejor palabra… la mejor palabra…
8. Asume que van a pasar cinco años hasta que des con una…
9. Espera…

Un antiguo estudiante, que había alcanzado las laderas más bajas de una revista nacional, me escribió caritativamente para pedirme que escribiese algo sobre cómo era la vida en el Medio Oeste. Sin saber muy bien si mi respuesta sería sí o no, empecé aun así a recopilar datos sobre el tema, aunque pronto quedó claro que a la revista no le interesaban los desórdenes logarítmicos de mi lirismo. En mi obra siempre he evitado lo autobiográfico, al razonar que era una trampa para principiantes en la que no pensaba caer (más sabiduría imbécil), y ahora había empezado a desconfiar de mi propio desapego. ¿Sería capaz de escribir tan pegado a mí mismo, o sería la letra B, hacia la que decía mi narrador que había navegado, la inicial de *bathos*[11]?

Vivía en Brookston, Indiana, por entonces, pero lo llamé B porque así era como se representaba a veces a las personas y los lugares en los viejos tiempos. Pamela está siempre quitándose del busto la zarpa del señor B[12]. En ocasiones los personajes de Turguénev esperan en un porchecito bajo que como un cinturón se ciñe a una posada o a una oficina de correos, y que se eleva igual que un chichón reciente en la carretera que va –digamos– a S., aunque todavía no haya nada a la vista cuando nos los encontramos. Igual que el lector, están a la espera de que el libro empiece. (Por su parte, las carreteras de Beckett carecen de letras, y sus personajes están a la espera de que el texto acabe). El narrador no solo ha venido a B con un juego de palabras (un mal lugar), con la inicial también buscaba

invocar los ramajes dorados y los pájaros cantores de la Bizancio de Yeats. Más aún, sabía que cuando hubiese acabado, ya no sería Brookston, Indiana, sino un lugar tan lleno de sueños y fabricaciones como aquella ciudad fabulada. Dentro de mis cautelosas frases, y en contraste con la monumental poesía de Yeats, B se convertiría en un emblema inverso de la imaginación del hombre.

Desde luego no recurrí a la letra por timidez ni por un sentimiento tardío de discreción; pero, a medida que entendía con claridad mis «hechos» (clubs, cultivos, productos, perspectivas, la forma del pueblo, del tamaño de bares y cobertizos), recordé el entusiasmo con que había llegado a la comunidad, cuánto había necesitado sentir que mi mente –por una vez– corría libre y abiertamente en paz, en sana y despreocupada amplitud, de la misma manera que antes mis piernas en Larimore, Dakota del Norte, me habían llevado por calles hechas a una escala perfecta para la infancia; y poco a poco advertí que, mientras redactaba mis listas (trabajos, tiendas, clima), y señalaba los estratos sociales igual que un niño cuenta los pisos de un pastel, estaba tomando notas del pueblo tan alejadas de sonar en nada significativas que no me iban a permitir encontrar ni siquiera una vaca; aun así hice mis estimaciones (cambios de población, transporte, educación, vivienda, amor), y realicé mis censos (de iglesias y sus clientelas, de dietas y enfermedades); hice mis suposiciones con respecto a la privacidad de los lugareños (diversiones, juegos, ñaca-ñacas, altas y bajas finanzas: quién da o quién toma, gorroneo, trueque o subasta), como haría cualquier geógrafo, impresionado por la seriedad del hábito, además, de la simple charla o un ocioso escupitajo o un acuclillado prolongado; una mierda reflectante en un campo a lo lejos; y, a medida que con cautela empezaba a distribuir mis datos por mi manuscrito, comenzó una disolución constante de lo real; porque, con cuanta mayor precisión uno baja por una calle verbal, con mayor precisión, en efecto, se retratan las pilas de

basura, las sombras vagabundas, las hileras de maleza, el tacto del viento y las grietas en los muros; cuando, de hecho, todo lo que es concebible de entrar en la conciencia –como la luz nívea y los arreos de un caballo, el grano que se derrama y el olor a aceite, el crecimiento de los setos y la hierba, el frío sabor a hojalata en una taza abollada de hojalata– entra como el miembro de una orquesta, armado de un instrumento (el zumbido de la abeja o la muerte de una mosca, por ejemplo); con cuanta mayor exhaustividad, en resumen, observemos más que meramente advirtamos, contemplemos más que percibamos, imaginemos más que tan solo sopesemos, entonces con mayor plenitud deben el lector y el escritor, conforme sus frases ponen un pie en la página, percatarse de que ahora están ante la gentilmente amenazante presencia del Ángel de la Introversión, ese radiante guardián de las Ideas de las cuales Platón y Rilke hablaron con tanto ardor, y que Mallarmé y Valéry invocaron; ya que una sensación de resonante universalidad surge en la literatura siempre que alguna callada y por lo demás trivial, aunque única, banalidad se experimenta con una exactitud intensamente pasional: a través de un anillo de similitud que, además, define para cada objeto su tierra de disimilitud (aunque ¿dice esto alguien más aparte de Schopenhauer, que con respecto al mundo estaba también equivocado?); y, en consecuencia, el corazón del país se volvió el corazón del corazón tan súbitamente que me dejó incomodado, en B y no en Bizancio, no en Brookston, se apartó de ese yo que creí que podría expresar, en ningún lugar cercano a la niñez y con pensamientos que encerré en los párrafos como animalitos enjaulados.

Horas de locura y evasión… romper el papel en tiras delgadas como hilos: nada fácil… deslizar luego hileras de palabras de un lado a otro de la página, esperando en vano que la diferencia será conveniente… en lugar de una particularidad pasional, intentar una tintineante singularidad… anular, tachar, XXXXX… parar.

El gentil Turguénev (y uno de los maestros, sin duda, si amamos su arte arrogantemente modesto), al escribir sobre *Padres e hijos* –al escribir sobre sí mismo–, dijo: «Tan solo unos pocos elegidos son capaces de transmitir a la posteridad no solo el contenido sino también la *forma* de sus pensamientos y sus visiones, su personalidad, la cual, en términos generales, no es de la incumbencia de las masas». *La forma.* He ahí el fin de la larga búsqueda; porque la forma, como nos enseñó Aristóteles, es el alma en sí, la vida de toda cosa y la plenitud de toda cosa inmortal. Es la B del ser[13]. *Unos pocos elegidos…* unos pocos felices… esa pandillita de hermanos… Bueno, los elegidos no pueden elegirse ellos mismos, y, sin embargo, hacen la vista gorda.

Y pidió a sus compañeros escritores de Rusia que guardaran su lengua. «Tratad esta poderosa arma con respeto», suplicó, «en manos diestras puede obrar milagros». Pero los milagros tampoco pueden elegirse. Y aquellos de nosotros que no hemos obrado ninguno, aún podemos ingeniárnosla para el respeto. Una estúpida esperanza nos sostiene: que la próxima vez la destreza estará ahí, y que acontecerá el milagro.

De modo que sigo siendo el hombre oscuro que escribió estas palabras, y si alguien iba a preguntarme una vez más por las circunstancias de mi nacimiento, creo que finalmente debería responder que nací en algún lugar en mitad de mi primer libro; que la vida, hasta ahora, no ha sido extensiva; que mi estado natal es la Ira, un lugar no en alguna parte del continente sino más bien en lo profundo de mis tripas; que en la actualidad resido en la Sicilia del alma, en el México de la mente, la torre en Duino, la casa con jardín en Rye[14]; y que estaré encantado de alquilar, vender o ceder estos relatos, que habría amueblado de manera más pródiga de haber podido permitirme el gasto, a cualquiera que quizás quisiera visitarlos, o –aleluya– habitarlos. Sin embargo, para sustituir esa improbabilidad, voy a confeccionar un lector para estas ficciones… ¿de qué tipo, preguntáis?, bueno, diestro y generoso

con su atención, para empezar, paciente con las *longeurs,* que perdone todo error y la autoindulgencia del autor, ávido de detalles… ah, y amante de las listas, que juguetee con los renglones. ¿Ha de entregarse ocasionalmente ese lector a articular una palabra en voz alta o al deseo de leer a su compañía en un punzante susurro de biblioteca?, sí; ¿y ha de ser ese lector alguien cuyo pulso se altera con los tiempos verbales?, eso estaría bien; ¿y se ha de pillar toda alusión como se pilla un resfriado?, no, comerse igual que el pescado, entero, con aletas y piel; ¿y ha de darse una frente amplia que con asombro se arrugue ante la retórica?, ¿bruscas bocanadas de aire?, ¿y hallar los pensamientos profundos y que las emociones que sienta sean de la mejor clase?, sí, y aplaudidos los patrones… pero no hay necesidad de que pongamos pelo o nariz a nuestro lector, ni ninguna otra abertura ni señuelo… ni un músculo necesita ser imaginado… es un cuerpo bastante indiferente al tiempo, a la dieta… es todo ojos… ¿cómo?, oh, será una suerte de tardón en la página, dará sorbitos a las frases, rebosará pausas reflexivas, así que debería designarse un dedo para guardarle el sitio; ¿un movedor de labios, pues?, justo eso, sí, unos anchos y dulces y húmedos, de un rojo natural, de una blandura natural, pero hechos solo para conformar sílabas, ya me entendéis, para cantar… cantar. ¿Y este lector, mientras el libro se abre, ha de sombrear la página como una palmera?, sí, eso sería tal vez lo mejor (sin embargo, ojo al esfuerzo del espíritu, no hay gafas que corrijan eso); ¿y ha de hundirse ese lector en el papel?, ¿volverse la letra?, ¿y florecer al otro lado con placer y sensualidad… desde el tacto de la mente, y del amor que perdura en el lenguaje?, sí. Imaginemos un ser así, entonces. Y empecemos. Y entonces empecemos.

St. Louis, Missouri

26 de mayo de 1976

26 de enero de 1981

[1] Mammón es una palabra aramea que significa 'riqueza'; aparece en Mateo 6:19-21,24 y Lucas 16:13, y en la Edad Media devino personificación del demonio de la avaricia. [Todas las notas son del traductor.]

[2] Adjetivos despectivos para referirse, respectivamente, a negros, irlandeses, italianos, hispanos, centroeuropeos, polacos y judíos.

[3] G-8 es un espía aviador de la Primera Guerra Mundial que el autor *pulp* Robert J. Hogan puso de moda entre 1933 y 1944 con más de cien títulos; en esa misma década, triunfaron los relatos del polifacético héroe Doc Savage, (en España, se publicaron en la década de los setenta); también en los años treinta apareció, en una serie radiofónica, el misterioso La Sombra, de la mano de Walter B. Gibson.

[4] Iniciales de «Pedersen Kid»; es decir, «El chico de Pedersen».

[5] Muchos de estos nombres pertenecen a personajes que, en mayor o menor medida, aparecen en *La suerte de Omensetter.* Al igual que el ficticio pueblo de Gilead (más tarde Gilean), en el río Ohio.

[6] *Wasp* es el acrónimo de blanco, anglosajón y protestante. *(White Anglo-Saxon Protestant).*

[7] En alemán, 'callejón' es Gasse.

[8] Algo así como 'flatulento' o 'pedorro', por la obvia similitud entre Gass y gas.

[9] *Prufrock,* del poema de Elliot «Canción de amor de J. Alfred Prufrock». En el acto V, escena I, Hamlet se llama a sí mismo «Hamlet el danés» *(Hamlet the Dane).*

[10] Hay aquí un juego de palabras intraducible. El juego infantil en corro, algo parecido al español «El patio de mi casa», es *Ring around the rosie* (o también Ring a Ring o'Roses); Gass juguetea con el around (alrededor) y lo transforma en agroan, que esconde el verbo groan, 'gemir', 'quejarse'.

[11] *Bathos* es un término literario inglés de origen griego que apunta hacia el tránsito de lo sublime a lo ordinario, una especie de anticlímax retórico.

[12] Personajes ambos de Pamela o la virtud recompensada, de Samuel Richardson (1689-1761).

[13] *The B in being,* en el original. Being es el infinitivo de 'ser', y también de 'estar'.

[14] Referencias a Lowry, a Rilke y a Henry James; el México de Lowry en *Bajo el volcán,* el Duino donde Rilke compuso sus *Elegías* y el Rye en el que Henry James vivió entre 1898 y 1916. Puede que con Sicilia Gass aluda a las estancias de Platón en Siracusa.

EN EL CORAZÓN
DEL CORAZÓN DEL PAÍS

Para Joanne, Oliver y Allan

EL CHICO
DE PEDERSEN

PARTE PRIMERA

1

Big Hans chilló, así que salí. El pesebre estaba oscuro, pero el sol resplandecía sobre la nieve. Hans cargaba con algo que había cogido del pesebre. Grité, pero Big Hans no me oyó. Entró en la casa con lo que llevaba antes de que yo alcanzara las escaleras.

Era el chico de Pedersen. Hans lo había colocado sobre la mesa de la cocina como si fuera un jamón y había puesto agua a calentar en una tetera. No decía nada. Supongo que pensó que el grito que había pegado desde la cuadra era suficiente. Ma estaba hurgando en las ropas del chico, tiesas por el hielo. Cada vez que tomaba aire para respirar hacía un ruido que sonaba como ¡uf! El agua empezó a hervir y Hans dijo,

Trae un poco de nieve y llama a tu pa.

¿Por qué?

Trae un poco de nieve.

Cogí el balde de debajo del fregadero y la pala que estaba junto a los fogones. Intenté no apresurarme y nadie dijo nada. Había un montón de nieve sobre el borde del porche, así que cogí algunas paladas. Cuando entré con el balde, Hans dijo,

Tiene ascuas. Trae más.

Un poco de carbón no hará daño.

Trae más.

El carbón está caliente.

No lo suficiente. Cierra la boca y trae a tu pa.

Ma había extendido una masa sobre la mesa donde Hans había colocado al chico de Pedersen como si fuera un relleno. La mayor parte de las ropas del chico estaban en el suelo, formando un charco. Hans comenzó a frotar nieve en el rostro del chico. Ma dejó de intentar quitarle la ropa y se limitó a quedarse de pie junto a la mesa, con las manos alejadas de sí misma, como si estuvieran mojadas, mirando primero a Big Hans y luego al chico.

Tráelo.

¿Por qué?

Ya te lo he dicho.

A Pa quiero decir…

Ya sé lo que quieres decir. Tráelo.

Encontré una caja de cartón de leche condensada que estaba vacía y la llené de nieve. Era demasiado pequeña, tal y como había imaginado. Encontré otra con trapos y una esponja vieja que tiré. Una lata de sopa Campbell.

También la llené con lo que sobraba del montón. La nieve se derretiría y mojaría el fondo de las cajas pero me daba igual. A estas alturas el chico estaba desnudo. Me alegré de tenerla más grande.

Parece un cochinillo enfermo.

Cállate y trae a tu pa.

Está dormido.

Sí.

No le gusta que lo despierten.

Ya lo sé. ¿Crees que no lo sé tan bien como tú? Tráelo.

¿De qué va a servir?

Vamos a necesitar su whisky.

Puede servir para eso, sin duda. Irá bien para el corte de su cara. Si es que aún queda algo.

La tetera empezó a silbar.

¿Qué vamos a hacer con todo esto?, dijo ma.

Espera, Hed. Quiero que lo traigas ahora. Estoy cansado de hablar. Tráelo, ¿me oyes?

¿Qué vamos a hacer con esto? Está todo mojado, dijo ella.

Fui a despertar al viejo. No le gustaba que lo despertaran. Estaría tan lejos y tan profundo, que le sería muy difícil volver del sueño. El chico de Pedersen le importaría un carajo, lo mismo que a mí. El chico de Pedersen era solo un niño. No servía para nada. No como yo. Y el viejo se pondría furioso, ciego de ira, al regresar del lugar desde donde soñaba. Decidí que odiaba a Big Hans, aunque eso no era nuevo para mí. Odié a Big Hans justo en ese momento porque pensé en la forma en que parpadearían los ojos de Pa al mirarme, como si yo fuese el sol resplandeciente sobre la nieve y reluciera para cegarlo. Sus ojos estaban viejos y nunca habían visto bien, pero el whisky los haría brillar, me fulminarían, se le pondrían rojos de rabia ante el menor ruido por mi parte. Decidí que también odiaba al chico de Pedersen, que se estaba muriendo en la cocina mientras yo estaba donde no podía verlo, se moría solo para complacer a Hans y hacerme subir peldaños que crujían y recorrer un pasillo lleno de corrientes de aire, en cuyo extremo estaría Pa, un bulto bajo las sábanas, como estiércol cubierto por la nieve, roncando y bufando. Bah, a él no le podía importar menos el chico de Pedersen. Ni le haría ninguna gracia que lo despertaran para ceder parte de su licor para la herida de un chico, y de paso poner en peligro uno de sus escondrijos. Eso lo pondría furioso si estuviera sobrio. Intenté no ir deprisa aunque hiciese frío, y aunque el chico de Pedersen estuviese en la cocina.

Estaba acurrucado, como había esperado. Lo zarandeé, llamándolo por su nombre. Creo que lo oyó. Su nombre interrumpió sus ronquidos, pero no se movió salvo para girarse un poco cuando lo toqué. La colcha se deslizó y dejó al aire su cuello esquelético, su cabeza cubierta de pelusa, como un diente de león que empezara a echar semillas, con la cara mirando a la pared –y en ella la sombra pálida de su nariz– y pensé: bueno, ahora no pareces un cerdo borracho maltratador. No podía asegurar que estuviera dormido. Era un hijoputa desconfiado. Había oído su nombre. Lo zarandeé un poco más fuerte mientras hacía algo de ruido. Pa-pa-pa-ey, dije.

Me estaba acercando demasiado. Debería habérmelo olido. Siempre dormía cerca de la pared para que tuvieras que inclinarte para llegar hasta él. Joder, era listo. Jugaba al desgaste. Yo lo sabía de sobra pero estaba pensando en el chico de Pedersen como Dios lo trajo al mundo, en medio de toda esa masa. Cuando sacó el brazo lo intenté esquivar pero me agarró del pescuezo, haciendo que se me saltaran las lágrimas, y me eché para atrás para poder respirar. Pa estaba en su lado de la cama, mirándome, parpadeando, y con la mano con que me había golpeado sobre la almohada.

Lárgate de aquí.

No dije nada –tenía un nudo en la garganta– pero lo miré fijamente. Era como un caballo traicionero que te suelta una coz. De todas formas era mejor que me hubiera dado. Era rencoroso cuando fallaba.

Que te largues de aquí.

Me envía Big Hans. Me ha mandado despertarte.

A la mierda Big Hans. Largo de aquí.

Ha encontrado al chico de Pedersen junto al pesebre.

Lárgate.

Pa tiró de la colcha. Se estaba relamiendo.

El chico estaba congelado como un témpano. Hans le está dando un masaje con nieve. Lo tiene en la cocina.

¿A Pedersen?

No, Pa. Es el chico de Pedersen. El chico…

No hay nada que robar en el pesebre.

No estaba robando, Pa. Solo estaba tumbado allí. Hans lo encontró congelado. Allí es donde estaba cuando Hans lo encontró.

Pa rio.

No he escondido nada en el pesebre.

No lo entiendes, Pa. El chico de Pedersen. El chico.

Claro que lo entiendo, no te jode.

Pa levantó la cabeza, me lanzó una mirada asesina mientras roía el lugar donde una vez estuvo su bigote.

Lo entiendo de sobra. Sabes que no quiero ver a Pedersen. Ese soplapollas. ¿Por qué tendría que hacerlo? Ese granjero maricón. ¿A qué vino?, ¿eh? Maldita sea, lárgate. Y no vuelvas. Encuentra alguna mierda que hacer, ¡hostias! Sois imbéciles. Los dos, tú y Hans. Pedersen. Ese soplapollas. Ese granjero maricón. No vuelvas. Fuera. A la mierda. Largo. Largo. Largo.

Gritaba y jadeaba y apretaba el puño contra la almohada. Tenía pelos largos y negros en la muñeca. Se le enredaban en el puño del pijama.

Big Hans me hizo venir. Big Hans dijo…

A la mierda Big Hans. Es un mierda todavía más grande que tú. Le enseñé a él, maldita sea, y te enseñaré a ti. Largo. ¿Quieres que te eche encima el orinal?

Estaba a punto de levantarse, así que me largué dando un portazo. Empezaba a darse cuenta de que estaba demasiado enfadado como para poder dormir. Luego empezó a tirar

cosas. Una vez fue detrás de Hans y le tiró el orinal por la barandilla. Pa había estado hecho una mierda sobre ese orinal. Hans cogió un hacha. Ni tan siquiera se molestó en limpiarse y no paró hasta destrozar parte de la puerta de Pa. No habría llegado tan lejos si Pa no se hubiera quedado dentro partiéndose de la risa hasta hacer temblar la casa. Ese orinal ponía a Pa de muy buen humor cada vez que pensaba en él. Siempre sentí que el recuerdo del orinal estaba presente en ambos, revolviéndose en sus entrañas como una risa o un gruñido, como un animal desesperado por escapar. Escuchaba a Pa maldecir mientras bajaba las escaleras.

Hans había puesto toallas calientes sobre el pecho y el estómago del chico. Le estaba dando friegas de nieve en las piernas y los pies. El agua de la nieve y de las toallas se deslizaba desde el chico sobre la mesa, donde estaba la masa, que se estaba poniendo pastosa y se pegaba a su espalda y su culo.

¿No se va a despertar?

¿Y tu pa?

Estaba despierto cuando me fui.

¿Qué dijo? ¿Cogiste el whisky?

Dijo que a la mierda Big Hans.

No seas listillo. ¿Le pediste el whisky?

Sí.

¿Y bien?

Dijo que a la mierda Big Hans.

No seas listillo. ¿Qué va a hacer?

Lo más seguro es que se vuelva a dormir.

Será mejor que traigas el whisky.

Ve tú. Lleva el hacha. A Pa le acojonan las hachas.

Escúchame, Jorge, me estoy hartando de tus tonterías. La congelación de este chico es un asunto serio. Si no le hago tragar un poco de whisky podría morir. ¿Quieres que el chico muera?, ¿quieres? Bueno, pues trae a tu pa y el whisky.

A Pa no le importa el chico.

Jorge.

Te digo que no. No le importa una mierda, y a mí tampoco me importa que me reviente la cabeza. Le da igual y a mí también me da igual que me eche su mierda encima. A él no le importa nadie. Lo único que le importa es su puto whisky y esa raja seca de su cara. Emborracharse como un cerdo, eso es lo que quiere. No le importa nada más. Nada. Menos aún el chico de Pedersen. Ese soplapollas. Menos aún el chico.

Traeré la botella, dijo ma.

Ya se las haría pagar a Big Hans. Estaba preparado para abalanzarme sobre él pero cuando ma dijo que traería el whisky, le sorprendió tanto como a mí, y se tranquilizó. Ma nunca se acercaba al viejo cuando dormía la mona. Ya no. No desde hace años. Lo primero que veía cada mañana al lavarse la cara era la cicatriz en la barbilla que él le había hecho con los tacos de una bota, y tal vez ella aún veía cómo se la lanzaba de nuevo, y cómo el calcetín sucio volaba por los aires. Seguro que ella lo recordaba con la misma facilidad con que Big Hans se acordaba de haber ido en busca del hacha mientras estaba salpicado de la mierda amarillenta de Pa.

No vayas, dijo Big Hans.

Sí, Hans, si es necesario, dijo ma.

Hans sacudió la cabeza, pero ninguno de los dos intentó detenerla. Si lo hubiéramos hecho, uno de nosotros habría tenido que ir en su lugar. Hans se puso a frotar al chico con más nieve… frotaba… frotaba.

Traeré más nieve, dije.

Cogí el balde y la pala, y salí al porche. No sé adónde había ido ma. Pensé que habría subido por las escaleras y esperaba oírla arriba. Había sorprendido a Hans tanto como me había sorprendido a mí cuando dijo que ella iría, y lo volvió a sorprender al volver tan rápido, porque cuando entré con la nieve ya estaba allí con una botella con tres plumas blancas pegadas a la etiqueta que Hans agarraba con enfado por el cuello. Oh, se comportaba de forma rara aunque cuidadosa, hurgaba con sus garras en el cajón y mantenía la botella a un brazo de distancia, como si fuera una serpiente. Estaba terriblemente enfadado porque había pensado que ma iba a hacer algo grande, heroico incluso, sobre todo para ella –lo conozco… lo conozco… a veces sentimos lo mismo– pero ma no había pensado en absoluto en nada de eso, ni remotamente parecido. No había manera de ajustar cuentas. No era como cuando a uno lo timan en la feria. Siempre lo están intentando, así que acabas por esperarlo. Y ahora Hans le había dado a ma algo suyo –ambos lo habíamos hecho cuando pensamos que ella iba a subir por Pa–, algo impagable, parte de nuestros mejores sentimientos; pero como ella no sabía que se lo habíamos dado, no había una forma sencilla de recuperarlo.

Por fin, Hans quitó el envoltorio y desenroscó el tapón. Él también se sentía dolido porque solo había una manera de entender lo que ella había hecho. Ma había encontrado uno de los escondites de Pa. Lo había descubierto y no había dicho nada, aunque Big Hans y yo habíamos pasado el invierno rastreando y rastreando, como hacíamos todos los inviernos desde la primavera que Hans llegó y yo miré en el retrete y encontré la primera. Pa tenía un talento especial para esconderlas. Sabía que las buscábamos y se lo pasaba en grande. Pero ahora ma. Lo más seguro es que ella lo hubiese encontrado por casualidad y no hubiera dicho nada y nosotros no sabíamos desde cuándo ni cuántos otros escondrijos había encontrado, sobre los que no había soltado prenda. Pa se iba a enterar seguro. A veces parecía que no, ya que las escondía tan

bien que ni siquiera él podía encontrarlas o porque miraba y no encontraba ninguna y se imaginaba que al final no había escondido nada o que ya se la había bebido. Pero sí iba a darse cuenta de qué había pasado con esta porque la estábamos usando. Hasta un tonto podría ver lo que pasaba. Si se enteraba de que ma la había encontrado, sería una cagada. Se sentía muy orgulloso de sus escondrijos. Era de lo único que estaba satisfecho. Supongo que engañarnos a Hans y a mí exigía algo de esfuerzo. Pero había pasado por alto a ma. No la tenía en cuenta para nada. Si lo averiguara –que había sido una mujer– acabaríamos mal.

Hans se sirvió un poco en un vaso.

¿Le vas a poner más toallas?

No.

¿Por qué no? Es lo que necesita, algo caliente sobre su piel, ¿no?

No donde está muy congelado. El calor es malo para las congelaciones. Por eso solo le pongo toallas en el pecho y la tripa. Se tiene que descongelar despacio. Deberías saberlo.

Las toallas se habían descolorido.

Ma hurgó con el pie en las ropas del chico.

¿Qué vamos a hacer con esto?

Big Hans empezó a echar whisky en la boca del chico pero se le llenó sin que tragara nada y en un segundo se le escurrió por la barbilla.

Venga, ayúdame a sostenerlo. Necesito que tenga la boca abierta.

Yo no quería tocarlo y esperaba que ma lo hiciera pero ella seguía mirando las ropas del chico amontonadas en el suelo y el charco que se había formado, y no hizo ademán alguno.

Vamos, Jorge.

Vale.

Levanta, no empujes… levanta.

Vale, lo estoy levantando.

Lo cogí por los hombros. La cabeza se le inclinó hacia atrás. Se le abrió la boca. La piel de su cuello estaba tensa. Todavía tenía frío.

Levántale la cabeza. Se va a ahogar.

Tiene la boca abierta.

Tiene la garganta taponada. Se va a ahogar.

Se va a ahogar de todas formas.

Mantén su cabeza erguida.

No puedo.

No lo agarres así. Rodéalo con los brazos.

Vale, Dios.

Sin duda seguía frío. Lo rodeé con los brazos con cuidado. Hans le metió los dedos en la boca.

Se ahogará seguro.

Cállate. Solo sujétalo como te he dicho.

Sin duda seguía frío, y estaba mojado. Le sujetaba la espalda con el brazo. Lo sentía muerto.

Échale un poco la cabeza hacia atrás… no demasiado.

Lo sentía frío y baboso. Seguro que estaba muerto. Teníamos un cadáver en la cocina. Había estado muerto todo este tiempo. Cuando Hans lo trajo a casa, ya estaba muerto. No lo veía respirar. Estaba en los huesos, se le hundían las costillas. Lo estábamos preparando para meterlo en el horno. Hans lo estaba condimentando. Yo lo rodeaba con el brazo, sujetando su cabeza. Estaba muerto y yo lo sostenía. Sentía mis músculos al tensarse.

Joder, Dios.

Está muerto. Lo *está*.

Lo has dejado caer.

¿Muerto?, dijo ma.

Está muerto. Puedo sentirlo. Está muerto.

¿Muerto?

¿Es que no estás en tus cabales? Has dejado que su cabeza se diera con la mesa.

¿Está muerto? ¿Está muerto?, dijo ma.

Joder, Dios, que no, aún no, todavía no está muerto. Mira lo que has hecho, Jorge, hay whisky por todas partes.

Está muerto. Lo *está*.

Ahora mismo no lo está. Todavía no. Así que deja de gritar y sujétalo.

No está respirando.

Sí lo está. *Está* respirando. Sujétalo.

No. No voy a sujetar a un muerto. Puedes sujetarlo tú si quieres. Puedes echarle todo el whisky que quieras. Puedes hacer lo que te venga en gana. Yo no. Yo no sujeto a un muerto.

Si está muerto, dijo ma, ¿qué vamos a hacer con todo esto?

Jorge, maldito seas, vuelve aquí.

Fui al pesebre en el que Big Hans lo había encontrado. Había todavía un hueco y algunas huellas que el viento no había cubierto de nieve. El chico debió de estar aturdido, eran erráticas. Podía ver el sitio donde se había dado de bruces con un montón de nieve para después retroceder y tal vez chocar contra el pesebre antes de caer y quedarse luego tan quieto que la nieve tuvo tiempo de envolverlo, y se amontonó tan rápido

que podría haberlo cubierto por completo. Quién sabe, pensé, con esta manera de nevar podríamos no haberlo encontrado hasta la primavera. Aunque estuviera muerto en la cocina, me alegré de que Big Hans hubiera dado con él. Me veía salir de la casa una mañana con un sol de justicia y las cornisas goteando, con la nieve salpicada de gotas de agua y el hielo derritiéndose en el arroyo; salía y pasaba junto al pesebre sobre la corteza de hielo formada en la nieve… salía para jugar con la nieve… y podía verme resbalar, romper el hielo del gran montón de nieve que siempre se formaba contra el pesebre, clavar un pie justo en él, justo en el chico de Pedersen, acurrucado, reblandeciéndose.

Eso habría sido peor que sujetar su cuerpo en la cocina. El sentimiento habría surgido más rápido, y habría sido peor al ocurrir en mitad de un juego. No habría habido ningún aviso, ninguna manera de estar preparado para algo así, ni de saber con qué había tropezado antes de caer, incluso aunque el viejo Pedersen hubiera venido a casa entre nevadas buscando al chico y todo el mundo se hubiera imaginado que lo más seguro era que estuviera enterrado en algún lugar bajo la nieve; que tal vez alguien algún día, después de una ventisca, lo encontraría tumbado, como una piedra negra que hubiera quedado al descubierto en medio del prado; pero seguro que alguien lo encontraría en primavera en algún pastizal remoto, mientras se derretía en medio del barro, y alguien tendría que meterlo en casa y luego llevarlo a casa de Pedersen y entregárselo a la señora Pedersen. Incluso en ese caso, incluso aunque todo el mundo supiera eso, y con las esperanzas puestas en que uno de los Pedersen lo encontrase primero para que ellos no tuvieran que sacarlo del barro o de entre los matorrales y llevarlo y entregárselo a la señora Pedersen cubierto con su ropa raída y empapada, incluso así, ¿quién podría esperar que al meter un pie en la nieve de repente la corteza de hielo se fuera a resquebrajar, y perdiese la partida al pisar al chico de Pedersen, hecho un ovillo justo al lado de tu propio pesebre? Estaba bien

que Hans hubiera bajado esta mañana y lo hubiera encontrado, incluso si ahora estaba muerto en nuestra cocina y yo hubiera tenido que sujetarlo.

Cuando Pedersen viniera preguntando por su hijo, tal vez con la esperanza de que el chico hubiera llegado sano y salvo a nuestra casa y que estuviera esperando a que la ventisca amainara antes de volver a casa, Pa iría a su encuentro y lo invitaría a beber algo en casa y le diría que todo era culpa suya por haber levantado todas esas cercas contra la nieve. Conociendo a Pa, sé que le diría a Pedersen que echase un vistazo bajo los montones de nieve para que viera para qué habían servido las vallas, y Pedersen se enfadaría tanto que iría a por Pa y saldría como una furia clamando venganza a Dios, como tanto le gustaba hacer. Aunque ahora, como Big Hans lo había encontrado, y estaba muerto en nuestra cocina, es posible que Pa no dijera gran cosa cuando Pedersen viniera. Puede que Pa solo le ofreciera a Pedersen un trago y se callara la boca respecto a las cercas. Puede que Pedersen viniera esta mañana. Eso sería lo mejor, porque Pa estaría todavía dormido. Si Pa estuviera dormido cuando Pedersen llegase, no tendría ocasión de hablar de esas cercas, ni de ofrecer a Pedersen un trago, ni de llamar a Pedersen soplapollas o máquina de hacer mierda o granjero maricón. Así Pedersen no tendría que rechazar la bebida ni escupir el tabaco de mascar en la nieve o clamar a Dios, y podría coger a su chico y llevárselo a casa. Tenía la esperanza de que Pedersen viniera muy pronto. Esperaba que viniera y sacara ese cuerpo frío y húmedo de nuestra cocina. Tal y como me sentía no pensé que hoy fuera capaz de comer. Sabía que a cada bocado vería cómo preparaban al chico de Pedersen para ser servido a la mesa.

El viento había amainado. El sol ardía sobre la nieve. Pero yo seguía teniendo frío. No quería entrar en la casa, pero notaba cómo el frío trepaba sobre mí del mismo modo que debía de haber trepado sobre el chico cuando venía. El frío se había deslizado sobre él como una sábana, congelada al

principio, sobre todo alrededor de los pies, y seguro que había movido los dedos dentro de sus botas y querido enroscar una pierna en la otra, como hace uno cuando se mete en la cama. Pero luego se empieza a entrar un poco en calor, a notar la sábana cada vez más caliente hasta que uno se siente a gusto y se queda dormido. Solo que cuando el chico se quedó dormido junto a nuestro pesebre no era como hacerlo en la cama porque esas sábanas nunca se calentaron de verdad, y él tampoco. Ahora él notaba el mismo frío en nuestra cocina mientras el agua hervía en la tetera y ma lo preparaba para hornearlo, al mismo tiempo que yo pisoteaba la nieve junto al pesebre. Tenía que entrar. Miré pero no pude ver a nadie intentando bajar hacia donde estaba el camino. Todo lo que alcanzaba a ver era una hilera de huellas medio borradas que se tambaleaban sin rumbo sobre la nieve hasta hundirse bajo un montón. No había nada alrededor. Nada de nada: ni un árbol ni un palo ni una mísera roca desnuda ni un arbusto cubierto de nieve sobresalían para indicar el lugar donde aquellas huellas partían del montón blanco, como si alguien hubiera salido de debajo de la tierra.

Decidí rodear la casa y entrar por la parte delantera aunque no se me permitía pasar por el salón. La nieve me llegaba a los muslos, pero yo estaba pensando en el chico extendido sobre la mesa de la cocina en medio de toda esa masa, pegajoso por el whisky y el agua, como si la primavera hubiera llegado de repente a nuestra cocina, y nosotros sin saber que él había estado ahí todo ese tiempo, y que la lápida de su tumba se había derretido, dejándolo salir para que lo encontráramos ahí, frío y tieso y desnudo; ¿y quién iba a tener que llevarlo a casa de Pedersen y entregárselo a la señora Pedersen, desnudo, con el trasero manchado de harina?

Solo su espalda. El chaquetón de cuadros verde. El gorro de lana negro. Los guantes amarillos. La escopeta.

Big Hans lo repetía sin cesar, como si a fuerza de repetirlo le diera al significado la oportunidad de cambiar. Me miraba, y sacudía la cabeza y volvía a decir lo mismo.

«Los metió en el sótano, por eso salí corriendo».

Hans llenó el vaso. Estaba manchado de whisky y restos de harina.

«No abrió la boca en ningún momento».

Puso la botella en la mesa y el fondo se hundió irregularmente en la masa, se inclinó de un modo pesado y extraño, se comportaba de manera enloquecida, como todo lo demás.

Eso es todo lo que dice que vio, dijo Hans, con la mirada fija sobre la marca que el trasero del chico había dejado en la masa. Solo su espalda. El chaquetón de cuadros verde. El gorro de lana negro. Los guantes amarillos. La escopeta.

¿Eso es todo?

Esperó y esperó.

Eso es todo.

Tiró el whisky y su mirada se hundió en el fondo del vaso.

Entonces, ¿por qué recuerda todos esos colores?

Se inclinó, las piernas abiertas, los codos sobre las rodillas y sostenía el vaso entre ellas con ambas manos, agitándolo para ver el ir y venir del licor que quedaba en el fondo.

¿Cómo lo sabe? Quiero decir, a ciencia cierta.

Él cree que lo sabe, dijo Hans con voz cansada. Cree que lo sabe.

Cogió la botella y tenía un trozo de masa pegado.

Dios. Eso es todo. Así es como se siente. Eso basta, ¿no?, dijo Hans.

Qué desorden, dijo ma.

Estaba desvariando, dijo Hans. No podía pensar en otra cosa. Tenía que hablar. Tenía que sacarlo. Deberías haberlo visto gruñir.

Pobre, pobre Stevie, dijo ma.

¿Estaba delirando?

Seguro, ¿eso es algo que uno sueña?, dijo Hans.

Debe de haber estado soñando. Mira, ¿cómo pudo llegar hasta aquí? ¿De dónde vino? ¿Ha caído del cielo?

Vino con la tormenta.

Eso es, Hans, tuvo que ser así. La tormenta de nieve duró todo el día. No amainó, ¿no?, hasta caer la tarde. Tuvo que ser así. ¿Y qué probabilidades hay de que ocurriera? Dime.

Las suficientes como para que ocurriera, dijo Hans.

Pero escucha. Dios. Es de fuera. Si no es de por aquí, ha recorrido un buen trecho. No sobreviviría a la ventisca, ni aun conociendo el terreno.

Lo trajo la tormenta. Salió de entre la tierra como una lombriz. Hans se encogió de hombros. Sea como sea, vino.

Hans se sirvió un trago; a mí, no.

Vino con la tormenta, dijo, igual que lo hizo el chico. El chico tampoco tenía muchas opciones, pero llegó. Está aquí, ¿no es así? Justo ahora está arriba. No te queda otra que creerlo.

No había tormenta cuando el chico llegó.

Estaba empezando.

No es lo mismo.

De acuerdo. El chico tuvo cuarenta y cinco minutos, quizá una hora, antes de que la ventisca arreciara. No es suficiente. Hace falta todo el tiempo, no solo el principio. En una tormenta de nieve, si quieres llegar a algún sitio, tienes que estar ya allí.

A eso me refiero. ¿Lo ves, Hans? ¿Lo ves? El chico tenía una opción. Conocía el camino. Partía con ventaja. Además, estaba aterrado. No iba a andar distrayéndose. Y tuvo suerte. Tuvo la oportunidad de tener suerte. El hombre de los guantes amarillos no ha tenido esa oportunidad. Ha tenido que venir desde más lejos. Ha tenido que recorrer todo el camino con la tormenta. Pero no conoce el terreno, y tampoco lo ha movido el miedo, excepto quizá a la ventisca. No ha tenido la ocasión de tener suerte.

El chico tenía miedo, has dicho. Perfecto. ¿Y por qué, si puede saberse?

Hans no quitaba ojo al whisky que brillaba en el vaso. Lo agarraba con fuerza.

Y el de los guantes amarillos… ¿no tenía miedo?, dijo él. Quiero decir, ¿cómo sabes que no tenía miedo de algo más que del viento y la nieve y el frío y la tormenta?

Vale, no lo sé, pero es probable, ¿no? En cualquier caso, el chico, bueno, quizá no tenía miedo de nada en un principio. Tal vez su pa lo estaba buscando para cascarlo y él se largó. Luego la primera noticia que tiene es que se pone a nevar otra vez y se ha perdido, y cuando llega a nuestro pesebre no sabe dónde está.

Hans movió la cabeza despacio.

Sí, sí, joder, Hans, el chico se asustó por haberse escapado. No quiere decir que ha hecho una tontería como esa. Por eso se lo inventa todo. Solo es un chaval. Se lo ha inventado todo.

A Hans no le acababa de cuadrar. No quería creer al chico más que yo, pero si no lo hacía entonces el chico lo habría engañado. Y tampoco quería creer eso.

No, dijo él. ¿Acaso eso es algo que uno se inventa? ¿Es algo que se te ocurre estando así –mientras deliras por la congelación y con fiebre y sin saber quién hay ahí o dónde estás ni nada– y te lo inventas sin más?

Sí.

No, no lo es. Verde, negro, amarillo: uno no se inventa los colores. No te inventas que meten a los tuyos en el sótano hasta que se congelen. No te inventas que no abre la boca en todo el rato o que solo lo has visto de espaldas o qué llevaba puesto. Es algo más que una invención, es algo más que un sueño. Más bien es algo que ves una sola vez y te causa una impresión que te golpea tan fuerte que no lo olvidas ni aunque quieras; las mentiras, los sueños pasan, pero esto te *posee*; es como algo que se te clava, como las espinas de un cactus, intentas cepillarte la ropa mientras haces otra cosa, pero nunca se van, solo se enredan un poco más, y sabes de sobra que no lo conseguirás, que podrías pasarte la vida intentando sacudirte las espinas de encima. Lo sé. Se me han clavado cosas como esa. A todo el mundo le ha pasado. Pronto te hartas de intentar quitártelas. Si tan solo fuera como las espinas, no importaría, pero no lo es. Nunca lo es. El chico vio algo que lo conmocionó, le impactó tanto que lo más probable es que durante todo el tiempo que vino corriendo hasta aquí no viera nada más que aquello que lo sobrecogió. Seguro que no veía nada más. Lo golpeó de tal manera que no pudo hacer otra cosa que delirar cuando llegó aquí. Lo conmocionó. No te inventas cosas así, Jorge. No. Vino con la tormenta, igual que el chico. No se le había perdido nada aquí, pero vino. No sé cómo ni por qué ni exactamente cuándo, salvo que debió de ser ayer durante la tormenta. Llegó a la casa de Pedersen justo antes o justo después de que dejara de nevar. Llegó allí y los

metió a todos en el sótano para que se congelaran, y apuesto a que sus razones tendría.

Se te ha pegado un poco de masa en el culo de la botella de Pa.

No se me ocurrió nada más que decir. Lo que Hans decía parecía acertado. Sonaba acertado pero no podía serlo. Sencillamente, no podía serlo. Fuese como fuese, el chico de Pedersen se había escapado de casa de su pa, seguro que ayer por la tarde cuando escampó, y había aparecido en nuestro pesebre esta mañana. Sabía que él estaba aquí. Eso lo tenía claro. Lo había sujetado. Lo había sentido muerto en mis manos, solo que ahora supongo que ya no lo estaba. Hans lo había metido en la cama, en el piso de arriba, pero yo aún podía verlo en la cocina, en los huesos, desnudo, con dos toallas humeantes que lo cubrían, mientras babeaba whisky por las comisuras de sus labios, con mugre entre los dedos de los pies y haciendo que la masa de ma cogiera la forma de su culo.

Traté de alcanzar la botella. Hans la apartó.

Aunque él no lo vio hacerlo, dije.

Hans se encogió de hombros.

Entonces no está seguro.

Está seguro, ya te lo he dicho. ¿Acaso tú sales por piernas en medio de una tormenta si no estás seguro?

No había tormenta.

Se estaba formando.

Yo no salgo huyendo durante una ventisca.

Y una mierda.

Hans me apuntó con el culo de la botella manchado de masa.

Y una mierda.

La agitó.

Vienes del pesebre, como esta mañana. Hasta donde tú sabes no hay nadie con una escopeta y guantes amarillos en mil millas a la redonda. Vienes del pesebre sin pensar en nada en especial. Te limitas a entrar, entras y ves a un tío al que nunca has visto antes, el tipo que no estaba en mil millas a la redonda, que ni siquiera estaba en tu mente, que estaba tan lejos, y lleva puestos los guantes amarillos y ese chaquetón de cuadros verde, y nos tiene a tu pa, a tu ma y a mí en fila con las manos en la nuca, así.

Hans se puso la botella y el vaso en la nuca.

Él nos ha puesto en fila a tu pa, a tu ma y a mí, con las manos en la nuca, y sostiene una escopeta entre los guantes amarillos que mueve de arriba abajo, muy despacio, sin hacer ruido, con la cara de tu ma en el punto de mira.

Hans se levantó y apuntó con violencia a la cara de ma con la botella. Ella se estremeció y la apartó. Hans se detuvo para acercarse a mí. Estaba de pie, con esos ojos negros como botones sobre su cara enorme, e intenté que no se notara que me estaba encogiendo de miedo en la silla.

¿Y tú qué es lo que haces?, rugió Hans. Dejar que la cabeza congelada de un chaval se dé contra la mesa.

Ni de coña.

Hans tenía otra vez la botella delante de él, justo en mi cara.

Hans Esbyorn, dijo ma, no te metas con el chico.

Ni de coña.

Jorge.

Yo no huiría, ma.

Ma suspiró. No sé. Pero no grites.

Me cago en Dios, ma.

No maldigas, por favor. Lo habéis estado haciendo demasiado, tú y Hans, los dos.

Pero no saldría corriendo.

Sí, Jorge, ya sé. Estoy segura de que no huirías, dijo.

Hans volvió y se sentó y apuró el vaso y se sirvió otro. Podía relajarse ahora que me había puesto de los nervios. Valiente cabrón.

Claro que huirías, dijo él, y se humedeció los labios con la lengua. Y tal vez harías bien en huir. Quizá es lo que haría cualquiera. Sin escopeta, sin nada con lo que detenerlo.

Pobre criatura. Gua, gua. ¿Y qué vamos a hacer con todo esto?

Tiéndelo, Hed, por amor de Dios.

¿Dónde?

Bueno, ¿dónde sueles hacerlo?

Oh, no, dijo ella, no me sentiría bien haciendo eso.

Entonces, coño, Hed, no lo sé. Joder.

Por favor, Hans, por favor. Me disgusta mucho oír esas palabras.

Se quedó mirando al techo.

Dios santo. La cocina está hecha un desastre. No puedo soportar verla así. Y el pan sin hornear.

Era todo lo que se le ocurría. Era todo lo que tenía que decir. Yo no le importaba. No contaba. No tanto como su cocina. Yo no habría huido.

A la mierda el pan, dije.

Cierra la boca.

Él podía aparentar ser tan mezquino como quisiera, no me importaba. ¿Qué era su maldad para mí? Una ampolla en el talón, otra incomodidad, una cama fría. Sin embargo, cuando apartó los ojos de mí para beber, me sentí mejor. Le iba a retorcer los huevos.

De acuerdo, dije. De acuerdo. De acuerdo.

Se perdió en el vaso, rumiándolo.

Están muertos de frío en ese sótano, dije.

Quedaba un poco de licor en el fondo. Le iba a retorcer los huevos como si fueran el cuello de un saco.

¿Y qué vas a hacer al respecto?

Volvió a dirigirme una mirada malvada pero esta vez carente de entusiasmo. Estaba viendo cosas en el vaso.

Yo salvé al chico, ¿no es así?, dijo por fin.

Puede.

Tú no.

No. Yo no.

Entonces ya es hora de que hagas algo, ¿no?

¿Y por qué? Yo no creo que se estén congelando. Eres tú quien lo crees. Tú eres el que piensa que huyó para pedir ayuda. Eres tú. Tú lo salvaste. Vale. Tú no dejaste que su cabeza se golpease con la mesa. Lo hice yo. Tú no. No. Fuiste tú el que le dio friegas. Muy bien. Tú lo salvaste. Aunque eso no era lo que el chico esperaba. Él vino buscando ayuda. Según tú, es eso. Él no vino para que lo salvaran. Tú lo salvaste, pero ¿qué vas a hacer ahora para ayudarlo? Te sientes poderoso, ¿no?, pensando en lo que hiciste. ¿Todavía te sientes como un salvador, Hans? ¿Cómo se siente uno?

Pequeño cabrón.

Vale. Pequeño o grande. No importa. Tú lo hiciste todo. Tú lo encontraste. Organizaste un buen alboroto, dando órdenes a diestro y siniestro. Estaba más muerto que otra cosa. Yo cargué con él y lo sentí así. Quizá para ti estaba vivo, pero eso no cuenta. No, pero no podías dejarlo en paz. Venga a frotar. Vale, pues yo lo sentí… frío… ¡joder! ¿No te sientes orgulloso? Estaba muerto, justo aquí, muerto. Y no había guantes amarillos por ningún lado. Aunque, ahora, sí. Eso es lo que tiene tanta friega. Frota que te frota… ¿no estás orgulloso? No puedes creerte que el chico estuviera aquí tumbado de una manera tan convincente como para engañarte. Así que estaba muerto. Pero ya no. No para ti. Para ti, no lo está.

También está vivo para ti. Estás loco. Él está vivo para todos.

No, no lo está. Para mí no está vivo. Nunca lo estuvo. Yo solo lo he visto muerto. Frío… Pude sentirlo… ¡joder! ¿No estás orgulloso? Está en tu cama. Muy bien. Tú lo subiste allí. Es tu cama en la que está, Hans. Era a ti a quien farfullaba cosas. Tú además le crees, por eso para ti está vivo. Pero no para mí. Para mí no lo está.

No puedes decir eso.

Pero lo digo. ¿Acaso no me oyes decirlo? Tanto frotar… No sabías lo que estabas haciendo volver en sí, ¿no? Algo más que el chico vino con la tormenta, Hans. No estoy diciendo que fuera el hombre de los guantes amarillos. No, él no. No podría ser. Pero con el chico vino algo más. Cuando tú lo frotabas con la nieve no pensaste en esa posibilidad.

Pequeño cabrón.

Hans, Hans, por favor, dijo ma.

Da igual. Pequeño o grande, como digo. Lo que te pregunto es qué vas a hacer. Tú le crees. Lo haces. ¿Qué vas a hacer al respecto? Sería gracioso que ahora mismo, mientras

estamos aquí sentados, el chico se estuviera muriendo en el piso de arriba.

Jorge, dijo ma, qué cosa más espantosa, en la cama de Hans.

Vale. Pero supongamos. Supongamos que no frotaste lo suficiente, no frotaste el tiempo necesario o con suficiente fuerza, Hans. Y supongamos que se muere arriba en tu cama. Podría ser. Estaba frío, lo sé. Sería gracioso porque el hombre de los guantes amarillos… no morirá. A ese no va a ser tan fácil matarlo.

Hans no se movió ni dijo nada.

Yo no soy juez. Ni tengo buena mano salvando vidas, como has dicho. Y la verdad es que me da lo mismo. Pero si ibas a dejarlo, ¿por qué empezaste a darle friegas? Sería terrible si el chico de Pedersen hubiera tenido que hacer todo el camino hasta aquí con la tormenta, asustado y muerto de frío, y hubieras tenido que darle esas friegas y salvarlo para que volviera en sí y te contase esa historia increíble y te convenciese para que la creyeras, y ahora no fueras a hacer nada salvo sentarte y aferrarte a esa botella con las manos. Esa no es una espina tan fácil de quitarte.

Sin embargo, no dijo nada.

Hace un frío terrible en los sótanos. Pero se supone que no se congelan.

Me recosté cómodamente en la silla. Hans se sentó.

Se supone que no se congelan, así que todo está bien.

La parte de la mesa de la cocina que se veía parecía manchada de barro. Estaba llena de salpicaduras de agua y pegotes de masa. Había restos de óxido en la masa y las toallas se habían desteñido. Había pequeños charcos arenosos de whisky y agua por todas partes. Algo, parecía whisky, goteaba despacio sobre el suelo y chorreaba con el agua para formar un

charco junto al montón de ropa. Las cajas se estaban combando. Había anchas pisadas negras alrededor de la mesa y el fogón. Pensé que era gracioso que las cajas se hubieran deshecho tan rápido. La botella y el vaso eran los postes a los que Hans se aferraba con ambas manos.

Ma empezó a recoger las ropas del chico. Las cogía de una en una, con delicadeza, tomándolas por los bordes, levantando una manga como quien coge la pata aplastada, abrasada, quebrada de una rana muerta por el calor del verano para apartarla de la carretera. Tal y como las agarraba, con las manos como si fueran pinzas, no parecían propias de un humano, sino de un animal, cosas muertas y putrefactas, que surgen de la tierra. Se las llevó, y cuando volvió quise pedirle que las enterrara, que lo escondiera todo rápido bajo la nieve, pero me asustó, con esa forma de mover los brazos, temblando, abriendo y cerrando sus dedos temblorosos, moviéndose como una cosechadora entre dos surcos.

Oía con claridad el goteo, y podía oír cómo tragaba Hans. Oía el agua y el whisky caer. Oía la escarcha derretirse al caer del alféizar al fregadero. Hans se sirvió whisky en el vaso. Dejé de fijarme en Hans y vi a Pa mirándonos desde la puerta. Tenía la nariz y los ojos rojos, que hacían juego con sus zapatillas de estar por casa.

¿Qué es esa historia del chico de Pedersen?, dijo.

Ma estaba detrás de él con la fregona.

3

¿Habéis pensado en un caballo?, dijo Pa.

¿Un caballo? ¿De dónde lo iba a sacar?

De cualquier sitio, en el camino, de cualquier lado.

¿Podría haberlo logrado a caballo?

De algún modo lo logró.

Pero no a caballo.

Ni a pie.

No estoy diciendo que viniera de ningún modo.

Los caballos no pueden perderse.

Sí que pueden.

Tienen buen sentido de la orientación.

Se dice mucha mierda sobre los caballos.

En una tormenta un caballo llegará a casa.

Claro.

Los dejas sueltos y se van a casa.

Claro.

Si robas un caballo, y lo dejas suelto, te llevará al establo del que lo robaste.

Entonces no hay que dejarlo suelto.

Entonces debe de haberlo montado.

Y saber hacia dónde iba.

Sí, y haber ido allí.

Si tuviera un caballo.

Sí, si tuviera un caballo.

Si hubiera robado un caballo antes de la tormenta y lo hubiera montado durante un trecho, entonces, cuando la nieve lo sorprendió, el caballo estaría demasiado lejos como para saber volver a casa.

Tienen un sentido de la orientación tremendo.

Una mierda.

¿Y qué cambia eso? Llegó. ¿Qué importa el cómo?, dijo Hans.

Estoy considerando si pudo venir así, dijo Pa.

Y yo te digo que sí, dijo Hans.

Y yo te digo que no. El chico se lo inventó todo, dije yo.

El caballo se detendría. En cuanto sintiera el viento, se pararía.

Yo los he visto frenar con las patas traseras.

Siempre los he visto avanzar contra el viento.

Tal vez pudo dominarlo.

Si era dócil y no demasiado miedoso.

Un percherón es dócil.

Algunos lo son.

A algunos no les gusta que los monten.

Y a algunos tampoco les gustan los extraños.

A algunos.

Qué cojones, dijo Hans.

Pa rio. Solo lo estoy considerando, dijo. Solo lo considero, Hans, eso es todo.

Pa había visto la botella. De inmediato. Parpadeaba. Pero no le había pasado desapercibida. La había visto, y el vaso en las manos de Hans. Esperaba que dijera algo. Y también Hans. Se había agarrado al vaso el tiempo suficiente para que a nadie se le ocurriera pensar que tenía miedo, luego lo dejó como quien no quiere la cosa, como si no hubiera razón ni para sujetarlo ni para dejarlo, pero lo estaba dejando, sin pensarlo. Hice una mueca pero él no me vio, o hizo como que no me vio. Pa no dijo ni pío sobre la botella, aunque la había visto enseguida. Supongo que teníamos que agradecérselo al chico

de Pedersen, aunque también teníamos que darle las gracias por la botella.

Es culpa suya por haber levantado todas esas cercas contra la nieve, dijo Pa. Con todo el tiempo que lleva aquí, uno pensaría que ya habría aprendido algo más sobre las fuerzas de la naturaleza.

A Pedersen solo le gusta estar preparado, Pa, eso es todo.

Joder que sí. Le gusta *tomar* precauciones a ese capullo. Tomar, tomar, tomar, tomar. Siempre está tomando precauciones, pero nunca *está* preparado. Todavía no, no lo está. El verano pasado, en lugar de preocuparse por su cosecha, tomó medidas contra la langosta. Dios. ¿Quién quiere una plaga de langostas? Bueno, pues así precisamente entran las plagas, así es como entran, al tomar tantas medidas contra las langostas.

Una mierda.

¿Una mierda? ¿Has dicho una mierda, Hans, eh?

He dicho que una mierda, sí.

A ti también te gusta tomar precauciones, ¿no es así? Como a Pedersen, ¿no? Se te van a arrugar los cojones de tanto pensar. Echarías veneno para matar a un millón, ¿no? ¿Y sabes lo que conseguirías así? Dos millones. Qué sabios, qué tipos más listos, sí. Pedersen *invocó* esa plaga de langostas. *Suplicó.* Se puso de rodillas llamando a la plaga. ¿Y yo? Yo también tuve langostas. Ahora ha dejado eso y ha invocado la nieve, se ha puesto de rodillas implorando la nieve, con los dedos retorcidos de tanto juntar las manos para rezar por la nieve. ¿Y está preparado?, dime, ¿eh? ¿Para la nieve? ¿Para la nieve de verdad? Nadie está nunca preparado para una verdadera nevada. Oh, joder, qué imbécil. Debería haber mantenido a su chico detrás de su vallado. Menuda idea, ¿por qué coño lo mandó aquí? Por amor de Dios, un hombre tiene que mantener su ganado a salvo. Mirad –Pa señaló fuera de la

ventana–. Mirad, mirad, ¿qué os decía?, está nevando… siempre nevando.

¿Has conocido un invierno en que no nevase?

Estabas bien preparado, supongo.

Nieva siempre.

También estabas preparado para el chico de Pedersen, imagino. Estabas justo ahí fuera, esperándolo, dejando que se te helasen los huevos.

Pa se carcajeó y Hans se puso rojo.

Pedersen es un idiota. No se puede enseñar a los listillos. No al viejo santurrón de Pete. Él nunca aprendió que hay cosas que caen del cielo y afectan a la cosecha. Lleva siempre el cuello torcido de estudiar las nubes, bah, esa mierda. Ni siquiera es capaz de no perder de vista a su hijo en una tormenta. Un hombre, por amor de Dios, tiene que mantener su ganado sano y salvo. Pero tú lo vigilarás por él, ¿no, Hans? Tú eres más tonto que él porque estás más gordo.

La cara de Hans estaba roja e hinchada como la piel alrededor de una ampolla. Se estiró y cogió el vaso. Pa estaba sentado en una esquina de la mesa de la cocina, balanceando una pierna. El vaso estaba cerca de su rodilla. Hans se acercó a Pa y lo cogió. Pa lo observaba con atención y balanceaba su pierna, riéndose. La botella estaba sobre la alacena y Pa no quitaba ojo mientras Hans la cogía.

Ah, ¿piensas beberte mi whisky, Hans?

Sí.

Sería muy considerado por tu parte preguntar primero.

No voy a pedir permiso, dijo Hans, inclinando la botella.

Supongo que es mejor que me ponga a hacer unas galletas, dijo ma.

Hans la miró, con la botella aún inclinada. No se sirvió ni una gota.

¿Galletas, ma?, dije.

Debería tener algo que ofrecer al señor Pedersen y no tengo nada.

Hans enderezó la botella.

Hay algo que no hemos considerado, dijo, con un atisbo de sonrisa en la boca. ¿Por qué no está Pedersen aquí buscando a su hijo?

¿Y por qué iba a estar?

Hans me guiñó un ojo a través del vaso. No había guiño que valiera para que me hiciera amigo suyo.

¿Por qué no? Somos los vecinos más cercanos. Si el chico no estuviera aquí podría pedirnos que lo ayudáramos en la búsqueda.

Ni lo sueñes.

No ha aparecido. ¿Cómo lo ves?

No lo veo, dijo Pa.

¿Y por qué no? A mí me parece que es algo que merece una larga y elaborada consideración.

Pues a mí no.

¿Ah, no?

Pedersen es un idiota.

Si tú lo dices. Te he oído repetirlo muchas veces. Vale, tal vez lo sea. ¿Cuánto tiempo calculas que estará dando vueltas buscando antes de que venga por aquí?

Mucho tiempo. Mucho tal vez.

El chico ha estado fuera bastante tiempo.

Pa se estiró la camisa del pijama hasta la rodilla. Llevaba puesto el de rayas.

¿Cuánto es mucho tiempo?, dijo Hans.

Desde que el chico se fue.

Pedersen estará aquí en breve, dijo Pa.

¿Y si no?

¿Qué quieres decir con «y si no»? Si no, pues no. A la mierda si no. Me la pela. Si no viene, pues no viene. Me importa un carajo lo que haga.

Claro, dijo Big Hans. Claro.

Pa se cruzó de brazos, como un juez. Balanceó su pierna. ¿Dónde encontraste la botella?

Hans la meneó.

Se te da muy bien esconder cosas, ¿no?

Soy yo el que pregunta. ¿Dónde la encontraste?

Hans se estaba divirtiendo mucho.

Yo no lo hice.

Jorge, eh. Pa se mordió el labio. Así que eres tú el maldito cotilla.

Ni me miraba ni parecía que se estuviera dirigiendo a mí. Lo dijo como si yo no estuviera allí y lo pensara en voz alta. Despierto, dormido, a mí no me engañaba.

No fui yo, Pa, dije.

Intenté captar la atención de Hans para que se callara pero él se lo estaba pasando muy bien con todo aquello.

Little Hans no es imbécil, dijo Big Hans.

No.

Ahora Pa no prestaba atención.

No se parece a ti, dijo Pa.

¿Por qué no está aquí entonces? Estaría buscando también. ¿Por qué no está aquí?

Vaya por Dios, me había olvidado de Little Hans, dijo ma mientras cogía un tazón de la alacena.

Hed, ¿qué te traes entre manos?, dijo Pa.

Oh, galletas.

¿Galletas? ¿Y para qué demonios son? Galletas. Yo no quiero galletas. Prepara un poco de café. Lo único que has hecho todo el tiempo es holgazanear.

Para Pedersen y Little Hans. Vendrán y querrán unas galletas y café, les pondré también mermelada de bayas. Gracias, Magnus, por recordarme lo del café.

¿Quién encontró la botella?

Ella sacó un poco de harina del bote.

Pa permanecía sentado, balanceándose. Luego paró y se levantó.

¿Quién la encontró? ¿Quién la encontró? Maldita sea, ¿quién la encontró? ¿Quién de ellos lo hizo?

Ma intentaba medir la harina pero le temblaban las manos. Se le cayó la harina de la cuchara y fue a caer al borde de la taza, y pensé, Sí, tú habrías huido. Sí, te tiemblan las manos.

¿Por qué no preguntas a Jorge?, dijo Big Hans.

Cómo lo odiaba, maldito cobarde, haciéndome cargar con el muerto. Y era él quien tenía buenos músculos.

Ese llorica, dijo Pa.

Hans se partía el pecho de la risa.

Él no puede encontrar nada que yo haya escondido.

Ahí llevas razón, dijo Hans.

Sí podría, dije yo. Lo he hecho.

Un mentiroso, ¿no, Hans? Tú la encontraste.

De algún modo Pa estaba encantado y volvió a sentarse en el borde de la mesa. ¿Era a Hans a quién más odiaba o era a mí?

Nunca dije que Jorge la encontrara.

Tengo a un mentiroso trabajando para mí. Un ladrón y un mentiroso. ¿Por qué tendría que mantener a un mentiroso? Supongo que soy muy blando con él, y tiene cara de bueno. Pero ¿por qué tendría que mantener a un ladrón… con esos ojitos que parecen manchitas andantes… por qué?

No soy como tú. No me paso el día borracho para poder dormir por la noche y luego estar la mitad del día durmiéndola, cagándome en la cama y en la habitación y en la mitad de la casa.

Tú también has vagueado lo tuyo. Little Hans es la mitad que tú pero vale el doble. Tú… tú tienes una polla muy pequeña.

Las palabras de Pa no fluían con claridad.

¿Y qué pasa con Little Hans? No ha aparecido. La gente tiene que estar muy preocupada en casa de los Pedersen. Quizás les gustaría tener noticias. Pero Pedersen no viene. Ni Little Hans. Ahí fuera hay miles de montones de nieve. El chico podría estar bajo cualquiera. Si alguien lo ha visto, hemos sido nosotros; y si nosotros no lo hubiéramos visto, nadie lo habría hecho hasta la primavera, o quizá si cambiara el viento, lo que no es probable. Pero nadie viene a preguntar. Eso es muy raro, diría yo.

Tú eres un cabrón de los pies a la cabeza, dijo Pa.

Solo lo estoy considerando, eso es todo.

¿Dónde la encontraste?

Lo olvidé. Necesito que me lo recuerden. Iba a echar un trago.

¿Dónde?

Se te da muy bien esconder cosas, dijo Hans.

Te estoy preguntando. ¿Dónde?

No fui yo, ya te lo dije. Yo no la encontré. Jorge tampoco.

Eres un cabrón, Hans, dije yo.

Salió del cascarón, dijo Hans. Como aquel tipo, ya sabes, que apareció sin más, como por arte de magia. Salió del cascarón. O quizá el chico la encontró, y la escondió bajo el abrigo.

¿Quién?, bramó Pa, poniéndose en pie de un salto.

Oh, Hed la encontró. Tus escondites no valen una mierda y Hed la encontró fácilmente. Ella sabía bien dónde mirar.

Cállate, Hans, dije yo.

Hans inclinó la botella.

Debía de saberlo desde hace mucho. Quizá sabe dónde están todas escondidas. No eres muy listo. O quizá ella misma se ha dado a la bebida, ¿eh? Y ya no es solo cosa tuya, tal vez sea eso.

Big Hans se sirvió otro vaso. Entonces Pa le dio una patada a la mano con la que Hans lo sujetaba. La zapatilla de Pa voló y pasó junto a la cabeza de Hans y acabó rebotando contra la pared. El vaso no se rompió. Cayó junto a la pila y rodó despacio hasta los pies de ma, dejando un pequeño reguero. La pala proyectó una leve nube blanca. Había whisky en la camisa de Hans, en la pared, en la alacena, y una salpicadura en la parte del suelo donde había caído el vaso.

Ma se rodeaba el pecho con los brazos. Parecía a punto de desmayarse, y lloriqueaba y gemía.

Bien, dijo Pa, iremos. Nos vamos ahora mismo, Hans. Pido a Dios que acabes con una bala en la tripa. Jorge, ve arriba y mira si el pequeño hijo de puta está todavía vivo.

Hans se estaba restregando las manchas de la camisa y se estaba mojando los labios con la lengua cuando pasé encorvado al lado de Pa y salí.

PARTE SEGUNDA

1

No soplaba el viento. Los arreos crujían, la madera crujía, los patines del trineo sonaban como una sierra que corta sin esfuerzo, y todo era blanco bajo las patas del caballo Simon. Pa sostenía las riendas entre sus rodillas y él y Hans y yo nos manteníamos muy juntos. Inclinamos la cabeza y encogimos los pies, y deseábamos poder meter ambas manos en un solo bolsillo. Solo Hans respiraba por la nariz. No hablábamos. Ojalá mis labios pudieran calentarme los dientes. La manta que teníamos no valía una mierda. Hacía el mismo frío debajo de ella y Pa bebía de una botella que tenía a su lado en el asiento.

Intenté aferrarme a la sensación que había surgido en mí cuando enganchamos a Simon y aún estaba caliente, antes de que decidiéramos jugárnosla al coger el camino de North Corn, que conduce a la casa de Pedersen. El camino zigzagueaba e iba a dar junto a la arboleda tras el establo. Pensamos que desde allí podríamos divisar todo. Intenté agarrarme a esa sensación pero era tan cálida y tan efímera como un baño caliente. Era como si partiera para hacer algo especialmente grande, como un caballero que se prepara para una heroicidad, algo memorable. Fantaseé con que volvía del establo y me lo encontraba de espaldas en la cocina, y luchaba con él y lo tumbaba y le quitaba el gorro de lana con el cañón de la escopeta. Fantaseé con que volvía del establo todavía parpadeando a causa de la luz y lo veía allí, y cogía la pala y me abalanzaba sobre él. Eso había pasado entonces, cuando estaba caliente, cuando estaba haciendo algo grande, heroico incluso, y muy digno de ser recordado. No podía imaginarlo en el patio

trasero de los Pedersen ni en el porche ni en el establo. No podía verme a mí, o a él, allí. Solo podía verlo ahí donde yo ya no estaba, en silencio, en nuestra cocina, con su arma subiendo y bajando con suavidad por la cara de ma, que trataba de ahuyentarlo sin moverse un milímetro para evitar que le pegase un tiro.

Cuando volví en mí y sentí frío, la sensación desapareció. Ya no podía imaginarlo con la escopeta o el gorro o los guantes amarillos. No podía imaginarme yendo hacia él. Ya no estábamos en ninguna parte y no me importaba. Pa conducía el trineo con la mirada clavada en el camino escarpado y bebía de su botella. Hans golpeaba nervioso con el tacón de sus botas el respaldo del asiento. Yo me limitaba a mantener la boca cerrada y respirar y no pensar por qué demonios tenía que hacerlo.

No era como un paseo en trineo en una tarde a principios de invierno cuando no corre el aire, la tierra está caliente, y las estrellas son copos de nieve que nacen y no caerán jamás. No corría el aire; el sol en lo alto y frío. Atrás quedaban los surcos que señalaban el camino, las huellas de los patines y los agujeros que dejaba Simon. El camino desaparecía ante nosotros bajo montones de nieve. Pa entornaba los ojos como si supiera adónde nos dirigíamos. El caballo Simon desprendía vapor. Le colgaba hielo del arnés. La nieve se cuajaba en su vientre. Me daba miedo que la corteza que se le estaba formando le hiciera un corte en los corvejones, y quería echar un trago de la botella de Pa. Big Hans parecía dormido y temblaba en sueños. Dios, cómo me dolía el trasero.

Llegamos a un montón de nieve que franqueaba el sendero y Pa encaminó a Simon hacia donde sabía que no había cercado. Pa tenía idea de volver al sendero, pero una vez rodeamos el montículo, vi que no tenía ningún sentido. Una hilera de montones de nieve lo cruzaba.

No hay razón para hacer eso, dijo Pa.

Era lo primero que decía desde que me pidió que subiera a ver si el chico de Pedersen estaba todavía vivo. A mí no me parecía que lo estuviera pero dije que suponía que lo estaba. Lo primero que hizo Pa fue coger su escopeta, sin vestirse, descalzo todavía de un pie, y la llevó arriba, como acunándola, abierta, apuntando hacia abajo. Tenía una mancha oscura en la parte trasera del pijama por haberse sentado sobre la mesa. Hans llevaba su escopeta y el 45 que había robado en la Marina. Me hizo cargar con él, y cuando me lo metí en el cinturón me dijo que seguramente se dispararía y ya ni siquiera valdría para semental. Sentía el arma como un bloque de hielo contra mi vientre, y el cañón clavándose en él.

Ma nos había metido unos sándwiches y un termo de café en un zurrón. El café se enfriaría. Mis manos estarían frías para cuando me comiera el mío aunque llevara los guantes puestos. Masticar sería doloroso. El borde del termo estaría frío al beber de él y se me derramaría un poco por la barbilla y acabaría convirtiéndose en hielo; o si bebiera de la taza el latón se me pegaría a los labios, como un licor repugnante que no querrías probar, y ardería y luego me arrancaría la piel al intentar despegármelo.

Simon se metió en un hoyo. Como no podía salir, se asustó y el trineo derrapó. Antes la corteza había aguantado, pero ahora el patín delantero derecho se adentró en ella, la rompió, y encallamos en la nieve blanda que había debajo. Pa hacía ruiditos quedos e impacientes mientras calmaba a Simon.

Eso ha sido muy estúpido, dijo Hans.

Perdió pie. Joder, ¿acaso soy yo el caballo?

No lo sé. Simon es un comemierda, dijo Hans.

Pa echó un trago con esmero.

Ve a sacarlo de ahí.

Jorge está más cerca.

Ve a sacarlo de ahí.

Tú. Ve tú. Tú dejaste que se metiera.

Ve a sacarlo de ahí.

A veces la nieve parecía tan azul como el cielo. No sabría decir cuál me parecía más frío.

Joder, iré yo, dije. Me pilla más cerca.

Tu viejo está en el extremo, dijo Hans.

Supongo que sé dónde estoy, dijo Pa. Supongo que sé dónde me encuentro.

¿No podéis dejarlo ya? Por amor de Dios. Iré yo, dije.

Me quité la manta y me levanté pero estaba agarrotado. El brillo de la nieve me deslumbró y también el vacío del espacio blanco que nos rodeaba. Al salir me golpeé en el tobillo con el estribo de hierro del costado. El dolor me sacudió la pierna y me hizo estremecer como el mango de un hacha cuando lo usas mal. Solté un taco, y me tomé mi tiempo para bajar. La nieve parecía tan firme y dura como el cemento y yo solo podía pensar en beber.

Desde hace diez años sabes que ese estribo está justo ahí, dijo Pa.

Me llegaba la nieve a la entrepierna. El arma me escocía. Bordeé con cuidado el hoyo de puntillas y traté de apartar la nieve de mi entrepierna pero fue inútil.

¿Estás practicando para convertirte en pájaro?, dijo Hans.

Agarré las riendas de Simon e intenté convencerlo para que saliera. Pa me insultaba desde el asiento. Simon pataleaba y se revolcaba y embestía hacia delante. El patín delantero derecho se ladeó. El trineo se giró, y la parte izquierda golpeó las patas traseras de Simon en los corvejones. El caballo se encabritó y desencajó de una coz una pieza lateral del trineo. Luego enfiló hacia delante y enredó las riendas. El trineo volvió a girar de

nuevo y el patín derecho se liberó tras una fuerte sacudida. La botella de Pa rodó. Desde donde yo estaba sentado en la nieve lo vi sacar la mano para agarrarla. Simon tiraba hacia delante. El trineo derrapó hacia un lado, cayó al hoyo de Simon y se liberó el patín izquierdo de la nieve. Simon avanzó un poco aunque Pa había perdido las riendas y estaba gritando por su botella. Yo tenía nieve en los ojos y sentía cómo me bajaba por la nuca.

No había necesidad de que Simon hiciera eso, dijo Hans, imitando a Pa.

¿Dónde está mi botella?, dijo Pa, mientras miraba por encima del lateral del trineo a la nieve desgarrada por las pisadas. Jorge, ve a buscar mi botella. Se cayó a la nieve por aquí, en alguna parte.

Intenté sacudirme la nieve de encima sin que se me metiera en los bolsillos y en las mangas y por la espalda.

Sal tú a buscarla. Es tu botella.

Pa se inclinó.

Si no hubieras sido tan estúpido no se habría caído. ¿Dónde has aprendido a dirigir un caballo? No has aprendido esa estúpida maniobra de mí. Es la cosa más estúpida que he visto en la vida.

Pa movió los brazos trazando un círculo.

Esa botella cayó más o menos por aquí. No puede haber ido muy lejos. Estaba tapada, menos mal. No se perderá nada.

La nieve se me deslizaba por la rabadilla. El 45 se me había resbalado del cinturón. Me dio miedo que se me disparase, como Big Hans había dicho. Lo mantuve apretado con el antebrazo derecho. No quería que se me escurriera por los pantalones. No me gustaba. Pa daba órdenes a gritos.

Tú la escondiste, dije yo. Se te da bien esconder cosas. Encuéntrala tú. A mí no se me da bien encontrar nada. Tú mismo lo dijiste.

Jorge, sabes que necesito tener esa botella.

Entonces levanta el culo y búscala.

Sabes que necesito tenerla.

Entonces baja de ahí.

Si bajo ahí, no va a ser la botella a por lo que voy a ir. Te mantendré bajo la nieve hasta que te ahogues, mocoso sabihondo.

Empecé a patear la nieve.

Hans soltó una risa nerviosa.

Una de las correas se ha roto, dijo.

¿Qué es tan divertido?

Te dije que estaba desgastada.

Continué pateando. Pa seguía mis pies con los ojos.

Mierda. Ahí no. Señaló. Tú sabes de todo, Hans, supongo, dijo él, sin quitarme ojo. Hasta la cosa más pequeña que se te pasa por la cabeza tienes que contársela a alguien. Así todos se enteran. Para que alguien haga lo que hay que hacer, y tú no tengas que hacerlo, Dios, ahí no, *allí.* ¿No es así, Hans? ¿No te escaqueas siempre de todo? No estás profundizando lo suficiente. Yo nunca supe arreglármelas como tú. ¿Cómo es que siempre te las arreglas para que otro haga las cosas por ti? Eres como un chuloputas, pero del trabajo. Tienes que profundizar más. Ya te lo he dicho.

No es cosa mía arreglar las correas.

Eh, mete las manos, *tus manos.* Está limpio. Era lo que hacías con el estiércol. ¿Por qué no es tu trabajo? ¿Estás muy

ocupado follándote a las ovejas? Inténtalo allí. Ya deberías haberte topado con ella. No, *allí,* no ahí.

Jamás he arreglado las correas.

Joder, es que hasta ahora no ha sido necesario. Jorge, podrías dejar de acariciar esa estúpida arma con la polla y usar las dos manos.

Tengo frío, Pa.

Y yo. Por eso tienes que encontrar esa botella.

Si la encuentro, ¿podré echar un trago?

¿Desde cuándo eres un hombre?, ¿desde ayer?

Ya he echado unos pocos, Pa.

Ja. ¿De qué? ¿Has oído eso, Hans? Que ha echado algunos. Como medicina tal vez, como dice ma. El alcohol, el alcohol, Jorge Segren… ja. Que ha echado algunos dice. Ha echado algunos.

Pa.

Ha echado algunos. Ha echado algunos. Ha echado algunos.

Pa. Tengo frío, Pa.

Puede. Limítate a buscar, por amor de Dios, deja de revolotear como un pollo loco.

Bueno, de todas formas estamos acabados, dijo Hans.

Estamos acabados si no encontramos esa botella.

Tú estás acabado. Tú eres el que necesita esa botella. Ni Jorge ni yo la necesitamos, pero ahí estás tú, viejo, ¿eh? Perdido en la nieve.

Se me habían mojado los guantes. La nieve se me había metido bajo las mangas. Ya estaba abriéndose camino dentro de mis botas. Me detuve y saqué lo que pude con el dedo.

Tal vez el café de ma esté aún caliente, dije.

Tú lo has dicho. Sí. Tal vez. Pero es *mi* café, chaval. Siempre me quedo sin él. Ni siquiera he desayunado. ¿Por qué paras? Vamos. Joder, Jorge, hace frío.

Lo sé mejor que tú. Tú estás ahí sentado, seco, tan a gusto, mandando; pero yo estoy haciendo todo el trabajo y llenándome de nieve.

Tú lo has dicho. Sí. Así es.

Pa se apoyó en el respaldo y se echó unas risas. Tiró de la manta hacia él, y Hans hacia su lado.

Es más fácil mantenerse en calor si te mueves, cualquiera lo sabe. ¿No es así, Hans? Es más fácil entrar en calor moviéndose, ¿no?

Sí, dijo Hans. Si no tienes una manta.

¿Lo ves, Jorge? Si sigues moviéndote… mantendrás el calor. Sería una pena que se te congelara el pis. Y moverse previene que te salgan callos en el culo. ¿No, Hans?

Así es.

Hans lo sabe bien. No es más que un manojo de callos.

Si te muerdes la lengua, te envenenas.

No puedo encontrarla, Pa. Tal vez el café de ma esté todavía caliente.

Maldito llorón, no estás buscando. Sigue pisando como es debido, como te dije, y encuéntrala. Encuéntrala rápido, ¿oyes? No volverás a subir al trineo hasta que lo hagas.

Empecé a saltar, no muy rápido, y Pa se sonó la nariz con los dedos.

El frío hace que se te salgan los mocos, dijo él, nos ha jodido.

Si encontrara la botella la enterraría con el pie en la nieve. La pisaría y pisaría hasta que se hundiera bajo la nieve. Pa nunca sabría dónde estaba. Tampoco volvería al trineo. De todas formas, ellos no iban a ninguna parte. Volvería a casa aunque estuviera a una buena tirada. Al echar la vista atrás podría ver nuestras huellas entre los surcos del camino. Se juntaban antes de perderse de vista. Estaría caliente en casa y merecería la pena el paseo. Era aterrador, ese espacio blanco infinito. Tendría que mantener la cabeza baja. Estaba rodeado de pendientes sinuosas y montículos. Nunca quise ir a casa de Pedersen. Esa era la lucha de Hans, y de Pa. Yo solo tenía frío… frío… y estaba asustado y cansado de la nieve. Eso es lo que haría si la encontrara, enterrarla bajo un montón de nieve. Y luego más tarde, mucho más tarde, en primavera, vendría aquí y encontraría la botella, que sobresaldría de la nieve moribunda, pegada al barro como una masa, y volvería a esconderla en el establo para poder echar un trago cuando me diera la gana. Conseguiría cigarrillos de verdad, quizá un cartón, y los escondería también. Y algún día entraría en casa y Pa olería el whisky en mí y pensaría que había encontrado uno de sus escondites. Se pondría como una fiera y no sabría qué decir. Ya sería primavera y pensaría que las había metido todas en casa como solía hacer; al recoger la cosecha, como solía decir.

Miré si había algo que pudiera servir para señalar el lugar pero todo había desaparecido bajo la nieve. Solo había montículos y hoyos y las huellas del patín sobre el camino. Tal vez habíamos encallado en un lodazal. En primavera la espadaña crecería allí y vendrían los mirlos. O tal vez todo estuviese lleno de barro al principio y luego se agrietara al secarse. Pa nunca descubriría cómo di con su botella. Algún día se iba a pasar de chulo y yo metería su cabeza bajo el surtidor o azotaría su esquelético culo con una horca untada de estiércol. Como Hans era también un listillo, entonces algún día…

Jo-der, ¿te quieres mover?

Tengo frío, Pa.

Y vas a tener un frío del tamaño de un cerdo.

Bueno, de todas formas estamos acabados, dijo Hans. No vamos a ninguna parte. Se ha roto la correa.

Pa dejó de mirarme pisotear la nieve. Frunció el ceño mirando a Simon. El caballo estaba tranquilo, con la cabeza baja.

Simon está tiritando, dijo. Debería haberme acordado de que él tiene que estar caliente. Hace tanto frío que lo olvidé.

Pa tiró de la manta que cubría a Hans como si este fuera una cama que estuviera deshaciendo, y bajó del trineo. Hans chilló pero Pa no hizo caso. Con la manta arropó a Simon.

No tenemos que dejar que Simon se pare. Si no, se quedará agarrotado.

Pa acarició las patas de Simon con suavidad.

No parece que el trineo le haya hecho ningún daño.

La correa se ha roto.

Entonces Hans se puso en pie. Se golpeó el cuerpo con las manos y empezó a moverse, nervioso.

Tenemos que llevarlo a casa, dijo.

A casa, eh, dijo Pa, mirando a Hans de reojo con una extraña mueca en la cara. Hay un buen trecho.

Puedes ir montado en él, dijo Hans.

Pa parecía realmente sorprendido, con una sonrisa aún más extraña. No era propio de Hans decir eso. Hacía demasiado frío. Eso hacía que Hans fuese más considerado de lo habitual. Había algo bueno en el frío.

¿Por qué?

Pa caminaba con dificultad en la nieve, dando palmadas a Simon, pero con la mirada puesta en Hans, como si fuera este el que pudiera darle una coz.

Hans echó un chorro largo e impaciente.

Hostia, la correa.

Hans estaba siendo muy cuidadoso. Estaba muerto de frío. Tenía la nariz roja. Pa la tenía blanca pero no parecía estar congelada. Solo estaba blanca, como siempre, como una parte de él que hubiera muerto hacía tiempo. Me pregunté de qué color la tendría yo. Mi nariz era más grande y afilada. Era como la de ma, decía ella. Yo era más grande, en general, que Pa. Y también más alto que Hans. Me pellizqué la nariz, pero mis guantes estaban mojados, así que no pude sentir nada, excepto que me dolía la nariz cuando la pellizcaba. No podía estar demasiado fría. Hans señaló los extremos de la correa, que se arrastraban en la nieve.

Haz un nudo, dijo Pa.

No va a aguantar, dijo Hans, sacudiendo la cabeza.

Hazlo bien, y lo hará.

Hace demasiado frío como para hacer un buen nudo. El cuero está demasiado tieso.

Joder, no, no está demasiado tieso.

Bueno, pero es muy grueso. No podemos atar algo así.

Puedes hacerlo.

Se doblará.

Pues que se doble.

Simon no podrá tirar del trineo con eso doblado.

Pues tendrá que hacer lo que pueda. No voy a dejar el trineo aquí. Joder, podría volver a nevar antes de regresar con una correa nueva. ¿O volverías tú?, ¿eh? Cuando vuelva a casa

me quedaré allí y me tomaré el desayuno aunque sea la hora de cenar. No volveré aquí en medio de otra tormenta para acabar como el chico de Pedersen.

Sí, dijo Hans, asintiendo. Saquemos ese maldito trasto de aquí y llevemos a Simon a casa antes de que se agarrote del todo. Ataré la correa.

Hans se bajó del trineo y yo dejé de patear la nieve. Pa no quitaba ojo a Hans desde el otro lado de Simon y lo pillé sonriendo como si estuviera pensando en algo guarro. Me iba a subir al trineo pero Pa me gritó y me hizo reanudar la búsqueda.

A lo mejor la encontramos cuando movamos el trineo, dije.

Pa se rio pero no de lo que yo había dicho. Abrió mucho la boca, mirando a Hans, y se rio con fuerza, aunque su risa era tranquila.

Sí, tal vez lo hagamos, dijo, y dio a Simon otra palmadita. Tal vez lo hagamos, ¿eh?

No encontré la botella y Big Hans hizo el nudo en la correa. Tuvo que quitarse los guantes para hacerlo pero lo hizo rápido y lo admiré por ello. Pa engatusaba a Simon mientras Hans, empujando hacia arriba, jadeaba. El caballo se liberó y de repente se puso en movimiento, se deslizó fuera del hoyo. Escuché un ruido parecido al de un cristal de una bombilla al quebrarse. Una mancha marrón se extendió sobre las huellas del trineo. Pa miró por encima del hombro hacia la mancha, con las manos en la brida, las piernas abiertas sobre la nieve.

Oh no, dijo. Oh no.

Pero Big Hans empezó a reírse a carcajadas. Sacó una pierna de la nieve. Se golpeaba. Sacudía los hombros. Se agarraba la tripa. Se balanceaba de atrás hacia delante. Oh, oh, oh, chillaba, y se llevaba la mano a los costados. Se le caían las lágrimas por las mejillas. Tú, tú, tú, aullaba. Las mejillas de

Hans, su nariz, su cabeza, todo lo tenía rojo. La encontramos, la encontramos, la encontramos, se ahogaba.

Pa estaba totalmente congelado. El pelo blanco que le sobresalía del gorro tenía un aspecto duro y afilado, y parecía brillar como la nieve. Big Hans seguía riéndose. Nunca lo había visto reír así. Se tambaleó, desfalleció… Pa estaba inerte como una estaca. Hans empezó a jadear y resoplar, estaba hecho polvo. En un minuto volvería a tener frío, estaría exhausto, y desearía poder beber de esa botella. Su rotura lo había embriagado. La mancha había dejado de expandirse y se mezclaba con la nieve, burbujeante y frágil. Podíamos derretir la nieve y bebérnosla, pensé. Necesitaba esa botella desesperadamente. Odiaba a Hans. Lo odiaría siempre, mientras hubiera nieve.

Hans jadeaba cuando Pa me mandó subir al trineo. Después Hans se subió con torpeza. Pa le quitó la manta a Simon y la arrojó al trineo. Luego hizo que Simon se pusiera en marcha. Me cubrí con la manta para dejar de tiritar. Nuestro fogón, pensé, era negro… joder… negro… lleno de un hollín negro maravilloso… y brillaba a través de sus agujeros como las cerezas. Pensé en la tetera humeante, el vapor tan vivo, siseando blanco y cálido, no como mi aliento, que salía cada vez más despacio y pendía como una nube cargada e inerte en el aire muerto.

Hans saltó.

¿Adónde vamos?, dijo. ¿Adónde vamos?

Pa no dijo nada.

Ese no es el camino, dijo Hans. ¿Adónde vamos?

El arma me hacía daño en el estómago. Pa miraba a la nieve, bizqueaba.

Por amor de Dios, dijo Hans. Siento lo de la botella.

Pero Pa siguió su camino.

2

La arboleda estaba plagada de espinosos arbustos que medraban en torno a las bases de los árboles cubiertos de nieve. Los robles se alzaban, sus ramas se erguían, su corteza era oscura y arrugada. En ciertos puntos pude ver hierbas muertas cubiertas de escarcha congelada hasta la raíz y montones de nieve apilada de los que emergían las negras espinas del agracejo. El viento había arrojado algunas ramas sobre los montículos de nieve. Se veían sombras de otras ramas en la nieve, y en la cima del montículo el sol las curvaba. El terreno se elevaba tras la arboleda. La nieve trepaba por la pendiente. Pa y Hans llevaban sus escopetas. Avanzamos con sigilo en medio de las paredes de nieve. Podía escuchar nuestra respiración y el crepitar de la nieve, la tierra y nuestras botas. Íbamos despacio y teníamos frío.

Sobre la nieve, a través de las ramas, pude ver la cubierta de la casa de Pedersen, y un poco más cerca el tejado del establo de Pedersen. Nos dirigíamos al establo. De vez en cuando Pa se detenía para ver si había humo, pero no había nada en el cielo. Big Hans tropezó con un arbusto y una espina le atravesó el guante de lana. Pa hizo una seña a Hans para que guardase silencio. Podía sentir el arma a través del guante, pesada y fría. Por donde íbamos la tierra apenas estaba cubierta de nieve. La mayor parte del tiempo fijaba la mirada en los talones de Big Hans, porque me dolía el cuello si miraba hacia arriba. Cuando lo hacía, buscando humo, la brisa me agarraba de la mejilla y tiraba de mi piel como para despegarla del hueso. No pensaba en gran cosa salvo en cómo seguir los talones de Hans y cómo, incluso bajo mi gorro, me quemaban los oídos, y cómo me dolían los labios y cómo el simple hecho de moverme me hacía daño. Pa siguió hasta donde un viento salvaje se había adentrado entre los robles y había barrido

restos de nieve hasta estrellarlos contra los troncos de los árboles. A veces teníamos que abrirnos paso entre pequeños montículos de nieve para evitar rodeos. A medida que avanzábamos el tejado de la casa de Pedersen se asomaba sobre las laderas, hasta que finalmente rebasamos una de las esquinas y vi aparecer la chimenea, muy negra bajo el sol, en medio de la pendiente brillante y abrupta, como un puro apagado en la nieve.

Pensé: el fuego se ha apagado, deben de estar congelados.

Pa se detuvo y asintió ante la chimenea.

Ya ves, dijo con tristeza Hans.

Justo entonces vi una nube de nieve suspendida sobre lo alto de un montículo y sentí que los ojos me escocían. Pa miró al cielo enseguida pero ya se había despejado. Hans pisoteó con fuerza, agachó la cabeza, y maldijo en un susurro.

Bueno, dijo Pa, parece que hemos hecho el viaje en balde. No hay nadie en casa.

Los Pedersen están muertos, dijo Hans, todavía cabizbajo.

Cierra la boca. Vi que los labios de Pa estaban agrietados… su boca no era más que un agujero seco, seco. Un músculo le palpitaba en la mandíbula. Cierra el pico, dijo.

Un trozo de nieve se desprendió de repente desde lo alto de la chimenea y desapareció. Me quedé tan quieto como pude, embutido en mi ropa, con la nieve colgando de mis ojos de un modo raro, solo, asustado por el espacio que se abría hueco en mi interior, un yermo desnudo y cegador como el yermo que había fuera, ardiendo de frío, como un mar crispado, y quería acurrucarme, poner la cara entre mis muslos, pero sabía que las lágrimas pegarían mis pestañas al helarse. Mi estómago empezó a rugir.

¿Qué te pasa, Jorge?, dijo Pa.

Nada. Reí nervioso. Tengo frío, supongo, dije. Eructé.

Dios, dijo Hans en voz alta.

Cierra el pico.

Clavé la punta de la bota en la nieve. Quería sentarme y si hubiera tenido dónde, lo habría hecho. Todo lo que quería era volver a casa o sentarme. Hans había dejado de patear el suelo y no quitaba ojo a la arboleda que habíamos atravesado para venir.

Si hubiera alguien en la casa, dijo Pa, habría encendido la chimenea.

Se sorbió los mocos y se limpió la nariz con la manga.

Si hubiera alguien, ¿ves? Empezó a elevar la voz. Cualquiera que estuviera en esa casa habría encendido el fuego. Con toda seguridad, los Pedersen han salido a buscar al imbécil del chico. Probablemente salieron perdiendo el culo sin importarles el fuego. Ahora se ha apagado. Su voz se envalentonó. Lo primero que habría hecho cualquiera que hubiera venido mientras ellos estaban fuera, y hubiera entrado en la casa, sería un fuego en alguna parte, y veríamos el humo. Hace un frío de cojones como para no hacerlo.

Pa cogió la escopeta que llevaba abierta sobre su brazo izquierdo y montó el cañón, de forma lenta y deliberada. Se le cayeron dos cartuchos y los metió en el bolsillo del abrigo.

Eso significa que no hay nadie en casa. No hay humo, dijo con énfasis, y eso significa que no hay *nadie.*

Big Hans suspiró. Vale, farfulló desde la distancia. Vámonos a casa.

Quería sentarme. Aquí estaba el sofá, aquí la cama –la mía– blanca y mullida. Y las escaleras, frías y chasqueantes. Y yo sufría ese dolor de muelas seco y frío que tenía siempre en casa, y esa tormenta de frío en la tripa, y me escocían los ojos.

Sobre la masa estaba la huella del trasero del chico. Me quería sentar. Quería volver al sitio donde habíamos atado al caballo Simon y sentarme, entumecido, en el trineo.

Sí, sí, sí, vamos, dije.

Pa sonrió –ay, el cabrón, el *cabrón*– y no sabía ni la mitad de lo que yo sabía ahora, con el corazón entumecido, y las orejas escaldadas.

Al menos podríamos dejar una nota que diga que Big Hans salvó a su hijo. Me parece que es de buenos vecinos. Y hemos recorrido un largo camino, ¿no creéis?

¿Qué cojones sabes tú lo que es de buenos vecinos?, gritó Hans.

De una sacudida tiró los cartuchos y les dio una patada. Uno de ellos fue a incrustarse en un montón de nieve de forma que solo asomaba la punta del casquillo. El otro se hundió en la nieve antes de romperse. La pólvora se derramó bajo sus pies.

Pa empezó a reír.

Vamos, Pa, tengo frío, dije. Mira, no soy valiente. No lo soy. Me da igual. Lo único que tengo es frío.

Déjate de lloriqueos. Todos tenemos frío. Big Hans tiene un frío del demonio.

Claro, ¿y tú no?

Hans estaba triturando los granos negros.

Sí, dijo Pa, mientras sonreía. Algo. Tengo un poco. Se dio la vuelta. ¿Crees que puedes encontrar el camino de vuelta, Jorge?

Continué y se rio otra vez, con una carcajada horrible, maldita sea su alma. Lo odiaba. Joder, no sabes cómo. Pero no como a un padre. Sino como al mismísimo infierno.

De todas formas, nunca me gustó ese cabrón de Pedersen, dijo mientras nos poníamos otra vez en camino. Pedersen es de esos que siempre buscan problemas. Los pide de rodillas. Dejemos que él mismo descubra lo de su hijo. Sabe dónde vivimos. No es de buenos vecinos, pero nunca dije que lo quisiera como vecino.

Sí, dijo Hans. Dejemos que el viejo cabrón lo descubra por sí mismo.

Debería haber mantenido a su hijo detrás de su cercado. ¿En qué andaba pensando al enviarnos a su hijo para que lo cuidásemos? Pidió la nieve. Pidió de rodillas la nieve. ¿Estaba preparado? ¿Eh? ¿Lo estaba? ¿Para la *nieve*? Nadie está preparado nunca para la *nieve*.

El viejo cabrón no habría venido a decírtelo si hubiera sido yo el que me hubiera perdido, dije, pero no era consciente de lo que decía, era solo por hablar. Por muy vecino que sea, se lo tiene merecido. Sentía el trineo deslizarse debajo de mí.

Ni puta idea, dijo Hans.

Iba deprisa. No me preocupaba de mantener la cabeza agachada. Tenía la mirada clavada en los espacios entre los árboles. Buscaba el sitio donde habíamos dejado a Simon y el trineo. Pensé que vería a Simon primero, quizá un resuello tras un montón de nieve, o junto al tronco de un árbol. Me resbalé con un poco de nieve que el viento no había apartado del camino que habíamos tomado. Aún tenía el arma en la mano derecha, por eso perdí el equilibrio. Cuando me apoyé sobre la pierna contraria, me hundí en la nieve hasta el codo entre las espinas del agracejo. Me eché hacia atrás y me pegué un buen golpe. A Hans y a Pa les pareció divertido. Pero las piernas que tenía delante de mí no eran mías. Me había evaporado en el aire abrasador. Era raro. De la nieve que había apartado con el pie sobresalía el casco de un caballo y no sentí terror o sorpresa alguna.

Parece un casco, dije.

Hans y Pa guardaron silencio. Los miré desde abajo, en la lejanía. Nada ahora. Tres hombres en la nieve. Una bufanda roja y unos mitones… el hielo y el carbón de alguien… una estampa de enero. Pero ¿qué había tras ellos en las colinas vacías? Entonces me asaltó de golpe el pensamiento: vino a caballo hasta aquí. Miré el casco y la herradura que desentonaban en aquella estampa. No hay caballos muertos en enero. Y sobre las colinas nevadas habría huellas de trineo y árboles verdes y toboganes. Hasta aquí llegó. O un lago helado y patinadores ruidosos. Tres hombres. Ni de coña: uno. Un caballo muerto y una escopeta. Y la cuestión se me planteó de forma clara, como si una chica hubiera salido del calendario gritando: ¿es que no vas a levantarte y ponerte en marcha? Quizá era una postal navideña. El enorme tronco y la madera naranja sobre la que estaba despatarrado en mi pijama de franela. Me acababan de dar una pistola que disparaba balines. Y la pregunta era: ¿me iba a levantar y seguir andando? Los zapatos de Hans, y los de Pa, estaban tan rígidos como las herraduras del caballo. ¿Los habían herrado a golpe de martillo?, ¿habían robado sus cuerpos? ¿Quién los había dejado ahí de pie? Y las galletas de Navidad moldeadas con la silueta del culo muerto y húmedo del chico… tal vez rematadas con una guinda para dar un toque de color a la pálida masa… una brasa del fogón. Pero no podía decir tan solo que parecía un casco o una herradura y seguir adelante porque Hans y Pa estaban detrás de mí esperando con sus gorros de lana y sus mitones… como una estampa de enero. Sonreía. Estaba aprendiendo a patinar.

Parece que vino a caballo hasta aquí.

Por fin Pa dijo con voz plana: ¿de qué estás hablando?

Dijiste que él tenía un caballo, Pa.

¿De qué hablas?

De este caballo de aquí.

¿Acaso no has visto una herradura antes?

Es solo el casco de un caballo, dijo Hans. Sigamos.

¿De qué estás hablando?, dijo Pa de nuevo.

Del hombre que asustó al chico de Pedersen. El hombre al que vio.

Y una mierda, dijo Pa. Es uno de los caballos de Pedersen. Reconozco la herradura.

Es cierto, dijo Big Hans.

Pedersen solo tiene un caballo.

Es este de aquí, dijo Big Hans.

Este caballo es castaño, ¿no?

El caballo de Pedersen tiene las patas traseras de color castaño. Me acuerdo, dijo Big Hans.

El suyo es negro.

Tiene las patas traseras de color castaño.

Empecé a apartar un poco la nieve. Sabía que el caballo de Pedersen era negro.

Qué cojones, dijo Hans. Vamos. Hace mucho frío para estar aquí discutiendo sobre el color del puto caballo de Pedersen.

El caballo de Pedersen es negro, dijo Pa. No tiene nada de castaño.

Big Hans se giró enfadado hacia Pa. Dijiste que reconocías la herradura.

Eso pensé. Pero no.

Seguí apartando la nieve. Hans se inclinó y me empujó. Ahí donde la nieve le cubría el pelaje, el caballo era blanco.

Es castaño, Hans. El caballo de Pedersen es negro. Este, castaño.

Hans siguió empujándome. Maldito seas, dijo una y otra vez con una extraña voz aguda.

Sabías desde el principio que no era el caballo de Pedersen.

Siguió como si cantara. Me levanté con mucho cuidado, mientras quitaba el seguro. Más avanzado el invierno quizá alguien tropezaría con sus zapatos, que sobresaldrían en la nieve. Disparar a Hans parecía algo que ya había hecho. Sabía dónde guardaba su arma –bajo esas revistas en su cajón– y aunque en realidad no se me había ocurrido antes, todo este asunto se me presentó de una forma tan natural que debió de haber sucedido así. Por supuesto que les disparé a todos: a Pa en su cama, a ma en la cocina, a Hans cuando volvía de hacer sus tareas. Muertos no serían muy distintos, lo único que no harían tanto ruido.

Jorge, ten cuidado con ese trasto, Jorge. Jorge.

Se le había caído la escopeta sobre la nieve. Levantó ambas manos. Luego estuve un rato a solas en cada habitación.

Eres un cobarde, Hans.

Reculaba lentamente, tratando de protegerse de mí –protegerse, protegerse.

Jorge… Jorge… ey… Jorge… Como si cantara.

Después le di un repaso a sus revistas, polla en mano, cachondo de la cabeza a los pies.

Te he disparado, gallina Hans. Ya no puedes gritarme o empujarme o pellizcarme el culo en el establo.

Ey, espera, Jorge, escucha. ¿Qué? Jorge… espera… Como si cantara.

Después solo el viento y el calor del fogón. Tiritando, me ponía de puntillas. Pa se acercó y moví la escopeta para tenerlo

a tiro. Seguí moviéndola de atrás adelante… Hans y Pa… Pa y Hans. Adiós. La nieve se amontonaba en las esquinas de la ventana. En primavera cagaría con la puerta abierta, mirando a los mirlos.

No seas estúpido, Jorge, dijo Pa. Sé que tienes frío. Nos iremos a casa.

… gallina, gallina, gallina, gallina… Como si cantara.

Vamos, Jorge, no soy gallina, dijo Pa, con una sonrisa encantadora.

Os he metido a los dos un par de tiros.

No seas idiota.

Me he liado a tiros con la casa entera. Con vosotros también.

Qué gracia, no lo siento.

No se siente, ¿no? ¿Lo sienten los conejos?

Está loco, joder, Mag, está loco.

Yo no quería. Nunca lo escondí como hiciste tú, dije. Nunca le creí. No soy el gallina pero tú tú me hiciste me hiciste venir, vosotros sois los hombres gallinas gallinas, siempre fuisteis los gallinas.

Tienes frío, eso es todo.

Congelado o loco, joder, es lo mismo.

Tiene frío, eso es todo.

Entonces Pa me arrebató el arma y se la guardó en el bolsillo. Llevaba la escopeta colgando de su brazo izquierdo pero se las ingenió para darme una bofetada, y me mordí la lengua. Pa escupió. Me di la vuelta y salí corriendo camino abajo por donde habíamos venido, tapándome la cara con la mano para aliviar el escozor.

Tú, mocoso de mierda, me llamaba a gritos Big Hans.

3

Pa volvió al trineo, donde me había acurrucado bajo la manta, y sacó una pala de la parte de atrás.

¿Te sientes mejor?

Algo.

¿Por qué no bebes un poco de café?

Se habrá quedado frío. De todos modos no me apetece.

¿Y unos sándwiches?

No tengo hambre. No quiero nada.

Pa se puso en camino con la pala.

¿Qué vas a hacer con eso?, dije.

Cavar un túnel, dijo, y al rodear un montón de nieve, mientras el sol se reflejaba en la pala, desapareció de mi vista.

Casi lo llamé para que regresara pero recordé esa mueca en su cara, así que no lo hice. Simon piafaba. Me arropé más con la manta. No le creía. Durante una décima de segundo, cuando lo dijo, le creí. Tenía que ser una broma. Y yo tenía tanto frío que no estaba para bromas. ¿Para qué quería una pala? No tenía sentido que cavara por el caballo. Se veía que no era el de Pedersen.

Pobre Simon. Era mejor que ellos. Nos habían dejado en medio del frío.

Pa se había olvidado de la pala del trineo. Yo podía haberla utilizado para buscar su botella. Eso había sido una broma también. Pa se había sentado allí y pensaba mira qué gracioso es Jorge, mientras yo pateaba la nieve, a ver si se acuerda de la pala. Sería divertido si a Jorge se le olvidara, pensaría él, sentado ahí tan a gusto bajo la manta, moviendo la cabeza de

arriba abajo como un pollo. Cuando volviéramos a casa iba a oír esa historia hasta ponerme enfermo. Bajé la cabeza y cerré los ojos. Muy bien. No me importaba. Lo soportaría con tal de estar caliente. Pero no podía estar bien. Pa debió de haberse olvidado, igual que yo. Necesitaba esa botella desesperadamente. Ahora ya no había nada. Hacía más frío cuando cerraba los ojos. Intenté pensar en la ropa interior y las chicas de las fotos. Me dio un calambre en el cuello.

¿De quién era el caballo entonces?

Decidí mantener los ojos cerrados un poco más, para ver si podía hacerlo. Luego decidí que no. Había una ráfaga de luz en mis ojos. Era más brillante que la nieve, igual de blanca. Los abrí y me estiré. Tener la cabeza baja me mareaba. Todo estaba borroso. Había muchas líneas azules en movimiento.

¿Es que acaso conocían al caballo? A lo mejor era el de Carlson, o incluso el de Schmidt. Tal vez Carlson era el hombre de los guantes amarillos, o Schmidt, y el chico, como entró de repente al volver del establo y no sabía que Carlson estaba allí, lo vio en la cocina con la escopeta en la mano, igual que si hubiera sido Schmidt, y se asustó y salió corriendo, porque no lo entendía y había estado nevando mucho, y cómo había llegado Schmidt allí, o Carlson, si es que era uno de ellos, así que el chico se asustó y salió corriendo y llegó a nuestro pesebre, donde la nieve se amontonó en torno a él hasta que Hans lo encontró por la mañana.

Y nosotros habíamos sido unos completos idiotas. Hans en especial. Temblé. El frío se había asentado en mi tripa. El sol enfilaba hacia el oeste. Cerca de él estaba brumoso el cielo. La base de los montones de nieve se estaba volviendo azul.

Él no habría tenido tanto miedo. ¿Por qué Carlson o Schmidt iban a salir en medio de una tormenta como esa? Si alguien se había puesto enfermo, quedaba más cerca el pueblo que los Pedersen o nosotros. El camino, con este tiempo, era

muy largo. No se habrían dejado pillar desprevenidos. Pero si el caballo era robado, ¿a quién se lo podían haber quitado si no era a Carlson o a Schmidt o incluso a Hansen?

Él va al establo antes de la nevada, seguramente por la noche, y sabe de caballos. Lo conduce hacia fuera con la ayuda de un puñado de avena o de heno. Huye. Luego se levanta la tormenta. Le cuesta mucho mantenerse sobre el caballo, se curva por el viento, se inclina hacia delante para atisbar las cercas, cualquier señal, un camino. Consigue llegar a la arboleda. Es posible que no conozca el terreno. El caballo se tropieza con el agracejo, recula, se le doblan las patas; o una rama baja de un roble que no ve lo derriba sobre la nieve; o se resbala del caballo cuando este se encabrita al clavársele las espinas del agracejo. El caballo vaga un trecho, no se va muy lejos. Luego se detiene, para siempre. Y él… él está aturdido, quemado por el viento, desgastado como una piedra en un arroyo. Está cansado y congelado por el aguanieve. El viento aúlla. Lo ciega. Está hambriento, aterido, asustado. La nieve le escuece en la cara y lo desgasta poco a poco. En silencio, solo, con el viento amontonando nieve a sus costados. Hasta que lo cubre. El viento forma una corteza sobre él. Solo con la ayuda de una pala o con una lluvia cálida podrán encontrarlo tumbado junto al caballo.

Me quité la manta de encima y bajé de un salto y corrí por el camino que habíamos abierto entre los montones de nieve y los árboles, me deslicé, hice incisiones aquí y allá, luché contra mi rigidez, pero mantuve la cabeza alta todo el tiempo, mientras miraba hacia delante con cautela.

No estaban junto al caballo. El casco y la parte de la pata que yo había destapado yacían al lado del camino como si no estuvieran unidos a nada. Verlos así, como si hubieran caído de uno de los árboles debido a una ráfaga de viento, me heló la sangre. Ahora había una ligera brisa y noté que mi lengua estaba dolorida. Las huellas de Hans y Pa llegaban más lejos,

hacia el establo de Pedersen. Ya no estaba alterado. Recordé que había dejado la manta en el asiento en lugar de cubrir a Simon con ella. Pensé en volver. Pa había hablado de un túnel. Tenía que tratarse de una broma. Pero ¿qué iban a hacer con la pala? Quizá lo habían encontrado junto al establo. ¿Y si de verdad era Schmidt o Carlson? Pensé en quién de los dos prefería que fuese. Caminé despacio sobre las huellas de Pa. Ahora iba con la cabeza baja. El tejado del establo de Pedersen se hizo más grande; el cielo, más brumoso; por aquí y por allá pequeñas nubes de nieve brincaban desde lo alto de un montón como si las hubieran pellizcado, y se alejaban navegando a toda vela.

Estaban haciendo un túnel. No me oyeron acercarme. Estaban haciendo un túnel de verdad.

Hans estaba cavando en el montículo más grande. Se extendía desde la arboleda y llegaba hasta el establo haciendo una curva. Se encontraba con el tejado en su parte más baja y flotaba sobre él como si debajo no hubiera establo alguno. Parecía que la nieve de todo el invierno se hubiera acumulado allí. Si el montículo no terminase en la arboleda, habría sido genial para montar en trineo. Se podría poner una escalera en el alero del tejado y lanzarse desde allí. La corteza parecía lo bastante dura.

Hans y Pa habían abierto un agujero de unos tres metros en un lateral. Hans cavaba y Pa lo iba apilando en pequeños montones tras él. Calculé que habría casi treinta metros hasta llegar al establo. Si hubiéramos estado en casa en vez de ahí, pasando frío, habría sido divertido. Pero llevaría todo el día. Eran unos auténticos imbéciles.

He estado pensando, solté, y Hans, dentro del túnel, se detuvo con la pala llena de nieve en el aire.

Pa ni se giró ni se detuvo.

Puedes ayudar a cavar, dijo.

He estado pensando, dije, y Hans dejó caer la pala, de modo que la nieve se derramó, y salió del túnel. He estado pensando, continué, que estáis cavando en el sitio equivocado.

Hans señaló la pala. Ponte a cavar.

Necesitamos algo para cargar la nieve, dijo Pa. La distancia es cada vez mayor.

Pa daba patadas a la nieve y sacudía los brazos. Estaba sudando, lo mismo que Hans. Aquello era muy estúpido.

Digo que estáis cavando en el sitio equivocado.

Díselo a Hans. Es idea suya. Él es el gran cavador.

Tú pensaste que era una buena idea, dijo Hans.

No.

Bueno, dije, no es probable que lo encontréis ahí.

Pa rio entre dientes. Tampoco él va a encontrarnos a nosotros.

Él no va a encontrar a nadie si está donde pienso.

Oh, sí –*piensas*–. Hans se acercó. ¿Dónde?

Eso es lo más lejos que llegó. En realidad no me importaba nada lo que hiciera Hans. Podía acercarse lo que quisiera. En la nieve junto al caballo.

Hans se puso a cavar pero Pa se mordía el labio y sacudió la cabeza.

Quizá Schmidt o Carlson, dije.

Quizá Schmidt o Carlson, y una mierda, dijo Pa.

Por supuesto, gritó Hans.

Hans levantó la pala, furioso, y se dirigió hacia mí con ella en la mano como si fuera un hacha.

Hans ha trabajado como una mula, dijo Pa.

Nunca lo acabarás.

No.

Es más alto de la cuenta.

Cierto.

Entonces, ¿por qué lo estás cavando?

Hans. Hans quiere que lo haga.

¿Por qué cojones?

Para poder llegar al establo sin que nos vean.

¿Y por qué no cruzar por detrás del montón de nieve?

Hans. Hans dice que no. Hans dice que él podría vernos desde una ventana del piso de arriba.

Qué hostias.

Tiene un rifle.

Pero quién sabe si está arriba.

Nadie. Ni siquiera sabemos si está ahí. Pero el caballo sí.

Está donde os he dicho.

No. Solo deseas que estuviese allí. Igual que Hans, ¿no? Pero no es así. ¿Entonces qué vio el chico, su fantasma?

Caminé hasta el final del túnel. Todo parecía azul. El aire estaba húmedo, inerte. Podía haber sido divertido, con la nieve sobre mí, dura y áspera, el entusiasmo del túnel, los juegos. Como si fuera una mina, con el sonido ahogado, las marcas de la pala en la nieve. Sabía bien cómo se sentía Hans. Habría sido maravilloso excavar, desaparecer bajo la nieve como un topo en su madriguera, dormir al raso bajo sábanas suaves, a salvo. Retrocedí. Íbamos a buscar a Hans para irnos a casa. Pa me dio el arma con una sonrisa.

Oímos la pala romper la corteza y a Hans jadear. Utilizaba la pala como si fuera una horca. Cortaba la nieve en pedazos

alrededor del caballo. Gruñía cuando clavaba la pala. Después empezaba a golpear la nieve con la pala, alisándola, rasgando luego la corteza con el borde.

Hans. Es inútil, dijo Pa.

Pero Hans siguió aporreando con la pala, la clavaba y alisaba la nieve, daba golpes por aquí y por allá como si tratara de matar una serpiente.

Pierdes el tiempo. Es inútil, Hans. Jorge estaba equivocado. No está junto al caballo.

Pero Hans siguió, cada vez más rápido.

Hans. Pa tuvo que subir el tono.

La pala se clavó en la nieve. Golpeó una piedra y sonó. Hans se arrodilló y se puso a quitar nieve con las manos, a zarpazos. Cuando vio la piedra se detuvo. De rodillas sobre la tierra, se limitó a mirarla.

Hans.

El muy cabrón. Lo habría matado.

No está aquí, Hans. ¿Cómo iba a estarlo? El chico no lo vio aquí, lo vio en la cocina.

Hans no parecía estar escuchando.

Jorge se equivocaba. No está aquí y punto. Seguro que no está aquí. No podría estar.

Hans agarró la pala como si la empuñara y se puso de pie de un salto. Me miró de una forma tan horrible que olvidé que me era indiferente.

Tenemos que pensar qué hacer, dijo Pa. Lo del túnel no va a funcionar.

Hans no miraba a Pa. Solo me miraba a mí.

Podemos volver a casa, dijo Pa. Podemos volver o jugárnosla cruzando por detrás del montón de nieve.

Hans bajó despacio la pala. Se dispuso a avanzar a rastras por el estrecho camino que llevaba al establo.

Vamos a casa, Hans, dije. Venga, volvamos a casa.

No puedo ir a casa, dijo con voz queda mientras pasaba a nuestro lado.

Pa suspiró y yo me sentí como si estuviera muerto.

PARTE TERCERA

1

La yegua de Pedersen estaba en el establo. Pa la calmaba. Le acariciaba el costado. Reclinaba la cabeza sobre su cuello y le susurraba cosas al oído. Se agitó y empezó a relinchar. Big Hans entreabrió la puerta y se asomó. Hizo una señal a Pa para que la hiciera callar pero Pa estaba ya en el pesebre. Pregunté a Hans si veía algo y Hans negó con la cabeza. Avisé a Pa de que había un cubo. Había conseguido calmar a la yegua. En el cubo había algo que parecían esponjas. Si eran esponjas, estaban duras. Hans se giró y se frotó los ojos. Apoyó la espalda en la pared.

Luego fue Pa el que se puso a mirar por la rendija de la puerta.

No parece que haya nadie en la casa.

Big Hans tenía hipo. Maldijo entre dientes e hipó.

Pa gruñó.

Ahora la yegua estaba tranquila y nosotros respirábamos con cautela, y si se hubiera levantado el viento, o si hubiera arrastrado algo de nieve, no lo habríamos oído. Hacía menos frío en el establo, y la escasa luz se atenuaba sobre el heno y la leña. Estábamos a salvo del sol y sentaba bien reposar los ojos sobre los aparejos y el cuero. Apoyé la espalda en la pared como Hans y me metí el arma en el cinturón. Era agradable tener las manos vacías. Me ardía la cara y me sentía adormilado. Podría abrirme un hueco en el heno. Incluso si había ratas, dormiría con ellas dentro. Todo estaba tranquilo en el establo. Los aperos y arneses colgados de las paredes, y

las palas, los sacos y la arpillera reposaban en el suelo. Nada se movía entre la paja o bajo el heno. La yegua estaba tranquila. Y Hans y yo nos recostamos contra la pared, Hans sorbía y mantenía el aire al respirar, mientras esperábamos a Pa, que no hacía ni un ruido. Solo el rayo de sol que se escurría bajo sus pies y avanzaba sobre el suelo, pálido y peligroso, que se encaramaba al balde, parecía un ser vivo.

No lo parece, dijo Pa por fin. Pero nunca se sabe.

Ahora quién va a ir, pensé. No está lejos.

Luego todo habrá acabado. Es solo cruzar el patio. No hay más distancia que la que había para venir desde el montículo de nieve. Solo vigilan las ventanas. Si él estuvo, ya se ha ido, no hay nada ahí que pueda hacernos daño.

Se ha ido.

Tal vez, Jorge. Pero si vino sobre ese caballo castaño con el que tropezaste, ¿por qué no se llevó esta yegua de Pedersen cuando se fue?

Joder, susurró Hans. Está aquí.

Podría estar en el establo, nunca lo veríamos.

A Hans le dio el hipo. Pa se rio en voz baja.

Maldito seas, dijo Big Hans.

Pensé que así se te quitaría el hipo.

Déjame echar un vistazo, dije.

Debe de haberse ido, pensé. El camino es corto.

Debe de haberse ido. Nunca vino. No está lejos, pero ¿quién cruzará? Logré ver la casa entrecerrando mucho los ojos. La parte más cercana, el comedor, se abría hacia donde estábamos. El porche estaba a la izquierda, algo más lejos. Se podía cruzar hacia la pared más próxima y rodearla bajo las ventanas. Podría

vernos desde la ventana del porche. Pero se ha ido. Aun así no quería atravesar ese pequeño trecho nevado para averiguarlo.

Ojalá Big Hans dejara de hipar. Estaba contando los espacios. Excepto por eso, era agradable estar con la espalda apoyada en la pared. Hubo un largo silencio mientras él contenía la respiración y luego esperamos.

El viento se levantaba en torno al muñeco de nieve. Ya había sombras largas y azules a su alrededor. Al este, el cielo estaba claro. La nieve se filtraba en el porche más allá del muñeco. Un carámbano pendía de la bomba. No había huellas por ningún lado. Pregunté si habían visto al muñeco y oí a Pa gruñir. La nieve le llegaba al muñeco a la cintura. Una ráfaga de viento le había borrado los ojos de la cara. Una chimenea en silencio era una casa vacía.

No hay nadie ahí, dije.

Hans había empezado con el hipo otra vez, así que salí corriendo.

Corrí hacia la pared del comedor y apoyé la espalda en ella, empujando fuerte. Ahora veía nubes en el cielo por el oeste. Se estaba levantando viento. Hans y Pa podían venir. Bordearía la pared. El porche estaba allí. El muñeco de nieve estaba solo, al lado.

Todo despejado, grité, caminando con tranquilidad.

Pa se acercó con cuidado desde el establo con la escopeta entre los brazos. Caminaba despacio, como para hacerse el valiente, pero yo estaba a pecho descubierto y sonreí.

Pa se sentó, abrazándose las rodillas, cuando oí el disparo, y Hans gritó. La escopeta de Pa apuntaba hacia arriba. Reculé hacia la casa. Dios mío, pensé, es real.

Quiero echar un trago.

Yo me apoyaba en la casa. La nieve se apilaba contra ella.

Quiero echar un trago. Me hizo un gesto con la mano.

Cállate. Cállate. Sacudí la cabeza. Cállate. Calla y muérete, pensé.

Quiero beber, estoy seco, dijo Pa.

Pa se sobresaltó al escuchar la escopeta de nuevo. Parecía estar apuntándome con la mano. Mis dedos se deslizaron por los tablones. Intenté aferrarme a ellos pero la espalda se me resbalaba. Sin esperanza, cerré los ojos. Sabía que oiría el arma otra vez, aunque los conejos no lo hagan. Vendría en silencio. Mi espalda se resbalaba. Aunque es difícil atinar en el caso de los conejos, por los saltos que pegan. Pero los perros de las praderas, como pa, se sientan. Sentía copos de nieve contra la cara, deshaciéndose al golpearme. Él me dispararía, eso seguro. ¿La cabeza de pa estaba ladeada? No mires. Sentía cómo los copos caían con suavidad sobre mi cara y se rompían. El resplandor era doloroso, entrecerré los ojos. Esa raja en la cara de pa debe de estar muy seca. No mires. Sí… el viento se estaba levantando… los copos caían más rápido.

2

Cuando tenía tanto frío que ya nada me importaba me arrastré hasta la parte sur de la casa y rompí el marco de la ventana con el arma que había olvidado que tenía, y salté al sótano rasgándome la chaqueta con el cristal. Me dolían los tobillos, así que me acurruqué en un rincón sombrío y mohoso junto a unas cajas. Me dormí inmediatamente.

Pensé que me había despertado enseguida pese a que la luz que entraba por la ventana era roja. Él los metió en el sótano, recordé. Pero me quedé donde estaba, tan frío que parecía estar muy lejos de mí mismo, y me pregunté si todo había sucedido para hacerme bajar a ese sótano como intercambio por el chico

que Pedersen había perdido. Bien, él fue rápido. El chico de Pedersen, tal vez había sido un mensaje de alguna clase. No, me gustaba más la idea de que había sido un intercambio de prisioneros. Había vuelto a mi país. No, era más como si me hubieran dado un país. Una tierra nueva, en blanco. Cada vez más, mientras veníamos, me había deslizado fuera de mí mismo, tal vez empujado por el frío. En cualquier caso sentía la cabeza rara, los ojos me quemaban y veía borroso, estaba hecho trizas. Bien, él era rápido y sigiloso. El conejo simplemente se tropezó. Los tomates no sienten nada al congelarse. Pensé en la suavidad del túnel, en la marca de la pala en la nieve. Supongamos que la nieve tenía treinta metros de espesor. Cada vez más espesa. Una cueva azul y blanca, el azul cada vez más oscuro. Luego los túneles se ramificaban como los árboles. Y habitaciones cómodas. ¿Estábamos ya en febrero? Recordé una película donde los meses se habían desprendido del calendario como si fueran hojas. Chicas en ropa interior roja salían esquiando de mi campo de visión. El silencio del túnel. Cada vez más adentro. Escaleras. Amplias y de gran altura. Y balcones. Ventanas heladas y una tenue luz verdosa. Ah. Todavía habría nieve en febrero. Ahora salgo del establo, con los patines del trineo silbando. Me inclino de manera peligrosa, a pesar de ello, continúo avanzando y me dejo ir. Ahora hacia el desnivel, el desnivel nevado, y el chico de Pedersen, que flota boca abajo. A estas alturas todos se habrán ahogado en la nieve, ¿no? Bueno, más o menos, ¿no? El chico, por matar a su familia. Pero ¿qué pasa conmigo? Congelado. Pero yo me iría antes de que eso sucediese, esa era la buena noticia, ya me iba. Sí. Gracioso. Yo ya era solo algo en lo que mis manos palpaban buscando heridas, como si tuvieran que encontrar las zonas raídas que aparecen en el cuero, o el óxido y la podredumbre en los tornillos y los tablones, y el acceso a esas zonas era complicado y mis dedos, dentro de los guantes, estaban agarrotados, y tenía las yemas ulceradas. Moqueaba. Qué interesante. Y divertido. Me dio un calambre

en la pierna, eso debió de ser lo que me había despertado. En la distancia sentí las partes mullidas de mis hombros bajo la chaqueta, la parte del gorro que coronaba mi frente, y sobre el duro suelo mis pies, aún más duros, y las rodillas apretadas contra el pecho. Las sentía pero de un modo distinto… como la presión de un pestillo a través del acero o la cincha de un arnés de cuero o la presión de la madera contra la tarima del suelo… como una torsión o un pinzamiento, o el doloroso ceder de un juego de poleas tensadas con delicadeza, y barras hinchadas, y manantiales que se desbordan en el recio invierno.

No llegaba a ver la caldera, pero estaba apagada. Sus ascuas se habían enfriado, lo sabía. La ventana rota sostenía un arcoíris y proyectaba un colorido estampado sobre el suelo. En una ocasión el viento traspasó el cristal y trajo un copo de nieve. Las escaleras quedaron a oscuras. Si un rayo de luz bajara los peldaños, supongo que tendría que disparar. Busqué a tientas mi arma. Luego me percaté de la bodega de fruta y la puerta cerrada tras la que estaban los Pedersen.

¿Ya estarían muertos? Casi seguro. Todos menos yo. Más o menos. Big Hans, por supuesto, no lo estaba de verdad, a menos que el tipo le hubiera dado alcance, aullando y corriendo. Pero Big Hans había huido como un cobarde. Eso lo sabía. Casi era mejor que estuviera vivo y la nieve lo hubiera atrapado. No tenía sus revistas pero recordaba su aspecto, desbordantes, embutidas en sus sujetadores.

La puerta, de madera, estaba asegurada con una barra también de madera. La quité sin dificultad pero la puerta seguía atrancada. No debería estar atascada pero lo *estaba,* estaba atascada en la parte de arriba. Intenté echar un vistazo a la parte superior poniéndome de puntillas, pero no podía doblar bien los dedos de los pies y perdía el equilibrio hacia un lado. No tiene sentido que se atasque, pensé. No hay razón para ello. Tiré de nuevo, muy fuerte. Cayó una astilla cuando la puerta se estremeció al abrirse. La habían calzado por arriba.

¿Por qué? La bodega de fruta estaba más oscura y el aire olía a moho.

Tal vez estaban hechos un ovillo como lo estaba el chico cuando cayó. Quizá tuvieran la ropa congelada y el pelo tieso. ¿De qué color tendrían la nariz? ¿Tendría el valor de pellizcárselas? A ver. Si la vieja estaba muerta, le echaría un ojo a la entrepierna. Yo no era ningún Hans para darles friegas. Big Hans se había largado. Ahora le pertenecía a la nieve. Abajo no había ni tetera ni fogones. Antes de hacer algo así, tienes que estar seguro. Pensé en lo duras que se habían puesto las esponjas del cubo.

Volví a esconderme tras las cajas, vigilando las escaleras. Con la luz, la astilla era naranja. Debió de oírme al romper la ventana o cuando la puerta se abrió o cuando la calza cayó. Me estaba esperando tras la puerta en lo alto de las escaleras. Todo lo que tenía que hacer era subir. Me estaba esperando. Todo este tiempo. Nos acechaba mientras estábamos en el establo. Aguardaba a que pa saliera con el arma en los brazos. No corría ningún riesgo, se limitaba a esperar.

Yo sabía que no podía esperar. Sabía que tendría que intentar volver a salir. Allí me estaría esperando también a mí. Me sentaría despacio en la nieve, como pa. Sería una pena, una auténtica pena después de todo por lo que he tenido que pasar, porque estaba al borde de algo maravilloso, sentí cómo temblaba en mí de un modo extraño, en la parte de mí que se elevaba y contemplaba con placidez desde las alturas este montón de ropa tieso. Oh, lo que pa había olvidado. Podríamos haber utilizado la pala. Me habría ayudado a encontrar la botella. Con ella habríamos podido volver a casa. Cerca de la estufa habría vuelto en mí de nuevo. Cerca de ella habría entrado en calor. Pero mientras pensaba en ello, la idea dejó de seducirme. Ya no quería volver en mí de nuevo. No. Me alegré de que hubiera olvidado la pala. Pero él estaba… él estaba esperándome. Pa siempre decía que sabía esperar; que

Pedersen nunca supo. Pero pa y yo no sabíamos, solo Hans permaneció escondido mientras nosotros salimos, mientras el que estaba al acecho nos esperaba. Él sabía que yo no podría esperar. Él sabía que me congelaría.

Quizá los Pedersen estaban solo dormidos. Tenía que asegurarme de que el viejo no me vigilaba. Qué cosas. Pa fingía dormir. ¿Podría también hacerse el muerto? Ella no valía mucho. Gorda. Con canas. Pero un coño es un coño. La luz en la ventana palidecía. El cielo que atinaba a ver estaba nublado. Los trozos de cristal roto habían dejado de lucir. Oía el viento. La nieve se amontonaba junto a la ventana. De una viga pendía una telaraña, enrevesada como una red de cables. Los copos se sucedían uno tras otro y desaparecían. Conté desesperado hasta tres, once, veinticinco. Uno brilló a mi lado. Tal vez los Pedersen *estaban* solo dormidos. Fui hacia la puerta de nuevo y miré dentro. Pequeñas hileras de luces se posaban sobre los vasos y jarras. Sentí el suelo con mi pie. Me acordé de repente de las serpientes. Arrastré los pies un poco más. Llegué a cada rincón pero el suelo estaba vacío. La verdad es que fue un alivio. Volví a esconderme tras las cajas. Se estaba levantando el viento, y con él la nieve, y los destellos de los cristales llegaban a sitios inesperados. Las cabezas de los clavos de un barril abierto resplandecían. Oh, por el amor de Dios. Sobre mí, en la casa, oí que una puerta se cerraba con brusquedad. Se había cansado de esperar.

El chico debe congelarse por matar a su familia.

La escalera, muy empinada, no tenía pasamanos. Parecía tambalearse en el aire. Gracias a Dios los escalones eran sólidos y no crujían. La oscuridad se deslizaba bajo mis pies. Terror a la altura. Pero solo estaba subiendo con el trineo bajo el brazo. En un minuto saldría como un tiro desde el alero del tejado, me deslizaría por la pendiente ladera abajo y dejaría una polvareda de nieve a mi paso. Me agarré con fuerza a la escalera, me estiré. Si cayera al espacio, flotaría alrededor de

una estrella oscura. No es el calendario de marzo. Tal vez me encontraran en primavera, colgando de esta escalera como el capullo de un insecto en hibernación.

Me arrastré despacio y abrí la puerta de un empujón. El papel de pared de la cocina tenía tiestos, verdes y muy grandes. De cada uno de ellos salía una gran flor roja. Me empecé a reír. Me gustaba el papel. Me encantaba; era mío; palpé los tiestos verdes y tracé con el dedo la gigantesca flor que emergía de él, entre risas. A la izquierda de la puerta, en lo alto de la escalera, había una ventana que daba al porche trasero. Vi que el viento arrimaba nieve deprisa hacia el muñeco. A lo largo del cielo se extendía una luz grisácea y la nieve parecía ceniza. Había huellas por todo el porche, hondas y precisas.

Estaba a punto de celebrarlo pero me acordé justo a tiempo y me metí rápido en el armario, me puse en cuclillas entre las escobas y me tapé los ojos con los brazos. En la parte baja de una larga colina verde había un rebaño de ovejas. Era mi dibujo favorito de un libro que tenía a los ocho años. No había ni una sola persona en ella.

Me había enfadado y a pa le pareció gracioso. Lo tenía desde mi cumpleaños aquella primavera. Luego él me lo había escondido. Era cuando teníamos el baño en la parte de atrás. Joder, qué frío hacía allí, estaba oscuro. Lo encontré hecho trizas en el retrete, con las hojas sobre el suelo frío y empapado. Vi a las ovejas lanudas flotando en el agujero. Incluso estaban cubiertas de hielo. Me lo habían arrebatado, y yo me revolcaba y pataleaba. Pa se moría de risa. Solo pude rescatar un chico lánguido de cara gorda y mofletes rosados que no me gustaba. La vaca estaba desgarrada. Ma había dicho que me traerían otro algún día. Durante una temporada, cada día, incluso aunque la nieve se amontonara y el cielo estuviera muerto y soplara un viento invernal, esperaba con ansia que mi tía volviera y me trajera un libro, como ma había dicho. Nunca volvió.

Y casi tenía las revistas de Hans.

Pero él podría volver. Aunque no me perseguiría hasta casa, no ahora, no. Por Dios, el calendario estaba impoluto, las líneas, nítidas y claras, los colores, brillantes y alegres, y había ochos en el hielo y bocas rojas cantando, y la nieve me pertenecía y también el cielo, ardientemente atractivo, de un azul feroz. Pero podría volver. Era rápido.

No sabría decir si el tiempo era más cálido pero no era tan húmedo como al lado de las cajas, y olía a jabón. Había luz en la cocina. Llegaba a través de la abertura que había dejado en el armario para tranquilizarme. Pero la luz era cada vez más tenue. A través de la rendija podía ver el fregadero, ahora lechoso. Los copos empezaron a desprenderse del cielo y a frotarse contra el cristal de la ventana antes de que el viento volviera a atraparlos y arrojarlos lejos. No podía verlos en medio del gris. Luego volvían –de repente– a salir de ella, como al separar el grano de la cáscara, y cuando el viento se arremolinaba, barrían la ventana. Una cosa negra se balanceaba. Estaba en medio del gris donde estaba la nieve. Brincó de forma extraña y luego se fue. El gorro negro de lana, pensé.

Me tropecé con un balde al salir y cuando corrí hacia la ventana mi pierna izquierda cedió, y me golpeé contra el fregadero. La luz se desvanecía. La nieve se aproximaba. Se aproximaba casi allanando el camino, mi nieve. Se levantaban ráfagas de viento. Luego, cuando la nevada dio una tregua y había luz suficiente para ver crecer las sombras, vi su espalda sobre un caballo. Vi que sacudía la cola. Volvió a nevar. Grandes sábanas aleteaban. Se había ido.

Hace tiempo, cuando el polvo del camino se arremolinaba y el trigo de los campos era alto y abundante y las hojas de cada árbol estaban grises y combadas y pendían lánguidas, me adentraba en la pradera con una vieja escoba en la mano como si fuera una escopeta, allí donde los dientes de león habían comenzado a esparcir su semilla y el terreno estaba agrietado, y azuzaba a los saltamontes que salían de las varas de oro como una bandada de codornices, y luego les disparaba. Olía el trigo en el viento cálido y la maleza. Mi boca sabía a polvo, y al mirar la casa y el pesebre y los cubos me escocían los ojos. Montaba en la escoba por encima de las rocas. El caballo Simon estaba a la sombra de un árbol. A lomos de mi escoba cabalgaba por la pradera, improvisaba una pistola con los dedos y derribaba de un disparo al indio que montaba a Simon. Cabalgaba a través de la árida llanura. Cabalgaba hasta llegar al arroyo seco, dejando una polvareda a mis espaldas. Iba como una bala y gritaba. El tractor era de un naranja brillante. Resplandecía. El polvo se levantaba a su paso. Me escondía en el arroyo mientras venía. Aguardaba mientras su camino se arqueaba al proximarse a mí. Vigilaba y esperaba. Mis ojos estaban prácticamente cerrados. Luego salía de mi escondrijo de un salto, dando gritos de alegría, y cabalgaba a lo largo de la polvorienta llanura. Mi caballo tenía la cola dorada. El polvo se levantaba a mi paso. Pa estaba en el tractor con su sombrero de ala ancha. Con la mano fabricaba el gatillo y la culata de una pistola, y deprisa, lo derribaba de un disparo.

Pa detenía el tractor y se bajaba y atravesábamos a pie el arroyo hasta llegar al árbol bajo el cual Simon permanecía con la cabeza baja. Nos sentábamos junto al árbol y pa sacaba una botella de agua de entre las raíces y bebíamos. Él tenía el agua en su boca un buen rato antes de tragársela. Luego limpiaba la botella y me la ofrecía. Yo echaba un trago como si fuera alcohol y se la devolvía. Pa echaba otro trago y suspiraba y se ponía de pie. Luego decía: ¿diste de comer a los pollos, como te dije?, y yo le decía que sí, y él decía: ¿qué tal fue la caza?, y

yo decía que bastante bien. Él asentía como si estuviera de acuerdo y daba una palmada a Simon en la grupa antes de montarlo, pero nunca se iba sin decirme que era mejor que no jugara mucho tiempo con ese sol. Yo lo observaba atravesar el arroyo, mientras se abanicaba la cara con el sombrero antes de ponérselo. Luego yo echaba un trago en secreto y me limpiaba los labios y la botella. Después me ponía en movimiento y dejaba que las ambrosías me rozaran las rodillas, y luego, a veces, volvía a casa.

Había empezado a notarse el calor del fuego. Me froté las manos. Me comí una galleta rancia.

Pa había ido en carro a la ciudad. El sol brillaba. Había ido a buscar a Big Hans a la estación. Había nieve pero también barro y los campos verdeaban de nuevo. El barro se pegaba a las ruedas del carro. A veces el aire era agradable y, avanzado el invierno, el arroyo se llenaba de agua. A través de una grieta en la puerta del retrete lo vi marcharse en el carro hacia la estación. Cuando tenía doce años acostumbraba a mirar hacia abajo. Algo resplandecía en el agua. Fue entonces cuando encontré la primera. El sol brillaba. El barro se encaramaba por las ruedas del carro y pa iba hacia el tren, y en la parte baja del arroyo flotaba la nieve. Tenía una repisa bajo el asiento. Era de fácil acceso. A él ya le había dado por esconderlas. Así que la encontré y la vacié en el agujero. Eso ocurrió el último año que tuvimos el retrete, porque cuando vino Big Hans lo echamos abajo.

Me comí una manzana que encontré. La piel estaba arrugada pero la carne estaba dulce.

Big Hans era más fuerte que Simon, pensaba. Me dejaba ayudarlo con sus tareas, y hablábamos, y más tarde me enseñaba algunas fotos de sus revistas. ¿Has visto algo como esto por aquí?, decía, mientras sacudía la cabeza. Las únicas tetas que había visto por aquí eran las de las vacas. Y me tomaba el pelo, se reía mientras pasaba rápido las páginas y

solo me dejaba verlas de refilón. O aparecía y me daba un azote en el culo. Derribamos el retrete juntos. Big Hans lo odiaba. Decía que era una labor sucia solo apta para soldados. Pero yo lo ayudaba mucho, decía. También decía que las japonesas tenían la raja hacia un lado y sin un solo pelo. Prometió enseñarme una foto de una de ellas, y aunque le di mucho la lata, nunca lo hizo. Quemamos los tablones en un montón grande detrás del establo y las llamas eran tan naranjas como el sol cuando se pone, y el humo lo ennegrecía todo. Está todo meado, dijo Big Hans. Estuvimos hablando junto a la hoguera hasta que se apagó y las estrellas salieron y las ascuas brillaban, y me contó entre susurros cosas de la guerra y cómo era disparar armas pesadas.

A pa le gustaba el verano. Deseaba que el verano durara todo el año. Una vez dijo que el whisky le traía siempre el verano. Pero a Hans le gustaba la primavera, como a mí, aunque a mí también me gustaba el verano. Hans me hablaba y me enseñaba esto y lo de más allá. Una vez se midió la polla cuando estaba empalmado. Observábamos cómo correteaban las alondras entre las malas hierbas y cómo sacudían la cola al levantar el vuelo. Mirábamos la espuma que se formaba entre las rocas del arroyo por las aguas sucias de la primavera y escuchábamos los relinchos del caballo Simon y el chirriar de la bomba de agua.

Luego pa le cogió manía a Hans y me dijo que no tenía que andar tanto con él. Y más tarde, en invierno, como se veía venir, Hans le cogió ojeriza a pa, y Hans le contaba a ma cosas feas sobre pa y la bebida, hasta que un día pa lo oyó. Pa se pasó el día encabronado con ma. Era una noche como esta. El viento soplaba con ganas y una buena tormenta de nieve se avecinaba, y yo había hecho una hoguera y estaba sentado junto a ella, fantaseando. Luego llegó ma y se sentó a mi lado, y después pa, ardiendo de ira por dentro, mientras Hans estaba en la cocina. Todo lo que podía escuchar era el fuego, y en el fuego vi la cara triste de ma todo el tiempo, sin tener que

girarme, y oía a pa bebiendo, y nadie, ni siquiera yo, dijo nada en toda aquella noche tan larga. A la mañana siguiente Hans fue a despertar a pa y este le echó encima el orinal y Hans cogió el hacha y las carcajadas de pa sacudieron los cimientos de la casa. No había pasado mucho tiempo desde aquello, cuando Hans y yo nos empezamos a odiar y nos pusimos a buscar las botellas de pa cada uno por su lado.

El fuego se apagaba. Tenía algo de azul pero era casi todo naranja. Por mucho que Pedersen se hubiera preparado, como pa decía que hacía siempre, no tenía leña suficiente en casa. Era agradable no pasar frío, pero no me sentía tan molesto con el tiempo como en el pasado. Decidí que de ahora en adelante me gustaría bastante el invierno. Me senté tan cerca como pude, me estiré y bostecé. Incluso aunque tuviera la polla más grande… Yo estaba aquí y él estaba en la nieve. Estaba contento.

Él estaba ahora en medio del viento y el frío y somnoliento, como yo. Su cabeza debía de estar tan inclinada como la del caballo y se balanceaba en la montura, extenuado por intentar resistir, y se mecía con los ojos cerrados de sueño y la nieve le cerraba los párpados y tenía nieve en las pestañas y en el pelo y subiéndole por dentro de las mangas y bajándole por el cuello y las botas. Estaba bien que estuviera contento porque fuese él quien estuviera allí y que no fuera yo el que estuviera ahí a la intemperie, en mitad del viento, tieso como un palo sobre un caballo que probablemente se detendría con la cabeza inclinada por la tormenta, y no me gustaría estar acostado solo ahí fuera, en la fría oscuridad blanca, morirme solo ahí fuera, ser enterrado ahí fuera mientras intentaba seguir respirando, a sabiendas de que solo saldría poco a poco a la superficie en primavera, y pronto estaría blando a causa del recién estrenado sol y me acosarían perros curiosos.

El caballo debe de haberse detenido, pese a que haya conseguido que el otro continuara su camino. Tal vez se las

ingenie para montar también a este hasta que caiga rendido, o sea él quien se vaya al suelo, o se le rompa algo. Quizá pueda llegar a su próximo destino. Solo quizá. A casa de Carlson o a la de Schmidt. Ya había logrado llegar una vez aunque no tenía ningún derecho a ello ni ninguna probabilidad. A pesar de todo, lo había logrado. Ahora estaba en la espesa nieve. Y vendría más todavía. Y el viento traería más. Ahora estaba ahí en medio y podría continuar y resistir la nieve porque ya lo había conseguido antes. Quizá pertenecía a la nieve. Puede que viviera allí, como un pez en un lago. En primavera no pasaban cosas así. Me sorprendí al oír mi carcajada, la casa estaba tan vacía y el aullido del viento era tan constante que no había sitio para ruidos.

Lo veía levantarse al lado de nuestro pesebre, el caballo se hundía hasta las rodillas en el montón de nieve que había allí. Lo veía dirigirse a la cocina y entrar en ella sin que nadie lo oyera a causa del viento. Veía a Hans sentado en la cocina. Estaba bebiendo como solía hacer pa, levantando la botella. Ma estaba allí, con las manos sobre la mesa como si fueran un cepo. El chico de Pedersen estaba también allí, desnudo sobre la harina, con algunas toallas cubriéndole la cintura, goteando whisky y agua de forma constante. Hans estaba observando, observaba la mugre entre los dedos de los pies del chico, lo vigilaba como me vigilaba a mí con sus ojos negros, y chasqueaba la lengua. Luego vería el gorro, el chaquetón de cuadros verde, los guantes agarrando con fuerza la escopeta, y sería igual que cuando pa le quitó a Hans el vaso de las manos de una patada, solo que esta vez la botella rodaría por el suelo, y se derramaría. Ma se preocuparía porque le llenarían de pisadas la cocina y se levantaría para batir la masa de las galletas con mano temblorosa y preparar el café.

Desaparecerían igual que lo habían hecho los Pedersen. Él los llevaría a alguna parte donde nadie pudiera verlos, al menos hasta que acabase el invierno. Pero dejaría en paz al chico, porque nos habían intercambiado, y ambos estábamos ya en

nuestros nuevos dominios. Entonces, ¿por qué estaba ahí de pie, tan pálido que casi parecía transparente? Dispara. Vamos. Deprisa. Dispara.

El caballo se había movido en círculos. No había sabido el camino. Él no se había dado cuenta de que el caballo había estado dando vueltas alrededor del punto donde se encontraban. Tenía las manos flojas sobre las riendas, por eso el caballo había estado dando vueltas alrededor del mismo punto. Todo era blanco y negro y todo era igual. No había un camino por donde ir. No había ni una sola huella. El caballo había estado dando vueltas alrededor del mismo punto. No había sabido el camino. Solo había nieve que le llegaba más arriba del muslo. Y un frío que le calaba hasta los huesos, y la nieve que se le metía en los ojos. No se había dado cuenta. ¿Cómo podría haber sabido que el caballo estaba dando vueltas alrededor del mismo punto? ¿Cómo podría montar y espolear al caballo cuando no había un sitio adonde ir y todo era blanco y negro e igual? Claro que el caballo se había movido en círculos, claro que había estado dando vueltas alrededor. Los caballos tienen buen sentido de la orientación. Se dice mucha mierda de los caballos. No lo tienen, pa, no lo tienen. Que sí. Dijo Hans. Lo tienen. Hans sabe mucho de caballos. Tiene razón. Tenía razón aquella vez con el trigo. Dijo que tenía tizón y así fue. Tenía razón con lo de las ratas, se comen los zapatos, se comen lo que sea, por eso el caballo ha estado dando vueltas alrededor. Eso fue hace ya mucho tiempo. Sí, pa, pero Hans tenía razón aunque eso fuese hace mucho tiempo, y tú cómo podías saberlo, siempre estabas bebiendo… no en verano… no, pa… ni en primavera ni tampoco en otoño… no, pa, pero sí en invierno, y ahora es invierno y estás en cama, donde debes estar, no me dirijas la palabra, cállate. La botella me trajo la primavera, igual que ese tipo te trajo el calor. Cállate. Cállate. Deseaba un gato o un perro desde que era niño con todas mis fuerzas. Has visto esas fotos de Hans, las chicas con los grandes pezones marrones como el cuello de una

botella… Cállate. Cállate. No voy a afligirme. Ya no eres un hombre. Tu botella está rota en mitad de la nieve. El trineo le pasó por encima, ¿te acuerdas? No voy a sentir pena. Siempre ibas detrás de mí para matarme a golpes, tú, pa, oh, sí que lo hacías. Siempre pasé frío en tu casa, pa. Jorge, también yo tenía frío. No. Yo lo tenía. Era yo el que estaba envuelto por la nieve. Incluso en verano tiritaba a veces a la sombra de un árbol. Y pa, no te toqué, recuerda, no hay razón para que me atormentes más. *Él* sí. Puede que incluso vuelva en sí. Oh, no, Dios, por favor. En sí. Él se despierta. Ve que el caballo se ha detenido. Se sienta y se balancea y cree que el caballo sigue su camino aunque luego se da cuenta de que no. Intenta azuzarlo pero el caballo se ha detenido del todo. Se baja y lo lleva a golpes al establo y ahí está, el establo, el establo de donde cogió el caballo. Luego en el establo empieza a ver con más claridad y le parece divisar algo sólido en el patio donde sabe que se encuentra la casa, y en uno de los momentos en los que amaina la tormenta, ve un atisbo de algo casi naranja, un destello del fuego y un indicio de mí a su lado, completamente estirado, con la cabeza apoyada sobre el brazo y casi dormido. Si me hubieran regalado un perro, lo habría llamado Shep.

Me levanté de un salto y corrí hasta la cocina solo deteniéndome para dar media vuelta a por el arma, y luego deprisa al armario a por el balde que se me había caído haciendo un ruido estrepitoso. El grifo jadeaba. El cazo que había en el barreño bajo el fregadero tintineaba. Entonces corrí hacia el fuego y empecé a azuzarlo, agité los leños, y los removí luego con el atizador de manera que las chispas revolotearon hasta mi pelo.

Me agazapé detrás de un sillón que había en un rincón lejos del fuego. Luego me acordé de que había dejado el arma en la cocina. Tenía los pies descalzos y doloridos. Una luz anaranjada llenaba la habitación y unas sombras negras se movían. Ululaba el viento y la casa crujía como suelen hacerlo los peldaños. Estaba solo ante todo lo que podía pasar.

Empecé a preguntarme si los Pedersen tenían perro, si tal vez el chico de Pedersen tenía un perro o un gato y dónde estaba si es que tenían, y si yo sabría su nombre y si vendría si lo llamase. Intenté pensar en su nombre como si lo hubiera olvidado. Sabía que estaba hecho un lío y asustado y loco e intenté pensar en ello una y otra vez y maldito sea y qué cojones o Dios mío, incluso, pero no funcionó. Todo lo que podía suceder estaba a solas conmigo y yo estaba a solas con ello.

El carro tenía una rueda gigantesca. Pa tenía un saco de papel. Ma me agarraba de la mano. El caballo alto agitaba la cola. Pa tenía un saco de papel. Los dos corrimos a escondernos. Ma me agarraba de la mano. El carro tenía una rueda gigantesca. El caballo alto agitaba la cola. Los dos corrimos a escondernos. Pa tenía un saco de papel El carro tenía una rueda gigantesca. Ma me agarraba de la mano. Pa tenía un saco de papel. El caballo alto agitaba la cola. El carro tenía una rueda gigantesca. Los dos corrimos a escondernos. El caballo alto agitaba la cola. Ma me agarraba de la mano. Los dos corrimos a escondernos. El carro tenía una rueda gigantesca. Pa tenía un saco de papel. Pa me agarraba de la mano. El caballo alto agitaba la cola. Pa tenía un saco de papel. Los dos corrimos a escondernos. Pa tenía un saco de papel. Los dos corrimos a escondernos.

El viento estaba en calma. La nieve estaba en calma. El sol quemaba la nieve. La chimenea se había enfriado y los leños estaban reducidos a cenizas. Me tumbé, agarrotado, sobre el suelo, con las piernas encogidas, los brazos alrededor del cuerpo. El fuego se había puesto gris mientras yo dormía y, pasada la noche, vi cómo el polvo flotaba, brillando, para posarse, finalmente, sobre las cosas. Las paredes, la alfombra, los muebles, todo lo que alcanzaba a ver por encima del codo parecía pálido y cansado y agarrotado y rígido a causa del frío. Sentí que no había visto esas cosas antes. Nunca había visto una mañana malgastada, ni el aspecto demacrado y enfermizo

de un amanecer invernal o cómo era una habitación cuando se llevan los muebles a otra parte para siempre, ni cómo el polvo lo iba revistiendo todo con delicadeza.

Me puse los calcetines. No recordaba en absoluto haber salido de detrás del sillón, pero debió de ser así. Cogí unas cerillas de la cocina y unos recortes de papel de una caja que estaba al lado de la chimenea y los puse en el suelo para limpiar las cenizas. Luego eché astillas encima. Eran trozos de una caja naranja, creo. Y después un leño. Prendí fuego al papel y enseguida salió una llama, algunas astillas se doblaron y enrojecieron, para ennegrecer poco después, y el fuego decayó, hasta que por último lo reavivé al soplar sobre él. Todavía no se me calentaban las manos, aunque las mantenía cerca, así que me froté los brazos y las piernas y salté, aunque aún me dolían los pies. El fuego rugía. Otro leño. Me di cuenta de que ya no podía silbar. Me calenté un poco la espalda. Y fuera, la nieve. La pendiente. Había largas sombras en las hondonadas de los montículos de nieve, pero las cimas que daban al este brillaban. Tras entrar un poco en calor di una vuelta por la casa en calcetines, pero se me enganchaban en los escalones. Miré debajo de todas las camas y en todos los armarios y detrás de la mayoría de los muebles. Recordé que las tuberías se habían congelado. Cogí el balde de debajo del fregadero y abrí la puerta del porche trasero, cubierta por la nieve, y eché un poco en el balde con un cazo. La nieve le llegaba al muñeco por los hombros. La bomba de agua estaba taponada. No había huellas por ninguna parte.

Encendí el fogón y puse nieve a calentar en la tetera. Siempre hace falta mucha nieve para conseguir un poco de agua. El fogón era negro como el carbón. Volví junto a la chimenea y eché más leña. El fuego comenzaba a crepitar y se empezaba a estar bien en la habitación, pero siempre hacía falta más fuego. Me calcé las botas. De algún modo tuve la corazonada de que vería un caballo.

La puerta principal no tenía echado el cerrojo. Seguramente ninguna puerta lo tenía. Él podría haber entrado sin dificultad. Lo había olvidado. Pero ahora yo sabía que él no tenía esa intención. Me reí para ver cómo sonaba una carcajada. Otra vez. Bien.

El camino había desaparecido. Cercas, arbustos, maquinaria vieja: lo que habría en cualquier patio estaba sepultado bajo la nieve. Todo lo que podía ver era una pendiente nevada y largas líneas de sombra y la brillante cima a punto de quebrarse, pero sin llegar a hacerlo, y el brumoso sol en lo alto arrojaba esquirlas anaranjadas como una valla contra la nieve que se hubiera venido abajo. Él se había ido por este camino; sin embargo ya no había nada que señalara que se había marchado; nada parecido a una huella oscura en la parte baja de un montículo de nieve o un brazo o una pierna que sobresalieran del banco de nieve como una rama derribada por el viento, o la cabeza de un caballo al descubierto, destapada como una roca; las vallas de Pedersen no habían mantenido la nieve a raya en ninguna parte, él podría estar tendido, acurrucado junto a los cuartos traseros del caballo; no había nada, ni siquiera en las sombras que se encogían mientras yo buscaba algo sólido a lo que agarrarme, algo que no fuera nieve o el recuerdo de haber estado vivo alguna vez.

Vi la ventana que había roto. La puerta del establo permanecía entornada, obstruida con brusquedad por la nieve. La casa proyectaba una sombra estrecha en un lado del establo, donde se topaba con el montículo de nieve en el que Hans había cavado el túnel. Ahora era más alto. Más tarde me abriría camino hasta él. Tal vez lo haría más profundo. Lo vaciaría hasta que quedase como un árbol hueco. Había tiempo. Vi los robles también, sin nieve, con las ramas rígidas como púas. El camino que había tomado para llegar a la casa desde el establo estaba cubierto de nieve, y el sol resplandecía sobre él. El viento había amontonado la nieve contra la casa donde yo estaba y había formado una escarpada pendiente. Al

girar la cabeza, el sol se reflejaba en el cañón de la escopeta de pa. La nieve se había acumulado a su alrededor. Solo la parte superior del cañón estaba al descubierto y absorbía el sol y se reflejaba directo en mis ojos cuando torcía la cabeza a la derecha. No se podía hacer nada hasta la primavera. Otro muñeco de nieve que se derretiría. Cogí el camino de vuelta a la parte delantera de la casa, una mancha oscura en la nieve se movía delante de mí. Hoy había un cielo grande y hermoso.

Era agradable no tener que patear el suelo para quitarme la nieve de las botas y el fuego crepitaba agradablemente y la tetera hacía un ruido suave. No tenía motivos para sentir pena. Había sido el valiente y ahora era libre. La nieve me cobijaría. Enterraría a pa y a los Pedersen y a Hans e incluso a ma, si quisiera tomarme la molestia. Yo no había querido venir pero ahora no me importaba. El chico y yo habíamos hecho cosas muy valientes, dignas de ser recordadas. La forma tan misteriosa en que ese tipo había surgido de la nieve y la gloriosa oportunidad que nos había brindado, bueno, todo eso me hacía pensar en cómo me habían enseñado a sentir en la iglesia. El invierno por fin les había dado alcance a todos ellos, y de verdad tenía la esperanza de que el chico estuviera tan caliente como yo estaba ahora, caliente por dentro y por fuera, ardiendo completamente, por dentro y por fuera, de gozo.

LA SEÑORA RUIN

1

Yo la llamo la señora Ruin. La observo, como observo a su marido y a cada uno de sus cuatro hijos, desde mi porche, o cuando hago un alto en mi inactividad, o al descorrer las cortinas de la ventana del piso de arriba. Solo puedo especular sobre cómo es su vida en el interior de su pequeña casa; pero, en las húmedas tardes de domingo, cuando salgo al porche en busca de algo de brisa, la veo cojear sobre su cuidado césped bajo el sol ardiente, palo en mano para atizar a sus desperdigados hijos, y me hago muchas preguntas.

No sé su nombre. El que me he inventado para referirme a ella y sus idas y venidas es demasiado abstracto. Sugiere la esencia vidriosa, lo que tiene de grotesco el Tipo; aun así, me vino a la cabeza sin maldad, y en cierto modo es incluso halagador, ya que encaja en él como lo haría en una comedia de Congreve. Ahí podría ser ruin sin llamar la atención, con la formalidad y la grandeza del Ser, pero todavía protegida de la comunidad ácida y mordaz de su efecto, del sonido absoluto y el sentir común de la vida; todo lo cual la retiene, para mí, sobre su césped ardiente, tan palpable y escandalosa y amargada como su hiriente vara.

Puede que alguna vez le haya dicho algo, una banalidad, y quizá más de una vez, al pasear, puedo haberla saludado con la cabeza o incluso sonreído… aunque nunca las dos cosas al mismo tiempo. Lo he olvidado.

Cuando compré mi casa deseaba, por encima de todo, holgazanear, ser un vago a la manera absolutamente ociosa de la naturaleza; porque entonces creía que la naturaleza daba sus frutos sin esfuerzo, igual que se produce la digestión o la respiración. La calle es tranquila. Mi casa es alta y antigua, como casi todas las demás, y los árboles se despliegan dando

sombra al césped, y abovedan la acera. La oscuridad llega pronto aquí en cualquier estación del año. Los ancianos viven su vejez en la calle, bajo un chal de sombras, agarrotados delante del fuego. A una manzana están construyendo unos almacenes. Uno siente la calidez que desprende la decrepitud. Veo al agente inmobiliario. Lleva anillos de oro. Y parcelaciones de terreno en las manos. Crecerán lámparas de estas desafortunadas ventanas. La colada colgará de las nuevas escaleras exteriores. Nadie tiene aquí su hogar excepto yo; porque he optado por estar ocioso, como he dicho, por rodearme de escenas e imágenes; por hacer conjeturas, por apoyar mi vida en una red de teorías –igual de preparado que una araña para entretejer su tela o succionar intrusos hasta dejarlos secos. Mientras, la calle está tranquila; las casas, enteras; las ventanas, en sombra; y entre tanto los ancianos se sientan en sus porches e intercambian descripciones detalladas sobre su salud; los Ruin, ante la posibilidad de la muerte, se han apoderado de la única casa pequeña que ofrece el vecindario. Sin árboles y algo exigua, se alza en mitad de un charco de sol en verano y en medio de corrientes de aire en invierno.

Mi casa tiene un porche en la proa y otro en la popa, y hace esquina. Espío a mis vecinos con dedicación y paciencia pero rara vez hablo. Ellos también me observan a mí, por supuesto, así que estamos empatados en maldades, pero acallo mi conciencia apelando a una frialdad científica de la que ellos carecen. Para ellos ninguna holgazanería es real. Aunque la ven, sin duda. Me siento con los pies sobre la baranda. Mi esposa se mece a mi lado. Las horas pasan. Hablamos. Sueño. Hago zarpar mis veleros en sus mares. Hago reposar mis historias en sus espaldas. No las notan. Los espectros de la pereza apenas pesan. Si fuera viejo o estuviera enfermo o idiota, si me retorciera en mi silla o me consumiera frente a una ventana soleada, entenderían mi inactividad, y la aprobarían; pero incluso impedidos hacen algo. Rastrillan las

hojas caídas. Cortan el césped y lo recogen con una pala. Recortan los descuidados setos y sus flores. Y llenan su vida con ello. Yo por ahí no paso.

La señora Ruin, por ejemplo: ¿qué pensaría ella? Nunca está ociosa. Llena a rebosar cada momento con esfuerzo.

Cuando vivía en mi casita de campo, en el Sabbat, solía ver a una mujer de pelo encrespado que llevaba a su familia en coche a la playa. Ella alquilaba todo. Cubría las ventanas con mantas para que su familia se pusiera el bañador en el coche, mientras ella, con la chaqueta todavía puesta, daba golpes en el capó para que se dieran prisa y luego los llevaba a toda velocidad hacia las olas. Solía hacer gestos con grandilocuencia hacia el mar y agitaba un reloj por la correa: «Tanto dinero, tanto tiempo, hay que pasarlo bien», decía, y se sentaba sobre un tronco traído por el agua mientras pelaba unos guisantes. Los niños probaban el agua con los dedos. Su marido, un alma ajada y en pena, se quedaba en el borde del agua y muy despacio se acariciaba las muñecas con el océano. La inercia la enfurecía. Arrojaba las vainas con saña, y echaba los guisantes en una jarra. «Empezad, empezad», les gritaba, saltando, mientras les enseñaba el reloj. Los niños se acuclillaban en la arena hasta que la espuma les mojaba el trasero, sin quitar ojo a sus cubos. Papá se echaba agua en los codos y en la parte superior del brazo mientras mamá volvía a su tronco. Entonces los niños se peleaban. Empezaban de forma inapreciable. Continuaban pegándose en silencio, sin emoción. Se daban patadas y se mordían y se clavaban las palas. Cuando ella los veía pegarse vaciaba su regazo y se ponía de pie, sacudía el reloj y gritaba, pero los niños seguían pegándose con furia, cada uno por su lado, se lanzaban arena y blandían sus cubos, se rebozaban en la arena y entraban y salían del océano. Ella corría hacia ellos pero el mar avanzaba hasta la orilla y la hacía retroceder de puntillas, y marcaba y mellaba la suave arena. Los niños se zambullían en la espuma y se separaban. «¡No perdáis las palas!». Las olas lavaban a los niños. Se apiñaban

formando manchas oscuras sobre la playa. Por fin su madre corría rauda hacia ellos, entre los resoplidos del océano, y con los brazos en jarras y las piernas abiertas, echaba hacia atrás la cabeza e imitaba una carcajada colosal, muda y temblorosa. «Reíd, les decía entonces, solo queda una hora».

La gente que me rodea intuye de forma instintiva que soy un enemigo y me odia: no solo por ser diferente, o por desdeñar el trabajo o, lo que es peor, por no desempeñar ninguno; sino por algo que parecería, si lo expresaran en voz alta, un conjuro; porque les robo el alma –lo sé– y juego con ellos; los uso como títeres; los hago desfilar a través de extrañas muchedumbres y pasiones; husmeo en sus raíces.

Desde el primer momento me vieron observarlos. No puedo disimular mi interés. Esperaban, supongo, que pronto haría correr historias. Que le hablaría a la señorita Matthew del señor Wallace, y al señor Wallace de la señora Turk, y la señorita Matthew y el señor Wallace y la señora Turk aprovecharían la ocasión para contarme todo lo que sabían de los otros, todo lo que sabían de sus enfermedades, todo lo que considerasen de interés sobre sí mismos y lo que pudiesen recordar de sus parientes, y hasta el más mínimo detalle de sus muchas asociaciones con diversas formas violentas de muerte. Pero cuando no les conté nada; cuando no tenía nada que decir, en secreto, a nadie; entonces empezaron a ver mis ojos como si fueran canicas y a exhibir sus vidas con indiferencia ante mí, como si yo fuera, en mi porche, un ídolo inmóvil, de una religión diferente, en mi hornacina; sin embargo, de algún modo, retuve mi misterio, mi potencia, de manera que su indiferencia era finalmente superficial e imagino que sentían cierta compulsión a ser contemplados, *observados* en todo lo que hicieran. Debería decir que me temían como se teme a lo sobrenatural. Como lo teme el señor Wallace, casi muerto como está, retorcido sobre su bastón. Cada mañana, cuando puede, baja por la calle hasta pasar por delante de mi porche, con el brazo izquierdo, que cuelga de su hombro como si fuera

un chal, arrastra sus entumecidos pies y escarba en las grietas del suelo. «Tendré que volver». Su voz es ronca y potente. «Solía llegar hasta el final de la calle». Se limpia la cara y se seca los ojos llorosos. «Calor», grita, mientras se apoya en el bastón. «El verano pasado llegaba hasta el final». El bastón le sale de la tripa. Se balancea. ¿Es así como morirá?, ¿se lo llevará una parálisis?, ¿romperá a sudar antes de la última punzada de dolor y el estupor definitivo? El bastón arrancará el cemento. Su sombrero llegará volando hasta mis aligustres y sobre la acera se extenderá la sangre de su nariz.

Se da la vuelta por fin y me relajo. Sus ojos ansían un amigo al que gritar, al que chillar que se pare. Echa un vistazo a la calle y si, por casualidad, aparece alguien, el señor Wallace se ríe y aúlla hola. Avanza unas pulgadas, martillea la acera, pregona partes meteorológicos sobre el tiempo que ha hecho de madrugada. «¿Sabes cuánto hacía a la una? Ochenta y siete[1]. Estamos en junio, no en el infierno, pero hace ochenta y siete. Ni siquiera yo tengo ochenta y siete. Una nube tapó la luna a las dos. Llovió sobre las cinco pero no refrescó nada». Y el amanecer fue gris como agua jabonosa. La niebla ocupaba el espacio entre los garajes. Una estrella, casi oculta por la luz de la mañana, cayó pasando Atlas para morir cerca de Géminis. El amigo está inmóvil y el señor Wallace, con la cara inflamada, cierra los ojos, que giran y giran dentro de sus cuencas. Describe los contornos de sus dolores, la duración, la intensidad y la naturaleza de cada punzada, los sutiles matices de difusos dolores internos. Diferencia los dolores romos de los afilados, los pálidos de los brillantes, los vigorosos y densos de los más débiles o desvaídos, los de la mañana, los de la noche. Sus dientes, marrones, ríen. ¿Es mejor, pontifica, padecer cuando hace calor o cuando hace frío, de pie o sentado, al leer o al andar, siendo joven o viejo?

«Digo que es mejor tener frío. Usted dirá que no. Ya sé lo que dirá. Dirá, "Si se golpea los nudillos ahora, cuando haga frío chasquearán". Ya lo sé. Darse un golpe en la espinilla con

un pico, eso sí que es real. Ya lo sé. No importa. Todos los dolores son incendios. Te mantienen caliente. ¿Conoce a alguien como ese tipo sobre el que leí en un libro? Su nombre era Scott. ¿Lo conoce? Se congeló. Scott. Si hubiera estado con él, congelándome, me habría dado un buen golpe para que me hiciera arder. Te mantiene en calor. Di, a ellos no se les ocurrió, ¿a que no? Congelado. Lo leí. Leo mucho, aunque no veo, que si no… Media hora. Antes solía, a todas horas. Aunque me escuecen los ojos. ¿A veces le escuecen los ojos? Scott. Se congeló. Ey, ahora sabe que la congelación es una muerte dulce. ¡Ja! Ya lo sabe, ¡es cálida!».

El señor Wallace flaquea sobre su bastón y escupe. El eco toma la calle por completo. Su amigo parece encogerse.

Lo siguiente son los portentos. Suceden al dolor como el dolor al tiempo. Cualquiera que se quede es amigo del señor Wallace.

La caída de la estrella pasando Atlas, cruel augurio. Todos son malos, los presagios. El mal está sobre nosotros. «El mal está en el aire que respiramos, o si no viviríamos para siempre». El señor Wallace arrastra las grandes palabras tal y como sin duda ha visto hacer al predicador. Alza el bastón con dificultad. La punta ondea sobre las copas de los árboles. «Ahí», brama el señor Wallace, moviendo los carrillos. «¡Ahí!». Y arroja el bastón como si fuera una lanza. «El humo, hijito, sale y cubre el cielo y lo envenena todo. Tengo tos». Posa la mano con delicadeza sobre su pecho. Tamborilea con ella. Carraspea, y se traba. El escupitajo burbujea en la acera y se expande. El amigo, o el amigable desconocido, asiente y sonríe y se larga mientras el señor Wallace espera el regreso de su bastón. «No me puedo agachar», casi susurra, mirando con atención la espalda que se aleja. Su sonrisa permanece, pero se le crispan las comisuras de la boca. Con evidente cansancio se le cruzan los ojos.

«Bastón, bastón, bastón», reclama el señor Wallace. Su esposa se apresura. «Bastón, bastón», reclama el señor Wallace. Ella ondea su pañuelo. «Bastón», continúa hasta que se lo devuelve. «Calor». La señora Wallace asiente y le limpia la frente. Le coloca el sombrero y le alisa la manga. «Volviste a tirar el bastón», dice ella. El señor Wallace se pone solemne. «Intentaba matar una ardilla, cariño». La señora Wallace lo lleva a casa, con el rostro bañado en lágrimas.

¡Menudo escándalo monta! Cuando llegué, pensé que no podría soportarlo. Su cara hinchada me asustaba. Sus ojos eran agujeros en los que me precipitaba. Esquivaba su sombra para que no me tapara, y me sentía ridículo. No es tan mayor, tal vez sesenta; pero le lloran los ojos, le pitan los oídos, se le pudren los dientes. Su nariz se tapona. Sus labios palidecen y sangran. Tiene agarrotadas las rodillas, las caderas, el cuello y los brazos. Los pies llagados y los tobillos hinchados. Le duelen la espalda, la cabeza y las piernas. Su garganta está en carne viva, su pecho oprimido y sus órganos internos –corazón, hígado, riñones, pulmones e intestinos– están débiles. Le tiemblan las manos. Se le cae el pelo. Su carne está fláccida. Tiene la polla, imagino, reseca como un cordel, y cada sorbo de vida que toma, muere al entrar por la nariz y pasar sobre su lengua. Pero el señor Wallace tiene una barriga fuerte. Es tersa y suave y redonda, como la de un bebé, y cualquier cosa que el señor Wallace elija meter dentro es convertida en puré de inmediato, porque el señor Wallace, aunque transpira y supura y excreta, no ha vomitado en su vida.

Podía oírlo caminar. Eso era lo peor. Cuando rastrillaba el jardín miraba en su dirección y me metía en casa en cuanto lo veía venir. A pesar de todas mis precauciones su voz a veces retumbaba a mis espaldas y me hacía saltar, asustado y furioso. Su boca húmeda se abría. Su lengua plegada sobre sus dientes, marrones y torcidos. Y yo entendía lo que debió de sentir Jonás antes de que las mandíbulas de la ballena se cerraran. El señor Wallace no es consciente de los sentimientos que despierta.

Juro que en esas ocasiones apesta a pescado. Percibo el aceite. Es una pesadilla táctil, un sueño olfativo, como si mi sentido del olfato y el tacto se disociaran del oído, el gusto y la vista, y al observar su boca y escuchar su saludo, cayese ante las ballenas en Galilea, irritado por la sal y magullado, mientras el olor a pescado creciese, como debe de ocurrir entre las fauces de una ballena, y el calor de una barriga excepcionalmente fuerte se alzase a mi alrededor.

Era cada vez más consciente de que mi mundo en ciernes se echaría a perder si le permitía campar a sus anchas en él. Como espécimen, el señor Wallace podría ser mi orgullo. Gloria a él en un tarro. ¡Pero libre! Sería mejor liberar al tigre de movimientos dulces o a la delicada serpiente, al monumental elefante. Yo solo era un náufrago apto para ser devorado. Era mala suerte, y me estremecía y lo maldecía. El señor Wallace comenzaba su cháchara y yo paseaba por el porche con la ira y el odio de Ahab. La señora Ruin requería mi atención. Atravesaba mi campo de visión, radiante de energía, como el resplandor de un faro. Siempre se me revolvía el estómago. Sus hijos rodaban por la calle como pelotas, como pelotas que escapan de guantes y bates; y el día en que el pequeño Toll pasó corriendo delante del señor Wallace a la velocidad del rayo y empezó a columpiarse en un arbolillo, tenso como la piedra en la honda, mortal como David ante Goliat, entonces me di cuenta. Bien, ya pasó. El señor Wallace me teme tanto como los demás. Pasa a mi lado muy despacio. Aparta la mirada. Masculla algo y sondea la tierra con su bastón, como si buscara algo. Cuando el señor Wallace consume su muerte, le pondrán un crespón negro a su bastón y lo clavarán en su tumba. La señora Wallace permanecerá ahí, chillando, y yo enviaré –¿qué enviaré?– enviaré begonias junto a una tarjeta. Digo Buenos días, señor Wallace, ¿qué tal ha pasado la noche?, y la garganta del señor Wallace se llena de silencio. Es incalculable cuánto me agrada esto. Siento que he igualado la ociosidad de Dios.

Menos en el caso de la señora Ruin. Para ella no represento un poder preternatural. No soy un icono en mi porche, ningún símbolo. No existo. Por mucho que lo intente, no puedo, como hace la tierra, esbozar líneas invisibles para atrapar sus instintos; dirigirla hacia el norte o hacia el sur; fertilizar o no su atareado útero; obligarla a mostrar ternura como hacen, incluso, los seres despiadados y salvajes con su salvaje y despiadada prole. Y por eso ella arde y arde ante mí. Restriega su trasero con cuidado contra un árbol.

2

La señora Ruin es robusta. Trabaja mucho en el exterior de la casa, como está haciendo justo ahora. Su ritmo es endiablado, y el calor no la detiene. Arranca hierbajos y poda las plantas de su inmaculado jardín, librando una guerra contra los juguetes y triciclos de sus hijos. Pasa el rodillo por el césped y rastrilla las hojas. Siembra plantas y las nutre. ¿Alguna vez entra en casa y se deja caer, en medio de un crujir de muelles, en el regazo de la oscuridad? La suposición es absurda. La observación se burla del pensamiento. Pero cómo disfruto al soñarlo.

Soñaría un día cálido y húmedo, aunque no de un modo alarmante. Las hojas estarían frescas alrededor y las nubes surcarían rápido el cielo. Esto, para desarmarla. Estaría podando el seto; agachada con firmeza, moviéndose con solidez, trabajando los tallos; y entonces le subiría la tensión, le subiría despacio con el caer de cada rama; y, con la suavidad con que se abre un pétalo, un calambre le brotaría en la espalda, detrás de las rodillas, en los tendones de los codos; tensándose y enrollándose alrededor de su espalda y las piernas y los brazos como una toalla húmeda que se retuerce al ser escurrida.

Ahora la sangre se hace más fluida en ella, pero la tensión sube, sube con lentitud. Las tijeras de podar recortan y chasquean. Ella se endereza como un alambre. Entra en la casa dando grandes zancadas, apartándose el pelo lacio de la cara. Irá en busca de un rastrillo; tal vez un vaso de agua. Es extraño. Siente una especie de sequedad. Olisquea el aire y divisa una nube que surca el cielo. Ante la primera sombra de la puerta, se tambalea aturdida. Siente un resplandor en el ojo como el resplandor de Dios, y la Tierra es redonda. El aire escaldado se le pega a la garganta y su tripa convulsiona para expulsarlo. Sus rodillas ceden. El cielo ha oscurecido y los cometas estallan frente a ella. Estira las manos hacia delante, agarrotadas, en el umbral de la puerta. Un calambre se apodera de ella. Desvalida como un motor de goma en una balsa de juguete, un estremecimiento recorre sus venas. ¿Camina su marido hacia ella como un pato, moviéndose de popa a proa consternado? Oh, si el poder de una antigua maldición pudiera ser mío, ¡también lo lanzaría contra él!

… el más vano de los sueños, ya que la señora Ruin rebosa salud, y el señor Ruin es gelatina impenetrable.

El señor Wallace puede bramar y la señora Wallace chillar, pero la señora Ruin puede ser una alarma que avisa del fuego y la guerra, capaz de perforar los tímpanos de todos, como un viento que aúlla de dolor.

Entre las muchas revistas a las que estoy suscrito destaca la muy entretenida *Digest of the Soviet Press.* Aún recuerdo un artículo que describía la infelicidad de un vecindario en una ciudad rusa de provincias por culpa de los improperios tremendamente lascivos, blasfemos y escatológicos que a una joven llamada Tanya le gustaba proferir. Solía asomarse a la ventana del segundo piso de su apartamento, decía el reportaje, y maldecir el país en que vivía. Nada la detenía. Nadie se acercaba a ella sin ruborizarse hasta las orejas. Sus vecinos la amenazaron con dar parte a las autoridades de la ciudad. Estos

se personaron, ella los maldijo con grosería. La acusaron de ebriedad, se ruborizaron y amenazaron con enviarle a los oficiales del Partido. Los oficiales del Partido se personaron, y fueron repelidos por completo. Dijeron que era una mujer obscena, una desgracia para Rusia, una abominación a ojos del Señor, habrían dicho, estoy seguro, si hubieran podido decir el nombre del Señor. Desgraciadamente solo Tanya se atrevía a mentar al Señor, y lo hizo. Los oficiales del Partido lo notificaron a las autoridades de la ciudad y estas encarcelaron a Tanya. En vano. Siguió maldiciendo entre rejas y alterando el sueño de los presos. A ellos no les hizo ningún bien oír todo el tiempo tales desatinos. La trasladaron a otro distrito. Siguió maldiciendo desde otra ventana. La dejaron salir, pero enseguida se dieron cuenta del terrible error y la llevaron de nuevo a su habitación. El artículo rezumaba desconcierto e indignación. ¿Qué hacer con este monstruo? Dado su estado de estupor, no se les ocurrió aislarla. No podían pensar en fusilarla. Podrían haberle arrancado la lengua. En abstracto, yo habría apoyado la moción. Los vastos recursos de la civilización estaban sin estrenar, deduje, mientras Tanya se apoyaba, obscena, en su alféizar, cagándose verbalmente sobre el mundo.

La señora Ruin, además, deja boquiabiertos a sus oponentes. Ha habido quejas, entiendo. La propia señora Ruin ha sido advertida. Las autoridades, en más de una ocasión, han sido notificadas. Sin resultado alguno. Bueno, esto es la sabiduría. Mucho mejor no hacer nada que quedar como ineptos. La señora Ruin es más papista que el Papa.

Así que suena la trompeta. Los niños se dispersan. Corren hacia los vecinos, perseguidos por su palo y su lengua, para que ella pueda recortar y aplastar y regar la hierba, de forma que obtenga la serena dignidad del césped. Separados por océanos y continentes, admiro a Tanya. Imagino cómo mueve los labios. Envuelvo sus palabras en mi propia lengua –esas palabras encantadoras, tan apropiadas para dirigirse al mundo–

pero las envuelvo en silencio, tan castas como cualquier conjunción; mientras, la voz de la señora Ruin las pronuncia con la elegancia, tal vez algo exagerada, de un anciano que interpreta a Shakespeare. Magnificadas por la rabia son expelidas de forma repentina y estridente, como el pánico. La señora Ruin, además, está casi en la puerta de al lado y no a océanos, y continentes e idiomas de distancia.

«Ames. Pequeño mocoso. Nancy. Bruja. Venid aquí ahora mismo. Pero mirad dónde estáis. Mirad, haced el favor. Dios todopoderoso. Moveos. Vamos. Oh, Jesús, por qué me atormento. Morirá en el acto como se descuide. Aplastada. Eso es hierba, no hormigas. Toll, te aviso. Dios, Dios, pero ¿cómo has hecho eso? Por qué, por qué, dímelo. Toll, ¿y ahora qué? Toll, te lo advierto. Mierda. Vamos. ¿Qué voy a hacer con vosotros? ¿Pisaros así? Aplastaros, ¿así? ¿Para qué intento que quede bonito?, ¿para qué? Ames. Maldita sea. Oh, mierda. Maldito mocoso. Espera que te ponga la mano encima. Tim. Eres tan pequeño, Tim. Tan mocoso, tan sucio, un niñato tan asqueroso y sucio. ¿Dónde has cogido eso? ¿Qué *es*? ¿Y ahora qué? Déjalo ahí. Aquí no lo traigas. Ponlo donde estaba. Nancy. Bruja. Oh, Jesús, Jesús, Jesusito. Vamos. ¿Has hecho pis en las flores? ¿Timmy? Timmy, Timmy, Timmy, ¿lo hiciste? ¡Dios! Te voy a dejar el culo plano. Venid aquí. Todos. Nancy. Toll. Ames. Tim. Venid para acá. Ahora. Digo que ahora. Ahora. Vamos. Os voy a dar una buena tunda».

Es, no obstante, un drama antiguo y la señora Ruin una actriz muy experimentada. El recital, intenso como es, enfático, imponente, se ha escuchado antes. Los niños lo ignoran casi por completo. Cuando alza la voz ellos se van y empiezan a girar, inmersos en sus pequeños y viciosos juegos. La señora Ruin los amenaza y los camela sin dejar de arrancar hierbajos. Toll cava con su pala. «No hagas agujeros, no hagas agujeros», canturrea la señora Ruin, y Toll sigue cavando. «No caves, Toll, no caves», y Toll cava con más ahínco. «Pero ¿es que no me oyes? Para ya. Deja de hacer agujeros». Toll está

rojo del esfuerzo. «Te voy a quitar la pala. Deja de hacer hoyos. Toll, pequeño bastardo, ¿acaso no me oyes? Te voy a quitar esa pala. ¡Toll!». La tierra está agujereada y el césped arrancado. La señora Ruin deja su pala, se dirige a toda prisa hacia Nancy, que es la que está más cerca, y la abofetea hasta tirarla al suelo. Nancy empieza a berrear. Toll sale corriendo. Ames y Timmy se alejan y observan. La señora Ruin chilla: «Ah, asquerosa, ¡comer barro!». Nancy deja de llorar y saca su lengua embarrada; y quizá esta vez aprenda, aunque no es muy lista que digamos, que la señora Ruin siempre se acerca a su verdadera víctima en silencio y prefiere, en la medida de lo posible, pillarla por sorpresa.

Toll y Ames son difíciles de atrapar. Siempre están ojo avizor. Si la señora Ruin se apoya en su rastrillo y le grita cumplidos a la señora Cramm –pobre señora Cramm–, Toll y Ames se empujan hasta tirarse de sus carretillas; pero siguen alerta. El repentino salto de la señora Ruin a través del parterre de tulipanes engaña solo al pequeño Tim, que sigue con el dedo metido en la nariz. La señora Cramm palidece y se encoge y lo padece como una esclava.

Una vez fui a una fastuosa cena dada por una señorita la mar de peculiar y obstinada. La sirvienta olvidó servir la guarnición y a mi particular amiga, extasiada por un recuerdo de su juventud que duró los siete platos, le pasó desapercibido. Pero no a mí o al resto de invitados. Nos mirábamos furtivamente, pero con cautela. ¿Eran espárragos o brócoli o coles de Bruselas o judías? ¿Tapaba el error de la criada como la más profesional de las actrices, como si una mesa mellada o un jarrón roto fuesen algo normal de la velada? Ella gozaba de la gloria de las largas horas de su belleza. Se había metido el último bocado de la tarta en la boca cuando sus mandíbulas chascaron. Entonces habría pagado lo que fuese, habría llevado a cabo cualquier granujada, para saber qué fue exactamente lo que la llevó del amor alegre y la ligera juventud a las judías verdes cortadas a la manera francesa y a la irrevocable quiebra

del orden. Acababa de decir: «Estábamos bailando. Yo llevaba puesto mi vestido preferido y tenía frío». Articuló una o dos palabras antes de quedarse sombría y silenciosa. ¿Mediante qué proceso proustiano lo había conseguido? Supongo que fue algo repentino. Se estremeció, y ahí en medio de su mente aparecieron las judías ausentes. Se puso de pie enseguida y las sirvió ella misma, frías, con la cubertería de plata, antes del café. La salsa holandesa sin duda se había cortado, así que eso que nos ahorrábamos. Pero solo eso. Nos comimos esas judías sin rechistar, aunque algunos de los presentes éramos, por regla general, tipos lenguaraces, francos, burlones. Nuestra anfitriona descuidó su propia porción y volvió a precipitarse directa a la gloria. De todos sus pecados de aquella tarde nunca le perdoné el último.

La señora Ruin salta sobre el parterre de tulipanes, se le cae el rastrillo, sus enormes pechos se balancean como campanas, su pelo de alambre se eriza, mientras la señora Cramm finge creer que la señora Ruin, apoyada sobre su herramienta, está calmada y termina su frase con voz pausada y mira en vano hacia donde, según dictan los buenos modales, su vecina habría de estar si fuera respetuosa. La señora Ruin echa pestes y así pasa todas las horas del día. Ni siquiera es capaz de hacer un amago de interrupción. De modo que Toll y Ames, los mayores y más listos, continúan en alerta y siguen moviéndose. La señora Cramm, en cambio, permanece clavada como un poste mientras la señora Ruin la golpea cada vez con más intensidad, con bruscos clichés y delicadas obscenidades.

La señora Cramm es una frágil viuda que lleva zapatos de cordones. Su desgracia es vivir al lado de la señora Ruin y ser amable. Dirige a los niños, mientras huyen, las miradas más tiernas y dulces. La compasión la arropa, y la docilidad. Se encoge al ver los tirones de orejas. Hace muecas al ver el palo de la señora Ruin, pero evita hacer ningún gesto que haga sospechar a la señora Ruin, quien solo se da cuenta de lo que tiene delante de la nariz, así que no se entera de nada, las

manos tensas, la boca contraída y los ojos llorosos. Demasiado estúpida para comprender, demasiado estúpida, por tanto, para odiar, la señora Ruin, no obstante, ejerce de tirana con tanta naturalidad que sus malas acciones no le resultan a la señora Cramm más desagradables que las buenas.

Casi daría la impresión de que la señora Ruin es aún peor cuando hay testigos. Se vuelve aún más peculiar. Lo que antes pasaba desapercibido ahora es notorio y condenado. Las peleas que antes eran tan solo odiosas se convierten ahora en brotes de violencia. Las órdenes a viva voz devienen en gritos y se convierten en amenazas. Es como si deseara impresionar a su público con la profundidad de su preocupación, con la rigidez de sus principios morales. Conocía a una chica en la universidad que, al hacerte una visita, se pasaba el tiempo adecentándose o limpiando la habitación; si estábamos en la suya: pasaba el rato quitándose pelusas de la falda o los pelos de su gato persa del sofá o de las sillas; cogía motas de polvo invisible del suelo, limpiaba con la manga el polvo de las mesas, o con el dedo la parte superior de los espejos; y, hasta donde pude descubrir, nunca le importó lo más mínimo si venías por sorpresa o la avisabas con una semana de antelación o te la encontrabas por casualidad en el teatro o en la calle, se pasaba la vida ordenando sin parar, cepillándose la blusa con las palpitantes yemas de los dedos, barriendo el aire que la rodeaba con un leve movimiento de mano.

Es temprano. Estoy esperando al autobús, cuando la señora Cramm sale corriendo de su casa con una bolsa de malla en la mano. Me dispongo a quitarme el sombrero y ser galante, ya que he tenido poco contacto con la señora Cramm y ¡qué sabiduría debe de poseer la frágil señora! En ese momento la señora Ruin está en su umbral gritando: «¡Cramm! Qué día tan delicioso, señora Cramm, ¿no es verdad? ¡Venga aquí!». Y la señora Cramm, dubitativa, me deja ahí. «Una delicia. La hierba es un poco escasa en la parte de atrás. Ha hecho demasiado calor para las plantas. Maldito seas, Toll, ni te

muevas. ¡No se te ocurra moverte ni un maldito milímetro! Venga aquí. El suelo de la cocina está recién fregado. Nunca se es demasiado exigente. Los niños cogen cosas. Nancy. Ten cuidado. Se ha cortado el dedo con la cuchilla de papá. ¡Nancy! Trae aquí tu dedo. Enséñale tu pupita a la señora Cramm. Ahí. Le encanta matarnos a sustos». La señora Cramm murmura, se inclina, tiene el dedo lastimado delante de su nariz. «Le salió mucha sangre», dice la señora Ruin. «Se manchó el vestido, maldita sea. ¿Cómo está ahora la pupita, nenita? ¡Qué va a necesitar más medicina! Niños, niños. Apenas se raspó la piel. A correr y a jugar, venga». La señora Ruin empuja a la niña. Desvío la mirada y le doy la espalda. Me mira fijamente –siento su cara– y baja el tono por un instante. Cuando lo vuelve a subir es para maldecir y dar órdenes. «Levanta a tu hermano del suelo, ¡Dios bendito!». El autobús aparece y la charla se desvanece en medio del ruido. La señora Cramm no se sube conmigo. Cogerá el siguiente, o ninguno, solo puedo hacer conjeturas.

De manera que ellos huyen: Ames, Nancy, Toll, y Tim. Arrancan las flores de mis vecinos. Pisotean el jardín de más abajo. Atraviesan el seto del señor Wallace y, mientras el señor Wallace ruge como un cegado Polifemo, su risa recuerda al cristal frágil. A mí no me han dado ningún problema. Tal vez ella les ha advertido. No. Ella no lo haría. Yo no existo. Y fuera de sus dominios un aviso es motivo de carcajada. Son una maldición para la señorita Matthew, para el Tonto Perkins, Wallace o Turk, pero no para mí. Así que bien puede expulsarlos de la cristiandad si le viene en gana, como haría si la pusieran de guardiana del Jardín del Edén.

Se van: Ames, Nancy, Toll, y Tim. Han atado alambres a sus palitos y a su vez trapos alrededor de los alambres. Se anuncian órdenes. Se profieren amenazas por todo el vecindario, y ahora la señora Ruin la emprende con la famélica hierba, girando como un espantapájaros agitado por el viento, obstinada y atiborrada de su propia ambición.

Es inútil. Una y otra vez sus niños atraviesan el jardín, de un extremo a otro, en tropel. Encuentran el camino natural. Arrancan el césped. Lo aplastan. Pisotean la hierba, saltan sobre ella, corren. Chillan. Los alambres se aflojan. Arrastran los arcos por el barro. Los palos al fin se resquebrajan o se sueltan. Nancy se enrolla un trozo de alambre en un pie y es izada con brusquedad, como una liebre, y grita; y el señor Ruin hace acto de presencia y, sin miramientos, enrolla el alambre en los palos, sobre los arcos, lo que evidencia la rendición de su esposa. Los niños se ponen en fila mientras la señora Ruin los observa a través de las cortinas de la cocina.

La rendición dista mucho de ser incondicional. La señora Ruin vierte su odio sobre los dientes de león. Los arranca de la tierra. Coloca sus cuerpos en una cesta, donde se secarán y serán quemados. Patrulla ojo avizor el territorio fronterizo donde los vientos dominantes arrastran las suaves cabezas de las plantas de su negligente vecino, no, por supuesto, de la señora Cramm, que ha contratado a un muchacho, sino de los dos jóvenes adoradores de los placeres de la carne que viven a su derecha y que nunca aparecen salvo para colgar sus toallas o entrar y salir en el coche a toda velocidad cuando es casi de noche. Solo tienen manos el uno para el otro. Conceden plena libertad a los hierbajos. Por eso allí los dientes de león florecen en todo su esplendor. Desde que brotaron por primera vez en su jardín ella los observó con hostilidad. Sus brotes la llenan de furia y en el momento en que la joven pareja se marcha en su descapotable, la señora Ruin se abalanza sobre las flores y cercena sus cabezas hasta que sus dedos se ponen amarillos; arroja los restos a la tierra, como un insulto, donde nadie, salvo la impenetrable pareja, podría dejar de sentir vergüenza ante tal situación de destrozo y decapitación. Con un aspaviento grandilocuente y expresivo, inconfundible desde donde mi esposa y yo nos sentamos a disfrutar sin complejos del espectáculo, se dirige al mundo entero, alza sus manos manchadas sobre la cabeza y las sacude victoriosa.

Desde luego que hay demasiados dientes de león. La joven pareja no sale mucho; y mientras que la señora Ruin se atreva, en la época en la que los dientes de león brotan, a pasear por el límite de la propiedad, con mirada asesina, los brazos en jarras en señal de desprecio, el rostro lívido con una resignación ensayada con furia, y contemple impotente cómo los suaves copos de algodón ascienden y flotan sobre las peonías, cómo se ciernen sobre las rosas, cómo caen como besos sobre su hierba y cómo se frotan de manera indecente las semillas contra su tierra; no consideraría –el honor no se lo permitiría– poner un pie al otro lado de la frontera si la joven pareja pudiera verla, y menos aún hablarles, incluso con el mayor tacto, de las obligaciones cívicas de los vecinos; y sin duda esta vez ella tiene razón; porque si estos dos no eran capaces de ver lo que nosotros veíamos con facilidad, y si no se sentían abochornados u ofendidos ante la ira exteriorizada por la señora Ruin, ella podría arar y salar toda la parcela de tierra sobre la que se erige su castillo sin esperar otra consecuencia que el silencio y la indiferencia ya existentes.

Así que hay demasiados dientes de león y germinan con rapidez. Las semillas se levantan como una tormenta y atraviesan el jardín en nubes en contra de sus amenazas vacías y sus débiles puñetazos al aire. La señora Ruin, entonces, como siempre, pone a sus hijos en acción. Persiguen la pelusa blanca. Esta, como si bailara, se aleja de su persecución. La señora Ruin vocifera órdenes incoherentes. Los niños corren más rápido. Saltan más alto. Giran a mayor velocidad. Repelen la invasión. Pero las semillas se dispersan y flotan sin remedio. La propia señora Ruin es bastante hábil. Atrapa las pelusas al vuelo. Las aplasta; las tira en una bolsa de papel. No se le escapa la más mínima pelusa blanca sobre el césped, y después de cada ráfaga de viento, rastrilla con cuidado el terreno. Los niños, en cambio, lo convierten en un juego. Brincan con alegría y mi corazón escapa con ellos, casi bailando, algo que

rara vez me sucede: alegre como ellos, inmerso en lo ridículo, feliz en su demencia.

Los niños dudan si destruir sus favoritas. En vez de eso comienzan a vitorearlas, calculan la distancia y la dirección, imaginan que son globos que han perdido el rumbo. ¿Quién querría abatir esas aeronaves de forma prematura o interferir en los caminos naturales marcados por el viento?

La señora Ruin.

Ella está al acecho, inmóvil. Aquí vienen en tropel, una se acerca. Su brazo emprende el vuelo. Sus dedos crujen. La pelusa desaparece en sus garras. El trofeo es engullido por la bolsa. La señora Ruin vuelve a quedarse quieta aunque la bolsa se agite. Me recuerda a los lagartos sobre las rocas; a mi esposa, a las plantas carnívoras. La paciencia de la señora Ruin es inagotable en estas ocasiones; su habilidad, extraordinaria; su devoción, absoluta. Los niños se han ido. Sus gritos no le causan ninguna impresión. La señora Ruin está atrapada. Está al acecho. Llena su bolsa. Pero por fin los dedos furiosos se cierran en el aire, el brazo se repliega de manera repentina con la mano vacía y la señora Ruin agacha la cabeza en señal de fracaso. Viva, revolotea. Su ancha falda se levanta. Es un ballet tosco, una salvaje pantomima; porque la señora Ruin, a diferencia de las demás madres de la calle, no grita a sus hijos sus deseos con determinación y angustia. Ella los advierte trompeteando pero, si sus avisos no son tenidos en cuenta, se vuelve sigilosa como una serpiente. Su cabeza se sacude, me doy cuenta, al leer las señales, de que la señora Ruin está buscando un arma. Los niños son ahora para ella la pelusa errante, los indisciplinados copos, y aunque son bastante pequeños, la señora Ruin siempre acrecienta su poder con un palo o una correa y dedica a su captura y castigo la misma energía y obstinación que dedicaba a la destrucción de la mala hierba.

Ninguna cacería en la selva ha sido más tranquila. Descubre una rama caída, con las hojas aún verdes. La agita. Las ramitas chasquean y las hojas crujen. Divisa a su hijo mayor junto al establo, rígido de impaciencia. Su copo lucha en una corriente de aire. Se precipita en un agujero del establo por donde se cuelan los gatos. Su madre se abalanza sobre él, con la rama en alto, rígida, sin hacer ruido, como si pillarlo desprevenido fuera parte del castigo, con su alegría consumida por el miedo y la indignidad de recibir las collejas de las hojas.

No creo que los reclame para llevar a cabo sus tareas estúpidas con la esperanza de que obedezcan. Su ira es demasiado grande como para despertar obediencia. La ofensa debe ser alimentada, engordada para adecuarse al sentimiento; de lo contrario podría quedar en nada y hacer el ridículo. De modo que ha de parecer que todos sus niños se han escabullido con sutileza y en silencio. Debe parecer que se han burlado de ella y de su odio. Ellos deben, por tanto, ser perseguidos con sutileza y en silencio, apaleados hasta llegar a casa, como los perros: a cuatro patas, mientras se protegen el trasero y las pantorrillas desnudas del escozor de la vara, y se tapan las orejas con las manos; retorcidos como si fueran tullidos, huyen a gatas de la correa; mueven los brazos como quien espanta moscas; guardan silencio en todo momento, ensimismados, tan estúpidos como la bestia más estúpida; como si supieran que ningún alarido podría ayudarlos; se niegan, como los prisioneros, a dar satisfacción a su enemigo –aunque el más pequeño solo tiene dos años– y ese silencio mientras huyen de ella me parece más terrible que si los niños hubieran seguido gritando hasta que se me cuajase la sangre y se me helasen los huesos.

La señora Ruin agarra a Ames por el brazo, se lo retuerce, le cae una lluvia de golpes sobre la cabeza y el cuello. Logra zafarse y sale corriendo. Es lo que ella pretende. Permite su huida. Ahora que brotan las palabras entiendo que el silencio ha sido un dique. Señala con su brazo acusador la espalda del niño. Lo maldice. Lo sentencia. No puede entender su pereza, su ineptitud, su desobediencia, su estupidez, su desaliño, su suciedad, su fealdad; y la señora Ruin no solo incluye en su lista los defectos que encuentra en su actual comportamiento, sino todo lo que puede recordar desde que pendía de las manos del doctor y era demasiado torpe para llorar o lo hacía sin fuerzas o estaba demasiado rojo o demasiado arrugado o era demasiado pequeño o había nacido con un eczema en el pecho, una humillación terrible para su madre. Desde que nació no ha sido más que una deshonra, una deshonra todos y cada uno de los días en todas y cada una de las cosas que hace. La última palabra que se cierne sobre él cuando cierra la puerta: ¡Deshonra! Le hace entender mediante gritos dirigidos hacia las ventanas del piso de arriba que todavía vendrán más, que aún no ha terminado con él, el chico deshonroso e irrespetuoso, el niño deshonroso y maleducado; y en alguna que otra ocasión, aunque no en esta, si el niño está inusualmente contento, si está más rebelde de lo normal, sacará la cabeza por la ventana de la que doy por hecho que es su habitación, porque ahí es donde lo ha enviado, y hará burla a su madre, y una horrible pedorreta; ante la cual la señora Ruin se detendrá como fulminada por un rayo, tomará un poco de aire, hará una pausa monstruosa para gritar «¿Qué?» ante tamaña afrenta; y luego explotará de forma despectiva, llena de desprecio, «¡Tú!, ¡tú!, ¡tú!» apenas romperá a balbucear… Reúne al resto de los niños, si aún están por ahí, y unos minutos más tarde los aullidos de dolor y aflicción podrán oírse en toda la manzana.

Son estas ocasiones, creo, cuando los niños sufren de verdad. Los coscorrones, bofetadas y azotes que se llevan

duelen, no hay duda, pero son breves. Son también, en cierto modo, rutinarios. Los golpes me recuerdan al repertorio del matón del colegio: los pellizcos, los empujones, los tirones de pelo, los repentinos puñetazos en el brazo, las inesperadas patadas en la espinilla, el codazo en la entrepierna. La maldad cotidiana se diluye en la vida, se funde con malicia en ella; se convierte en parte de nuestra sangre. En primer lugar, es un recipiente útil para la culpa. Contiene todo el odio. Nos aferramos a ello, la eterna y siempre válida excusa. Si no fuera por ello, ay, entonces, seríamos mejores, nos iría bien, seguiríamos adelante en la vida. Pero entonces un día nos es necesario, como si respirar hubiera sido terriblemente doloroso durante mucho tiempo, y cuando el dolor por fin remite, nos asfixiáramos, debido al miedo. De modo que crecen con ello. En todo caso, va a más. Se saben las reglas de memoria porque es como un juego, un juego que no tiene ni pizca de gracia y del que no sacan ningún provecho. Ames se bate en retirada hacia la casa con las maldiciones de la señora Ruin cerniéndose sobre su espalda, mientras los otros, ahora alertados, prevenidos, se dispersan por los callejones y garajes y las viejas cocheras, entre las casas aledañas, mientras la señora Ruin los busca a conciencia, cubre con cuidado la retaguardia, se gira con frecuencia, vuelve sobre sus pasos, escruta, hasta que por fin encuentra a uno y recorta la distancia, hace un movimiento súbito, sigiloso, con su vara, golpea el aire y restalla contra los talones del niño mientras corre hacia la casa. No conozco todas las reglas o no acabo de entenderlas pero deduzco que mientras el señor Ruin está en el trabajo la puerta principal está cerrada con llave, ya que los niños nunca intentan colarse por esa vía; y supongo que la casa debe de ser la base, debe de ser un santuario inviolable excepto en los casos más graves. Aunque no se les permite volver a salir, al menos no serán golpeados de nuevo. Ni tendrán que bailar tras las pelusas de los dientes de león en el tórrido jardín.

A mi esposa y a mí nos resulta extraño que todos se refugien en la casa. Parece perverso, un sacrificio antinatural: el yo dirigiéndose hasta el borde de un acantilado junto al mar, de manera estúpida, como cuando uno se deja llevar por la masa. Nosotros nos alejaríamos corriendo, nos decimos el uno al otro desde nuestra madurez, sabiendo, mientras lo afirmamos, que incluso mayores como somos, adultos como decimos ser, volveríamos al nido venenoso como ellos, los niños que aún tuercen los pies al caminar, la niña con su pecho plano, los chicos aún no dotados para la masculinidad. Nos regodearíamos en nuestras heridas y sentiríamos de nuevo el dolor del principio. Languideceríamos por la gloria del dolor de antiguos vínculos. Tal vez un día el mayor de los Ruin diga, al ser confrontado por una ruindad que es la suya propia, por su propia alma ruin, que de pequeño le pegaban; y tal vez ese hecho le proporcione cierto consuelo; pueda al menos desviar una parte de la culpa a su infancia. «Esta mierda no es mía». «*Mann ist was er isst*». «¡Ay, el presente!».

Nos gustaría que los niños *huyeran,* desde luego, igual que nosotros deseamos huir, porque si nos hubiéramos escapado, si hubiéramos tenido el valor y los recursos necesarios que tanto deseamos para ellos, sentimos que ahora viviríamos más rectos, libres de la necesidad de negar nuestra propia mierda, enteros, con la cabeza alta, sin tener que esconder el rabo entre las piernas. Por esa razón, nos vemos obligados a exagerar el pasado. Lo magnificamos con nuestros errores. Por suerte para nosotros entonces, por desgracia para nosotros ahora, en realidad no fue tan malo. No nos persiguieron ni nos pegaron. No se aprovecharon de nosotros en nuestro propio jardín. No nos despellejaron ante la mirada impasible del resto del mundo. Nuestro asombro es simbólico. Es una treta del lenguaje. Expresa más bien un deseo propio; como si de verdad sintiéramos la indignación y la decepción que ponemos de manifiesto cuando vemos a los niños Ruin volar hacia su colmena, mi esposa y yo; y si alguna vez les dirigiésemos

ciertos sentimientos de ira que nos inspira la señora Ruin con el poder que nos otorga el ser meros observadores, sería una gran injusticia por nuestra parte; aunque no estoy por encima de la injusticia, debo confesar, pese a estar al tanto de las terribles circunstancias de su vida, que siento cierta antipatía hacia Ames, el mayor de los niños Ruin, me desagrada especialmente cuando va en su bicicleta, me desagrada tanto o más que las ubres, el cuello caballuno, la cara de cerda de su madre. «Seguramente le han hecho ser así, pero *es* desagradable, extrañamente desagradable», me temo que digo con frecuencia. «No lo puede evitar», responde mi esposa, y miro a los niños con furia, del mismo modo que la señora Ruin descarga su ira sobre cada uno de sus hijos y ellos corren o gatean hacia la casa, porque sé que mi esposa tiene razón. Me indigna su estupidez, su falta de carácter, su falta de osadía –al igual que la señora Ruin tengo mi propia lista– porque, en estos remotos combates, soy tan aterrador, tan audaz y violento como solo un hombre tímido y miedoso puede ser.

Pero, después de todo, debe de haber rincones para cada uno de ellos en esa pequeña casa, rincones personales y familiares donde las paredes se unen como el recodo de un brazo suave y cálido, y deben de pasar algunos ratos disfrutando de su amor por un tesoro privado. Debe de haber alguna vista, algún tacto que los reconforte y atraiga hacia la trampa. A nosotros, gracias a Dios, no nos ha amamantado la señora Ruin, ni nos ha bañado ni vestido ni arropado en la cama ni ha cuidado de nosotros cuando estábamos enfermos. Quizá su tacto es a veces tierno y su tono de voz dulce. Mi esposa es optimista.

Pero yo no. Su casa es de chocolate. La pintura se está descascarillando. El tejado es de zinc. El porche delantero es estrecho. También la casa. Las ventanas son bajas y pequeñas. Las cañerías necesitan una reparación. Hay manchas de óxido en los laterales. Grietas en los cimientos. La chimenea está torcida. No puedo pensar en la casa como en un santuario

durante mucho rato. Lo intento. Veo cómo los niños giran alrededor. Desaparecen en su interior e intento pensar que podrían gritar «¡Santuario!», como Quasimodo. Pero ¿tenemos alguna razón para suponer que la vida dentro es algo mejor que la vida que vemos aquí fuera? Mi esposa desea creerlo –por los niños– pero no puedo ni imaginar las oscuras sombras de esa pequeña casa en la que no hay nada cálido salvo quizá la grasa acumulada, húmeda del señor Ruin, en cuclillas como un sapo, en calzoncillos, con los ojos duros y brillantes sujetos al rostro como abalorios, la lengua pasa por la comisura de los labios, los dedos frotan con suavidad los de la otra mano, desliza una pierna sobre la otra, su pálida piel azulada bajo la luz mortecina.

Pero entonces a mi esposa le falla la imaginación. He intentado tirar de ella pero su sentimentalismo enseguida se despierta. Sus ojos se quedan en la piel. Solo su corazón, solo sus sentimientos más tiernos la traspasan. Yo, en cambio, amputo como un cirujano todo lo que sobresale, todas las manifestaciones de la enfermedad, y llego al interior del mal. Concibo la luz, por ejemplo, siempre escasa, demasiado débil y mortecina, como si hubiera tenido que viajar a través de demasiado polvo y demasiada muselina, como si hubiera habitado demasiado tiempo en compañía de alfombras oscuras y sillas de angora y lámparas satinadas. El aire, lo percibo, también está enrarecido. Nunca abren las ventanas. La puerta de atrás suena con fuerza pero la brisa es metafórica. Todo lo que cuelga en esa pequeña casa, cuelga inerte y rígido. Nada está sucio, pero nada parece limpio. Su papel de escribir se pega a la mano. Su retrete tiene fugas. En los pasillos refresca. Las paredes están húmedas.

Una vez estaba jugando con los coches de juguete y haciendo caminos alrededor de los pilares del porche de la casa de mi familia cuando, por accidente, puse mi mano sobre una tubería fría y húmeda que salía de la tierra, y vi cuatro babosas gordas y viscosas cerca de mi nariz. Pienso en eso cuando

pienso en la casa de los Ruin y en el pálido y gordo señor Ruin, y la necesidad de chillar, como hice, se apodera de mí. Me di un golpe en la cabeza, recuerdo, al intentar salir. Me daba miedo contar a mi padre por qué había gritado. Estaba muy enfadado. Aún hoy me desagrada el olor a tierra.

Mi esposa sostiene que la señora Ruin es un ama de casa intachable y que su casa siempre está fresca y seca y bien ventilada. Es posible que tenga razón, si nos atenemos a las meras apariencias, pero mi descripción es emocionalmente correcta, metafísicamente apropiada. Mi esposa entablaría una amistad con ellos y entonces, dice, podríamos averiguarlo; pero esa no es una opción. Destruiría mi trascendencia. Y yo quedaría mortalmente enredado en la ilusión.

Sí. En mi mente, el interior de la casa de los Ruin es claro y horrible como una pesadilla en la que nadie querría entrar por propia voluntad. Debe de tener cinco habitaciones. Ni una más. Y dentro de esas cinco habitaciones, en el mejor de los casos, los seis Ruin se apretujan con la maquinaria que los mantiene vivos, con las bagatelas que ella compra, los caballos de porcelana azul que marchan al trote en las ventanas y algunos juguetes de los niños, porque no carecen de juguetes, al menos de esos en los que se pueden montar. Tienen un patinete, un pequeño triciclo, otro grande, otro que tiene un carrito enganchado a la parte trasera y una bicicleta con la que el mayor de los Ruin atropella flores, personas, gatos y perros. Por una vez debo elogiar su buen gusto. No han comprado a sus hijos bicis con vanguardistas guardabarros de hojalata o pintadascomo cohetes, aviones, caballos, cisnes o submarinos. Tienen buen ojo para lo práctico, lo perdurable, ese tipo de cosas. Recuerdo con cariño mi propio triciclo, capaz de alcanzar una velocidad tremenda, o eso me parecía entonces, y como solo dependía de mi imaginación, podía ser Pegaso, si me placía, y lo era.

No hay ningún Pegaso –imaginario, real– en la casa de los Ruin. Hay un padre que flota entre los sofás, blanquecino como los animales que llevan tiempo en la caverna, yerto como una mala hierba, con la boca en movimiento, los ojos crispados, que retuerce con sus dedos gordos un botón de la manga.

En el baño cuelgan toallas de color morado. Las he visto en el tendedero. Tienen sábanas de colores –unas de color lavanda, otras rosa, otras de color vino– y algunos tapetes de hilo que puedes comprar en el salón de otra casa, a una manzana de distancia, donde se venden artículos religiosos junto a caramelos y fundas y encurtidos. Las dos damas que los hacen son inmensamente gordas e inmensamente pías. Además venden letreros que, con tristeza, pero también, imagino, con un toque de rencoroso triunfo, proclaman el Advenimiento del Señor y la Destrucción Final del Mundo. He reparado en uno excelente en la ventana del salón que, en letras escarlata, dice sin más Armagedón, como un hito histórico. Para crear expectación está festoneado con mucho gusto por una hilera de cruces y pequeñas calaveras. El señor Ruin se llevó uno de esos letreros a casa y lo clavó en la puerta del pequeño establo donde guarda el coche. En letras plateadas que relucen sobre el fondo negro anuncia la Eternidad Mañana. Debe de haberle costado un dólar y medio. Yo, al menos, lo tomo como una amenaza. Mi esposa dice que le recuerda que ha de conducir con precaución. Ya ven con qué peligrosa facilidad la engañan. Sin embargo, quizá para los Ruin no sea una advertencia sino una esperanza, una promesa de recompensa; y, sin duda, habla sin tapujos de mi desdichado destino el hecho de que considere este mensaje de una forma tan pesimista.

Los Ruin son calvinistas, estoy seguro. Pueden albergar dudas sobre el cielo pero para ellos el infierno es real. Deben de sentir su calor y el temblor de la tierra bajo sus pies. Su ruindad debe de surgir de ese gran sentimiento de culpa que de

forma automática se convierte en una extremada sensibilidad hacia el pecado de los otros, y lo envenena todo. No puede haber placer. Solo existen las urgencias biológicas del pene. En otra época más decente, le habrían leído a sus hijos *Pedro Melenas,* el libro de cuentos ilustrado de los justos, donde el premio por la debilidad moral, de lo cual el libro era un auténtico catálogo, era la amputación de una extremidad, la pérdida de los dientes o los ojos, la promesa de un accidente sangriento y mortal, una enfermedad maligna y dolorosa, o un brote de locura, desastres todos ellos cortados a la medida del delito por una Providencia sabia y benevolente. También recuerdo un poema de nuestros antepasados puritanos, escrito en versos yámbicos bastante vigorosos, sobre un niño llamado Harry, perverso de corazón hasta la médula, que fue a pescar el día del Señor, en contra de la voluntad de su padre y movido por un placer diabólico:

Capturó muchos peces pequeños,
y encantado estaba al contemplar,
cómo se retorcían agonizando,
y luchando en el anzuelo.
Al fin, capturados suficientes,
tantos que se había cansado,
se apresuró hacia casa
con la intención de mostrarlos.
Pero al colocar los peces
saltó para coger un plato
de un grande gancho de carne,
su mentón quedó colgado.
El pobre Harry pataleaba y berreaba,
y gritaba y chillaba y aullaba,

mientras de sus heridas la sangre carmesí

a raudales manaba.

El patrón del castigo en el poema se basa en el principio del ojo por ojo, pero estoy seguro de que aunque los niños Ruin puedan temer su transmigración moral y ser convertidos en hormigas (aplastadas por una apisonadora) o en mariposas (se les caerían los brazos), más temerían las hormigas y mariposas cruzarse con ellos. Una mariposa, creo, preferiría morir con sus alas quemadas, con cierta celeridad, en plena posesión de su belleza, que ser raspada, pinchada y golpeada, y perder, antes de la facultad de volar, el deseo, y antes del deseo, la elocuencia de su diseño.

Me encantaría ver a la Providencia ponerse de parte del diente de león. En ese caso, el diente por diente me parecería apropiado.

Pero por supuesto todos los Ruin han sufrido metamorfosis. Son osos acosados por las moscas en un pobre zoo sin nada donde clavar las zarpas salvo los unos en los otros o en un tronco muerto, y nadie a quien

odiar salvo a sí mismos, sus moscas, y la tierra desnuda, abrasada, sembrada de cacahuetes.

4

El señor Wallace ha dado muestras de cierta fortaleza. Le había dado por esquilado pero se ha unido a los Ruin. Ahora se reúnen en las tardes más frescas en el porche delantero de los Ruin, los señores y las señoras, en amor y compañía. Gritos y plañidos de risa, resoplidos y bramidos como de cabestros salen de las sombras del porche como si fuesen árboles umbríos que crecen junto a una ribera cenagosa. Es una coyuntura, debo confesar, en la que no había caído, aunque a veces

fantaseo con la idea de ser dueño del destino de los otros. Era una parte de *ella* que había pasado por alto. Al fijarme en sus cabriolas sobre la hierba, sus prisas, sus giros y sus maldiciones, me olvidé de su profundidad geológica, la vena de ruindad que reside a mayor profundidad en ella. Frente a la mecánica agitación de las apariencias olvidé contraponer el glacial movimiento de la realidad.

Yo fui el que los uní… desagradable final para tan placentero comienzo.

El señor Wallace campaba a sus anchas, como ya he dicho; gigantesco en el paisaje, tragándose la vida. No mostraba ningún respeto por mis misterios, solo por los suyos: señales, premoniciones, presagios, marcas y símbolos cuyo significado le estaba reservado solo a él. El señor Wallace era amante de las profecías, sin embargo se me ocurrió que cuando el pequeño Toll se cruzó en su camino aquel día, esa fue la piedra, más simbólica que real, que encendió la llama en los ojos de Goliat. Estaba escrito que Jonás abandonaría al Señor. Debido a la huida de Jonás, se levantó una tempestad, y debido a la tempestad, Jonás acabó en las fauces de la ballena. Ser engullido de la manera adecuada era, entonces, el secreto; al precipitarse por la garganta, hacer que los jugos fluyesen hasta que las membranas de su estómago convulsionasen. ¡Qué sintió aquella ballena, con las fauces húmedas y cavernosas reverberando rezos y ruegos! ¿Sería el señor Wallace como un perro, capaz de comerse su propio vómito? En cuanto a mí, dictaminé que pronto sería arrojado a tierra firme. De ahí en adelante el secreto me pertenecería, como le perteneció a Jonás. Ser el cebo, bajar el arpón y clavarlo en esa tripa, hasta entonces redonda e imperturbable, y luego escapar, ahí estaba el truco. Y la profecía se encargaría de cumplirlo.

¡Qué enamorado estaba de esa idea! Pasaba el día caminando ingrávido, como levitando. El señor Wallace me obligaba, aparecía para informarme casi de inmediato de sus

dolencias, para divagar sobre el parte meteorológico de la medianoche, y se regodeaba en el tema haciendo un análisis exhaustivo absolutamente predecible. Me hallaba en una gran llanura árida. En la distancia asomaba una roca rojiza. Delante y detrás de mí se congregaban multitudes con pancartas, murmuraban. La luz del sol se reflejaba desde escudos y lanzas. Miré de reojo al gigante. Su figura titubeaba. Sentí humedad y sequedad al mismo tiempo. Tal vez los antiguos filósofos griegos tuvieran razón sobre la atracción de los opuestos. El polvo envolvía como una nube mis pies de plomo. El rostro del gigante bañado en espuma. Es increíble cómo los sentimientos de las fábulas universales a veces dan lugar a una única visión abrasadora. Por supuesto esa singular visión ha sido siempre mi auténtico don.

Esperé. Me dolían los tobillos. Dije que tenía un lunar que me picaba. Mala señal, dijo el señor Wallace, y comprendí que el pensamiento del cáncer lo sobrevolaba. Los lunares son señales especiales, dijo. Afirmé ser consciente de ello, pero los míos se encontraban en lugares que traen buena suerte y por ello me vaticiné una larga vida. Los lunares nos horadan, dije. Excavan túneles que llegan hasta el corazón. El señor Wallace sonrió y me deseó suerte y, con gran esfuerzo, se dio la vuelta. Era un buen comienzo. La sorpresa y el miedo hicieron acto de presencia y crisparon su rostro. Al volver pensó en voz alta sobre los lunares y acabó disertando sobre ellos: causas, conexiones intradérmicas, paralelismos cósmicos, relaciones con la divinidad. Estaba febril, tenía rocío en los labios, brillo en los ojos. Lunares. Todos los días. Al menos no había nada artificial en la forma en que sacaba el tema. Yo hablaba de la marca de Caín. Mencionaba las deformidades del diablo. Hablaba de sapos y verrugas. Analizaba la localización de las manchas y la ordenación de las estrellas. Estigmas. El mundo exterior es como la piel y las manifestaciones externas no son más que reflejos del mundo interno. Aludí a los lunares de la belleza, a los de la avaricia, la astucia, la gula y la lujuria, a

aquellos que, al ser tocados, hacían llorar los ojos, o picar los oídos o que la polla se levantara y la más recatada de las doncellas floreciera. Se me disparaba la imaginación. Relacionaba los lunares con los mapas, los lunares con las montañas, los lunares y los elementos del interior de la tierra. ¡Oh, estaba ideado de maravilla! De qué forma temblaba y humedecía sus labios como un viejo libertino, con un entusiasmo contagioso. En todo momento era concreto y detallado. *Esto* podría corresponderse con *aquello.* La médula espinal es como un eje polar. Pero al mismo tiempo también era indeterminado y vago. Un lunar con forma de cuerno situado en un lugar determinado podría significar cierta maldad de espíritu. Yo le informaba de todo y a la vez de nada. Le hice cambiar su perspectiva del cielo al infierno y le despojé de respuestas ingenuas; al principio le sobrevino una decepción infantil mientras nuestro punto de vista se desplomaba; a continuación, un miedo igual de infantil. Su bastón temblaba sobre la acera. Lo tenía atrapado. Estar a punto, continuamente, de morir; sentir dentro de ti la química de la muerte; ver en el espejo, día tras día, cómo asoma la calavera; pudrirse al caminar y temer al sol; recoger los pliegues de tu fláccida piel como si se tratase de ropa infectada; saber, no solo por la definición lógica o las estadísticas, que los hombres son mortales, sino por el fluir de la propia sangre, saberlo con toda seguridad, de manera tan directa, de un modo tan inmediato, pensé, sería una carga que requeriría, si un hombre tuviera que soportarla, una buena dosis de autoengaño, tan llana y robusta como incierta era la verdad: una esperanza inextinguible, blasfema, mágica hasta el punto de que el último hálito pudiera durar para siempre, un estertor que perdurara para toda la eternidad.

Tenía lunares en el cuerpo, estaba convencido de ello. Y también de que querría conocer su significado. No importaba si, ante mí, los había provisto de orden y sentido; estas cosas no pueden garantizarse. Él querría saber. Tendría que saber. Y

le daría miedo saber. ¿Qué ocurriría si yo dijera: Este es el lunar de la muerte más dolorosa? ¿Y si dijera: Este es el lunar de la vida eterna? ¿Y si ocurriera un milagro? ¿Y si…?

Esperé. Volvía una y otra vez, picaba el anzuelo. Como un vendaval lo traspasaban la excitación, la preocupación, la anticipación, el pensamiento más profundo. Al fin me dispuse a sacar el tema de la muerte. El señor Wallace mostró los dientes y dejó vagar sus ojos por los árboles. Su bastón castañeteaba. Admitió que su esposa tenía un lunar o dos. Ah, dije, ¿dónde? El señor Wallace se sonó la nariz y se despidió. Todavía no. El canalla estaba dispuesto a sacrificar a su mujer. Él solo quería probar un poco, saborearlo desde una distancia prudencial. Y yo debería facilitárselo. Tan solo me preocupaba si esa vieja bruja tenía los lunares en sus partes; aquí el recato silencia el discurso. Por tal presagio, si pudiera pronunciarme sobre él, daría toda mi fortuna.

Volvió una y otra vez hasta que las arcadas que me producían el olor a grasa y el ruido del agua me hicieron lanzarle la pregunta sin tapujos. Siempre la esquivaba en silencio. Y luego volvía una y otra vez. Yo ya no tenía compasión. Temía que volviera. Dudaba incluso si salir al jardín. Y entonces dijo que ella tenía lunares en el cuerpo, en el muslo. El muslo, exclamé, el hogar de la belleza. ¿En el derecho o en el izquierdo? En el izquierdo. ¡El izquierdo! Las condiciones fundamentales se estaban cumpliendo. ¿Están en la parte baja?, ¿en la alta? Cerca de la ingle. ¡La ingle! ¡Glorioso! ¿Tenía dos? Dos. ¡Dos! ¿Y el color?: ¿marrón?, ¿rojizo?, ¿negro? Amarillento. ¡Amarillento! ¡Qué maravilla! ¿Y el vello que crece ahí?, ¿de qué color es el vello? Seguro que tenía vello. Ha de tenerlo. Amigo mío, tiene que volver a mirarlo. Mire una vez más. Y otra. Determínelo con precisión.

Así que mordió el cebo. Se había tragado el anzuelo de cabo a rabo.

Incluso ahora no permito que mi mente se recree en la imagen de esos dos escrutando bajo su falda. ¡Qué infernalmente lascivo! ¡Qué magistralmente repulsivo! Ella le preguntaría si había visto alguno. Él dudaría, más consciente que ella de lo importante que era decir que sí, pero no estaba claro, no era capaz de encontrar pruebas inequívocas que apoyasen una afirmación. Él se humedece el dedo y lo aplica a la mancha. Tal vez una luz más intensa. Quizá si se quitara el vestido. Ella lo observa preocupada. ¿Qué significa todo esto? ¿Pueden decir con seguridad que le crece el pelo ahí?; ¿o que no? Ella está tentada de afirmar que no pero él se lo impide. Existe una duda. Tiene que haber una duda.

O él le ha ocultado el contenido de nuestras conversaciones. Espía sus lunares, la acecha mientras se viste, mientras se da un baño, o recuerda días mejores cuando él estaba entero y ella era suave e inocente y todavía había carne en la que deleitarse. Entonces tal vez esos lunares dorados que tenía en la cadera eran como abalorios que pedían a gritos ser besados. No. Veo el dedo húmedo, la falda levantada, el inquisidor ceño fruncido. Lo veo con claridad, con un color nítido, con las formas realzadas por las sombras. En cierto modo, los une un lazo más fuerte que el consuelo. Ella es una enfermera. Ella es una esposa. Pero ¿qué más? ¿Hubo un tiempo en que ese mismo dedo le recorría el muslo con amor? Lo considero y me estremezco. La mente se recrea en juegos extraños. No. Nada de juventud para ellos. Siempre fueron viejos. ¿Ese dedo la toca con cierta ternura o es, más bien, como yo me imagino, como el roce de un palo seco?

Hubo un tiempo en que mi mano, también, era cálida y su roce dejaba un ardor bajo la piel y tanteaba en busca de la belleza como una abeja a su reina; pero era un vuelo demasiado alto para un viejo tirano que no merecía alas. Sin duda estos dos vivieron tiempos dulces, atrevidos y ridículos. Incluso puede que ahora tengan momentos dulces. Esos momentos quedan al margen de mi conjuro. Solo sé que el mal absoluto

tiene tanto encanto como el bien más perfecto y parece igual de justo; porque los animales que viven en cuevas pierden su color por culpa de la oscuridad y destacan en su entorno como el alma buena en el suyo, tan albinos como las estrellas. Pero la belleza, o cualquiera de sus brillantes disfraces, le es por completo ajena al señor Wallace y a su esposa y a los Ruin. La maldad auténtica es rara. Desde luego no reside en el asesinato sórdido de millones, ni siquiera si son judíos. Más bien habita en la pálida frente de cada mesías que no duda en matar para salvarnos a todos de la muerte. Aun así, es el humo de los judíos carbonizados lo que olemos, las hileras de cadáveres calcinados, y es difícil ver el alma a través de esa leña blasfema, supongo, al igual que me resulta difícil encender una bombilla en la casa de los Ruin, o colocar entre el marido, Wallace y su esposa la necesidad y el placer propios de los amantes.

Aunque, tal y como se demostró, era incapaz de capturar al señor Wallace, que se aferró con tesón a sus secretos, mi triunfo fue completo. Opté por romper el eslabón más débil. Oí su bastón tocar en mi puerta y salí corriendo desde mi estudio para evitar su entrada. Sin embargo, mi esposa se anticipó y el señor Wallace ya estaba en el salón cuando llegué, hundido en la banqueta del piano, con el rostro inquietantemente enrojecido y parpadeando ante las sombras. Llenó la habitación con sus toscas amabilidades. Fui brusco con mi esposa. Esperaba haberlo mantenido a raya en el porche. Había leído sobre santos que besaban las llagas supurantes de los mendigos y siempre había dudado del mérito espiritual de tales acciones, pero delante del señor Wallace solo podía maravillarme ante la hazaña que esos hombres habían llevado a cabo. Por fin me deshice de mi esposa y el señor Wallace se quitó su sombrero de paja y a voces tartamudeó su confusión. Temblaba, el pobre hombre, de ansiedad. Yo me reía. Le quitaba hierro a todo. Los lunares, claro está, dije, son accidentes de nacimiento. Su ubicación no significa nada, igual que nada indica la posición de las estrellas. Los filósofos

griegos, en su mayor parte, han hablado con elocuencia sobre el tema. Tal vez Pitágoras no fue tan simple como sería deseable, mientras que Sócrates tenía activada desde que nació la voz de alarma y Platón en ocasiones daba rienda suelta a un comportamiento que, en fin, no era muy coherente con su amor por las matemáticas; Aristóteles en cambio se mantuvo firme y por regla general no reconoció el poder de las premoniciones. La Iglesia cristiana, para ser sincero, considera que esas cosas son satánicas, aunque ciertos sucesos ocurridos parecen ser… de una naturaleza cercana a –cómo decirlo– la epifanía de un mundo oculto: estigmas en los pies y las manos de niños pequeños, apariciones marianas, voces, levitaciones, transmigraciones, éxtasis, luego los milagros llevados a cabo por los huesos de algunos santos, la madera de la auténtica cruz, la sábana santa, la sangre, los excrementos, etcétera… las heridas en el costado de las que manaba un agua tan pura como la del más puro de los manantiales. No obstante… no obstante… la Iglesia es severa. Los judíos son también tercos. Está por supuesto la Cábala, el libro mágico. Aun así, Yahvé es muy directo. Por eso sabemos que la colocación de las hojas de té es solo un entretenimiento, mientras que las entrañas aún calientes de las aves de corral solo permiten acceso a lo divino a los seres primitivos. ¿Acaso no fue antes de Filipo cuando el fantasma de Julio César…? Sin embargo… todas las premoniciones son imaginaciones. Deberíamos reír cuando leemos sobre desastres venideros. En el Medievo se hablaba de un arroyo de agua fresca tan dulce y tan pura que, al beberla, dotaba al espíritu de elocuencia, y a la mente, de bendiciones. Aun así, cuando los hombres seguían su curso hasta la fuente de donde manaba, se encontraban con que brotaba de las mandíbulas putrefactas de un perro muerto. De modo que los fieles predicaron sobre cómo de un mundo fétido, corrupto y malvado podría salir uno inmaculado, perfecto, bueno… Entonces el señor Wallace me dio las gracias e intentó ponerse en pie. Hizo señas para que me acercara y, cuando lo hice, una

mano fuerte me agarró del brazo. El monstruo se levantó y abrió las fauces con amargura. Adiós.

Por fin. Pero el señor Wallace no sabe susurrar. Las paredes retumban con su voz. ¿Qué pensaría ella si lo oyera? ¿Se encogería de nuevo de vergüenza? Vino con el té unos minutos más tarde y fingió sorpresa al ver que se había ido. Tuve que mirarla fijamente hasta que la taza tembló. Después subí a mi habitación.

Cuando todo lo que había empezado bien parecía haber concluido del mismo modo, los Wallace se unieron a los Ruin. Quizá los Ruin interpretasen los lunares mejor que yo. Mejor aún: quizá ignorasen por completo su significado.

Aquí las casas se comunican por callejones. Todos los garajes dan a uno. La basura se desparrama sobre la grava y la grasa adereza la tierra. Los Wallace han subido los escalones del porche de los Ruin y cae el día cuando me dispongo a pasear entre los callejones de la parte trasera de las casas. La casa del amor es la primera. Las persianas están bajadas. ¿Quién sabe cuándo la pasión va a decidir quitarse la ropa? Oigo a los Wallace moverse en el porche, el chirriar de una silla. La Eternidad Mañana. Está colgado del interior de la puerta. Las letras absorben la luz. Su coche está aparcado en otra parte pero me resisto a la tentación de entrar. Las grietas de las paredes tejen una red en el suelo. Las latas de cerveza relucen. Una carretilla cuelga de forma precaria de la pared. Estoy en la entrada, asustado como un niño ante el aire helador que corre en una cueva y enfría la enorme alegría de su descubrimiento. Desde que era muy joven no había vuelto a sentir la extrañeza de los sitios ocupados por otros. Había olvidado la sensación y su poder, pone los nervios de punta. Las cenizas grasientas, el aire fresco, la luz violeta, la leña podrida y astillada, las letras de la profecía, todo ello me lleva a actuar de un modo extraño. La señora Wallace grazna. Continúo. La calle parece carente de toda vida, como la

carretera en la recreación de un sueño. Yo soy el médium que lleva una linterna. La lámpara está encendida pero no alumbra. Mis pasos producen un ruido artificial y me digo a mí mismo que he caído en el círculo de mi propio hechizo. La hojalata brilla por un instante. Entonces oigo la voz de la señora Cramm. Sus recatados zapatos asoman por debajo de la puerta entornada de su garaje. Como no tiene coche lo utiliza de trastero. Junto a sus zapatos hay otro par, de un niño. El niño se ríe y lo manda callar. Aunque he metido mucho ruido, no me han oído. Ahora, tieso como un poste, no me atrevo a moverme. La puerta se mueve y yo retrocedo presa del pánico. Me cuelo de un salto en el garaje de los Ruin. La puerta no cierra y la señora Cramm permanece oculta detrás, con el niño, conversando en voz baja. Por fin los pies se ponen en movimiento y me adentro en la oscuridad de los Ruin. Me siento imbécil. Los pasos se acercan rápido. Pasos ligeros. Qué idiota. Dan la vuelta. El niño está en la puerta –un chico, creo– Tim o Ames. Me agacho en la oscuridad junto a un neumático, cerrando los ojos, como si él pudiera verme con ellos. Idiota. ¿Por qué? ¿Por qué he hecho esto? ¿Por qué estoy aquí agazapado como un ladrón? Los pies del niño pasan junto a mí y escucho un tintineo. Luego vuelve desde la parte de atrás del garaje y sale y sus pies se diluyen en la hierba. Recobro el coraje y me dirijo hacia donde mis oídos recuerdan haber oído algo pero no logro encontrar lo que sea que el niño ha depositado allí. Me doy en la espinilla con una bicicleta. Ya en la calle me meto las manos en los bolsillos. El callejón está desierto. Apenas hay ya luz. Me doy cuenta de que he profanado la fortaleza; sin embargo, al hacerlo, he perdido todo interés por los Ruin y ya solo soy capaz de sentirme a mí mismo, aterrado, al esconderme de un niño. Un gato sale disparado de una grieta del garaje de la señora Cramm y se adentra en silencio en la oscuridad. Me arde el estómago. Camino hasta que llego al césped y permanezco de pie junto a los árboles de Judas y los cornejos. Entonces la veo, gris por

completo, difusa y solitaria, una neblina grisácea en torno al tronco de un árbol, y me quedo boquiabierto mientras anochece. No hay duda, ya no soy yo. Este no es el mundo real. He ido demasiado lejos. Así es como empiezan los cuentos de hadas, un resbalón sobre el borde de la realidad. Las farolas resplandecen sobre la señora Cramm. Tiene los brazos apretados junto al cuerpo. Está observando el porche delantero de los Ruin, desde donde se oye un relincho. De manera inexplicable me vienen a la cabeza Hänsel y Gretel. Ellos eran reales y fueron a dar un paseo por un bosque real pero fueron demasiado lejos y de repente el bosque se transformó en un bosque de cuento que contenía la más encantadora casita de chocolate. Hay un fogonazo ribeteado de oscuridad. Por el rabillo del ojo me parece ver cómo se cierra la puerta trasera de los Ruin. La señora Cramm se queda quieta, gris y grotesca como una efigie. Retrocedo. Los ribetes de luz me rodean. Me arrastro entre los garajes. Mis pies tropiezan con las latas. Imbécil, imbécil, imbécil. Intento pensar en lo que estoy haciendo. Un día Jack fue al pueblo a comprar una vaca y volvió a casa con un puñado de judías verdes. Tropiezo. Hay un rugido del océano, como una multitud que vocifera. ¿He caído ante los pies del gigante? La señora Cramm ha desaparecido de repente y me escabullo hacia casa.

Fue una experiencia de la que aún no me he recuperado. Vuelvo todas las tardes al caer el sol y me quedo de pie junto al árbol de Judas en el jardín trasero de la señora Cramm. Nunca la veo, pero sé que al anochecer, cuando los Wallace visitan a los Ruin, ella habla con sus hijos. Como la niebla entre los garajes me limito a escuchar los susurros, vagos murmullos que me atormentan. Todas las tardes espero que las luces de las farolas vuelvan a sorprenderla. Sé dónde caerá cada rayo de luz. Alguna vez creo haberla visto en el asiento trasero del coche de los Ruin cuando está aparcado en el garaje, una mancha hueca de piedra gris. ¿Es Ames el que sale para verla? Últimamente, mientras merodeo por el final del callejón,

echando un último vistazo, he sentido que he mezclado todos mis principios y finales, que el futuro ha terminado y el pasado acaba de empezar. Espero cada tarde con creciente entusiasmo. Me da vueltas el estómago. Me siento terrible y temerariamente impelido a forzar una entrada en sus vidas, en las vidas de todos ellos; incluso, aunque esto es absurdo, a meterme en el entramado de sus días, motear su aire con mis ojos y palpitar con su pulso y compartir su sentimiento; ser las ropas que rozan su piel, moverme a su paso, absorber sus olores. Oh, ya sé que el pensamiento es horrible, pero no me importa. Permitir que su rabia muerda y arda dentro de mí, que su tosca lujuria crezca en mí al ver sus pechos fláccidos y caídos, unir la carne de ella y la de él a la mía o dejar que las úlceras del señor Wallace desgarren mi piel o que los primitivos graznidos de su esposa me salgan por la garganta… No me importa… No me importa. Es el deseo más fuerte que he tenido: ¡ver, sentir, saber y poseer! Encerrado en mi habitación como acostumbro, con los ojos de mi esposa pegados al otro lado de la puerta como vetas en la madera, trato de analizar mis sentimientos. Los coloco de uno en uno como cartas del tarot o prendas de ropa para un viaje, y cuando los veo con claridad, sé que es cuestión de días que me cuele por la puerta de atrás de la casa de los Ruin y me encuentre en su interior.

[1] 87° F (aproximadamente, 31° C). (N. de la T.)

CARÁMBANOS

1

Había nevado con fuerza durante la noche, pero por la mañana el cielo se había despejado, de manera que la escarcha se había vuelto espesa. El sol resplandecía con intensidad nada más salir, y enseguida comenzó a derretir los tejados y los alfeizares de las ventanas, el tendido eléctrico y las ramas de los árboles. Se formaron carámbanos rápidamente. Al principio eran gruesos y opacos como aguanieve congelada, pero más tarde, al alargarse, empezaron a transparentarse y a relucir como brillantes trozos de vidrio. Cuando Fender salió de casa tuvo que agacharse y retirar con el brazo unos cuantos, ya muy largos entonces, y encontró más cuando volvió a las cinco, se había formado una hilera sobre su ventanal. Se multiplican como la mala hierba, pensó, mientras apartaba los fragmentos en la escalera de entrada con el lateral de un pie. Después se sentó en el salón a comer empanada de carne en una bandeja apoyada sobre su regazo y a mordisquear unas galletas, paseó la mirada de manera distraída por las huellas de las ruedas en la calle, saltó los montones de nieve que las palas habían formado en desorden. Apenas era consciente de que el hielo había cubierto la cuarta parte de su ventana, y de que reflejaba la luz de las farolas, pero estaba pensando en lo difícil que era vender propiedades escondidas de una forma tan sospechosa. En esta época del año, el viento barría los porches de las casas que enseñaba. Sus candidatos temblaban antes de que pudiera dejarlos entrar en la casa. Solía decir que no era día para comprar cavernas, o algo parecido, y ellos asentían como si lo confirmaran. Una leve sonrisa tendía a aparecer en sus rostros. Dentro había botas y chanclas y un caos de nieve y periódicos, propietarios como mobiliario en mal estado, y sus lánguidos y solemnes hijos que miraban a los desconocidos con los ojos como platos, mientras los suegros, engordados, qué duda cabe,

a base de sabiduría, se cruzaban de brazos como fardos, y bloqueaban las puertas de entrada. Siempre había escarcha en las ventanas, que oscurecía las habitaciones, y los áticos y sótanos y porches eran fríos y lúgubres, y sus posibles compradores tenían la cara rígida, inhumana.

Posibles compradores: una expresión escabrosa, una amarga traidora. Se suponía que llenaría tu mente de oro, o de aire límpido y abriría ante ti grandes y maravillosos horizontes. Bien, el dinero acudía lo bastante rápido a la cabeza, pero al instante lo acompañaban barbas desaliñadas, suciedad y espejismos del desierto, galletas rancias como piedra pómez pulverizada, cucharas de latón, apestosas pantuflas, tazas que repiquetean, agua maloliente, aire engañoso.

Tiene que vigilar sus ojos, Glick. No perder de vista su mirada. Y luego, a la primera oportunidad (aquí Fender daba una ruidosa palmada), acorralarlos. Codicia. (Se abrazaba a sí mismo). Codicia es lo que quieres ver –de la peor clase, Glick–, envidia, una mirada posesiva. ¡Bang! Ese entusiasmo. Esa necesidad.

Pero tenía una lista de números a los que llamar. Sería mejor que se pusiera a ello.

Odiaba el invierno. El mismo cielo gris cubría la tierra, día tras día, gris como humo industrial, y en el cielo, la tierra levitaba como una calle sobre la que han echado sal, y sus armarios estaban fríos, y se le abrían agujeros en los bolsillos, y él estaba solo, por dentro y por fuera, con la soledad propia de los chanclos o la tos de otra persona. Rara vez salías de la oficina; tus horas no te pertenecían; calculabas seguros y leías los anuncios en los periódicos y llamabas a la gente cuando ya estaba en casa. En la otra mesa, apilaba folletos que anunciaban terrenos en Florida y chupaba su estilográfica, recolocaba flores que ya estaban muertas y marcaba números sin levantar el auricular, Glick, Glick, el sabio, Glick, el bromista, verde como un pino todo el invierno… todo el

invierno. No había nadie más con quien hablar salvo Isabelle, y por supuesto Isabelle…

Glick, ¿por qué hace eso? Quiero decir, ¿por qué marca el número así, con el auricular colgado? Glick se apoya en su mesa, coloca ambas manos en el teléfono como un curandero. Ensayo el número al que voy a llamar. Lo dice muy serio, muy sobrio. Lo ensayo todo. Lo dice con orgullo. La preparación es el secreto del éxito.

Consejos. Desde el principio. Muy listo. Y Glick era el más joven. Glick. Un avinagrado. Como un pepinillo encurtido. El tenedor de Fender se clavó en la corteza de la empanada, humeaba, él miraba de reojo la nieve que se arrastraba por el suelo, titilante. No era su amigo. ¿Quién podía saber cuál era el estado del césped?

Fender dejó salir el primer bocado. Aún con la mirada perdida, se enjuagó la boca con aire y lo expulsó sin esfuerzo contra el cristal de la ventana. Otra ventaja de vivir solo. No había motivo de vergüenza. Solo ser práctico. Escarbó en la empanada con el tenedor. Si pasara la lengua por la ventana… eso sería refrescante. Sin duda otra ventaja. ¿Quién se atrevería… en público? Incluso a solas sentía reservas. Como si Pearson fuera a pasar por allí y a pillarlo dando un beso al cristal. A Pearson le resultaría raro y se guardaría esa rareza para usarla contra él.

De nuevo no había casi carne. Con destreza, se las ingenió para encontrar un trozo. Las luces atravesaban la empanada mientras la salsa rezumaba y burbujeaba alrededor. Las empanadas eran mejores cuando la empresa todavía intentaba dar una buena impresión. Entonces llevaban mucha carne, y el hojaldre estaba tierno. Empanadas, pensó, empanadas…

Se preguntó si debería probarlas de otra marca, tal vez la que tenía una vaca en la etiqueta. Le parecía que la vaca se reía y trató de imaginar su cabeza y su silueta con nitidez pero los

fragmentos de hielo en los montones de nieve lo perturbaban. Había rebajas, épocas del año en que los precios bajaban, otras en que de nuevo subían; había un ritmo en el mercado tan regular como si estuviera dirigido por la luna. Se suponía que había que estar alerta para enterarse de la apertura de un nuevo supermercado o una sucursal bancaria o una tienda, de la construcción de un bloque de oficinas, del cierre de una fábrica.

Afortunado el que tenga un congelador.

Esta mañana Pearson había vuelto a golpear la mesa de Fender con su periódico. De repente: zas. Tenga la antena puesta, Fender. Escuche. Escuche con todo lo que tenga, escuche con todo, con atención, con los oídos, con la nariz, con el alma, Fender, sí, a eso me refiero, eso es, con el alma. Así que tenga la antena puesta. Así es como se triunfa en este negocio. Así es como, debo decir, *usted* puede triunfar, ¿eh?, ¿entendido, amigo? Pero miren, quiero decir, Isabelle, Glick, miren: Fender se sienta. ¿Dónde está su espíritu, Fender, su espíritu deportivo? ¡Anímese! Oh… triste. Es un viejo perro triste, Glick. Un perro viejo y triste. Intente igualarme, Fender. Aquí, acepte el desafío de un auténtico maestro. Que le hierva la sangre. Ah, pero miren: se sienta. Pobre chucho. Digo, Isabelle, pobre chucho. Vamos, Fender, intente superar al viejo profesional solo una vez y *atienda,* ¿entendido, amigo?, ¿eh?, escuche de verdad. Suponga que se enterase de tantas cosas como yo. ¡Un escándalo! Entonces, ¿está «preparado, herido, ya»? Vale, vale, ¿qué pasa?, aquí va uno bueno para usted. ¿Qué está pasando en el 1632 de, digamos, esto, ah, la calle Balinese?

¿Qué dice?… ¿Le vale?… ¿De acuerdo?

Pearson escucha. Arruga la nariz. Deja el periódico, doblado por la página de anuncios inmobiliarios. La imagen de su pesado anillo de oro cruza la mesa. Hace años le había hablado del anillo a Fender, poniendo la mano bajo la luz. Me

encanta este negocio, Fender, le había dicho. Me hace sentir de un modo raro. Me encanta. Eso es lo que este anillo ha significado siempre para mí. La primera vez que me lo puse, se me ocurrió, ¡amor! Pearson lo hacía girar pero Fender nunca logró ver el anillo con claridad, solía fijar la mirada en sus zapatos, así que seguía sin tener ni idea de qué representaba el emblema. Fender, ya sabe, es como, no es usted católico, Fender, ¿verdad?, bueno, es como estar casado con la Iglesia. Como las monjas o los monjes. ¿No es así? Es eso. Eso está bien. Como los monjes o las monjas.

Pearson escucha… escucha… y no parece probable que Fender sea capaz de superarlo, de lo alerta que está. Pero Pearson trata de convencerlo. Inténtelo. Es posible. Existe una remota posibilidad, Fender. Inténtelo. De todas formas, eso es todo. Solo que no decaiga. No se dé por vencido.

Ahora Fender imagina que se ha encogido de hombros con desdén, mostrando las palmas de las manos. Contraataca con una réplica inteligente. Con este tiempo, señor Pearson, decide comentar, con una sonrisa inteligente, todo lo que conseguiré es que se me congelen las orejas. Pero, de todos modos, el comentario se queda corto.

Fender siguió masticando. ¿Y si lo hubiera hecho? Sopló con suavidad, sintiendo el calor del tenedor en los dedos. Si bajaban los precios de esa forma es que querían deshacerse de todo lo que tenían en *stock,* despejar los almacenes de lo que, por otra parte, se estropearía, no cabe duda. ¿Cuánto tiempo se conservan estas cosas, congeladas como bloques de hielo? Los exploradores de la Antártida tenían… ¿qué? Bacterias letárgicas. Primero se estropearía la carne, o la salsa. Entonces la sal era un factor a tener en cuenta. Por supuesto, echaban sal en las empanadas. ¿Acaso la sal no aceleraba…? Recordó que sí. El jamón y el beicon, los más precarios. Tal vez añadían algún conservante. Sí, buena pregunta: ¿cuánto tiempo durarían? Es gracioso que la fluctuación dependiera de esa

cifra. Pensó en cómo Pearson se movería al son de la música del mercado como un bailarín. Tome el pulso. Mida el flujo. Calcule la tasa.

Cuando Fender entró en la empresa, Pearson lo llevó de la mano y le enseñó todo lo que pudo, así que no tenía mucho sentido plantarse ante la mesa de Fender como un ciervo asustado, como si la venta de cualquier inmueble enviase vibraciones al aire ante las cuales sus órganos sensoriales responderían de inmediato, porque Fender sabía que él recababa información de un modo mucho más prosaico. Dedicaba la mayor parte de la jornada y casi toda su energía a leer los periódicos. Leía cada renglón de todas y cada una de las páginas, con paciencia, desde el principio hasta el final, e incluía por tanto las noticias internacionales y nacionales, los cómics y las columnas de opinión, esas partes del periódico que supuestamente ilustraban lo que Pearson, con la palma de la mano sobre los ojos, como los indios cuando otean el horizonte, llamaba «una perspectiva más amplia», ya que defendía con firmeza la convicción de que los acontecimientos que parecían de importancia mundial, cuando te parabas a pensar en ellos en profundidad, no eran más que engañosos ecos de un sonido emitido con fuerza una única vez y repetido después en algún sitio cercano sin ninguna magnitud real. ¿Se da cuenta, Fender, le gustaba decir, que en un primer momento todas las noticias son chismorreos de salón –meras noticias de los alrededores, locales, de barrio– y que no sucede nada –en ninguna parte– que no ocurra en una propiedad? Y en una ocasión, cuando Fender le había recordado el aire y el océano, Pearson, airado, había replicado: usted es uno de esos que camina sobre las aguas, ¿no?, ¿a menudo vuela moviendo los brazos? Con voz triunfante había gritado: ¿qué es el avión, si es tan amable? ¿Qué es el Elizabeth? ¿Qué es el Mary?, ¿y el Leonardo?, ¿el Flandre?, ¿el France? Y siguió con una lista vertiginosa de barcos y aviones.

Para evitar que tales acontecimientos se le escapasen (al menos esta parecía ser la razón para Fender), Pearson recorría con una estilográfica de punta gruesa el itinerario que acababa de hacer su ojo para marcar lo que había leído y con frecuencia decorar los márgenes con estrellas simétricas que luego coloreaba con cuidado, de manera que el periódico, una vez que había terminado con él, era un desconcertante muestrario, un reguero de brillante tinta azul de un extremo a otro, empapado de líneas, manchurrones, huellas dactilares y estrellas. Como leía despacio, de manera meticulosa y astuta, a causa de su devoción, su pasión, su amor, porque –era en realidad imposible, pensaba Fender, estar completamente seguro del porqué, el efecto empequeñecía las causas– fuese cual fuese la razón, lo recordaba todo: nacimientos, defunciones, divorcios, subastas, testamentos, actas del ayuntamiento y resoluciones judiciales, toda la interminable lista de actividades de las fraternidades, a cuyos empleados y propiedades conocía (los Masones, los Alces, los Tipos Extraños, los Antes, los Caballeros Templarios, las Hermanas Pitias y Colón, las Águilas y la Estrella del Este), además de los innumerables programas cívicos y resoluciones caritativas de la Cámara de Comercio y los clubs sociales cuyos nombres a veces leía en voz alta en tono solemne, sacerdotal, mientras rodeaba el nombre (estos eran los Optimistas, los Rotarios, los Leones, los Kiwanis y la Regla Dorada), tampoco pasaba por alto los movimientos de los Veteranos de las Guerras Extranjeras, de las Hijas de la Revolución Americana, de los Veteranos de América ni de la Legión, o los aparentemente infinitos intereses de cada iglesia y sinagoga (sobre las que siempre hacía algún chiste), y parecía haber superado toda dificultad inherente a la edad y al sexo para seguirle el rastro a los grupos de mujeres, las asociaciones juveniles, o incluso infantiles (los Futuros Granjeros, por ejemplo, las Chicas del Rayo de Sol, los Boy Scouts, los Brownies, los Arcoíris, los Hi-Ys y los 4-H), además seguía con ansia las noticias de las

ligas deportivas (*kittyball*[2], *softball,* béisbol, baloncesto, bolos, dardos, balonmano, tenis, ping-pong, voleibol, golf), además de esos deprimentes artículos de los clubs de los solitarios (pesca, sellos, ajedrez, fotografía, pájaros) para los cuales su memoria era absoluta, igual que parecía serlo para todo lo demás… para todo… para todos los anuncios… sobre todo esos… mientras al mismo tiempo estaba muy interesado por la política, las elecciones de *misses,* las entregas de premios, las convenciones de vendedores y dentistas, todos los homenajes, almuerzos para recaudar fondos, anuncios de regalos, amenazas de enfermedades epidémicas, ventas, transferencias, mudanzas, celebraciones, bodas, accidentes, elecciones, robos, y licitaciones, permisos para nuevas construcciones, licencias y notas de condolencia, fusiones, ascensos, bancarrotas, ejecuciones hipotecarias, audiencias, fuegos, pleitos, acuerdos, redadas, arrestos; ahí donde había una dirección –donde fuera– no le pasaba desapercibida, porque una dirección era el nombre de una propiedad, y era importante (¡lo era todo!) saberlo todo sobre las propiedades –cómo les iba–, ya que las propiedades eran como las personas, tenían un carácter; padecían infortunios, como le decía a Fender a menudo, pasaban por malas rachas, como nos ocurre a nosotros, y se volvían a levantar y a renovarse como también nos sucede a veces; y la consecuencia de toda esta preocupación, continua, minuciosa y obsesiva era que Pearson podía, cuando conducía por una calle, pronunciarse sobre ella, leer su futuro, como había hecho tantas veces aquellos primeros días, en la hierba y los porches de las casas, en las lámparas o cortinas o en la pintura y las chimeneas, pero, sobre todo, en los renglones de los periódicos que aparecían en su mente al ver esos números: el 352, por ejemplo, tiene diabetes, Fender, decía –serio– no le queda mucho tiempo… luego el 364 tiene ochenta y siete, muy débil, necesita respiración asistida… y al otro lado de la calle han celebrado unas bodas de oro no hace tanto tiempo… ah, aquí –los tres seguidos– ni uno de menos de setenta, viviendo solos

en esas casas enormes, bajo estos viejos árboles cansados, no podrían subir las escaleras ni a gatas, igual que si estuvieran vacías: ¡dígame!, ¿qué oiría si fuera un ratón en el sótano o una avispa en el ático?, ni un ruido, ¿no?, ni un sonido, nada, solo la casa que se viene abajo, que se derrumba… bueno, bueno, nos están observando, alguien se pregunta por qué me he detenido, ella nos mira oculta tras las cortinas, ¿la ve?, suponga que lo supiera, Fender, ¡bah!, suponga que ella supiera… que esta calle está a punto de cambiar, eso es lo que hay que tener en cuenta, es una calle de ancianitas–, ahora ¿vamos a asumir el mando o no?… tiene que ser creativo, Fender, tiene que *ver*… aquí, mire el 51, oh, este con dos torres y la *porte cochère*, vale, ¿qué posibilidades tenemos aquí?; en otro tiempo fue una cochera de carruajes, que en la parte trasera… oh, venga, vamos, es fácil, amigo, es fácil, ves la casa y al instante… ¡tachán!, se te llena la cabeza: nombre, eslóganes, programas, todo el paquete, ¡todo!… veamos, los Torreones Gemelos, no, la Funeraria de los Pináculos Gemelos, *¡Pináculos Gemelos!,* ¡ah!, ¡soberbio!, no lleva en el negocio el tiempo suficiente como para saber lo bueno que es ese nombre, Fender, así que no ponga esa cara…, no, señor –bravo, Pearson, amigo, ¡bravo!–, ni Smerz, ni Block, ni Nicolay –nombres propios– no, un *lugar,* una posición elevada, perfecta para el descanso final –el culmen merecido–, seguro, un poco de pintura, eso es todo, algún revestimiento de piedra, ensanchar esa ventana, mucho espacio para el coche fúnebre en la parte de atrás, seguro que hay un sótano grande, ojalá que no sea muy húmedo, algunos puntos de luz ocultos tras los arbustos, en los rincones, para iluminar… los Pináculos Gemelos… perfecto, perfecto… pintemos las torretas de color dorado, con el sol centelleando en ellas, una pequeña alusión a la Gran Puerta Celestial, ¿acaso no lo ve?, un foco por la noche, ¡ideas!, ¡ideas!, de eso va este trabajo, es creativo… debe tener en cuenta cómo es el negocio de las pompas fúnebres, quién necesita mudarse, quién podría, todo eso, datos… ¿cómo será

esta calle?, en eso es en lo que tiene que pensar, ¿habrá salas de reuniones?, ¿oficinas?, ¿hay ya demasiados apartamentos baratos en este barrio?, hay uno, por ejemplo, con dos escaleras exteriores, no sirve, su carnet de conducir caducó hace un año, bebe y tiene óxido en los aleros de los tejados, ¿ve esas manchas?… tiene que saber a qué distancia está el centro de la ciudad, qué otros negocios hay en la zona, en qué dirección va el tráfico, ¿norte-sur, este-oeste?, debe tenerlo en cuenta, ¿lo ve?… este es su hombre, Fender, estas calles, estos edificios, esta ciudad, el cuerpo de tu amada, sí, sí, ya, y tiene que *conocerlo*… piense, perciba, considere y cree… ¿quiénes eran esas viejas del hilo? sí, las parcas, bueno, esa es nuestra función, Fender, somos las parcas… así que tal vez dentistas, doctores, tiene que pensar, ¿a qué distancia está el hospital?, ¿por casualidad lo sabe?… a novecientos sesenta metros desde esta esquina, no está mal, considerando… ¿ve lo que quiero decir? aquí está, Fender, siéntalo, ¿eh?, ah, umm… oh, digamos, imagine, Fender, imagine, ¿esteticistas?, ¿barberos?, ¿una división de la Cruz Roja?, ¡incluso agentes inmobiliarios!, ¡tal vez yo mismo!, ¿eh?, ¡tal vez el propio Pearson!… tiene que tener controlado hasta el último detalle, al detalle… Fender, la cosa es: está en marcha, y lo que tiene que preguntarse es: ¿voy a crear, controlar, dirigir, manejar, *hacer* que funcione, o me va a manejar y cambiar y dirigir a mí?, ¿ve?… hablan sobre parcelaciones, fuera, en el campo, solares invadidos de malas hierbas y zanjas, eso es un juego de niños, como una caja de arena, ¡toboganes!, ¡columpios!, pero mire lo que hay aquí, ¡justo aquí!, podemos subdividir esta calle, a eso es a lo que llegaremos, ¡está en nuestras manos!… ¡responsabilidad!… ah, es genial este negocio, Fender, genial.

Genial. Hace años. Cuando él parecía un profeta, a veces un dios. Hasta el último detalle, exclamaba, levantaba los dedos manchados de tinta. Un estremecimiento recorría a Fender, que se repetía las palabras a sí mismo, mientras consideraba de nuevo la sabiduría de su profesor. Todo es una

propiedad. El rostro de Pearson brillaba, su pelo se agitaba. Todo es una propiedad. Piense en ello. Alguna clase de propiedad. Luego iba a toda prisa por la oficina nombrando objetos y los levantaba. Esto, y esto y esto otro… Esta oreja, dice triunfante y se señala el lóbulo, esta oreja le pertenece a Isabelle…

Compra al precio más bajo. Llena tu congelador. Afortunado… aprovechar el tiempo…

Las personas se van al otro barrio. En la mitad de la vida, ya sabe, Fender…, bueno…, pero las propiedades, las propiedades se quedan. Claro, claro, a veces los coches van al desguace antes que la gente que los conduce, pero hay propiedades de todo tipo, eso es todo, y una casa, por lo general, sobrevive a su constructor. Muchas cosas nos sobreviven, Fender. Muchas. Muchas lo hacen. Ja, ja. Bueno. Eso es todo. La tierra es casi inmortal. La tierra dura para siempre. Por eso se habla de derechos reales, ¿ve? oh tiene sentido, Fender, viejo compañero y amigo, ¡tiene sentido!

El ritmo del mercado… arriba y abajo… tu fortuna… si…

Las personas son propiedades. ¿Parece demasiado duro decir que las personas son propiedades? Oh déjeme decirle, Fender, lo hemos entendido todo mal, la mayoría de nosotros y al revés… la mayoría de nosotros. La gente tiene propiedades, eso es lo que nos decimos, eso es lo que pensamos. Oh claro. Claro. Un error garrafal, ese. Escuche: *Las propiedades poseen a las personas.* Todo son propiedades, y las propiedades que duran más, son propietarias de lo que dura menos. Parece lógico. Fender, Fender, espere a que se muera, ¡ya verá! Por eso las propiedades viven, Fender, duran y viven y siguen adelante, Fender, y luego continúan otra vez, nos sobreviven, Fender, nos *sobreviven*… bien, eso son las propiedades, y son… *dueñas de todo lo demás,* de absolutamente todo, *¿no?* Tiene sentido.

Fender sin fondos, Fender sin congelador…

Tenía sentido, sí. Todavía tenía sentido. Pero ahora parecía difícil de decir… difícil de soportar. Su pequeña casa le poseía, era cierto. Lo habían recortado para caber entre las paredes. Era consciente de sus limitaciones. No alcanzaba más allá de las habitaciones. Escaleras arriba, ¿cuántas veces los había conducido al interior de una casa encapotada y ciega, como mascotas en busca de sus dueños? Pearson tenía razón. La pregunta que los compradores deberían haber hecho –¿quiero pertenecer a esta casa?– nunca fue formulada. ¿Qué harán estos suelos y rincones, estas vistas, estos pasillos y armarios, con mi vida? Pearson tenía razón. Pro-piiee-daa-deess, chillaba, precioso sonido. Pero Fender estaba molesto; preocupado. Su coche le poseía y sus camisas y zapatos le poseían, también sus calcetines y corbatas, incluso las toallas y su cepillo de dientes eran tiranos. Se movía inquieto dentro de sus ropas, sin quitar ojo a su traje. Mire, los pantalones tenían unas rayas muy tenues en las que nunca antes se había fijado. Lo acechaban desde la tela, le hicieron estremecer. ¿Qué más podría ser? También el cuerpo –Pearson se apoyaba sobre la mesa y susurraba– su cuerpo le posee… otra casa, ¿no es así? Sube los peldaños de la entrada, ¿cuántas veces? Metía la llave en la cerradura y les hacía señas para que entrasen, los muy idiotas, les hacía señas. *Corred,* debería gritar, y también hacer sonar la alarma.

Pearson ha entrado, radiante de alegría, blandiendo una revista. Aquí un emperador, dice, mientras la enrolla y apunta con ella a Fender, un emperador, y un hombre no llega a ser emperador si no levanta el culo de la silla, perdóneme, Isabelle, pero, de todas formas, ¡hay que mover el culo, en cualquier caso!… este emperador dice que el secreto es, ah, *vivir en armonía con la naturaleza.* A eso me refiero, Fender. Eso es lo que le he estado diciendo todos estos años. Aquí está. Zas. Hay que ir con la corriente, Fender, con la corriente. Los tiempos cambian, usted cambia. Los negocios, el dinero, la gente, si ellos se mudan, Fender, usted se muda. Hay que

dejarse llevar. Encajar el golpe.¿Lo ve? Está tan claro. Es tan fácil. Tan sencillo. Un emperador. Zas. Imagine. Zas. Vivió hace mucho tiempo, ya sabe. Es cierto. De todos modos, una gran revista, Fender. Genial. Zas. No eran tan tontos en aquella época, ¿no? Léalo. Claro como el agua. Zas. Listo como una ardilla. Zas. Cristalino ¿eh? Claro. Zas. Y luego recuerde lo que lee, ¿de acuerdo? Zaszaszaszas…

La vaca estaba en medio de las margaritas. Al menos tenían los pétalos blancos, y el centro, naranja o amarillo. Sonreía. Se había hecho un corte en un dedo con el borde de papel. Ahora sentía el escozor como algo placentero, y le dolían los hombros. Luego por último amontonaba los guisantes.

Glick, ¿por qué hace eso? Quiero decir, ¿para qué rasga todo ese papel? Glick dobla con cuidado una hoja y afila el doblez con la uña del dedo gordo. Este periódico es una propiedad. Sonríe de forma indulgente. Tiene que tener imaginación, Fender. Parcelo. Numero parcelas, calculo tamaños, ya sabe, desagües, servidumbres, todo. Tira de las esquinas. La tierra se divide limpiamente…

Guisantes. En una empanada podía haber entre nueve y dieciocho. Dieciocho eran bastantes. Solía contar guisantes pero nunca trozos de carne o zanahoria. Ahora se preguntaba por qué. Los guisantes pedían a gritos que los contasen, eran tan verdes, estaban tan separados, sin embargo, era la carne lo que determinaba la calidad del producto. Al instante comenzó a redactar la carta. *Como son ustedes perfectamente conscientes, es la carne lo que principalmente determina…* El timo de la estampita, eso es lo que es. Masticó con cuidado. *Sin duda nunca se les habrá ocurrido pensar que alguien pudiera tomarse la molestia de contar…* El mundo al otro lado de la ventana cambiaba. Las luces de las casas veteaban la nieve. Como la orina de los perros junto a los árboles. Aunque no parecía corrosiva, sino algo transparente que se extendía con ligereza

por la superficie, una toga diáfana. *Sin embargo, sucede que he estado contando los trozos de carne de sus empanadas durante algún,* ¿cuánto tiempo debería decir?, ¿cuál lograría un efecto mayor? todo llevaba tanto tiempo, bien, digamos durante algunos años, eso los obligará a volver a tratar a los clientes como es debido. *Por tanto mis datos son bastante completos y mis conclusiones prácticamente irrebatibles…* sí, bien, prácticamente, eso estaba bien…

Fender estaba cansado, cansado del invierno. La poca energía que tenía estaba decayendo. La tela del traje le estaba raspando las rodillas. Le parecía peligroso, su piel era tan delicada. Menuda mierda. Diminutas gotas de agua vacilaban en la punta de los carámbanos, por lo que dedujo que debía de correr algo de aire. La vaina de un guisante se le había incrustado en una muela. La aplastó con la lengua. Debería haber una garantía pero nunca había examinado el envase. ¿Había tirado el envoltorio? Era inútil, su interés decaía, aunque intentaba reavivarlo al pensar en la consternación que su carta podría causar si llegaba a las personas adecuadas. La amenaza de revelarlo a la Agencia de Alimentos y Medicamentos, a la Comisión Federal de Comercio. Por un momento se sintió satisfecho y la salsa de la empanada le pareció consistente y rica, pero el placer fue efímero y se sintió tan vacío como una de sus casas, al contemplar el viento y la nieve, los senderos ondulantes de luz y de sombra, esperando que alguien… cualquiera… entrase. Por la mañana habría placas de hielo en las calles,y los camiones del ayuntamiento esparcirían arena y sal, de forma que por la tarde cada automóvil rociaría aguanieve al arrancar, este se apilaría y congelaría, y daría lugar a irregulares bloques grises tras las ruedas hasta que, por la mañana, la máquina, descontrolada, los volviese a dejar caer sobre la calle.

Pearson se detiene delante de Glick y en tono tétrico dice: ¿sabe qué le sucede, Glick?, ¿lo sabe?, ¿tiene alguna idea?, ¿alguna noción real, la menor comprensión? Pearson espera a

que Glick alce su cara contrariada y servil. El chiste otoñal de Pearson está en camino. Siempre es doloroso. Pasa demasiado tiempo ordenando panfletos, dice, y franquea con rapidez la puerta de su despacho donde un momento después –siempre es lo mismo– lo oyen dar un grito de alegría, seguido de una carcajada, y luego otra más. Fender observa el desorden de su cajón, cambia papeles de sitio de manera distraída y da la vuelta a los clips, a las chinchetas, a las gomas. Apenas puede recordar que hubo un día en que todo estaba en un orden resplandeciente, cada cosa en su lugar de acuerdo a su naturaleza. Otra ventaja de vivir solo, no tenía por qué decir: disculpa, no me molestes, estoy contando los guisantes de esta empanada; ni: estoy redactando una carta para la gente de esta empanada; ni… No, ya bastaba por esa tarde; su propia voz le aburría; los bostezos le hacían abrir la mandíbula y le llenaban los ojos de lágrimas. Las llamadas telefónicas tendrían que esperar. La luz que la nieve reflejaba, aunque débil ahora, le producía escozor en los ojos, concluyó, y bajó el tenedor para apretarlos con ternura y extraer bien el jugo. Decidió, aunque con poca convicción, echar las cortinas, pero mientras se giraba en su silla, la larga hilera de carámbanos resplandeció y sintió que se quedaba sin aliento. Por un instante Fender se quedó sentado inmóvil, como un herido que no sabe qué dolor le espera o qué sangre derramará, pero sus ojos estaban magnetizados por la fila de carámbanos y ahí permanecían mientras la luz del salón ardía en ellos. La pureza del hielo era fascinante, las puntas eran como agujas, y se unían en su raíz como los dedos a la palma de una mano. La nieve había dejado de derretirse y los carámbanos resplandecían de un modo intenso y seco. Apartó la bandeja y se levantó. Un pez en una pecera, le pareció obvio. Era consciente, también, de la suave calidez de la habitación. La luz brillaba en dirección a los carámbanos, pero la luz que entraba se enfriaba con lentitud y realzaba el hielo. Tiró del cordón y corrió las cortinas. No tenía sentido que todo el mundo pudiera verlo. Mejor vivir como un

topo lejos de las miradas de los otros. Ojearía una revista, decidió, y se iría pronto a la cama. Estaba cansado de verdad. Desde siempre, incluso cuando era niño, había necesitado sus horas de sueño.

2

A la mañana siguiente los carámbanos continuaban ahí. Todos los aleros tenían alguno. Colgaban en racimos de los postes y las ramas de los árboles. Ahí donde la nieve se había derretido en las señales de tráfico, los carámbanos eran espigados, pero emergían de los desagües como musculosos brazos y pendían de los canalones en densas hileras. El cielo estaba despejado de nuevo, el frío persistía, y la capa de nieve en los tejados aún era espesa. Propicio para los cultivos, pensó Fender, al exhalar el vaho de su boca. Era una simple cuestión de cuánto peso podrían soportar sus tallos. ¿O no tenían tallos? Las chirivías, recordó, eran blancas. Bajo un grifo, un cono. Le recordó a las cuevas. Desde el suelo hasta el techo. Como una dentadura postiza. Y apenas corría la brisa. El deseo de ver si su propia hilera de carámbanos había sobrevivido a la noche era casi irrefrenable cuando se despertó. Su desazón lo sorprendió y pensó que había algo malo en ese sentimiento, algo tonto, casi infantil, sí, infantil, eso era; además echaba la culpa a los carámbanos por haber dormido mal y por ese ansia que tuvo que contener para, nada más abrir los ojos, no descorrer las cortinas como un idiota. El deseo había aparecido antes siquiera de haberse puesto las zapatillas, había ido creciendo mientras utilizaba el baño, se hizo clamoroso al vestirse y tomar el zumo, de modo que no encontraba placer en otra cosa que no fuera pensar en los carámbanos y si estarían a salvo y si estaba calibrando correctamente su longitud, excepto que, de vez en cuando, como si hubiera alguna conexión, pensaba en la lista de su bolsillo y las tareas por hacer, el interminable

número de asuntos aplazados: facturas, cartas, documentos, llamadas telefónicas, recados, extrañas tareas, Dios, tenía que enseñar una casa a una pareja, ¿a qué hora?, ¿a las diez?, a las once, una auténtica perrera, Ringley,vacía todo el invierno, bien, maldita sea, en mal estado ahora, oscura, fría, colmillos de morsa Ringley… ¿cómo se llaman esos que exploran cuevas? Tenían un nombre extraño… buah, arrastrarse por las cavidades subterráneas como gusanos, ¿quién sabe qué se iban a encontrar?, una fuga de agua en alguna parte y telarañas, aventura, lo llamaban… nada como una hoguera en la montaña, al menos tal y como él lo veía, aire reluciente, la distancia extendiéndose, radiante, ladera abajo… Entonces, por un instante, una escena de un campo nevado se impuso en la mente de Fender, lo cegó de un modo placentero, y se puso de puntillas, con intención de mirar; era estúpido luchar con uno mismo por algo así, Ringley, tres niveles de sótano, un paraíso para los murciélagos… y seguro que la cita se alargaría hasta la hora de comer… Debería ponerse al día con las cifras pero para qué iba a servir, nadie quería vivir en un sitio como ese. Esta pareja, estas personas: ¿quiénes eran? no lo querrían, una ratonera… Pearson debería decirle a Clara que se encargase ella, él no era un mago, por amor de Dios. Mire, Pearson, no soy un prestidigitador ni esa casa es una calabaza; está llena de ratas, bueno, de ratones, dejan sus cacas en la encimera de la cocina, ni la más remota posibilidad… Así que ya le parecía oír a Pearson pontificar sobre el poder de la imaginación: ¡Fender!, ¡piense en lo que está vendiendo!, ¡la felicidad es nuestro producto!, si quiere soñar por ellos, ¡sueñe! Pero Fender recordaba cómo un envoltorio de Baby Ruth había arruinado una venta y pulverizado sus sueños como un ladrillazo… Debería haber hecho esas llamadas, Pearson le preguntaría por ellas. De ninguna manera, señor Pearson, no hay nada que hacer ahí, tendría que decir, mientras Glick sonreiría con malicia, verde de envidia… Podría utilizar su

cinta métrica y, si estaban todavía allí, podría medirlos, eso sería interesante, saber lo largos que eran.

Luego otra cosa que hago es un dibujo de la casa, un plano simple. Llévenselo, les digo, les ayudará a recordar; y déjeme que le diga, lo agradecen. Y otra cosa que siempre hago es… pero Glick ya no escucha, tiene la mirada perdida, el nuevo, el más joven, sus ávidos ojos están clavados en algo. ¿Glick? Espero que no crea que Pearson me ha enseñado todo lo que sé sobre este negocio. Ni de broma. Siempre trato de pensar en la manera en que pueden ahorrar, recortar gastos, cortar por algún lado, una pequeña parte, para que crean que pueden gastar su dinero con calma en lo que les estoy vendiendo; les da buena espina; tienen que confiar, es un arte, lleva tiempo aprenderlo. Bien… Ah… ¿Glick? He aprendido unas cuantas cosas por mí mismo, ya sabe, sí señor. Pearson no puede enseñarle todo. Pero Glick tampoco escuchaba a Pearson, ni siquiera cuando Pearson le hablaba directamente y Glick se ponía serio y asentía y se le movía el músculo de la mandíbula. Nunca escuchaba; ni siquiera cuando Pearson contaba su chiste y Glick levantaba su cabeza, preocupado y servil como un pez, hacía oídos sordos. Bueno, ya querrá saber *qué* cosas, supongo, un tipo que está empezando, como usted, que está aprendiendo los trucos del oficio, que está adquiriendo experiencia, tiene que asimilar todo lo que pueda, la sabiduría acumulada, como suele decirse, bueno, eso es lo que constituye la civilización, supongo, conocimiento transmitido, ¿no?, la experiencia es un grado; los veteranos, los mejores, ¿eh?… ¿Glick? Por ejemplo, los tamaños. Mierda, era tan sordo como sus flores. Fender había querido protegerlo. Qué estúpido fue eso. Era una zarza punzante, una espina. Una mierda, avispado, nunca se rascaba salvo por placer. El tamaño de las habitaciones, Glick, piense. Debe de tenerlo justo ahí, ve, en la punta de la lengua, salón: siete por cuatro y medio; el dormitorio principal: cuatro por tres y medio; la cocina: dos y tres cuartos por uno y medio; el cuarto de baño: dos por metro

veinte, etcétera… las distintas medidas. El comedor es un cuadrado espacioso, cuatro metros útiles y elegantes. Que suene profesional. Con suavidad. Ese revestimiento, ¿lo ve? es de treinta centímetros por uno veinte de secuoya, amigo mío, no hay madera mejor. Sus clientes están carcomidos por los gusanos de la preocupación, corroídos por el miedo. Engórdelos a base de certeza. Quieren creer. ¿Este vestidor? Tiene casi siete de profundidad, lo estándar. Diga eso, diga que es estándar, incluso aunque no sea así. Lo siguiente que querrá saber la señora es si cualquier trasto cabe en ese rincón. Rápido, ¡los datos!, ¡las cifras! recite de un tirón las medidas. Ciento diez metros cuadrados útiles. Está comprando una casa, aquí, señor Ramsay, diga riendo, por menos de nueve dólares el metro. Sí señor, tamaños. Les da confianza. Ellos ven su interés. Le digo que están agotados; están tensos; la preocupación los reconcome, se reproduce en ellos; quieren creer. Así que: la altura de los techos. La anchura de las ventanas. Aquí hay un tipo que controla, piensan, alguien que conoce bien su inmueble, alguien que tiene los datos en la punta de la lengua, alguien que lleva tiempo en este negocio y entiende el mercado, alguien en quien se puede confiar. Funciona, Glick. Surte efecto. Pruébelo. Un intento le convencerá. Atibórrelos de hechos tan afilados como agujas. Los sorprenderá. Ve este tramo de tubería, señor Ramsay, tiene casi dos metros de alto. Ya sabe qué importantes son esas cosas, quiero decir, cuánta distancia recorre el agua. Los deja atónitos, Glick. Sí señor, boquiabiertos.

Pero Glick no escuchaba… debía de estar en la parra, en las nubes.

Fender se había dominado, se las había arreglado para no mirar, de manera que ahora, mientras el motor de su coche entraba en calor, podía disfrutar de la vista de los carámbanos al completo, y pensó que tal vez fuese esa rectitud lo que le había sacado de la cabeza la idea, antes siempre presente y dominante, de que los carámbanos eran, después de todo,

bueno, carámbanos; aun así, no pudo evitar darse cuenta de que los suyos eran más largos que los de los vecinos –eran más grandes en todos los sentidos– y como el tiempo había sido lo bastante considerado como para conservarlos en buen estado, seguramente seguirían creciendo, incluso podrían doblar su tamaño durante el día, tan solo era cuestión de cuánto peso podría sostener su tallo. Intentó recordar cuándo había sido la última vez que había prestado alguna atención a los carámbanos –en algún punto de su infancia, seguro– pero le fallaba la memoria, se quedó en blanco. Había una casa, sin duda, en alguna parte, en la que él había vivido, pero no sabía la dirección. Incluso ahora su vida se deslizaba con rapidez y pronto desaparecía de su vista como un palo en un río. Se desvanecía tan completamente, de hecho, que una vez en una fiesta, cuando le pidieron que resumiera su autobiografía como parte de un juego, contestó que no era capaz de recordar ni el más mínimo detalle de la historia de su vida. Ante esta confesión todo el mundo rio con estrépito, haciéndole enrojecer de vergüenza y de placer al mismo tiempo, pero no era broma, era cierto, y aunque reconoció esa verdad ante sí mismo solo cuando lo dijo en voz alta, y la idea lo asustó un poco, al final lo olvidó junto a todo lo demás: la fiesta, su ocurrencia no intencionada, su pequeña sorpresa, la ansiedad posterior, la vida que desaparecía de forma sutil. Sí recordaba que de niño los carámbanos le daban tanto miedo como los lápices afilados, ese le podría taladrar un ojo. Ya no había malestar en su mirada, al contrario, solo orgullo, y cuando sintió el peso frío de la cinta métrica contra su muslo, tuvo que luchar consigo mismo de nuevo. ¿Qué pensaría la gente si lo viera… si alguien pasara por allí… Pearson, con toda probabilidad? Deseó que los carámbanos siguieran creciendo en el otro lado –en el interior– donde pudiera medirlos en la intimidad, examinarlos de todas las formas que quisiera. Pero si uno se desprendiera… La idea era descorazonadora. De verdad–Dios santo–, mira aquí, exclamó en voz alta, al meterse

en el coche, no tienes razón, Fender, viejo compañero y amigo, uno de estos días te encerrarán… y salió marcha atrás por el camino nevado entre los estallidos del tubo de escape.

Glick sujetaba una estilográfica entre los dientes como un pirata. Era verde y a Fender le hizo pensar: pepinillos. Glick saludó con la cabeza a Fender, que sentía que el camino que tenía que recorrer en la oficina era inusualmente oscuro y lleno de obstáculos que lo acechaban. Dios mío, fuera hace un sol radiante, dijo, con una voz tan falsa como una peluca, lo que sorprendió a ambos y lo enfadó a él, ya que lo que había dicho era una banalidad, pero le había salido de dentro. La máquina de escribir repetía una letra, casi seguro la *x*. Glick movió la cabeza de nuevo y sorbió saliva ruidosamente. Fender, por su parte, parpadeó con fuerza para limpiarse los ojos. Posibles clientes. Le hacían pensar basura. Le hacían pensar en harapos, serpientes, picahielos y en el asesinato de sus compañeros. Con dificultad, se zafó de su abrigo, advirtió que estaba enfadado, y comenzó a meter con impaciencia la bufanda en una manga. Las flores de Glick crujían como fantasmas tras él. El perchero tintineó al balancearse. La máquina de escribir tamborileaba y repiqueteaba. Isabelle… Ah, Isabelle, pero por desgracia…

Abrió los cajones de su mesa. Glick lo estaba saludando, ¿no?, con una flor. Estas son nuevas, dijo Glick, al abandonar su estado de pepinillo encurtido para hablar. ¿Nuevas?, se preguntó Fender, ¿cómo nuevas? Las acabo de traer esta mañana, un cambio, dijo Glick, ya era hora, las otras estaban llenas de polvo. Fender se puso en guardia. Tal vez se trataba de una broma. Y se dio cuenta de que había dado voz a sus pensamientos. Pero… quiero decir… por qué, dijo por fin, ¿por qué estas… bueno… estas viejas flores muertas? *Secas,* están *secas,* dijo Glick, es uno de mis pasatiempos, las siemprevivas doradas son fáciles, *Helicrysum,* el *Helichrysum monstrosum;* luego está *Statice,* lavanda de mar, la *Statice sinuata;* y el Hálito de Ángel, por supuesto; la *Gypsophila* o aliento de bebé; el

Xeranthemum; la *Rhodanthe;* la margarita Swan River… Pero ¿por qué Glick se ponía en esas ahora? Llevaba más de un año en la oficina y nunca había habido ocasión para –ni que decir tiene– profundizar en esa extraña tontería suya. Fender apoyó la cabeza en su brazo y pensó en los carámbanos, que crecían como largas hileras de zanahorias. Ah, debían tener cuidado… Muy despacio la habitación comenzó a volver en sí. Glick tenía un montón de hojas y otras cosas marchitas sobre un periódico. Incrustaba tallos en un jarrón, luego les arrancaba la parte de arriba. Hierbas, decía. Las hierbas de la Pampa crecen en cualquier parte y miden entre tres y seis metros de altura. Hierbas, dijo Fender inexpresivo. La cola de liebre, y el mijo de cola de zorra, es decir, la *Setaria italica.* La tembladera, también llamada *Briza maxima.* De repente, Fender sintió cómo volvía su indignación. Se agachó y se puso a hurgar en sus cajones. Ese gilipollas, ese gilipollas, pensó, igualito que él –entre tres y seis metros, nada menos, qué mentiroso–, solo piensa, cómo podría comparar… Vi un buen puñado de carámbanos esta mañana, dijo, con la lengua pastosa. Odiaba ese idioma extranjero. Glick se mantenía a cierta distancia, moviendo la cabeza de un lado al otro, parpadeando de un modo absurdo. Están por todos lados, dijo. ¿Por todos lados? Bueno, supongo que lo están. Por doquier, ¿eh? Están por todas partes, dijo Glick, como los hierbajos; deberías haber visto el manojo que tuve que quitar de mi coche a patadas. Puedo imaginarlo, dijo Fender, apenas capaz de hablar. Le iba a explotar la cabeza. Cuando pienso en ti, Glick, se dijo a sí mismo, pienso: ¡pepinillos! ¿Te has parado alguna vez a mirar un carámbano, Glick?, ¿a observarlo de verdad? Claro, dijo Glick, mientras se enderezaba, por supuesto que sí, ¿por qué? Pero Glick ya no lo escuchaba y no había necesidad de que Fender respondiera. Se deslizó de nuevo muy dentro de sí mismo, en el calor amenazante, el corazón y la máquina de escribir repiqueteando, y la desazón por sus carámbanos le pasaba como una nube en el estómago. Tengo fiebre, decidió

Fender, que tiritó como para verificar el diagnóstico. Así que Glick tenía un pasatiempo. Acabáramos. ¿Dónde estaban las cifras de la casa Ringley? Un pasatiempo. Figúrate. No, su mente retrocedió, no podía imaginarlo. ¿Dónde estaba esa ficha de color? Siempre escribía las cifras en una ficha de color. Glick dobló el periódico y lo retiró de la mesa, cuya superficie, resplandeciente, parecía saltar bajo él. La había puesto –la había puesto en alguna parte–, ¿dónde?… oh, estaba hecho una furia, una furia. Fulminó a Glick con la mirada, con la intención de ser maleducado. Esta mañana un traje azul, por Dios. Restregaba la mesa. Una corbata de color oscuro con unos hilitos metálicos, anudada con pulcritud. ¿Cuál era la razón? Y luego estos viejos hierbajos coleccionados con dedicación. Secos, muertos, ¿qué diferencia había? Puestos a secar al sol como las ciruelas y las pasas. Era latín, ¿no? Latín, claro. Bah. Momificación. Había escrito el nombre de esa pareja –lo había hecho–, sabía que lo había hecho. Era un ataque contra su persona, todo ello, todo… Y Pearson llegaría en un rato. Y *ahora* Glick estaba ocupado. Los puños franceses de su camisa asomaban bajo las mangas de su chaqueta. Bizz-bizz-bizz. Bueno, Pearson llegaría en un momento. Con estrépito. Ninguna novedad sobre esos números, señor Pearson, me temo, no, ninguna. Ahora sus carámbanos… deberían crecer con cuidado. Si tenía tiempo volvería en coche a la hora de comer, para ver cómo les iba. ¿Siemprevivas doradas, dijo? Aaah. Estaban perfectos boca abajo, así es como la naturaleza los hizo. Las gotas se juntaban en la punta, luego caían. *Por supuesto* los carámbanos estaban por todos lados. ¿Quién había dicho lo contrario? El clima en general, las condiciones son idénticas en todas partes; las consecuencias, similares, muy natural, quién, Fender tomó un profundo aliento tembloroso. Mi, mi, mi viejo compañero, amigo, qué manera, qué manera, agárrate, cálmate. Cuando pienso en ti, Glick… *¿monstrosum?,* ¿es eso lo que dijo? Sonaba bien. Señor.

El muy creído. El falso. Pero qué pena. Eran tan frágiles. Qué pena.

Pearson no vino. En contra de su costumbre, no apareció, tampoco les avisó. El teléfono guardaba silencio. Después de un momento la máquina de escribir se paró. Fender se sentó un buen rato en silencio, inmóvil, en una especie de trance, los papeles se extendían ante él formando un abanico, él miraba sus coloridas superficies, algunos de color rosa, otros crema, algunos amarillos, la mayoría blancos, un lápiz sobresalía de entre los dedos como una ramita, con esa sensación de calor que iba y venía, igual que la preocupación, y le hacía fruncir el ceño y arrugar las comisuras de los labios, hasta que la intensa tormenta de sentimientos que había estallado en él desde el momento en que franqueó la puerta de la oficina amainó, se calmó, y su corazón empezó a latir más despacio, y se tranquilizó. Luego su mirada recobró la expresión. Escuchó el zumbido de las luces fluorescentes. Algo –¿joyas?– hizo clic. La imagen del jarrón de Glick reposaba abombada sobre la superficie encerada, y Fender, que había recuperado ya el habla, aunque demasiado alto, dijo: ¿dónde está Pearson esta mañana?, ¿qué le pasa?, ¿está enfermo? Tras la mesa, Glick giraba alegre en su silla. ¿No es genial? Fender intentó sonreír. Sería un buen compañero. Pero la oficina, por alguna razón, no era segura esa mañana, no estaba bien. Él mismo no estaba bien. Era, para empezar, bastante más pequeño que su piel. Tu cuerpo es tu propietario; otra casa, ¿no? Fender se acercó con cuidado a las compuertas de sus ojos: el pañuelo arrebujado de una señora, una hilera de clips, una brillante pluma estilográfica, un trozo de cable de teléfono, folletos doblados con descuido… Mal, mal, mal, todo mal… una hilera dorada de lápices afilados y luego Glick, azulado, giraba con gentileza, sonreía, fingía alzar sus costillas con las manos, respiraba ruidosamente, ¿no es genial?… sosos archivadores verdes con puertas correderas, huellas de ruedas dentadas sobre las baldosas del suelo, el tubo de acero inoxidable de una silla,

mientras al otro lado de la ventana el nombre de la agencia en letras góticas negras, y más allá el sol radiante contaminaba la calle con su reflejo.

¿Cuál es la blanca? ¿Esta? Honestidad. *¿Qué?,* preguntó Fender, listo para volver a enfadarse de nuevo. Se llama honestidad, Fen… *Lunaria annua.* Glick reía de un modo afable, lo que inquietó a Fender todavía más. También llamada planta del dinero. Y esta es la amaranta, *Gomphrena.* Glick se inclinó y mostró sus zapatos relucientes. Glick, ah, ¿cómo… cómo lo haces, quiero decir, cómo consigues que estén tan secas? Su voz parecía extraña y distante, mecánica, como si saliera de un altavoz. La oficina se alejaba, el bolígrafo, los lápices, el papel; el teléfono retrocedía, la perforadora del papel, la grapadora; y Glick seguía canturreando sin él. A lo mejor a Pearson le ha llegado, dijo Glick, a lo mejor se le ha caído la venda de los ojos; o quizá no tiene ni un centavo para el periódico, está al fin en bancarrota, hecho polvo, con los bolsillos llenos de nada; o tal vez ha vendido un inmueble y se ha evaporado. Glick movía los dedos en espiral, como si volaran. Era todo por Isabelle, y Fender no podía soportarlo. ¿Dónde *estaba* Pearson? Las metes en el horno… ¿las horneas de algún modo?, preguntó Fender. Pero Glick se entregaba a Isabelle dejándose el alma en cada sonrisa. Fender no podía soportarlo. No, Izzy, no, dijo Glick, ahora lo veo bastante claro, ahora de repente lo veo todo. Miraba por entre los dedos. En un momento –¡Dios!– se convertiría en guía en un autobús. ¿Las pone a secar como a las ciruelas pasas? Glick extendió las palmas de las manos como un guardia de tráfico. Así es como se ha enterado de la noticia –estoy seguro–, no hay otra forma, en verdad, lo vio en la sección de sociedad. ¿Ciruelas?, ¿como ciruelas? ¡La sección de sociedad! A Isabelle le entró la risa tonta. Se podía tender su ropa en la cuerda invisible que había entre ellos. Ji, ji, ji, cariño. Hay toda clase de cosas deshidratadas hoy en día: fruta, leche, guisantes, judías, huevos incluso, patatas. Lo vio en la sección de

sociedad o en la de economía. ¡Economía, dice Isabelle, cariño! ¿Cómo se atrevía? Fender se escuchó a sí mismo alzar la voz. La sorpresa invadió sus rostros. Se había decidido por una respuesta; tenía que detener su avance, placarlos; hoy no podía aguantar su dueto ni escalar a las crueles cimas de su hilaridad. *Se cortan cuando están tiernos, se atan en manojos, se cuelgan boca abajo, en un sitio seco y frío, donde una brisa sería de gran ayuda…* Se le pasó la oportunidad, Glick hablaba muy rápido. Entonces en las tiras cómicas, dijo Glick y comenzó el recital, mientras Pearson coloreaba de azul el bocadillo de la viñeta, ahí lo leyó, un perro lo dijo. Isabelle hacía aspavientos. Hubo un sonido como de arena que se asienta o papel que se desliza. Fender cerró los ojos. No podía soportarlo. Seguramente fue en la página de economía, dijo ella, pero Glick seguía a lo suyo, giraba en su silla, botaba, señalaba, meneaba la cabeza y ponía caras.

El propietario de la casa y el terreno en el 1711 de la calle Pierce; del dúplex cuya parte trasera va a dar al 477 del callejón Chauncey, antes una vivienda unifamiliar, en la actualidad dividida…

Fender fijó su atención ahí donde el coro se dividía en dos voces, voz principal y su eco: los puños de Glick iban a paso de tortuga hacia sus rodillas, los pulgares eran cabezas…

… de los solares del 605 de North Erie y el 223 de la calle Scott, ambos vacíos excepto por las cenizas, latas y malas hierbas nativas…

Qué historia más triste, encanto, dice Isabelle, qué pena de historia…

… un camino trillado que cruza Billswool Place…

Lo conozco.

¿Sí, cariño? Bueno… el inquilino del sórdido espacio de oficinas del 98 de la calle South Main cerca de la Estación Central y del autobús…

Tal vez, pensó Fender, debería darles un alarido, montar un número, sufrir algún tipo de ataque epiléptico espumeante. ¿Cuántos guisantes, Glick, supones que contiene una empanada de carne promedio? Podría preguntar eso.

… un lugar de trabajo sórdido…

Sí, sin duda, dice Isabelle.

… una ratonera…

¿Crees que no lo sabemos?, dice Isabelle.

… una maldita tumba…

Oh, vamos, Leo, exclama Isabelle.

… pero está en buen sitio…

En *muy* buen sitio, dice Isabelle.

… cerca del autobús…

Del autobús, sí, dice Isabelle.

… y de la estación de trenes…

Eso mismo, dice Isabelle, de la estación de trenes.

Qué era la epilepsia, pensó Fender, sino una lucha contra las fuerzas del aire.

… titular de pleno dominio de Leo Glick y Charlie Fender…

Y también de mí, dice Isabelle.

… titular de garantías expiradas, pagarés de la Gran Depresión, fianzas perdidas…

Ehhh…

… titular de hipotecas…

¿Cuántos guisantes?, podría preguntar. Adelante, Glick, adivine.

… pistas de tenis, máquinas de Coca-Cola, aparcamientos, isletas de tráfico, carpas de circo, casetas para gatos…

¿Ennn serioooo?, no lo sabía, dice Isabelle.

… titular de opciones además…

Fender había elegido regodearse en la salsa y el vapor.

… de salidas de incendio, montacargas, bajantes para la ropa, buzones, ascensores…

Adivine, ¿cuántos guisantes? No soy verde como tú, Glick, no soy discreto, no estoy atrapado entre los dientes de un tenedor, no he sido cultivado, ni siquiera me han mordido o aplastado a dentelladas.

… de orinales e inodoros a la turca…

Leo, *honesta*mente, dice Isabelle.

Fender recordó que no había sido incluido en el censo. Tuvo que protestar. Qué mal le había sentado.

… además de propietario ausente al estilo londinense de unos tugurios en el campo y unos corrales en la ciudad…

Fender empezó a manosear en busca de sus cifras –la famosa tarjeta color púrpura– y tal vez Pearson viniera; Dios se lo permita.

… de hectáreas de matorrales y barrancos erosionados y llanuras de barro e islas de río…

Mire, Glick, ¡Dios!, pare, basta ya, déjelo, *fin*, ¡ya está bien!

… de otra época…

Querido, exclama Isabelle.

… de otra época, digo, aunque todavía a veces es comerciante de mechas de vela y cabinas fotográficas…

Vale, vale, vale, vale, sanseacabó…

… además de pantanos salados en Florida, de pinares baldíos en Canadá, de bancos de arena y precipicios en Nuevo México y Arizona…

Va-*le*…

… en Kentucky: cuevas; en Montana: cimas de colina; por todo el país, el chisme apropiado; para alquilar, arrendar, en usufructo, fletar, vender; ranchos de ganado en Idaho, por ejemplo (perdóneme, Isabelle)…

Estás perdonado, cariño.

Espere a estar muerto, ya verá. Solo respetan lo físico, y está bien.

… síseñor, Pearson de la Agencia Pearson *y* la misma Agencia Pearson están acabados, fuera de combate, kaput; ¡catapum!, ¡bang!

Cantas con voz tan dulce, como un tordo, dice Isabelle.

La mayoría de los cuerpos sobreviven a las almas que habitan en ellos de alquiler, ¿sabía eso? Lo leí en alguna parte. Cierto.

… sip, la misma Agencia Pearson, tras años ofreciendo un servicio espléndido a la comunidad, está completamente en quieeebra (perdóname, Isabelle, pero está en quieeeeebra)…

Ni lo pienses, cariño, te has dejado llevar.

Ya sabe, Fender, una persona alquila su cuarto de estar por un precio bajo. Es algo en lo que hay que pensar. Directo a la nariz. Zas.

… y Pearson, hasta el cuello de deudas…

Oh, Leo, eso es bueno, eso *siempre* es muy bueno, dice Isabelle.

… lleno de amargura, y de desesperación, con mal sabor de boca, hecho papilla por completo, aunque *no* entre la espada y la pared…

No, se pregunta Isabelle.

… sino bajo la… bajo la impertinente punta de un carámbano…

Qué, exclama Isabelle.

… así que cuando se pinche la burbuja, todo el mundo se preguntará –como en los libros y películas de misterio–.

Ohhh, dice Isabelle.

… cómo es que bajó tan pronto la tapa de su vida… cómo es que bajó el telón de su carrera…

Ahora silencio, cariño, *déjame a mí*… ya digo que todo el mundo se preguntará, cuando se pinche la burbuja, cómo es que permitió que su vida se desinflase, igual que antes se habían preguntado cómo la había llenado.

Leo, sin duda eres fabuloso, de verdad, realmente fabuloso.

Sí, es usted uno de los sabios, Glick, lo sabe, ¿no? Uno de los sabios de Oriente.

3

Mientras Fender se acercaba a paso lento, se apearon del coche y lo esperaron en la acera. Ella parecía muy pequeña e iba muy abrigada, y cuando estuvo cerca constató que ambas impresiones eran correctas. Su sombrero estaba cubierto de piel, llevaba un abrigo también de piel, jaspeado de manchas color caoba, y sus zapatos estaban forrados con unas raídas tiras de piel teñidas de un color similar. Tenía las manos ocultas en un manguito de piel que casi hacía juego con su abrigo y permanecía de pie de modo extrañamente formal, con el manguito en el medio, como la figura de un grabado o un maniquí expuesto en un escaparate. Era incluso más baja de lo que había pensado: la piel de su abrigo era larga y basta,

llevaba el cuello vuelto, los zapatos de tacón altos y finos. El hombre dijo algo. Fender lo saludó de un modo afable. Los labios húmedos, el movimiento del brazo, el apretón de manos, la arruga en el rabillo del ojo, el ademán de inclinar la cabeza, todo estaba ahí, representando su papel, como en un hechizo, le gustaba pensar, porque incluso aunque era Ringley lo que estaba vendiendo, se lo debía a Pearson, y después de esta mañana sentía esa lealtad más profunda, quizá, que nunca antes. Agradecido, reconoció su deuda, porque Pearson era muchísimo mejor que… muchísimo mejor que Glick y todas esas personas que siempre se burlaban de él. Sin duda, era mejor. Tenía bonitas creencias. Y aunque era cierto que era muy mal vendedor, era demasiado impetuoso, lo que lo llevaba a malograr la venta, sin embargo… Fender sonrió a la mujer, que parpadeó. Tenía los ojos hinchados, y su nariz, que sorprendió a Fender por lo enorme y angulosa que era, tenía los orificios en carne viva. Así son las cosas, pensó al girarse; tiene la gripe o algo parecido, y me la cogeré yo también. Fender no podía culpar a nadie por odiar a Pearson. Pearson *era* un bravucón. Fender había sentido su ira y su desprecio muy a menudo; lo había oído fanfarronear con todo lujo de detalles y luego estropearlo todo. Con un lápiz que sacó de repente del bolsillo, Fender empezó a escribir cifras en la nieve. Necesita un poco de pintura, por supuesto… pero quedaría bien. Estas casas antiguas, tan elegantes… no hay otra forma de comprar tanto espacio hoy en día, el espacio que hace falta para tener un estilo de vida refinado… Era cierto: era mal vendedor, fanfarroneaba, vale, sí, también mentía, era un matón. Era ridículamente vanidoso, un cotilla incurable. Pero podía conducir por una calle y leer su futuro como un gitano. *Tu cuerpo es tu propietario; ¿otra casa, no es así?* Contienen viejas almas, almas como ancianas viudas que observan tras las ventanas la llegada de Pearson, desamparadas, incapaces, incluso, de subir a gatas las escaleras. Se podría utilizar el sótano para embalsamar si no fuese por la humedad.

Lanzó a la mujer una mirada asesina pero ella pareció hacer caso omiso, engullida como estaba por su animal. Fender los condujo por el camino cubierto de nieve, la apartó con galantería con los pies para hacer un sendero, y mientras subía los peldaños de la entrada una brisa se levantó a su lado y el sol brilló de tal modo que le pareció que la nieve saltaba con la luz. De los altos aleros de la casa colgaban carámbanos, fantásticamente retorcidos, muy largos, y alrededor del porche otros más pequeños crecían con profusión. La verdad es que desfiguran cualquier lugar, dijo, con la llave aún fría en su bolsillo. Proo-piiieee-daadd. Un sonido encantador. Abrió la puerta de un tirón.

Otra cosa que hago: siempre me acuerdo de traer un perchero.

Esto es el recibidor. Somos enfermedades que entran en la casa. Somos tres enfermedades. Somos diferentes entre nosotros: ¿quién de los tres será la enfermedad reinante en este organismo grandioso y vetusto?, ¿la del manguito, el hombre de la del manguito, o yo? Las esquinas del techo han ganado en altura desde la última vez que lo vi. Observen, por favor, la grandeza de la escalera. Porque se curva. La curvatura la dota de grandeza. La columna es corintia. Fíjense en los ornamentos tallados. Y si Pearson tiene la facultad de hacer vaticinios sobre calles y casas, para toda clase de propiedades, de leer su futuro en las manchas de la pintura y las tejas, ¿no podría él… no podría hacer lo mismo con un rostro, por ejemplo, quizá, o con un codo –el de Fender, notó, estaba entumecido– de un empleado? Este asiento es para mirar por la ventana. Ya no se encuentran muchos hoy en día. Y Fender dejó caer su peso sobre él. Por supuesto, la nariz de uno rara vez sale en los periódicos, ahí no hay pistas. A los niños les encantan los asientos junto a la ventana. Estos asientos se levantan. Tapas, miren. Con mucho espacio debajo para guardar cosas. Pero Fender, subyugado por su abrigo, no podía moverse. ¿Qué veía Fender en la cara de Pearson, mañana tras

mañana, cuando después de su entrada triunfal se inclinaba sobre el teléfono y la papelera de su despacho, salvo ese mismo juicio? No hay nadie que pueda ayudarlo, Fender, carece de historia, ¿recuerda? Un tronco arrastrado por la corriente. La casa estaba tan vacía, tan silenciosa, que podía oírlos respirar, y sus tres alientos, inquilinos del espíritu, vagaban por los cuellos de su ropa y se deslizaban por sus mangas. Los venenos de la neumonía son los más peligrosos. Se desvanecían entre las pieles de ella como la bruma en un bosque. Así que la Agencia iba a echar el cierre; quizá ya lo había hecho, estaba cantado, ¿cuándo habían vendido ellos algo? Y aquí está Ringley, la de los colmillos de morsa. Y aquí estaba su responsabilidad. Se levantó con dificultad. ¡Medidas! Extendió los brazos. Como por arte de magia la cinta métrica atravesó la entrada de un extremo al otro. El metal desplegado, muy profesional, dominó la situación.

Y este es el salón. Observen los altos ventanales. Levantó las persianas y el sol entró a raudales y asustó a la mujer cubierta de pieles, en cuya descuidada melena, con las puntas abiertas, Fender no había reparado hasta ahora. Buenos suelos. Lo pisó con estruendo y espolvoreó nieve alrededor de su zapato. Si un ratón subiera por la pared o una avispa apareciera desde el ático, ¿qué haría ella?, ¿desaparecer bajo sus pieles? Pasó su lapicero, ra-ta-ta-ta-ta, por el radiador. Nada supera a una caldera de vapor. De un modo solemne colocó un dedo sobre el papel. *Fleur-de-lis,* dijo. Ella no dijo ni mu, pero se movió para tocar a su marido. Digno de la realeza, dijo él, mientras golpeaba la pared con los nudillos. Era verdad: era mal vendedor; un fanfarrón y un mentiroso. Había timado a sus clientes, evadido impuestos, falsificado documentos, se comportaba como un idiota delante de Isabelle, como un niño, como un… ¿Venían al fin? ¿Qué es lo que querían, por amor de Dios, qué esperaban? Cuando uno piensa en lo que pide el propietario, dijo, y volvió la cabeza… bueno, es una pena. Querían romanticismo, ¿era eso? ¿Aún pueden recordar

aquellos tiempos, señora y señor, cuando los candelabros iluminaban la estancia y la anfitriona descendía majestuosa por la escalera arrastrando su vestido de gala? Con las puertas correderas abiertas de par en par, los Ringley bailaban.

A esta la llamaban sala de recepción. Aquí los domingos disfrutaban de libros edificantes y entre semana se practicaba al piano, pero ustedes podrían utilizarlo como cuarto de estar: pasatiempos, partidas de cartas, la televisión, juguetes, como cuarto de juegos habitual. Debido a una persiana rota, un árbol astillado. Se giró despacio y levantó los brazos. ¿No es maravilloso?, ¡vaya habitación para los niños! La mano izquierda había salido del manguito y estaba ahora atrapada en la manga del abrigo del amigo de la del manguito y compañero masculino. De repente se oyeron unos pasos inquietantes y apresurados en el porche. Fender levantó la persiana y un niño se giró hacia él y lo miró, acunaba un carámbano de su mismo tamaño en los brazos. Por Dios, farfulló Fender, mientras corría hacia la puerta, ¡habrase visto qué caradura! El chico estaba en la nieve mirando hacia la casa con temor cuando Fender irrumpió en el porche. Quénariceshaces, quénariceshaces, chilló, mientras el niño salía a toda prisa. ¡Esos carámbanos, chaval, te enteras, vienen con la casa! ¡Son parte de la propiedad! Fender lo persiguió, pero su presa se escabulló enseguida tras los garajes. El niño se movía rápido y, como la capa de nieve era espesa y los caminos y la terraza estaban resbaladizos, Fender, torpe en el mejor de los casos, se cayó dos veces. Peor aún, el ladrón se había llevado su premio. Fender volvió despacio, falto de aliento y se sacudió el abrigo y los pantalones. Vaya con los chicos de hoy en día, no tienen ningún respeto, hacen lo que les viene en gana, figúrense, delante de nuestras narices, con nuestro cartel ahí en la puerta, AGENCIA PEARSON, tan grande como la vida, pero ¿qué les importa? a estos chicos les da igual, se llevan hasta los carteles, se sorprenderían de lo que les podría contar. Fender sacudió la cabeza. Por Dios, qué caradura, dijo. Sin embargo, cuando

levantó la mirada no pudo ver a sus clientes, y tras unos instantes en que los buscó como loco por todas partes, los descubrió cuando entraban en su coche, que casi de inmediato, aunque las ruedas traseras patinaron, arrancó a toda velocidad.

Lo primero que hizo al llegar a casa, porque ahí es adonde Fender, presa del pánico, se había dirigido a toda prisa, fue retirar la nieve del camino. Era una tarea placentera, a la que su cuerpo respondía bien, y sus movimientos le tranquilizaban. Con frecuencia se tomaba un respiro para contemplar sus carámbanos, toda la hilera, resplandecientes, que retenían el sol como a una doncella durmiente o a una princesa en su torre, tan reales, tan falsos, tan mágicos. Era un invento suyo, esa imagen, y estaba orgulloso de ella. Terminó de despejar el paseo, y ya sosegado, se sentó junto a la ventana, examinándolos con detalle desde ese ángulo, observaba sus anillos espirales y sus ondulaciones, las zonas turbias, granuladas, cavidades, y también el hielo reciente y sus giros extraños, sorprendentes, las verrugas y hoyuelos que aparecían en algunos, la naturaleza filiforme de otros, en pocas palabras, todos los pormenores de su formación, y se imaginó de repente como poseedor de un ojo científico penetrante, frío y despiadado como un cuchillo, aunque tan filosófico en calidez y amabilidad como una manta capaz de interiorizar y absorber por completo la naturaleza de las cosas, como algún día lo hará un clima más cálido. La nieve derretida se deslizaba por los carámbanos, se enfriaba a su paso, hasta que, poco a poco, se congelaba, aunque a veces una gota podía acumularse en la punta y lograba escapar. Al recorrer distancias considerables se curvaban, en ocasiones, hasta tocarse, o se ramificaban como vides, con dedos minúsculos retorcidos con ansia. Cuando vio que el cartero se aproximaba, Fender salió deprisa y se quedó en la puerta, forzó una sonrisa a su pesar, aterrorizado de que con las prisas el hombre pudiera derribarlos. Tímidamente recogió su correo y cuando le pareció que el cartero había reanudado la marcha y no era probable que hubiera olvidado

algo y tuviera que regresar, Fender, agotado y entre suspiros, pensó que era seguro entrar de nuevo. Revolvía distraído las cartas: facturas, publicidad, poco más. No tienes trabajo, Fender, dijo, y no has comido.

La belleza de los carámbanos era una muestra de la belleza de su propietario, pensó Fender. Eran una señal del favor de la naturaleza, como la piel clara, el pelo rubio, los ojos azules. Solo importaban los carámbanos. ¿Qué importaba la comida si él alimentaba su espíritu? Si pudiera cultivarlos dentro de sí mismo, si pudiera engullirlos como un tragasables y adquirir su belleza… Soñaba, pero estaba afectado, completa y realmente ansioso. El mismo sol los destruiría, o serían arrancados por el viento durante la noche, o caerían indefensos debido al propio peso de su armadura. Pero la propiedad perdura… Sin duda Pearson tenía pagado su nicho en el cementerio. Se habría ocupado en primer lugar de su última dirección, típico de él. En esta cripta está ubicada la tumba del gran hombre. En el interior, un féretro, de bronce, con asas desplazables, que contiene un ataúd de plástico. Envuelto en satén, incluso bajo tierra, en su hueca cavidad corporal se mecen los líquidos de embalsamar. De momento a Fender le importaba un bledo; estaba dando un beso al cristal cuando vio venir al chico de los periódicos. Ay Dios, él los destrozaría. Entonces Fender fue hacia la puerta de nuevo para saludar al muchacho, haciendo gala de su hipocresía, pero el chico pasó de largo, gracias a Dios, sin apenas hacer ademán de saludar. Él, Fender, no saldría en los periódicos. Ningún bolígrafo azul pasaría sobre él. Pero en portada había una foto de una niña mofletuda de no más de tres o cuatro años que hacía muecas junto a un carámbano amenazante, muy retorcido, enredado como la raíz de un árbol, que era de su mismo tamaño y que cumplía su función a la perfección, absorberla por completo. TAMBIÉN SE DISFRUTA DEL HIELO QUE AZOTA LA CIUDAD. Puaj. Repugnante.

Pero, Fender, ¿qué tonterías estás pensando sobre ti mismo? Esas leyes que crean la belleza a partir del cambio, ¿qué tienen que ver contigo? De una forma aburrida, eres feo, sin duda deshonesto, cobarde y desleal, barato como la ropa excesivamente planchada y lavada en la que estás metido. Pero Fender no sentía el remordimiento de los culpables. Hay otra ley, dijo, la ley que me transmite la belleza a mí, porque estoy creciendo como ellos, estoy empezando a merecerlos, he perdido mi trabajo hoy y todavía no he comido. Fender, si son carámbanos. Perecederos es la palabra apropiada para ellos. Lanzó el periódico a una mesa y deambuló por la habitación mientras probaba varias fórmulas. Bueno, entonces, dijo, mi alma tendrá que crecer en afabilidad hasta el extremo. Qué grande, Fender, qué grande eres, y tiemblas hasta el punto de que no puedes mantenerte en pie, hablando así. ¿Se puede saber qué has hecho con tu vida? Con un vulgar *uf,* Fender se hundió con pesadez en una silla. Van a estar espectaculares esta noche, pensó. Miraría todas sus aristas, los observaría desde cada ángulo. Podían capturar sus ojos, por lo que a él respecta, y pulirlos como si fueran lentes. ¿Cómo se vería el color sobre ellos? Pondría una bombilla rosácea en el porche.

Fender. No tienes trabajo. No tenía trabajo. Se encogió de hombros. Y qué. Así es. El tiempo era pésimo, la cena se le había quedado fría de nuevo, la cama estaría… como siempre. Pero tenía una dirección. Dios mío, esa era la peor frase del mundo, lo peor del mundo, quiero decir, cuando lees en los periódicos donde dice que Fulano o Mengano, sin dirección conocida, había sido detenido por merodear por las calles o robar carteras o arrestado por embriaguez y escándalo público, y dice: sin domicilio conocido. Imagínate. Pearson se lamenta; gime con los brazos. Esa persona no tiene un *lugar* en el mundo. No puede ser localizado. Es como uno de esos entes incorpóreos de los que habla la ciencia hoy en día, como una de esas cosas que se mueven, ya sabes, que están siempre en movimiento, pero no a través del espacio. Dios. ¿Quién puede

entenderlo? Yo dejo esa clase de cosas para los expertos al igual que dejo los vagabundos a la policía; pero imagina un hombre sin un sitio en el que estar, sin un sitio conocido, que tiene un nombre, de algún modo, fijo; porque eso es como estar solo en el mar sin un tablón al que agarrarte, y rodeado de tiburones que te rozan los dedos de los pies. Fender se encogió de hombros. Fender: no tienes trabajo. Careces de una ocupación, Fender, una posición, Fender, un sitio a mano para hacer tus necesidades. Se encogió de hombros. Era cierto. No lo tenía. Y Fender –Charlie Fender–, de tal número, de tal calle, en tal o cual ciudad y estado, se ha pirado, lo han echado, está fuera, a su edad, después de tantos, tantísimos años… Sí, pensó, ya ni siquiera habito en mí.

En brazos de su sillón se sintió a una gran distancia con respecto a todo. Sus propios brazos en los brazos del sillón, lo abrazaban, lo estrujaban. Y no habitaba en el mismo espacio que se levantaba sobre los dedos de sus pies. Le podría haber ocurrido en cualquier momento, supuso: un terrible accidente de avión, tal vez, con los miembros seccionados y entremezclados con el equipaje, los artículos de aseo desperdigados. Los aviones eran propiedades. Notó cómo sus calcetines se le resbalaban con suavidad; al final acabarían enganchados en un cable o un árbol. Todo eran propiedades, Pearson tenía razón, sin embargo, puaj, y nievan camisas y periódicos económicos. El sillón… los brazos del sillón no se cansaban. Puf, Fender. ¿Puedes contener tus bacterias? No, tú no tienes congelador. Así que ¡puf! Otro día que termina. Ahora mismo te derrites. Cierto, pero esos carámbanos recogen la nieve mientras se ablanda, oponen su frialdad al sol, y transforman su propia desaparición en… Isabelles. Mira, Fender: apoya los pies en el suelo. Mantén. Los. Ahí. Los brazos en los brazos del sillón. El sillón. ¡Abrázalo, agárrate fuerte y déjate querer! Pero Fender ni se inmutaba. Sus exclamaciones internas eran como carteles publicitarios –para gasolina y refrescos– de la peor clase. Los brazos del sillón

eran propiedades. Lo revestirían de madera; lo retapizarían con una nueva piel floral, con un estampado con figuras danzantes para decorar su superficie. Lo… tatuarían. Era estúpido. Trató de disolverse en un mundo sin palabras. Había tantas palabras que lo angustiaban. Frases. Voces. Escenas. Era una estupidez. Ah, al final Se Vende Fender. Sí. Vivía en su empanada, como los guisantes. Eso es muy gracioso. Espero, confío en que veas el humor que hay en ello, porque estás En Venta. Clavado al sillón no podía moverse al ritmo de ninguna música. Estaba tatuado. Las piernas se le habían doblado por la línea de puntos. Ta-ta-ta. Se miraba fijamente las rodillas… caían como trombas de agua … ¿qué? Ponían luces de colores en las cataratas del Niágara. Sus carámbanos brillaban. El chico había cogido uno bien grande –Dios– con tal desconsideración, y se lo había llevado. ¡Qué sabía él! ¡Qué podía sentir! ¡El dolor de esa pobre casa! ¡Esa tortura! Pero aun así Fender no gritó; no se movió. Se resbalaba hacia sus pies… con suavidad, sin hacer ruido. Como calcetines que se desperdigan en un accidente de avión… nevaba un poco. En cada empanada hay ¿cuántos?, ¿cuántos?, ¿cuántos?… guisantes.

Así que, por fin, estás En Venta, Fender. Eso es muy gracioso. Espero que puedas ver el humor que hay en ello. Eso hace el trabajo mucho más fácil, quiero decir, si hay humor ahí y el humor se ve, todo es más fácil. Sé feliz, ¿eh? ¿Te vale eso? ¿Cuánto tiempo tienes planeado estar en el catálogo? Bueno, fue una soberana idiotez permanecer vacío durante todo el invierno, eso es lo único que digo. Quiero decir, que es de ser tonto, tonto del culo. Bien pensado, llevas más tiempo vacío todavía. Tienes todas las papeletas para estar hecho una mierda. Pero si yo fuera tú, considerando tu caso, intentaría figurar en múltiples catálogos de venta, eso sería con mucho, de largo, lo mejor. De ese modo, si aparece una buena oportunidad, tal vez puedas cerrar el acuerdo por tu cuenta, después de todo, tú trabajas con una agencia, Pearson, joder,

nació con una flor en el culo, ese Pearson. De todas formas, no puedes esperar que nadie te convierta en su principal preocupación, quiero decir, ya sabes, así funciona, es un negocio duro, y el cinco por ciento de ti, bueno, no dará para mucho. ¿De acuerdo? Está bien aclarar las cosas, es algo bueno. Ahora ¿cuáles son tus medidas? ¿Cuánto espacio tienes en la zona intercostal, ahí, ahí en la caja torácica? ¿Muchos problemas renales? Surgen con frecuencia, a tu edad. Tienes los hombros caídos y habría que quemarte esa verruga de la barbilla. Por qué demonios… si yo tuviera una verruga como esa en el mentón… Mira, tengo que comprobar las cosas habituales… Umm, tu piel tiene un aspecto bastante fibroso, me temo, y bastantes manchas, un material algo pobre, escamosa, fina, una dieta desequilibrada. ¿Desde cuándo tienes esos moratones?, ¿y ese hematoma en la espinilla? venillas rotas, ¿no? Di, Fender, sin tonterías, que estamos en el mismo negocio, de hombre a hombre, ¿eh? ¿para qué tomarse la molestia? Diablos, ya sabes que el inventario es igual para todos: senos nasales, bazo, intestinos, todas esas glándulas… ¿Empezamos con el paladar para luego descender: dientes, amígdalas, lengua, pulmones, hígado, bronquios…?, ¿merecen la pena? Y después, veamos, en sentido ascendente encontramos el recto, el colon, el estómago, el corazón, y demás, las partes blandas, y luego el cráneo, la columna, la pelvis, las costillas, etcétera, etcétera, pero no sirve de mucho, quiero decir, considera tus posibilidades con calma. Bueno, mira, compañero, tu fachada no tiene mucho encanto… Como suelo decir: tenemos que enfrentar los hechos, y una casa vieja es una casa vieja. Ya conoces el negocio. Sin sorpresas. ¿Vale? Así que concentrémonos en los puntos fuertes si podemos –tal vez unas buenas nalgas–, tenemos clientes para ellas. Pero no me gusta ese cabello sin vida. Jesús, mira lo que le has hecho a tus nudillos. ¿Y qué me dices de la luz ahí? Maldita sea, *sabes* que es lo primero por lo que preguntan. Nada más entrar, quieren ver por dónde entra la luz. Mira, te contaré un truco.

Siempre llevo una regla conmigo y en ocasiones como esta, cuando el sol entra a raudales, lo mido ante ellos, no sé cuántos metros de luz. Ya te puedes figurar el efecto. Vender no es todo puta suerte, noseñor. No todo puta suerte… putasuerte. ¿Qué?, ¿tienes frío? no fastidies, ¿cómo puedes tener frío ahora? no tienes sombra. Ey, ¿no es así? Nada que decir, ¿no? Fender, no tienes respuesta, ¿no? ¿Qué aspecto tendrá si colocas una bombilla de colores en el porche, como en las cataratas del Niágara? ¿Has tenido palpitaciones o retortijones? Me gusta tener los datos. Bueno, que no cunda el pánico, somos colegas, pero echemos un vistazo a las deposiciones antes de que me vaya, por si acaso, no vaya a ser que, de todas formas…

Los zapatos, la alfombra –vio la alfombra– y la pata de una mesa que ascendía desde el tejido y se ensanchaba a medida que trepaba –¿era madera de palo rosa?– encerada, anodina, resplandeciente. Pro-piiee-daadd: un sonido maravilloso. ¿Era él un órgano que se asomaba? ¿así es cómo se sentía el hígado al reposar desde… dónde? Sabía en qué zonas era probable que hubiera guisantes en las empanadas de carne, pero no podía imaginar su hígado –no deseaba hacerlo– del mismo modo que fantaseaba con mujeres, siempre con la entrepierna manchada. Pro-piiee-daadd. Brillaban. No podía mirar. Fender, ¿por qué no alquilar? De acuerdo, de acuerdo, te doy un respiro, pero no depende de mí, una venta no es algo seguro, no es para todo el mundo, no es como si fueras un chollo, no están ansiosos, no tienen el gusanillo. Oh, seguro, vivir *por encima* de sus posibilidades, pero no, ya sabes… Ey, ¿qué te parece? Ahora, ¿problema en la piel? la propiedad es de época…, aunque algún loco, pero, sí, eso ya lo hemos mirado. ¿Corrientes de aire? No sé, Fender. De verdad. Este es un mal barrio. Es una época floja. Las cosas están paradas por todas partes. Podrías aceptar inquilinos…

Papeles depositados sobre la mesa, la pared pintada de un blanco impecable –vio la pared– ascendía hasta ninguna parte, su mirada la recorría como si fuera agua. Prop. Prop. Mira,

Fender, son tiempos ajetreados, tiempos ajetreados… Seguro que van a reírse –ji, ji, ji– así se reirán. ¿Qué puedo hacer? Si se ríen, pues que se rían. Una perrera es una perrera, qué le vamos hacer, coño, así que se reirán. Apuesto que habrá mucha gente que entre y salga. Querrán saber qué se ve desde donde estás; te preguntarán cómo son las vistas… ¿eso es una novedad? Como dice mi jefe: no es divertido pero es dinero. De acuerdo. Prosigamos. ¿Pies planos, supongo? ¿algún problema en la vejiga?, ¿sí?, ¿cada cuánto tienes que ir al baño?, ¿cuánto aguantas si no hay más remedio? Ja, ja. Se me ha ocurrido así, así lo hacen. Es el turno de los codos. Entonces, ¿las rodillas? ¿Y las junturas de los dedos de los pies? Eres solo huesos y tripa, ese estilo no está de moda para nada. Bueno, no es culpa mía, Fender, pero van a querer una buena polla tiesa y dura como la piedra, ya sabes, de esas que se apoyan calentitas contra la tripa cuando se levantan, lo que los chicos de hoy en día llaman una buena polla. Querrán una así aunque tengan ochenta años, ¿y quién puede echarles la culpa? Quizá si decidieras entrar en el mercado en otro momento, o ponerte en manos de algún joven brillante, de alguien prometedor. Está ese tío en la oficina, Glick. Pronto emprenderá su propio negocio y estará feliz de tenerte como cliente…

La pared se adentraba en el techo por el recodo. Torció un poco la cabeza para seguir la trayectoria; vio el techo: similitudes de espacio en blanco, de un blanco bastante grisáceo, sin sol, pero no a punto de nevar, sin motas, blanco, pesado, el cielo, arriba y abajo, tan lejano, tan bajo, en todo lo alto, alargado, tedioso como una operación de compra, la misma y uniforme mismidad. Escucha lo que intento decirte, Fender. Tarde o temprano nos pasará a todos. Así es como funciona. Es simple. Tienes una casa y nadie quiere vivir en ella. Vale, vale, es solo un trabajo, para mí es solo un trabajo. A ver cómo tragas. Bien. Ahora escupe.

Había unas figuras que se movían en la parte de arriba de la calle, puntos negros flotando en sus ojos, cenizas de alguna

parte. La luz era mala para él –ese terrible resplandor–, le ardía toda la cabeza. Parpadeó y por un momento pudo ver chaquetas de cuadros, gorros rojos y botas y botones brillantes, pana amarilla. Todo un batallón de niños –chicos en su mayoría– que deambulaban, se arrojaban nieve y gritaban en la colina. No tienes derecho a lloriquear, Fender, ¿de quién es la culpa? Su sillón lo sujetaba; no tenía energía; nunca volvería a vender; ciertamente estaba enfermo. ¿Qué harás entonces, Fender? ¿Qué harás mañana? Mañana, pensó. Dios. Dentro de una hora, el próximo minuto, el siguiente segundo. ¿Debería estornudar?, ¿levantar su mano izquierda?, ¿reír? Intentó apartar a los niños de su cabeza. Por un momento, mientras miraba, se arremolinaban y daban vueltas sin ton ni son en la cima, pero, poco a poco, sus movimientos parecían servir a algún propósito y empezaron a unirse más a menudo para luego separarse de un modo rítmico, como un latido. Por fin, se quedaron quietos por un instante, alegres como un lazo rojo. Vio cómo lo señalaban –apuntando directamente– y los oyó chillar. Angustiado, gimiendo, se aferró a los brazos del sillón que lo sujetaba, pero no hizo ningún intento de levantarse a detenerlos. Se estaba venciendo por tercera vez en aquel día. Rayas, botas, botones, cuadros, amarillo –los miró con detenimiento–, trineos y cubos de plástico y palas de metal, borlas, mitones, cascabeles, cuadros escoceses, pieles, la rama de un abeto, nubes de nieve volcada, abucheos, silbidos que perforan el tímpano, una bufanda de color escarlata y verde oscuro que ondea tras la garganta de un niño como una bandera militar. Después fue como si, de repente, un puño se hubiera abierto y bajaron la colina como una nevada de piedras.

[2] Juego de palabras con kitten ball, una variedad de béisbol a partir de la que se desarrolló el softball. (N. de la T.)

EL ORDEN
DE LOS INSECTOS

Lo cierto es que no podíamos quejarnos de la casa después de todo lo que habíamos pasado en la anterior, pero no llevábamos mucho tiempo allí, cuando empecé a advertir los cadáveres de unos grandes insectos negros que moteaban la alfombra del piso de abajo cada mañana; dispuestos de manera anárquica, como deben de morir las lombrices en la calle después de la lluvia. La primera vez que los vi parecían hebras de lana oscura o pegotes de barro que habían traído los niños en sus zapatos, o, a veces, si las cortinas estaban echadas, manchas de tinta o quemaduras que me aterrorizaban, pues esa alfombra gruesa me había intimidado desde el principio y ya desde la primera semana deseé que mis pies desnudos se tragaran mis zapatos. Los caparazones solían estar rotos. Las patas y otras partes que entonces no podía identificar estaban desperdigadas alrededor, como restos de óxido. En ocasiones los encontraba boca arriba, mostrando su acolchado tórax de color naranja, junto a varias manchas de polvo marrón oscuro que tenían que aspirarse con cuidado. Creíamos que nuestra gata los había matado. En esa época solía ponerse mala por la noche –cosa rara en ella– y no se nos ocurrió otra razón. Así, patas arriba, muertos, daban lástima.

No podía imaginar de dónde habían salido esos bichos. Yo misma soy extremadamente meticulosa. La casa estaba limpia, los armarios de la cocina, bien cerrados y ordenados, y nunca habíamos visto ninguno vivo. La otra casa estaba infestada de esas cucarachas marrones y peludas, pura energía y velocidad, y *las* habíamos visto con claridad, asustadas por la luz de la cocina, intentado escaparse por los rodapiés y las grietas del suelo; y en la despensa, una vez estuve a punto de atrapar una con los dedos antes de que huyera, dejando su sombra en la harina como un reflejo del temor de mi mano.

Muertos, boca arriba, con sus tres pares de patas recogidos con delicadeza y plegados pudorosamente sobre su vientre.

Supongo que al andar extendían sus patas delanteras y luego las doblaban para poder cargar con el cuerpo. Todavía me pregunto si podían saltar. En más de una ocasión he visto a nuestra gata meter las garras bajo un caparazón y levantarlo en el aire, acechando mientras el insecto caía en un simulacro de salto, pero era a plena luz del día; el bicho estaba muerto; a ella se le pasaba rápido el interés; y se alejaba de inmediato. Esa es la imagen del salto que tengo en la cabeza. Incluso aunque en realidad las viera flexionar esos dos pares de patas traseras, como tendrían que hacer para poder dar un salto, creo que me resultaría irreal y mecánico, un pobre intento comparado con ese vuelo alto, repentino, patas arriba, producido por las garras de la gata. Podría informarme, supongo, pero no es campo de estudio para una mujer… bichos.

Al principio reaccionaba como se me suponía, me agachaba sobre ellas, exclamaba qué diablos; pero incluso antes de reconocerlos, retiraba mi mano, estremecida. Feroces, desagradables, blindados: se servían de sus sombras para aparentar ser más grandes. La aspiradora se los tragaba mientras yo miraba para otro lado. Recuerdo el estremecimiento repentino de horror al oír el ruido que hacía uno de ellos al intentar subir por el tubo. Me alivió que estuvieran muertos, claro, porque nunca habría sido capaz de matar ninguno, y si hubieran aparecido vivos en la bolsa de la aspiradora, creo que habría vuelto a tener pesadillas, como aquella vez en que mi marido luchó contra las hormigas rojas de la cocina. Me pasé la noche en vela pensando en las hormigas vivas en la tripa del aparato, y cuando casi al alba conseguí por fin conciliar el sueño, me encontré dentro del temible tubo elástico, desde donde las podía oír delante de mí: cientos de cuerpos susurrando en la suciedad.

Nunca pienso en estas especies como algo vivo, sino como formadas enteramente por los cadáveres que yacen sobre nuestra alfombra, como si todos esos muertos producidos en masa por la acción de alguna fuerza misteriosa –quizá por el

mismo polvo sobre el que a veces yacen– que se encuentra en el aire, solidificados por la noche y moldeados, cuerpo a cuerpo, de modo espontáneo, como lo fueron las larvas antes de la era de la ciencia. Tengo un solo libro sobre insectos, un pequeño manual anticuado en francés que un buen amigo me regaló como una broma –por mi jardín, la rareza de las láminas, lo gracioso de leer sobre gusanos en una lengua tan elegante– y ahí tenemos el dibujo de mi insecto, que trepa por el tallo de una orquídea. Bajo el dibujo está su nombre: *Periplaneta orientalis L. Ces répugnants insectes ne sont que trop communs dans les cuisines des vieilles habitations des villes, dans les magasins, entrepôts, boulangeries, brasseries, restaurants, dans la cale des navires, etc.,* comienza el texto. No obstante, son una experiencia nueva para mí y creo que ahora me siento agradecida por ello.

No hacía falta que el dibujo me enseñase que había dos, adulta y ninfa, porque para entonces ya había visto los cuerpos de ambos tipos. Ninfa. Dios mío, qué nombres usamos. Uno era oscuro, achaparrado, feo, taimado. El otro, más esbelto, tenía unas alas duras, similares a una vaina, recogidas sobre el lomo como otro caparazón, y una red de delicadas líneas lo cruzaban como si fueran gasas fosilizadas. La ninfa era de un intenso color dorado que, en sus intersticios, se agudizaba hasta convertirse en caoba. Ambos tenían patas que, bajo la lupa, se asemejaban al tallo de una rosa, y con buena luz, las de la ninfa eran lo bastante transparentes como para que te pareciera ver cómo confluían sus terminaciones nerviosas y se prolongaban, como una grieta dentada, hasta el extremo de cada pata.

Al darles la vuelta se les cierran las patas, y cuanto más los miro, menos creo lo que veo. La descomposición, en estos bichos, es espléndida. Ahora tengo una colección que guardo en cajas de cintas de máquina de escribir, y aunque, con el tiempo, se les secan los cuerpos y la carne de dentro se descompone, sus rasgos conservan, supongo que como hacían

en vida, una determinación egipcia, porque sus corazas protectoras son fuertes y la muerte tendría que quebrantar huesos para entrar en ellas. Ahora que su pesada alma se ha ido, su carcasa es ligera.

Sospecho que si estuviéramos tan familiarizados con nuestros huesos como lo estamos con nuestra piel, nunca enterraríamos a los muertos, sino que veneraríamos los restos en sus habitaciones, dispuestos como nos gustaría encontrárnoslos si fuéramos de visita; y los cuerpos de nuestros enemigos, si pudiéramos robarlos de los campos de batalla, los expondríamos en un museo tal y como murieron, con el acero aún elocuente en sus costados, los yelmos torcidos, el escarpe sin usar, y así los amigos y los enemigos serían tan extraordinariamente históricos que, pasados cien años, encontraríamos sus mandíbulas aún preparadas para pronunciar el mismo discurso y todos sus miembros, con los que compartimos nuestra vida, inclinados, como siempre habían estado –la caja torácica, el cuello, el cráneo–, todavía repetitivos, todavía desafiantes, leves como los ángeles, todavía merecedores de recuerdo y afecto. Después de todo, ¿qué significa decir que se les va la vida cuando nuestra gata ha atravesado a mordiscos el caparazón y sembrado la confusión en la carne? Ay, en cuanto a nosotros, quiero gritar, nuestros huesos se mantienen en secreto, hasta el final, por eso debemos amar lo que perece: los músculos y los fluidos y las grasas.

Desde la parte trasera, dos apéndices se extienden como dagas. Supongo que nunca sabré cuál es su función. Esa clase de conocimiento no me interesa. Al principio tenía que forzarme a mirar, así que, tal y como lo veo ahora, todo el cambio, la reciente alteración de mi vida, fue la consecuencia de haberme acercado, por fin, a algo. Fue un acto de autoflagelación, recuerdo, un castigo que me impuse por las palabras cargadas de rabia que les grité a mis hijos en mitad de la noche. Sentí al instante que los insectos eran infecciosos, la enfermedad andante, así que cuando me arrodillé con un

pañuelo que cubría la mitad inferior de mi cara… solo vi horror… tuve que girar la cara por las náuseas y taparme los ojos… pero la rabia más infame me ayudaba a sobrevivir al día: confusa, inquisitiva, culpable, y avergonzada.

Después de aquello empecé a acercarme a ellos con frecuencia; reparé, por primera vez, en la diferencia de la dorada ninfa; metí entre su mandíbula una uña pintada que me había dejado crecer; observé el movimiento de sus mandíbulas, los flagelos de las antenas, el cráneo en forma de calavera, las franjas que cruzan su abdomen, y encontré una intensidad en la posición del caparazón, incluso boca arriba, similar a la de la mirada de las nativas de Gauguin. Las láminas oscuras resplandecen. Están recreadas a la perfección; incluso el fondo de sus ojos muestra tal precisión geométrica que atenúa mi horror anterior. No es posible sentir asco ante semejante orden. De todas formas, me recuerdo a mí misma, es una cucaracha… y tú, una mujer.

Ya no soy dueña de mi imaginación. Supongo que subieron por las tuberías o salieron de los registros. Puede que fuese la alfombra lo que buscasen. También los grillos, tengo entendido, se alimentan de lana. Yo solía echarme al lado de mi marido… muy rígida… y esperaba a que el silencio se apoderase de la casa, que lo venciera el sueño, entonces el drama de la muerte se apoderaba de mí, me poseía de manera tan intensa que, cuando al fin conseguía dormir, pasaba de un sueño a otro sin la más ligera sensación de pérdida de realidad o continuidad. Nunca vivas, aparecían con perforaciones; sus cuerpos se formaban a partir de pequeñas espirales de polvo cobrizo que no podía haber distinguido en la oscuridad del piso de abajo; y al materializarse, ya estaban muertas, boca arriba, porque era en ese momento cuando nuestra gata, también invisible de tan oscura, se abalanzaba con sus garras sobre la verdadera alma de la cucaracha; un alma tan estática e intensa, tan inmortalmente dispuesta, que yo me sentía, mientras estaba tumbada, como encerrada en un caparazón

sobre nuestra cama, vuelta del revés, y dejando volar mi mente, que era igual al alma oscura del propio mundo, y este sentimiento, bello y aterrador, que al fin me poseía, y hacía que me tensara como un palo junto a mi marido, se apoderó de mis sueños.

El tiempo las hizo salir, creo… la humedad de las tuberías de la casa. La primera que salió parecía haber sido ensamblada en Japón; rota, con una pata doblada bajo una cincha de metal; desmembrada. Sonó dentro del tubo hueco como si fuera de metal; con intensidad, como un puñado de alfileres. El ruido me hacía estremecer. Bueno, siempre acabo viendo lo que más temo. Sea lo que sea que llegue a mis ojos es de manera automática transformado en un objeto amenazante: el barro, las manchas o las quemaduras, o si no, los trozos de metal de algunos juguetes irreparables. No son miedos de los que aterrorizarse. Son miedos de andar por casa. Miedos saludables. Los propios de toda mujer, esposa, madre: que los niños señalen con el dedo a ese pobre hombre de la joroba y hablen de él tan alto que pueda oírlos; que la gata vuelva a tener pulgas y estas lleguen al sofá; que uno tenga la cara sofocada, será debido al calor; ¿estará encendido el fuego para calentar las alubias?; que esa extraña enfermedad de la lavadora pueda reaparecer, retumba mientras enjuaga y traquetea durante el aclarado; Dios mío, que son ya las once; ¿quién de vosotros ha perdido una bota de agua? En medio de las preocupaciones del día a día me arrodillaba, inocente e inapropiadamente equipada, sobre el bicho desmembrado. Permítanme recordar la conmoción… Mi mano se habría apartado con la misma velocidad de una quemadura; la muerte o la herida de cualquier persona me habría afectado también; y me habría quedado helada por múltiples razones, porque sentía agitarse en mí un impulso homicida, por ejemplo; pero nada podría haber causado en mí la repulsión de ese sombrío reconocimiento, una reacción de mi entera naturaleza que iba

más allá de todo entendimiento y que hizo que me replegase como una araña.

Dije que era inocente. Pues bien, no lo era. Inocente. Dios mío, ¡qué nombres usamos! ¿Con qué ser vivo que no hayan domado conviven las personas como yo?, incluso las plantas de nuestras casas respiran con nuestro permiso. Siempre tuve miedo de lo que era –algo feo y venenoso, mortal y terrible– ese simple insecto, peor y más voraz que el fuego, yo, que prefería meter una mano en el corazón de una llama que en la oscuridad de un agujero húmedo y lleno de telarañas. Pero el ojo nunca deja de cambiar. Cuando ahora examino mi colección, ya no son solo cucarachas lo que veo, sino un orden elegante, la totalidad, la divinidad… Mi pañuelo, aquella vez, no me sirvió de mucho… Ay, marido mío, son una enfermedad terrible.

El alma oscura del mundo… una frase de la que me debería reír. El caparazón de la cucaracha me asqueaba. Y me quedo con la boca abierta. Permanezco quieta, a la escucha, aunque no hay nada que oír. Nuestra gata está en silencio. Ellas pasan de la vida a la inmortalidad entre sus garras.

¿Doy ahora gracias por que mi terror tenga otro objeto? De vez en cuando eso creo, pero me siento como si me hubieran legado una especie de misterio oriental, sagrado para un dios terrible, y soy por completo consciente de mi indignidad y de la fragilidad de mi cuerpo. Tan extraño. Es la máquina de coser la que tiene garras aterradoras. Vivo en medio de bloques de construcción de juguete y voces infantiles. Mis labores son mi único reloj, y el tiempo es interrumpido con frecuencia. Siempre había pensado que el amor no sabía nada de orden y que la propia vida era confusión y caos. ¡Saltemos!, ¡gritemos! He saltado, y para mi vergüenza, he luchado. Pero este insecto que tengo en la mano, y que me consta que está muerto, es bello, y hay un júbilo violento en su composición que

ensombrece todo lo demás, porque su júbilo es el júbilo de la lápida y habita en su tumba como un león.

No sé qué es más sorprendente: encontrar ese orden en una cucaracha, o estas ideas en una mujer.

No podía hacer cambiar mi punto de vista, infectado como estaba, así que retomé su estudio con una pasión más masculina. Busqué arañas y les di un santuario; acogí gusanos de todo tipo; fui generosa con las cigarras y crisopas, pulgones, hormigas y diversas larvas; mimé a varias clases de escarabajos; cuidé de los grillos; cobijé avispas; mantuve los insecticidas de mi marido lejos de los saltamontes, mosquitos, polillas y moscas. He dedicado horas a ver cómo se alimentan las orugas. Puedes ver cómo las hojas que engullen pasan a través de sus cuerpos; observar cómo estos se estrechan e hinchan hasta que su pulpa inútil es expulsada en círculos perfectos por el recto; porque las orugas son una simple sección de intestino, un tallo decorado de anhelante músculo, y todo su ser se afana en el esfuerzo de la digestión. *Le tube digestif des Insectes est situé dans le grand axe de la cavité générale du corps… de la bouche vers l´anus… Le pharynx… L´œsophage… Le jabot… Le ventricule chylifique… Le rectum et l´iléon…* Sin embargo, al arrastrarse se someten a elegantes leyes.

Mis niños deberían estar tan contentos conmigo como lo está mi marido, soy, en apariencia, muy servicial con ellos, pero se han asustado y no les interesa ni husmear ni coleccionar. Mi pasatiempo ha dejado mis ojos malheridos, y a veces, imagino que estos emergen de mi cabeza; sin embargo, quizá, no vea de forma tan distinta a Galileo cuando halló el firme propósito del péndulo. No obstante, mi cuerpo se resiste a tal información. Se agota ante su perspicacia. Y no puedo olvidar, incluso mientras observo la floración de nuestras damas de noche, el principio simple del insecto. Aunque, después de todo, se trata de una cucaracha negra y achaparrada, un bicho que asusta a las amas de casa, que solo ha venido para morder

la lana alquilada y encontrar una muerte absurda entre los incisivos de la gata de la inquilina.

Extraño. Absurdo. Soy la señora de la casa. Este punto de vista que me da escalofríos es el punto de vista de un dios, y de algún modo, estoy segura de que podría entregarme completamente a él; si no fuera porque sigo siendo una mujer, podría desarmar mi vida, encontrar paz y orden por todas partes; y me acuesto junto a mi marido y le toco el brazo y considero la tentación. Pero soy una mujer. Y no soy digna de ello. Y quiero gritar oh, marido, marido, estoy enferma, porque he visto lo que he visto. Qué podría hacer él ante eso, pobre hombre, al despertarse en mitad del sueño para oír ese sinsentido, solo podría consolarme a ciegas y murmurar sueños, cielo, solo sueños, pesadillas, como les digo yo a los niños. Podría huir como la sabia cigarra que abandona su caparazón para hacer travesuras. Podría marcharme y dejar que mis huesos jugasen a las cartas y diesen azotes a los niños… Paz. Cómo puedo pensar en cosas tan ridículas –la belleza, la paz, el alma oscura del mundo– si soy la señora de la casa, preocupada por la alfombra, ordenada y puntual, rodeada de bloques de construcción de juguete.

EN EL CORAZÓN DEL CORAZÓN DEL PAÍS

UN LUGAR

Y por eso he navegado los mares y venido…

a B…[3]

una pequeña ciudad aferrada a un campo de Indiana. En dos ocasiones mil doscientas personas han contestado el censo. La ciudad es extraordinariamente pulcra y sombreada y siempre muestra su mejor cara a la carretera. En un pasto hay, incluso, un ciervo de madera o de plástico.

Puedes llegar aquí cruzando un arroyo. En primavera los prados están verdes, la forsitia canta, e incluso las rectas y brillantes vías del ferrocarril que llegan hasta las entrañas de la ciudad, canturrean cuando viene el tren y este hace sonar su bocina como bienvenida. En los callejones, el asfalto se descompone en grava. Está la casa de los Westbrook, con los geranios, la de los Horsefall, la de los Mott. La acera se resquebraja. El polvo de la grava se levanta al paso de las camionetas como si fuera vapor. Y yo estoy jubilado del amor.

EL CLIMA

En el Medio Oeste, en la zona de los Lagos Inferiores, el cielo en invierno es plomizo y cercano, y es un día raro, un día memorable, ese en el que el cielo se levanta y le da un respiro al corazón. Llevo la cuenta, y mientras escribo esta página, han pasado ya once días desde la última vez que vi el sol.

MI CASA

Hay una hilera de arces decapitados detrás de mi casa, cortados para permitir el paso al tendido eléctrico. Algunos troncos altos, de unos tres metros, sobreviven, y me encaramo a ellos como un niño para ver cómo zarpa el campo y se aleja de mí. Son terrenos corrientes, algo más desnivelados de lo que deberían, ya que en primavera se encharcan. La capa superficial del suelo es fina, aunque algo pedregosa. Un año se cultiva maíz; al siguiente, soja. Al anochecer los estorninos oscurecen el único árbol –un alerce– que se eleva en el centro. Cuando el cielo se mueve, también lo hacen los campos debajo de él. Siento, desde mi atalaya, que he desperdiciado mis años. Es como si por fin estuviera viviendo en mis ojos, como siempre he soñado, y entonces creo saber por qué he venido aquí: para ver, y, por tanto, para enfrentarme a cosas nuevas –oh Dios, qué fácil– como el aire en la brisa. Es cierto que hay momentos –momentos tontos, de éxtasis, sobre un tronco– en que me siento como ido, disperso, al pensar, como una semilla, porque ahora me encuentro en la ridícula situación de conservar los restos de un amor que me gustaría olvidar; ¿de qué me sirve ahora un caramelo que no regalé a nadie en Halloween?

UNA PERSONA

Hay solares vacíos a ambos lados de la casa de Billy Holsclaw. A medida que el tiempo mejora, se llenan de malvarrosas. Desde la primavera hasta el otoño, Billy acumula carbón y leña, y los apila en montones junto a su puerta, pues mantenerse caliente es su único trabajo. Lo veo con frecuencia en los días apacibles, sentado bajo el sol en el porche de su casa. Noto que bizquea un poco, lo que quizá explica que actúe como si no me viera al pasar. Su casa tiene el tamaño de un garaje de una plaza, y es muy vieja. Ha ido perdiendo la pintura junto con su juventud, y sus tablones se han combado y se han puesto grises al envejecer. Al igual que Billy. Cuando

hace frío, lleva un abrigo negro, basto y descolorido, el resto del año siempre va con la misma camisa y los mismos pantalones, demasiado holgados y llenos de lamparones de grasa. Sospecho que alguna vez sus tirantes fueron amarillos, cuando estaban nuevos.

CABLES

Estos cables me ofenden. Tres árboles fueron mutilados por su culpa, y ahora estos cables desfiguran el cielo. Cruzan como una alambrada por delante de mí y encierran cuervos y nubes. No puedo atravesarlos, pero lanzo mis sentimientos, como si de palos se tratasen, por encima de ellos. ¿Qué es lo que me ofende? Estoy sobre mi tronco, he construido aquí una plataforma y los cables me impiden salir. Los árboles cortados, los cables negros, todos los pájaros que hay al otro lado me enfurecen. Cuando uno ha tenido que arrastrarse bajo la valla como un gusano para llegar a un prado, ¿puede volver a sentir lo mismo por el campo?

LA IGLESIA

La iglesia tiene un campanario como el sombrero de una bruja, y cinco pájaros, todos ellos palomas, se posan sobre los canalones.

MI CASA

Las hojas se mueven en las ventanas. No puedo contarte todavía lo hermoso que es, lo que significa. Y sin embargo se mueven. Se mueven en el cristal.

POLÍTICA

… para todos aquellos que no están enamorados.

He oído decir que Batista era masón. Un granjero que lo había visto en Miami lo describió así. Es el tipo más encantador que podrías conocer. De Castro, por supuesto, nadie habla.

La ley existe para todos aquellos que no están enamorados: para gobernar… regular… rectificar. No puedo escribir la poesía de tales propuestas, la poesía de la política, aunque a veces –con frecuencia ahora, siempre– siento esa paz incómoda propia de los poderes equilibrados que conforman un Estado; entonces me comunico mediante mensajes, proclamaciones, órdenes, desde las entrañas. Sin embargo, contigo no formaba un Estado, ni juntos éramos ninguna Indiana. Un pelotón de Pershing Rifles en este momento, y me pondré ¡de frente!, ¡ar! La legislación inunda y retuerce mis intestinos. Bueno, el rey de la clase es el rey de la colina. Andabas como un pato porque mi esperma se escurría entre tus piernas sobre una toalla. Profesor, poeta, amante sometido, como el político, enfermo como esos borrachos o los que revientan el grifo mientras mean para predicar sobre la fuerza y plenitud de su chorro, o hacen una pausa al vomitar para alabar la pureza y pasión de su vómito, yo canto, yo suplico, yo rezo, yo ordeno, yo canto…

Vuelve a Indiana, ¡no demasiado tarde!
(–¿O serás un guardabosques hasta el final de tus días?)
Adiós… Adiós… oh, siempre esperaré
por ti, Larry, viajero…
desconocido,
hijo,
–mi amigo–

mi niña, mi poema aprendido de memoria, mi yo, mi infancia.

Pero he oído decir que Batista era masón. Eso acaba con mi compasión, funde mi odio. Ya de vuelta del garaje donde lo escuché por casualidad, le doy un golpe al guardabarros recién

arreglado del coche para reír y escuchar el sonido del metal, que arde ásperamente en mi mano.

PERSONAS

Llenas de rulos y con las cabezas envueltas en llamativos fulares, las jóvenes madres, regordetas y en pantalones, pasan el rato en la lavandería, fuman, comen chucherías, beben refrescos, hojean revistas y gritan a sus hijos por encima del estruendo de las máquinas.

Un joven con la ropa recién planchada entra en el banco con su llave. Por la calle, muchos abuelos se mueven como si estuvieran dentro de un sueño, se balancean con suavidad. Durante el calor homicida del verano, se sientan en el alféizar de las ventanas y dejan los pies colgando, justo dentro de la estrecha franja de sombra que proyecta la tienda, con la mirada clavada en la calle. Es difícil saber adónde ha ido su conciencia. No está en sus ojos. Quizá está difuminada, toda temperatura y piel, como la de un niño, aunque todavía más tenue. Junto a la esquina hay varios hombres corpulentos, vestidos con monos, que se limitan a esperar de pie. Un camión gira para que lo pesen en la báscula de Feed and Grain. Las imágenes vagan a la deriva en el escaparate de la farmacia. El viento ha traído el olor del ganado a la ciudad. Nuestros ojos, como los de los ancianos, miran hacia dentro. Y no hay nadie que se apiade de nosotros.

DATOS VITALES

Aquí hay dos restaurantes y un salón de té. dos bares. un banco, tres barberías, una con una persiana verde que tapa la ventana. dos tiendas de comestibles. un concesionario Ford. una farmacia, una ferretería, y una tienda de aparatos eléctricos. varias que venden pienso, grano, y equipamiento

agrícola. una tienda de antigüedades. un billar. una lavandería. tres consultorios médicos. un dentista. un fontanero. un veterinario. una funeraria muy elegante pintada del color de un ranúnculo. numerosos salones de belleza que abren y cierran, como esas plantas que florecen de noche. una diminuta tienda de baratijas y unos grandes almacenes, sin apenas anchura, pero de varias plantas. un cuchitril, de fabricación casera, donde, después de entrar reptando, puedes comprar muebles fabricados con piezas curvas de tubería inoxidable, plástico brillante, hilos metálicos o laca. un puesto de la Legión Americana y otro donde venden zarzaparrilla. pequeños establecimientos de esto y de aquello: tiendas de cosméticos, pinceles, seguros, tarjetas de felicitación y productos para el jardín –cualquier cosa–, zapatos de muestra, que sacan partido a sombreros y bolsos, entre tazas de café con azúcar. una fábrica de bolsas de papel y cajas de cartón situada en un viejo edificio de ladrillo que conserva el cartel de TEATRO DE LA ÓPERA, aún con restos de su dorado original en el tejado. una biblioteca donada por Carnegie. una oficina de correos. una escuela. una estación de ferrocarril. un parque de bomberos. un almacén de madera. una compañía de teléfonos. un taller de soldadura. un garaje… y diseminadas de un extremo a otro de la ciudad, al borde de la carretera, hasta cinco gasolineras.

EDUCACIÓN

En 1833, Colin Goodykoontz, un predicador ambulante con nombre de cuento de hadas, resumió la situación de una ciudad de Indiana del siguiente modo:

> La ignorancia y su escuálida prole. Una carencia universal de intelecto. La abstinencia total de la literatura es práctica generalizada… No hay ninguna autoridad académica en gramática o geografía ni, hasta donde yo sé, *un profesor capacitado para instruirlos*… Otros padecen durante unos pocos meses al año los métodos de enseñanza de lectura, escritura y cálculo más anticuados e inadmisibles… ¿Es necesario que haga un alto para recordaros que esta ciénaga es idónea para engendrar

> repugnantes reptiles? ¡Croan de celos; su fanatismo es desaforado; son desconfiados como serpientes; están ciegos cual gusanos; tienen la malicia de los cocodrilos!

Las cosas han cambiado desde entonces, pero en ninguno de los aspectos mencionados.

NEGOCIOS

Un lateral de la calle está bloqueado con los caballetes del aserradero. Hombres duros, delgados, resentidos, en pantalones vaqueros, sombreros y botas de *cowboy* descargan un carnaval del montón. Los comerciantes hacen publicidad de sí mismos. Habrá paseos gratis en atracciones, música estridente, desfiles y conejos, refrescos, palomitas de maíz, chucherías, helados, premios y sorteos, acompañados de todos los pellizcos, empujones, empellones, gritos, alaridos, aullidos y bramidos que seas capaz de soportar. Los niños pasan pedaleando en sus bicis decoradas, sus ruedas como una mancha de color, y dejan a su paso serpentinas y perros alterados. Un poco más tarde habrá un concurso de mascotas –perros, gatos, pájaros, ovejas, ponis, cabras–, ninguna de las cuales gana. Los carruseles giran. La noria asciende de manera vertiginosa, tan alto como un hombre de puntillas estaría tentado a alcanzar, y los técnicos, enfadados, miden y pesan a cada niño con ojos resentidos para comprobar que el uso de las atracciones es seguro. Un megáfono eléctrico trompetea sin cesar los nombres de los generosos patrocinadores. Al día siguiente no se permite que la basura permanezca mucho tiempo en la calle.

MI CASA, ESTE LUGAR, ESTE CUERPO

Me he topado con alguna desgracia, las alas se debilitan, como dijo Platón de un modo críptico, y a lo largo del ancho Ohio,

como el paraíso servido a la mesa, he caído tan bajo como el poeta, hasta el sexto nivel del cuerpo, al llegar a esta casa en B., en Indiana, con sus cautivadoras ventanas azules y grises, sus entrañas sagradas y mágicas. Grandes y frondosos árboles perennes protegen su entrada. Y yo *vivo dentro.*

Perdido entre las hileras de maíz, recuerdo haberme sentido como si fuera otra caña, y así este país se apodera de mí del mismo modo que habito en mí mismo cuando me siento bien… completamente, hasta el borde de mi casa y mi cuerpo. Nadie nota, cuando pasan por delante, que estoy rebosando en la puerta de entrada. A mi casa, a este lugar y a este cuerpo, he venido, de luto, a nacer. Para los demás es una tontería: el amor. ¿Por qué debería sentir la pérdida? ¿De qué me han despojado? Ella nunca fue mía; solo era una ficción, siempre fue un chicazo de oro increíble, descalza, con andares de adolescente e interesada como un muchacho por la pesca y los deportes, como un personaje de Twain, o aún peor, de Riley. La edad no sabe ser amable.

Aquí pocos van de la mano… no en B. Nadie toca a nadie excepto por ira. De vez en cuando, las chicas se toman del brazo a la salida de la escuela y entre saltitos se encaminan hacia casa para jugar. Soñé que mis labios bajaban a la deriva por tu espalda como una barca en el río. Seguiría el curso de una vena con la yema de los dedos, sostendría tus pies descalzos entre mis manos desnudas.

LA MISMA PERSONA

Billy Holsclaw vive solo, es imposible imaginar hasta qué punto. En la oficina de correos acapara la conversación hablando sobre el tiempo. Sacude la cabeza en un salvaje flujo de palabras, y yo interpreto esta violencia como una medida de su ansia por hablar. Necesita un buen afeitado, su rostro se ha cubierto de hollín, escupe al hablar y se pellizca nervioso los

harapos. Se tambalea a merced del viento cuando me voy, con una bolsa de papel aplastada bajo el pliegue de su brazo y las hojas levantadas por el aire pasando a su lado, y nuestro encuentro me lleva a tomar triste conciencia de la poesía, donde no hay respuestas. Billy cierra su puerta y lleva carbón o leña al fuego y cierra los ojos, y sencillamente no hay manera de saber hasta qué punto está solo y vacío, o si se siente tan deshabitado y desolado y falto de amor como el resto de nosotros, aquí, en el corazón del país.

EL CLIMA

Porque aquí nunca tenemos suerte. Es lo que hay, por ejemplo, en invierno. Los flancos de los edificios, los tejados, las ramas de los árboles son grises. Las calles, las aceras, las caras, los sentimientos, son grises. El habla es gris y la hierba donde asoma. Cada lateral, cada fachada, cada cúspide es gris. Todo es gris: el pelo, los ojos, los cristales de las ventanas, las facturas de los vendedores ambulantes y los carteles de los charlatanes, los labios, los dientes, los postes y las señales metálicas, todos grises, tan grises. Los coches son grises. Las botas, los zapatos, los trajes, los sombreros, los guantes son grises. Los caballos, las ovejas, las vacas, los gatos muertos en la carretera, las ardillas, también los gorriones, las palomas y los pichones, todos grises, todo es gris y para todo el que vive aquí la suerte le es ajena.

Una neblina similar le da al cielo de verano un aspecto lechoso, y el aire te envuelve la cabeza y los hombros como si estuvieras atrapado en una camisa de fuerza. Incluso bajo la luz veraniega, el cielo se oscurece durante un instante cuando abres los ojos. El calor es una mera distracción. Empapados en nuestros fluidos, a merced de los pliegues de nuestro cuerpo, apenas podemos pensar en nada que no sean nuestros miembros pegajosos. Ciclones de vientos cálidos y tormentas

de polvo atraviesan el país. En muchos lugares, movido por un impulso indiferente, el viento sopla sin esforzarse durante millas, avituallándose de recursos, empuje, astucia y fuerza a medida que avanza. Dependiendo de la estación, papeles, hojas, rastrojos, semillas o nieve se agolpan contra las cercas. A veces creo que la tierra es plana porque los vientos soplan con tal tesón que la han nivelado. En cualquier caso, se puede formar un vendaval en un campo de maíz, donde hace tanto calor que parece un boceto del infierno, y padecerlo es una de las experiencias más descorazonadoras de esta vida, aunque el golpe del mismo viento en invierno es aún más humillante, y en ese sentido, incluso peor. Pero en primavera además llueve, y los árboles se llenan de hielo.

EL LUGAR

Muchas pequeñas ciudades del Medio Oeste no son más que suburbios rurales, y esta comunidad se podría convertir en uno de ellos sin dificultad. Sobre todo en la primera década de este siglo, aunque hubo muchos ejemplos anteriores; los granjeros adinerados se mudaron a la ciudad y construyeron bellas casas que los alojasen en su jubilación. Otros anhelaban una vida social más activa, y por eso vivían allí, se desplazaban hasta los campos como los comerciantes a sus negocios. Estas casas ahora agonizan como los desconsolados que las habitan; poco a poco pierden sus facultades; la sordera, la ceguera, la falta de memoria, el balbuceo, un andar inseguro y un temblor incontrolable los ha ido minando. Una especie de Snopes del Norte vendrá a sustituirlos: familias numerosas, católicas, demócratas, inquietas, vigorosas, pobres; y, puesto que los padres trabajarán en ciudades cercanas más grandes, los niños estarán a su libre albedrío y al de los desgraciados vecinos, igual que les ocurrió a las hordas legendarias del fabuloso Khan. Estos Snopes llevarán a cabo reparaciones provisionales con materiales desechados por otros; dejarán la casa a medio

pintar; casi con toda seguridad tendrán un perro feo, escandaloso y cascarrabias y un par de gatos, desnutridos, para mantener a raya a los roedores. Acumularán montones de trastos en el patio trasero que tal vez podrían resultar útiles, aparcarán sus coches delante de la casa, y se pasarán gran parte de su vida inclinados sobre los motores, les importarán un bledo la tierra, la vieja comunidad, las sagradas costumbres, los clanes establecidos. Las frágiles viudas han empezado ya a contratar a jóvenes grandes y zafios, procedentes de estas familias, para rastrillar y segar y adecentar las tierras que algún día heredarán.

GENTE

En medio de las cenizas, en la estación, los chicos pasan el tiempo fumando como carreteros, con las luces apagadas, los brazos en la ventanilla y sus camisas blancas relucientes tras el cristal. Las nueve en punto es la mejor hora. Se ponen en fila mirando a la carretera –dos o tres o cuatro– con el motor al ralentí. Si pasas por allí, puede que el coche te gruña o que notes cómo los faros te deslumbran durante un segundo. En un instante uno de ellos puede arrancar, y dejar un rastro de cenizas tras de sí, para acechar impaciente las calles oscuras o rugir media milla hacia el campo y volver a aparcar en el mismo sitio.

MI CASA, MI GATO, MI COMPAÑÍA

Debo organizarme. Debo, como suele decirse, sobreponerme, apartar este gato de mi regazo, remover, sí, resolver, moverme, hacer. Pero ¿hacer qué? Mi voluntad es como la luz sonrosada y polvorienta de esta habitación: tenue, difusa y ligeramente reconfortante. Me permite hacer… cualquier cosa… nada. Mis oídos oyen por casualidad; me llevo a la boca lo que me ponen

delante; mis ojos ven lo que pasa por allí; mis pensamientos no son pensamientos, son sueños. Estoy vacío o estoy lleno… depende; y no puedo elegir. Hundo mis garras en el pelo de Tick y le rasco los huesos del lomo hasta que el trasero se le levanta de forma apasionada. Señor Tick, murmuro, tengo que organizarme. Debo sobreponerme. Y el señor Tick retoza sobre su panza y desaparece.

Ahuyento al señor Tick una vez que le froto la barriga. Largo. Se aleja despacio, su larga cola marcha al ritmo de sus patas. Con qué belleza se mueve, pienso; qué bello es cuando pide que lo amen, como tú, y qué bello cuando lo acepta. Así que me levanto y deambulo de habitación en habitación, de arriba abajo, miro a través de la mayoría de mis cuarenta y una ventanas. Y qué bien se deja querer además esta casa. Liberado, como el señor Tick, mis ojos se hunden en los matorrales. No estoy aquí; he atravesado el cristal, los espacios del segundo piso, he volado entre ramas y brillantes bayas, hasta tocar tierra, la hierba alta repleta de semillas y follaje en cada estación; y es igual que cuando pasaba sobre ti mi cuerpo, envejecido, ardiente; es, en resumen, una clase de amor; y estoy aprendiendo a restaurarme a mí mismo, mi casa, mi cuerpo, estoy cortejando a los jardines, a los gatos y al agua corriente, y en compañía de los vecinos.

La señora Desmond es mi vecina de la derecha; tiene ochenta y cinco años. La neblina fina y blanca de su pelo, suave y enredado, pone de manifiesto el clima de su mente. Suele ser desconfiada, irritable, nerviosa. Los ladrones entran en su casa al mediodía. Los niños allanan su propiedad. Incluso en este momento le están zarandeando el peral, robando el ruibarbo, estropeando el césped. Las moscas atrapadas en las mosquiteras, paralizadas por la escarcha, se despiertan con el calor, zumban y, al rozar la tela metálica, la asustan, aunque para mí que está sorda y por tanto no puede oírlas. Los tablones crujen, el viento silba a través del tiro de la chimenea, ráfagas de aire surcan las habitaciones vacías como si fueran

peces. Es a ella misma a quien oye, a su propia carne en decadencia, porque ya solo la muerte la protegerá de esas labores domésticas que se le hacen tan cuesta arriba como las escaleras, y de esa angustiosa espera. ¿Es ahora?, se pregunta. ¿No? Y después: ¿y ahora?

No conversamos. Me visita para hablar. Mi deber, murmurar. Habla de sus nietos, de su hija que vive en Delphi, de su hermana o de su marido –ya fallecidos–, de extraños amigos –muertos–, de tías y tíos aún más extraños –perdidos–, de antiguos vecinos, miembros de su iglesia o de sus clubes –ya muertos o en proceso–; y une así ambos extremos de su vida con una velocidad aterradora: es una niña, una esposa, una madre, una viuda, todo al mismo tiempo. Todo al mismo tiempo –espantoso– pero me lo creo; me retuerzo mientras espero los aplausos. Su conversación es un muro–una persiana bajada, una ventana con el pestillo puesto, una puerta cerrada con llave– porque nadie se muere mientras toma un té en la cocina; y a medida que los años de su vida se comprimen y empiezan a enmarañarse, creo verdaderamente en la brevedad de la vida; el asombro me hace sudar: la muerte es el perro en la calle, el ganso furioso, la araña del dormitorio, el duende que ha venido a por ella; y se me ocurre que, en mi posición de escucha, soy el mismo chico que padecía los gases de su abuelo con igual educación; y, justo ahora, apoyado sobre los codos, tan anguloso como una baraja de cartas mal amontonadas, soy todas mis edades. Así era yo cuando te amaba, todos los hombres que podía ser, joven y niño –lejos de ser suficiente– y tú, un ser tan extrañamente ambiguo, conociste, partida tras partida, de corazones a picas, todo mi repertorio de palos de la baraja.

Señor Tick, me honras. No solo yaces en mi regazo, sino que además permaneces allí con vida, hecho un ovillo, como un feto. Durante tus profundas siestas, te siento ronronear. Eres, y no eres, una máquina. Estás vivo, vivo de un modo exacto, y no significa nada para ti –pero mucho para mí–, el

hecho de estarlo. Eres un gato –no puedes entenderlo– te sale ser un gato de forma natural. No tienes que estar a la altura de tu naturaleza. Tú, y no yo, habitas en: en la casa, en la piel, en los matorrales. Sí. Creo que coronaré mi cabeza con un campanario, me convertiré en iglesia; devoraré a la gente. Aunque el señor Tick tiene una cola que puede retorcer, no necesita hacer volar su Imaginación. Tiene garras, no esquemas métricos; tiene la poesía en las patas; al suavizarse… suavizarse… suavizarse con firmeza, se lame su pulcritud. Oh, señor Tick, te conozco; no eres más que un pene eléctrico. Ahora vete, ¡largo! A la señora Desmond no le gustas. Cree que te enredarás entre sus piernas y se caerá. Matas a sus pájaros, ella lo sabe, y caminas sobre su tejado mientras llevas la muerte entre las mandíbulas. Debo sobreponerme para tomar decisiones. Me pregunto en qué edad estoy ahora. El corazón, ¿no es eso lo que dicen?, marca el tiempo real. La señora Desmond llama a la puerta. Con delicadeza, pensarías, pero la aporrea. Me ha traído un pepino. Creo que cree que soy una mujer. Entre, señora Desmond, gracias, acompáñeme, tiene un aspecto maravilloso, tomemos un té. Lo partiré en rodajas, crujiente, con crema, para la merienda, cada rodaja tan fina como yo.

POLÍTICA

Oh, todos ustedes, poderes aislados y separados, ¡canten! Canten y canten de tal forma que desde lejos parezca una armonía, una obra de teatro de Strindberg, un anillo de amistad… tan felices –felices, felices, felices– como aquí nosotros, de la mano, de acá para allá. Nuestra unión fue un cántico, aunque cantáramos en silencio, como muda es una sola nota en una sinfonía. En absoluto sobrios cantábamos a cuatro voces y nunca escuchamos disonancias en nuestra música o nos consideramos sucios, baratos o estúpidos. A pesar de ello hay gatos que han gastado mejores zapatos que los que

nos han lanzado por nuestras desafinadas canciones de amor. A callar. Tenga paciencia, sea prudente, diplomático. Pero Cleveland lo mató, señor Crane. ¿No fue usted lo bastante diplomático y sí demasiado inclinado a recibir golpes? La ciudad le cagó desde su popa lanzándolo, como hace con las aguas residuales, a trescientas millas de la historia, lejos del alcance amoroso de los marineros. Bueno, no soy uno de esos poetas que en la juventud venerase París para huir de Idaho, o –figúrense– de Missouri. Dios mío, esta es mi tierra, pero ¿es necesario que llegue hasta Terre Haute o Whiting?, ¿que llegue hasta Gary?

Cuando los rusos anunciaron por primera vez el lanzamiento de su satélite, mucha gente, como es natural, se negó a creerlo. Más tarde algunos se indignaron porque habían puesto un perro a orbitar alrededor de la Tierra. No me gustaría sacar a ese chucho de ese objeto de metal volante, si es que sigue vivo cuando aterrice, dijo nuestro paseador de perros; todo el mundo sabe que lo primero que hará un perro que lleva mucho tiempo encerrado girando sobre sí mismo cuando lo suelten será morder a alguien.

Este Medio Oeste. Una disonancia de partes y personas, somos una consonancia de Ciudades. Como un hombre a quien le engorda todo menos el corazón, trabajamos demasiado; nuestra actitud nunca es en realidad urbana, tampoco del todo rural; nos agrandamos y, al mismo tiempo, permanecemos iguales, como Alicia en el libro cuando cambiaba de aspecto sin variar. Eres rubia. Pongo mi mano sobre tu vientre; siéntela temblar a causa de mi temblor. En esta parte del país conducimos coches grandes. ¿Cómo podrías ser un alivio para mí ahora?

MÁS DATOS VITALES

La ciudad consta exactamente de cincuenta casas, caravanas, tiendas y una serie de edificios de diferentes alturas, pero en algunos puntos no forman calles. Se ensancha si te diriges hacia el sur, expandiéndose siempre hacia el este. La mayor parte de las viviendas son granjas bastante espaciosas pintadas del blanco de rigor, rodeadas de sus amplios porches y con altas ventanas estrechas, aunque hay algunas de verdad grandiosas –con torres, adornos, molduras y decoradas con listones dispuestos en los ángulos y los extremos, con vidrieras policromadas en los rellanos de las escaleras y con adornos de hierro caprichosamente forjados– y algunas parecen castillos de extraños ladrillos. Los viejos establos hacen ahora las veces de garajes, y los solares son tan grandes como para albergarlos, así como a los jardines y huertos que en estos tiempos las viudas plantan y siembran para luego desaparecer en ellos. Hay amplias zonas en sombra, el césped está cuidado, el cielo es de un violeta glorioso y otoñal; los manzanos están rebosantes y rojizos; las carreteras, tranquilas y vacías; los granos de maíz, caídos de los remolques tirados por tractores, salpican las calles de oro y de fragmentos rojizos de mazorca, y sería tonto quien quisiera, bendecido por todo esto, vivir en cualquier otro lugar del mundo.

EDUCACIÓN

Al igual que grandes animales anaranjados, los autobuses se dirigen a la escuela atravesando las primeras luces del día. Allí se enseñará a los niños a leer y se les alertará contra el comunismo. La señorita Janet Jakes. Ese no es su nombre. Su nombre es Helen algo –Scott o James–. Maestra desde hace veinte años. Su gesto se ha suavizado, tiene una cara afilada, como un hacha comprada por correspondencia, dice Wilfred. Su voz es ronca, y suele carraspear. Se debe a su afición a los gritos. Los chicos la miran con rostros impasibles. Esta es la decimotercera semana. Están acostumbrados. Todos vosotros,

vocifera, todos vais a hacer un retrato de mí. No. Ella es una señora, la señora de alguien. Y en silencio se ponen manos a la obra mientras la señorita Jakes se clava horquillas en el pelo. Wilfred dice que es como un hacha, pero tiene esas gafas sin montura de cristales oscuros, ese pelo canoso, ese hoyuelo de la barbilla. Tengo que concentrarme. Debo dejar de inventarme cosas. Entregarme a la vida, dejar que me moldee: eso es lo que dice todos los días el *Wisdom's Monthly Digest*. Ya basta, ya basta, le habéis dedicado ya el tiempo suficiente; y los niños se ponen en fila, formales, para llevarle sus trabajos a la mesa. No, ella lleva gafas con montura; su barbilla no tiene hoyuelo. Bueno, hará falta una buena cucharada de rasgos para endulzar ese rostro. Así que mezcla con seriedad las hojas de papel, examina su reflejo coloreado en ellas. No me atrevería… a dejar que un niño… me rodease con una línea. Aunque de vez en cuando sonríe como la hoja mellada de un cuchillo, al final los dibujos la deprimen. Yo no podría soportarlo –¿cómo puede pedir tal cosa?–, que alguien… me dibuje. Arde de ira. Por eso lo hace: por la llama. Ahí tenéis sus ojos; el rosa de sus gafas se ilumina, luego se atenúa. Es una calabaza, y su rabia respira como la vela de su interior. No, grita, no –la caricatura tiembla–, no, John Mauck, John Stewart Mauck, esto no sirve. El dibujo se agita entre sus dedos. Me has pintado demasiado musculosa.

Trabajo en mi poesía. Recuerdo a mis amigos, colegas y estudiantes por sus nombres. Se llaman Pasiflora, Lirón, Aúpa. Y Gladiolo, Vejiga Inmadura, el Príncipe y la Princesa Óleo, Jerónimo, Cardenal Mummun, señor Mofeta, el Asiento de los Elefantes de Seda, Mancha. A veces eres Tom Sawyer, Huckleberry Finn; siempre es verano; tus nalgas son mi almohada; vamos a la deriva sobre una balsa; tu espalda es nuestro río. Unas veces eres Major Barbara; otras, una diosa que mata hombres en la batalla; otras eres suave como la lluvia ligera; eres pan en mi boca.

No trabajo en mi poesía. Me olvido de mis amigos, colegas y estudiantes, y de sus nombres: Gramófono, Cerbatana, Pepinillo, Serenata… Marga la Lancha, Arena, Sobre Todo… el doctor Dildo, la Máquina de Humo. Porque ahora estoy en B., en Indiana: sin trabajo y sin paciencia, sin amor ni tiempo ni dinero, sin pan y sin cuerpo, de mal humor, señora Desmond: sin té. Así que cierra la boca, puta, saco de muerte; vete a llamar a otra puerta; anda y muérete, querida. Muere, vieja sorda a la vida. Derrama tu aliento. Desmorónate como una tabla congelada. Crecen canas en la nariz de tu mente. Ya eres una calavera –*memento mori*–, los labios dejan los dientes al descubierto. ¿Durarán las encías de plástico que dan color a tus sonrisas más que tus huesos?, ¿y tienes todavía pelos castaños en el coño o lo tienes pelado como un secarral?… puta…… puta…… puta. Yo quería ser famoso, pero tú me traes la vejez, mi vacío. ¿Era *eso* lo que pensaba que me elevaría sobre los demás? ¿Amor?, ¿dónde estás?… ámame. Quiero elevarme tan alto, dije, que cuando cague nadie esté a salvo de mi mierda.

NEGOCIOS

A la mayoría de la gente le van mal los negocios. Las ciudades cercanas han acaparado todo el comercio, salvo el de barrio. Excepto el pienso para el ganado y los aperos de labranza, no te queda otra que vender artículos de primera necesidad. Chevrolet se ha ido. También Frigidaire. De la planta de refrigeración no queda más que el recuerdo. Ya hace seis meses que piensan en cerrar la serrería. Las gasolineras cambian de manos constantemente, un restaurante se traspasa, un colmado echa el cierre. Un día vinieron y bajaron para siempre las persianas del relojero y pegaron carteles de la campaña electoral en las ventanas. Aunque rasgados por los chicos, todavía piden el voto para medio hombre engalanado que hace dos años, cuando todavía estaba entero, no logró ganar las

elecciones. Por todas partes, de este modo, el pasado habla, y habla sobre todo de fracaso. Las tiendas vacías, los viejos carteles y el mobiliario urbano polvoriento, los escombros en los callejones, la pintura desconchada y las alcantarillas oxidadas, los pesados cerrojos, el entarimado hundido: hablan de las mismas cosas desagradables. ¿Qué ven las ventanas ciegas, me pregunto, cuando el sol arroja un transeúnte contra ellas? Aquí una escalera se despliega hacia la calle –oscura, desvencijada, traicionera– y, al pasar por allí, siempre noto que si tan solo subiera con cuidado y girara en el rellano, me encontraría a mí mismo fuera del mundo. Pero nunca he tenido el valor.

ESA MISMA PERSONA

La maleza echa el guante a Billy. A la caza de las malvarrosas, una maraña de malas hierbas trepa por toda la fachada de su casa. Como son tan frondosas, Billy tiene que hacer un círculo a pisotones junto a su puerta como hacen los perros y los gatos antes de hacerse un ovillo para descansar. Lo que de verdad me preocupa es que cuando llegue el invierno los hierbajos todavía resistirán firmes y listos como la leña, para arder a causa de las chispas que arroja la pequeña chimenea sin argamasa de Billy. Es cierto que por aquí los incendios pueden ser divertidos. La alarma de la ciudad, que por regla general solo suena al mediodía (y no hay mediodía los domingos), alerta de la dirección del fuego mediante la duración y frecuencia de sus repiqueteos, los bomberos voluntarios pasan a toda velocidad en sus coches y camiones, las casas desalojan a sus propietarios, que salen a la calle como en las ilustraciones de un libro para niños. También hay muchas bicicletas, y perros que ladran, y a veces –aleluya– el fuego ya está aquí, en el pueblo, y un solar vacío lleno de maleza y rastrojos arde. Pero preferiría que eso no le pasara a Billy ni a su solar ni a su casa. De un modo egoísta, quiero que siga igual –contando palos y leños, sentado

en el alféizar bajo el suave sol de la mañana– aunque no estoy seguro de qué significa su presencia para mí… o para nadie. No obstante, me pregunto si, con el tiempo, no encontraré algún día una expresión en nuestro idioma que lo retrate con fidelidad, y refleje su miseria y su soledad en toda su riqueza.

CABLES

Donde los gorriones se posan como puños. Las palomas sobrevuelan el campanario. Entre la neblina los cables cambian de perspectiva, se elevan y retuercen. Si llevaran hasta ti, sabría qué significan. Los pensamientos pasan con frecuencia, como los estorninos que al atardecer cruzan estos campos para pernoctar en los árboles del otro lado, y forman una encrucijada de caminos como esta; hacen apearse al aire desde su altura natural hasta posarse como un pájaro. Pero no llevan hasta ti.

Ella, cuya belleza fue cantada,

rejuvenece al anciano.

Me atan.

Si caminara en línea recta, en mi estado de ánimo actual, llegaría al Wabash. No me parece el ánimo adecuado para evocarte. Las metáforas penden de mí como las bolas de un árbol de Navidad. En esta época del año, el río, poco profundo, fluye despacio; el barro de las orillas se resquebraja al sol; la maleza invade los bancos de arena. El aire es húmedo, y sudo. Es imposible rimar con este polvo. Todo –el cielo, el maizal, el tocón, las margaritas silvestres, mis viejas ropas y los sentimientos libres– parece hecho para ser comprado a plazos. Sí. Joder. Estoy padeciendo unas Navidades veraniegas; y no puedo caminar bajo los cables. Los gorriones se dispersan como puñados de grava. En realidad, los cables son finas líneas

de voces. No son más que palabras enrolladas en cables. Barras de conexión.

EL CLIMA

Ojalá pudiera culpar al clima de lo que soy y de lo que mis amigos y vecinos son… nosotros, los que vivimos aquí, en el corazón del país. Al clima, al viento, a la pálida nieve que agoniza… la nieve, ¿por qué no de la nieve? Nunca hay mucha, en realidad, no en la zona de los Lagos Inferiores, no la suficiente como para alardear, ni la suficiente como para que resulte útil. Mi padre cuenta que en los viejos tiempos, en las dos Dakotas, la nieve llegaba hasta el tejado de los establos, y que él y sus amigos podían deslizarse en trineo sobre la superficie helada que se formaba debido a la fuerza de la nevada. Todo el mundo sabe que en Bemidji los árboles han llegado a reventar. Sería digno de ver, si un invierno los árboles de Davenport, Francisville, Carbondale o Niles hicieran pam, ¡pam! ¡pam! ¡pam!, así, en todas las calles grises, cenicientas, anegadas por la nieve.

La fría lluvia de otoño oscurece los árboles o el aire adquiere un tono lila y está lleno de semillas en suspensión. ¿Quién querría vivir en una estación que no es la suya? A pesar de ello sospecho que el secreto está en esta nieve, el secreto de nuestra enfermedad, si es que se pudiera diagnosticar, porque todos nos estamos muriendo, como los olmos en Urbana. Esta nieve, como nuestra piel, cubre el país. Y después lo hará el polvo. Pero ahora mismo, la nieve. En este momento, el barro. Pero esta nieve no tiene ninguna gracia, un pálido pudín gris extendido sobre una tostada reseca, y aunque parece una descripción extraña, no por ello deja de ser acertada. Por supuesto, el hollín lo tiñe todo de negro, pero, por otro lado, nunca pasamos el suficiente frío. No podemos retener los copos tal cual caen, vivos y ardientes, porque si nuestra

temperatura desciende, enseguida vuelve a subir, igual que en verano oscila del mismo modo estéril. Aunque supongamos… supongamos que un agosto subiera, subiera y subiera todavía más, y se quedase ahí, suspendida como un halcón, por encima de los treinta y ocho grados hasta diciembre, en qué desierto podríamos convertirnos, desde Chicago hasta El Cairo, desde Hammond a Columbus, qué hermosos Valles de la Muerte.

LUGAR

Ojalá fuera el clima. Hace que nos repleguemos sobre nosotros mismos, desafortunado destino. Por supuesto, hay suficientes motivos por todas partes que despiertan nuestra admiración; hay suficientes cosas que amar, en cualquier parte, si uno es lo bastante fuerte, lo suficientemente diligente, si se es perceptivo, paciente, lo bastante amable –lo que sea que haga falta–; y seguro que es mejor vivir en el campo, vivir en una pradera junto a la confluencia de dos ríos en Iowa o Illinois o Indiana, que en, digamos, cualquier otra ciudad, en una apestosa neblina humana o en cualquier floreciente huerta de máquinas. Debería ser así. Las ciudades están hinchadas y envenenadas de gente. Debería ser de otra forma. El hombre nunca ha sido un entorno apropiado para el hombre, para las ratas, puede, las ratas funcionan bien, y para los perros o los gatos y los escarabajos domésticos.

Y qué largas son las calles de hoy. Estos muros infinitos se han venido abajo para contener las mareas de la tierra. El ladrillo podría ser bonito pero lo hemos ido cubriendo poco a poco con grises vómitos industriales. El paso del tiempo no hace que el cemento sea hermoso, y el asfalto se quedó –como América– en los veintiuno, hasta que un día se convierte en migajas como un pastel rancio. El ladrillo, el asfalto, el cemento, los llamativos anuncios y los carteles chillones, la comida y los excrementos de los coches, la basura de sus

habitantes: dan forma, decoran, perfilan el trazado de nuestras calles, y no existe lugar, hoy en día, adonde nuestras calles no puedan llegar.

En la ciudad el hombre no tiene a su alcance ningún elemento natural con el que medirse. Sus parques son plantas metidas en tiestos. Ningún ser puede vivir y permanecer libre allí donde habita el hombre, salvo las palomas, los estorninos, los gorriones, las arañas, las cucarachas, los ratones, las polillas, las moscas y las malas hierbas, y el ser humano incluso lamenta su existencia y urde planes para envenenarlos. ¿El zoo? Este *es* el zoo. A través de sus barrotes, el hombre de ciudad contempla a los felinos mientras, zafio, lame su helado. Viviendo, ay, entre hombres y sus maravillas, el urbanita supone que su felicidad depende de la capacidad de establecer, de algún modo, una especie de pacto armonioso con los otros. Los novelistas de la ciudad, de los suburbios y multitudes lo llaman amor, y se quiebran sus estilográficas.

Wordsworth temía la acumulación de hombres en las ciudades. Anticipó su «degradante sed de estimulación desmedida» y, hasta cierto punto, su hambre de amor. Cuando se vive en una ciudad, entre tantos otros, y se habita en medio del calor y el tumulto del movimiento incesante, los asuntos humanos son un tema delicado, eso es todo. No es sorprendente que para los novelistas de los suburbios, las ciudades y las multitudes, el sexo no sea más que rascarse para aliviar un picor, que piensen que nunca somos tan humanos como cuando nos sentamos en el retrete y que la imagen más precisa de nuestra vida es la que se va cañería abajo.

Ese hombre, en ciudades confinado, todavía conserva
su innata sed inextinguible
de escenas rurales, y va compensando su pérdida
mediante sucedáneos, como puede.

Vengan al campo, entonces. El aire, con habilidad y dulzura, se impone a nuestros amaestrados sentidos. Aquí, rugientes tractores rasgan la tierra. El polvo se arremolina a su paso. Los conductores brincan en sus asientos bajo parasoles brillantes. Llevan gorras y se orientan mirando los surcos que han dejado atrás, con sus transistores a todo volumen. Muy cerca de la tierra, ¿no es así? Hacen compañía al suelo, ¿no? Díganme: ¿viven en armonía con la alternancia de las estaciones?

Es una mentira de la vieja poesía. El granjero moderno utiliza productos químicos que vienen en garrafas y sacos, máquinas con dientes y garras, cobertizos de metal y contabilidad de costes. La naturaleza en el sentido tradicional ya no importa. No existe. La única relación mística de nuestro granjero es con la paridad. Y si no se da cuenta de que las vacas y el maíz son simplemente diferentes tipos de máquinas químicas, no puede esperar beneficios.

No hace falta suponer que nuestras vacas tienen sentimientos; tampoco nuestro vecino tiene tantos como solía; pero piénselo de este modo, podrá plantear las alegaciones humanas más tarde: ¿cómo se sentiría si tuviera que dar de mamar a esas extrañas terneras con tentáculos, labios de goma, cristal o metal y ojos de acero?

GENTE

La tía Pet es aún capaz de conducir su coche –un alto Ford cuadrado– pese a que camina con dificultad con ayuda de un grueso bastón. Tiene la mirada acuosa, una cara lisa y rolliza a pesar de su edad, y recoge su pelo negro azabache en un moño. Tiene la sonrisa más lánguida que he visto en mi vida, pero detesta a los perros; no hace mucho tiempo le partió la columna a uno que arrinconó en su jardín. Para demostrar su vigor te contará esta historia y te sonreirá con delicadeza mientras blande su bastón a la altura de tus ojos.

CASA, MI ALIENTO Y VENTANA

Mi ventana es una tumba, y todo lo que encierra está muerto. No cae la nieve. Ni hay bruma. No hay quietud ni silencio. Sus imágenes no son las de un animal al acecho, ya que el movimiento no demuestra nada. He visto cómo amaina el mar, cómo bulle la vida a borbotones en un cuerpo sin dejar rastro, sus burbujas tan insondables como las de un refresco. La puta se contonea al seguir la dirección del viento, sus tacones hacen clic, clac. Las hojas se balancean. Se mece la hierba. Un pájaro pía, picotea la tierra. La rueda de un automóvil mantiene sus rígidos radios confinados en círculos. Estas imágenes son lápidas; auténticos monumentos funerarios. Bajo este mar yace el mar: que Dios le conceda el descanso eterno… que descanse en paz el mundo que se extiende más allá de mi ventana, y yo frente a mi reflejo, sobre esta página, mi sombra. No hay tanta calma en la muerte, ni tanto silencio, pues el silencio implica una calma descendente; sosiego, suspensión, contención, retención; porque la muerte es el tiempo en un reloj, como el señor Tick, eléctrico… como el viento a través de un poeta acabado. Y mi imagen empañada se aclara contra el cristal, nubla el campo y me disemina. Por la mañana, la neblina de los campos se levanta con lentitud. Hoy en día nadie diría: la Tierra aparta la colcha; se despierta del sueño. ¿Por qué es estúpido el sentimiento? La imagen es demasiado griega. Solía mirarte con tanta lascivia que tu cuerpo se ruborizaba. Imagina: asómbrate: de que mis ojos pudieran causar tal florecimiento. Ay, amigo mío, tu rostro es pálido; el tiempo, nublado; te ha crecido una calle en el mentón, los árboles sin hojas no sirven para nada; las casas echan raíces en sus rectángulos, un campanario se levanta sobre tu cabeza. Y hablas de amar; entonces dame un beso. El cristal de la ventana está frío. En las mañanas heladas, la niebla se levanta para saludarme (como siempre hacías tú); los graneros y otros edificios, en vez de fantasmales, parecen lo bastante sólidos

como para poder vislumbrarse, como si se crecieran al saberse observados (como siempre hacías tú). Oh, mi forma de aproximarme, supongo, era como el aliento de un mono de goma. Sin embargo, por la mañana, en la carretera que va paralela al Wabash, los árboles, aunque a veces son oscurecidos por la bruma, reflejan su imagen serena sobre el río, mientras deliberan con las orillas, con las hileras de sicomoros. De un modo mágico, el mundo se ha volteado. Me inclino a pensar que solo viven aquellos que se resignan (lo que apenas me haría ganar veinticinco puntos del *Wisdom's Monthly Digest*), pero me encuentro escribiendo que solo aquellos que se resignan crecen, y lo escribo y lo mantengo, pese a lo que de verdad sé. Todas y cada una de mis palabras están invertidas, del revés, o soy yo quien lo está. También te abrazaba de ese modo. Eras completamente provisional, sujeta a mis cambios. Podía inflar tu pecho con un beso, extender tu piel con suavidad, entrar en tu vagina desde dentro y hacer que mi amor emergiera como un sexo nuevo. El cristal de la ventana está frío. La honestidad es fría, mi amante interior. A través de la niebla, el sol parece una ciruela del árbol del paraíso, o un moratón en la ladera de tu vientre. ¿Cuál? La hierba se eriza a causa de la escarcha. Nos encontramos en esta ventana, el mundo y yo, sin elegancia alguna, nadadores del cristal; y al nadar en dirección contraria el uno del otro, nos parece que el mundo está dentro. El mundo, qué grandiosa, qué monumental, solemne y mortal es esta palabra: el mundo, mi casa, la poesía. Todos los poetas tienen sus amantes interiores. Este pene minúsculo no me pertenece, ni nada de este desorden. Dejemos una cosa clara: es *su* propiedad que se ha abierto paso a través de lo que hay de mujer en mí. Estas casas de madera en sus rectángulos, las calles grises y las aceras en ruinas, los árboles, que siguen en pie, tu nombre, escrito con mi aliento nostálgico en el aire, pájaros mortecinos: ellos existen en mí debido a él. Con qué intensidad miraba yo… Un arbusto, emocionado por sus rosas, no podría haber florecido de un modo tan hermoso como tú lo

hiciste. Era una mirada que me gustaría dirigir a esta página. Porque eso es la poesía: hacer aflorar, cambiar.

POLÍTICA

Deporte, política y religión son las tres pasiones de los ignorantes. Estas son las lacras del Medio Oeste. Desagradables a la vista, una fuente de descontento permanente, acaban con toda la fuerza del cuerpo. Se malgastan en ellos cantidades aterradoras de dinero, tiempo y energía. La mente rural es estrecha, apasionada e imprudente en estos asuntos. La codicia por sí misma, por muy miope y directa que sea, no lo explica todo. He conocido a hombres, por ejemplo, que han votado honradamente en contra de sus intereses durante años. No he tenido constancia de que sus severas creencias cristianas les hayan impedido clamar por que Rusia, China, Cuba o Corea desaparezcan del mapa. Y tienden a apoyar a su país igual que jalean a su equipo local: tienen un deseo insaciable de victoria, lo suyo es gritar, y si las cosas se ponen feas, piden la cabeza del entrenador. En definitiva, Birch es un nombre que les viene al pelo. Simboliza la vara del intolerante, el palo del domador de niños salvajes.

El olvido, ¿es ese su propósito?

Oh, yo era nuevo, pensé. Empezaba de cero: nuevo coño, nuevo clima y nuevo país, ahí estabas tú, y yo era pionero, y no tenía pasado. Ese lenguaje también me hiere, cariño. No volverás a oírlo.

ÚLTIMOS DATOS VITALES

El Club de Muestras de las Amas de Casa. El Club de Muestras del Hogar Campestre. El Club de los Trasnochadores. IOOF, FFF, VFW, WCTU, WSCS, 4-H, 40

y 8, Psi Iota Chi, y PTA. Los Boy Scouts, las Girl Scouts, los Arcoíris, los Masones, los Indios y la Logia de Rebekah. Sin olvidarnos del Antiguo y Noble Gran Club de la Logia de Rebekah. Ni de los Alces ni de las Damas de los Alces. Los Antes, las Águilas, las Jaynettes y el Club de la Estrella del Este. El Club Literario Femenino, el Club de Pasatiempos, el Club de Arte, la Sociedad del Rayo de Sol, la Sociedad de Ropa para Pobres, las Hermanas Pythias, la Hermandad de Jóvenes Peregrinos, la Legión Americana, la Legión Americana Auxiliar, la Legión Americana Auxiliar Juvenil, el Club Gardez, el Club de Amigos del Bridge, el Club de Qué-puedes-hacer-tú, el Club de las Reuniones, el Club de la Camarilla, el Club Que Vale la Pena, el Club de Hagamos Algo por Nuestra Ciudad, el Club Sin Nombre, el Club Nomeolvides, el Club del Tiovivo.

EDUCACIÓN

¿Cómo que ha desaparecido una moneda de veinticinco centavos del bolsillo de Paula Frosty? Imaginad el paisaje de ese rostro: ningún crayón podría recrearlo; la cera blanda no funciona; puede que unos insignificantes recortes de alambre hicieran el apaño. Paula Frosty y Christopher Roger acusan a la pálida y manchada Cheryl Pipes. Pero señorita Jakes, si yo la vi. La señorita Jakes está tan enfadada que rompe su lápiz. ¿Qué más echáis de menos? Te nombro detective, John: inspecciona su pupitre. Chicle, caramelos, papel, lápices, una canica, una goma de borrar redonda, ¿de quién son? Una ladrona. No puedo vigilarla todo el tiempo, estoy aquí para enseñar. Está claro que la pobre y pálida Cheryl, con sus hoyuelos, no puede devolver el dinero porque se lo llevó a casa y lo gastó. Cindy, Janice, John y Pete –vosotros que os sentáis junto a ella– este trimestre haréis de detectives para vigilarla. Una ladrona. Jamás en la vida. La señorita Jakes se gira, abre el puño, y se vuelve a girar. Yo me encargaré de ti, grita. Da que

pensar. Una ladrona. En toda mi carrera. Luego escribe en la pizarra el nombre de Cheryl Pipes y debajo el número veinticinco junto al signo de los céntimos escrito bien grande. Y Cheryl, esto no se borrará hasta que traigas el dinero de tu casa, directo de tu casa hasta aquí, dice la señorita Jakes dando golpes sobre la mesa.

Lo que ocurre tres días después.

OTRA PERSONA

Estaba rastrillando las hojas cuando el tío Halley vino a presentarse. Dijo que su nombre venía del cometa, y que su madre lo tuvo antes de tiempo por miedo al Halley. Pensé en Hobbes, que nació de forma prematura por el miedo que inspiraba la Armada Invencible, por eso creí al tío Halley, en honor al filósofo, aunque el tío Halley es un mentiroso, y no es probable que tenga ciento veintinueve años ni cincuenta y tres. Ese otoño las hojas se habían abrasado en los árboles, los lóbulos de las hojas se habían enroscado, y ahora bajaban en tropel por la calle, rotas, entre las púas de mi rastrillo. El propio tío Halley era (al igual que la señora Desmond y, en general, la propia historia) tan sordo como implacable, y un día me hizo bajar las escaleras del sótano y entrar en una habitación aparte donde se apilaban montones de periódicos que llegaban hasta el techo, cajas de folletos y cartas y programas, estantes de álbumes de fotos, cuadernos de recortes, paquetes de carteles enrollados y mapas, banderas y banderines, y pilas inclinadas de revistas polvorientas dedicadas en su mayoría al motor y a la ética cristiana. Vi una jaula para pájaros, una bandeja con mariposas, una corneta, un sombrero de paja y toda clase de borlas atadas a un perchero. Todavía conservaba, y ahí estaban expuestos, la palanca de cambios de su primer coche, un plumero de lino, un par de guantes y unos anteojos para conducir, y en la pared,

fotografías de él, de sus amigos y de sus diversas máquinas, un proyectil de la Primera Guerra, un disco de Ramona clavado a un poste a través de su agujero, bastones y llamativos paraguas, zapatos de todo tipo (sostenía emocionado sus zapatitos de bebé, con las taloneras rotas, delante de mis narices, no estaban bañados en bronce, pero tal vez lo hiciera algún día antes de morir, dijo), incontables cajas de medallas, broches, abalorios, baratijas, juguetes y llaves (que apenas vi, se le derramaban de las manos como joyas), fotos del centro de la ciudad cuando solo era un camino junto a la estación del ferrocarril, un colorido globo terráqueo con una abolladura en Polonia, pistolas antiguas, hebillas de cinturón, botones, platos y tazas y salseras de recuerdo (no me acuerdo de todo, no estoy dispuesto), pero sí de qué forma tan vergonzosa, tan maleducada, tan brusca me fui, con una buena excusa en la boca pero con la muerte en las narices; y también recuerdo con qué dedicación, con qué rectitud prendí fuego a las hojas después, como si estuviera purgando al mundo de sus años. Todavía me pregunto si esta ciudad –su vida y ahora la mía– no es en realidad un disco como el de Ramona, que solía hacer girar en el gramófono caoba de mi abuela aquellos días lluviosos y solitarios de mi infancia.

LA PRIMERA PERSONA

Billy es como el carbón que ha encontrado: esparcido, extraviado, desechado. El cielo no es consuelo. Su casa y su cuerpo agonizan a la par. Sus ventanas están cegadas con tablones. Y ahora se reduce a sus manos. Sospecho que tiene un glaucoma. Con toda seguridad, apenas puede ver, y limpia su jardín de escombros a cuatro patas. Tal vez sea un cirujano que cura una herida o un amante ardiente y táctil. Lo observo con temor, debo admitir. Como detectores antiminas, sus manos palpan el suelo en círculos. Tus pezones eran del mismo color que tus ojos. Guijarros. Papel arrugado. Un trozo de

cordel. Se agacha, coge algo plateado, se lo acerca a la nariz. ¿Papel de aluminio?, ¿chapa?, ¿una moneda? Tiene en su interior… ¿qué?, me pregunto. ¿Sabe más ahora que tiene que ir palpándolo todo, y para verlo tiene que olisquear? Sería de una crueldad romántica pensar de ese modo. Te eriza el vello de los brazos como una brisa. Tú me escribiste: algo nos parece extraño cuando no lo entendemos. Y te contesto: creo que cuando te amé, empecé a morir.

Billy, te podría leer algo de Beddoes; quizá sea tu hombre; hizo las paces con la muerte, liberó la sangre de sus arterias; y dijo que había muchos pobres infelices, enfermos de amor como yo, que yacían al lado del último hueso de su antiguo ser, tan llenos de ánimo y palabras como lo están, a su pesar, la señora Desmond, el tío Halley y la noria, la tía Pet, la señorita Jakes, Ramona o el megáfono; y soy yo el que al final le lleva la contraria, Billy, sin evidencias, por pura fanfarronería, y declaro que aunque mis vísceras fueran devoradas hace tiempo, el gusano que se las comió todavía late y resplandece como un palacio de cristal.

Sí, eras más joven. Yo era el tío Halley, el hombre del museo, el meteoro infrecuente. Aquí está mi primer culito. En aquella época no eran tan planos, tenían más curvas, más jugo. Y por aquí está el esperma que he derramado, embotellado y etiquetado con claridad. Echa un vistazo a esta cinta, como trozos de intestino donde he almacenado mi vómito, el gusano infinito de las palabras que he escrito, cien millones de emisiones o más: oh, yo era muy hombre desde el principio; incluso cuando estaba inconsciente en mi cuna, de la entrepierna al cráneo era tejido eréctil; aunque a pesar de que, según confirmó Platón, mis relaciones sexuales eran estrictamente visuales. No importa, viejo Holsclaw, eres ciego. Cuando nos vamos a la cama bajamos la persiana de la oscuridad; adormecemos como Edipo el órgano realmente ofensivo, y adiestramos nuestro tacto para que se habitúe a las mentiras. Todos los gatos son pardos, dice el señor Tick; por

eso, al abrigo de tu glaucoma, también tú eres pardo como los sacos, indistinguible de un semental.

Debo sobreponerme, tomar el control, como suele decirse, pero me siento disperso, desconcertado, tan perdido. No devolví a mi casa su juventud, sino su edad. Al ir de cacería, te enganchas con las malvarrosas. Me inclino a pensar que no estás ni la mitad de tullido que yo, porque no queda nada de mí salvo la boca. Sin embargo, resisto el impulso. Es otro engaño de la poesía. Todos mis órganos están ahí, aunque es en eso en lo que fallo –en las raíces de mi experiencia. Poeta de lo espiritual, Rilke, ¿no eras tú uno de esos? Aun así, es lo que dijiste. La poesía, como el amor, es –por dentro y por fuera, una caricia física. Ya no puedo soportar más mis sofisterías sobre el espíritu, la mente y el aliento. El cuerpo no es sino el ser, y si pierdes peso, te contraes.

MANZANAS CASERAS

No sabía nada de manzanas. ¿Por qué tendría que hacerlo? Mi patria llegó en mi infancia, y yo soñaba con sentarme entre las flores como las abejas. También se me olvidó fumigar el peral. Al principio me inclinaba ante ellos, y admiraba las fuertes ramas que debería haber podado, y más tarde veneré las flores. Poco después, la fruta recién formada se desprendía –no mucha–, eran manzanas como piedras de un buen tamaño que me hacían tropezar cuando caminaba por el jardín. A veces, al pisar una, se me pegaba un trozo a la suela y dejaba la marca de mis pasos dentro de la casa. Reunía unas pocas y las lanzaba por encima de los cables. Un tirachinas habría sido espléndido. Duras, de un verde nada deseable, eran presa de los gusanos. Pronto me di cuenta de que se habían apoderado por completo de ellas. Incluso a medida que se ponían rojas e iluminaban el manzano, eran devoradas. Los pájaros preferían las peras pequeñas –perillos, creo que se llaman– de piel gruesa y un

color verde grisáceo que al madurar se volvía púrpura. Así que la fruta se desprendía, y una vez hice compota de manzana partiendo en cuatro y pelando cientos de ellas; pero la mayor parte del tiempo no hacía nada, solo dejarlas ahí, hasta que de repente, como de la mañana a la noche, bajo ese calor sofocante de finales de septiembre que a menudo padecemos en Indiana, el problema se me echaba encima.

Mi infancia llegó en esta tierra. Recuerdo, ahora, las moscas sobre nuestra mesa completamente blanca. Al recoger la mesa tras la comida, se posaban y restregaban sobre las migas mientras yo trataba de matarlas con un matamoscas. Era como un juego atraparlas cuando levantaban el vuelo. Golpeaba con fuerza porque no me importaba dejar un par de manchas; ya se lavarían. El matamoscas era un trozo cuadrado de mosquitera atado con un trapo rojo. No levantaba aire que pudiera alertarlas. Tal vez pensaban que volaban de cabeza hacia una ventana en verano. Los vagos puntos rosáceos que dejaban su cadáveres no desaparecían, como había pensado, y después de años de uso nuestros manteles estaban jaspeados de tenues motas de color rosa.

Esa tierra se convirtió en mi infancia. Las moscas se entrelazaban en el papel atrapainsectos de casa de mi abuela. Aún puedo oler la panadería y el colmado y los establos y la lechería en esa pequeña ciudad de Dakota que conocí siendo niño; que conocí mientras soñaba que conocería tu cuerpo, como no he conocido otra cosa, ni antes ni después; que conocí como conocían las moscas, en un sentido honesto, impuro: la casa quemada, mojada por las mangueras, que atraía una nube de insectos similar al humo azulado de su lento arder, y a un grupo de chicos, de labios húmedos, tan destructivos como el propio incendio. Siempre me han impresionado las moscas; tan persistentemente vivas. Ahora cubrían la tierra bajo mis árboles. Algunas eran moscas corrientes; luego había unas grandes y verdeazuladas; había también enjambres de moscas de la fruta, y el escarabajo enterrador de manchas rojas; había

unas pocas avispas, varias clases de abejas y mariposas –a cuadros, azufres, monarcas, comas, de signo de interrogación– y delicadas libélulas… pero, sobre todo, moscas comunes y tábanos y moscardones, moscas y más moscas apiñadas en torno a la fruta podrida. Les encantaban las peras. Devoraban su interior. Si cogías una pera, salían volando, y de la pera solo quedaban la piel y el corazón. Estaban ahí donde hubiera fruta: aún en el árbol –las manzanas eran como una colmena para ellas– o yacían en el suelo y reventaban al ser pisoteadas… era inevitable. Las moscas zumbaban mientras se daban un banquete con el dulce jugo. Nadie podía acercarse a los árboles; yo no podía subirme a ellos; por eso opté por trabajar como Hércules. Había cestas de fruta en el cobertizo. Recogía los restos, de rodillas, bajo las ramas. Sumergido en el olor dulzón de la fruta, empezaba a canturrear. La fruta cedía al tacto. Al levantarlas, descubría que las brillantes manzanas rojas habían sido devoradas por familias enteras de escarabajos, moscas e insectos. Había arroyos de moscas; había lagos y cataratas y ríos de moscas, mares y océanos. Mi canturreo era más intenso, más agudo que el de las abejas cuando venían a por las flores en primavera, aunque las abejas estaban ahí, entre las moscas, ignorándome, ignorándonos a todos. Mientras seguía con mi trabajo y el jugo me cubría las manos y los brazos, las moscas formaban una manga, negra y en constante movimiento, como lana enmarañada. Ninguna caricia podría haber sido más indiferente. A pesar de ello me levantaba con miedo, metía la cabeza entre las ramas mientras las manzanas me golpeaban, antes de caer, repletas de insectos. Cerraba de golpe las manos, pero las moscas se agarraban al dulzor. Podía lanzar un montón a una cesta desde varios metros de distancia. Cuando la pera o la manzana aterrizaban, se elevaban de forma explosiva, como mónadas, sin ventanas, respetándose una a otra, endulzando su armonía. Aunque debo admitir que, pese a mi desagrado, mi brazo nunca había estado tan vivo, ni nunca lo habían besado con tanta frecuencia o gentileza. Esos cientos

de patas eran livianos. Al lavarme, fingía que la manguera era una bomba de agua. ¿Qué me he perdido? La infancia es un engaño de la poesía.

LA IGLESIA

Viernes por la noche. Chicas con faldas oscuras y blusas blancas se sientan en fila y gritan al unísono. Llevan pompones de papel negro y naranja que agitan como locas, y pequeños megáfonos a través de los cuales, según lo ensayado, dirigen y magnifican los gritos. Sus líderes, chicas apenas adolescentes, brincan, se menean y sacuden sus faldas, dejan entrever su ropa interior. Los jóvenes, saltando, extienden los brazos y corren a través de charcos de luz ambarina con sus cuerpos relucientes. En un momento de calma, aunque rara vez ocurre, puedes oír el chirriar de sus deportivas contra el suelo. Luego empieza de nuevo el griterío, y continúa; los padres, las madres, los vecinos se unen para emitir un único aullido palpitante –el grito de toda la comunidad– porque en este gimnasio cada cuerpo se funde con los cuerpos de al lado, de tan juntos como están, muslo contra muslo, y el mismo estremecimiento los recorre a todos, y buscan la misma liberación. Solo la pelota se mueve con serenidad a través de este cegador estruendo. Obedece la ley, apenas habla, tan solo hace carambolas tranquilamente y vive en paz.

NEGOCIOS

Es la semana de Navidad y las tiendas, para dar cabida al deseado ajetreo, permanecen abiertas hasta tarde. Se puede ver caer la nieve a la luz de las farolas. Las carreteras se cubren, impertérritas. Sobre el camino principal penden hileras de luces rojas y verdes, y en el tanque de agua luce una estrella. Han engalanado los escaparates de las tiendas. Tratan de

seducirte sin ningún pudor. Pero estoy solo, apoyado en un poste, no… no hay nadie a la vista. Están todos en sus casas, quizás junto a sus instrumentos, afinándolos al mismo tono de sus noches, y como Ramona, tocan y tocan sin parar. Han colocado un altavoz en el depósito de agua, y a través de las ramas de nieve que cae y sobre las calles vacías adorna los acordes retorcidos y metálicos de una melodía que apenas es reconocible, sí, creo que es uno de esos villancicos, es *Alegría para el mundo.* No hay nadie para escuchar la música excepto yo, y pese a que estoy escuchando, ya no estoy seguro. Quizá el disco que suena es otro.

[3] «Y por eso he navegado los mares y venido a la santa ciudad de Bizancio». Navegando hacia Bizancio, W. B. Yeats.

EPÍLOGO

Rebeca García Nieto

William H. Gass siempre pensó que para entrar en sus textos hacía falta algún tipo de protección. De hecho, no le parecía mala idea que junto a su tercer libro, *Willie Master´s Lonesome Wife,* los editores incluyeran un condón. Sabía entonces a qué me exponía: no es posible adentrarse en un libro de Gass de forma segura. Y menos aún traducirlo. Traducir un libro implica un plus de penetración. Hay que entrar más hondo en el texto o, mejor dicho, dejar que el texto entre más hondo en ti… Así que intuía que traducir *In the Heart of the Heart of the Country* sería una experiencia arriesgada. También que sería placentera como pocas.

Confieso que al principio no sabía si estaría preparada para este nivel de intimidad con otro autor. Supongo que me ocurría como a uno de los personajes creados por Gass: Emma, la protagonista de *Emma Enters a Sentence of Elizabeth Bishop's.* La *nouvelle* comienza diciendo que Emma tenía miedo de Elizabeth Bishop, entre otras cosas porque ella misma quería ser poeta. A Emma le asustaban los parecidos: los gemelos, las metáforas, las nubes, los espejos. Como se podrán imaginar, es difícil para un escritor situarse bajo la nube de William H. Gass –su sombra tiene proporciones épicas–; y más aún mirarse en el espejo de su escritura. Asomarse a Gass desde esa perspectiva da vértigo, créanme. Pero, una vez me coloqué al margen y pude mirar al texto desde otro ángulo, mi miedo se hizo a un lado y me permitió seguir adelante.

En cierto modo, Emma había hecho algo parecido: adelgazó y adelgazó hasta que logró colarse por un hueco entre las palabras. Emma se negó hasta casi al punto de desaparecer, hasta ser prácticamente inapreciable, de ese modo logró introducirse en un poema de Elizabeth Bishop y ser ella misma verso. Yo no llegué al punto de desmaterializarme, pero sí tuve que quitarme muchos pesos de encima para poder entrar en los relatos. Me despojé de muchas lecturas previas, de las odiosas

comparaciones y, sobre todo, de mi propio estilo. Una vez hecho hueco, sería más sencillo, pensé. «Solo» tenía que dejarme habitar por las palabras de Gass. Parecía fácil. Pero al principio se me hacía muy raro encontrarme en un cuerpo envuelto en las palabras de otro, estaba como paralizada, sentía las manos extrañas, entumecidas, como imagino que debían de estar las del chico de Pedersen, que por arte de magia había aparecido sobre la mesa de mi cocina como si fuera un jamón.

El chico de Pedersen había aparecido en el pesebre de los Segren, y ahí empezaron sus problemas… y los míos. Esa palabra, *pesebre,* fue el primer escollo con el que me encontré. Me parecía un término demasiado navideño, por así decirlo. Al principio intenté estirar el campo semántico de la palabra *crib* para que pudiera incluir otras palabras como *establo* o *cuadra,* pero la palabra se resentía de tanto estirarla. Después de darle muchas vueltas, opté por esa palabra propia de villancico porque el aspecto ritual del texto era importante para Gass: está dividido en tres partes, divididas a su vez en otras tres; el chico de Pedersen es colocado en la mesa de la cocina como una especie de ofrenda en el altar, etcétera. Así que dejé de oponer resistencia y me limité a dejarme llevar por ese ritmo litúrgico que tenía el texto. Poco a poco fui entrando en calor, como si Big Hans estuviese también frotando nieve en mis manos y no solo en el cuerpo del chico de Pedersen. Esas extrañas friegas con las que Big Hans pretendía resucitar al chico, como si estuviera frotando piedra contra piedra, fueron la chispa. Lo cierto es que a partir de ahí desapareció mi entumecimiento.

Si la lenta caída de la ceniza –o del fresno– enmarcaba la historia de Emma y Elizabeth Bishop, mi primera incursión en Gass iba a estar rodeada de nieve. Esa palabra tan blanca aparece casi doscientas veces en el relato. Sin apenas darme cuenta, me encontré acompañando a Jorge Segren, su padre y Big Hans en su travesía a través de la nieve. Se pusieron en camino para intentar averiguar qué les había pasado a los

Pedersen, siempre bajo la amenaza del chaquetón de cuadros verde, el gorro de lana negro, los guantes amarillos, la escopeta. Y yo los seguí sin saber muy bien adónde me llevarían. Era difícil orientarse en medio de la ventisca. Algunas frases parecían llevar en una dirección, otras eran un callejón sin salida. Pronto me di cuenta de que era inútil buscar la trama, básicamente porque Gass se había ocupado de borrarla. El escritor había quitado las migas que señalaban el camino por donde debíamos ir. Peor aún, cabía la posibilidad de que ni siquiera hubiera camino alguno. Estábamos perdidos, y como se dice en el texto, en más de una ocasión pensé que «era aterrador –ese espacio blanco infinito». Tenía razón el padre de Jorge. Nadie está nunca preparado para una nevada de verdad. Para esta nieve. Una nieve tan literaria como la de «Los muertos», de Joyce.

En algún punto del relato, las palabras dejaron de serlo y fueron nieve. A medida que nos acercábamos al final, los espacios en blanco le fueron ganando terreno a las palabras. Gass había querido que la propia nieve entrara en el texto, y si ya es complicado dejar que sean las palabras de otro las que te arropen, lo es más aún que lo hagan sus vacíos… Volví entonces a acordarme de Emma. Emma quería yacer en un verso de Elizabeth Bishop. Ser enterrada en uno de sus libros de poemas. Se nota en el texto que Emma se va distanciando de manera progresiva de su cuerpo hasta llevar una existencia meramente mental. En ese sentido, lo mismo le ocurre al narrador de «El chico de Pedersen». El mundo interior de Jorge se va imponiendo al exterior, y es ahí donde él –y por extensión yo– encuentra refugio. Nuevamente, volví a dejar a un lado mi agotamiento, me olvidé de mi propio cuerpo, y dejé que el texto me nevara encima. Aunque acabara sepultada en el libro como Emma. O tendida en la nieve como Robert Walser en Herisau. El caso es que, sin saber muy bien cómo, llegué al punto de disfrutar de ese estado de hipotermia. Al fin y al cabo, Gass se había inventado esta historia para entretenerse

un día que le dolían las muelas. «El chico de Pedersen» es, por encima de todo, un potente analgésico, así que por qué no dejarse llevar por su efecto sedante, pensé. Entonces me olvidé de los Pedersen y su paradero, del final del padre de Jorge y Big Hans, del de los guantes amarillos… y me limité a disfrutar de esas conversaciones al estilo de *Esperando a Godot* en mitad de la nieve. Era un auténtico placer transcribir los diálogos de aquellos sucesores de Vladimir y Estragon del Medio Oeste. Se ha dicho que en este relato Gass hizo un muñeco de nieve. Un muñeco adornado con un chaquetón de cuadros verde, un gorro de lana negro, unos guantes amarillos, una escopeta. Pero no se molesten en buscar al muñeco en el texto… El muñeco con el que Gass ha estado jugando todo este tiempo somos nosotros, así que espero que hayan disfrutado del juego tanto como yo.

… Y lentamente llegó la primavera (*And slowly comes the spring* iba a ser el título del relato de los Pedersen) y, para salir de ese estado de hipotermia, nada mejor que adentrarse en la casa de «La señora Ruin». Como dice el señor Wallace en ese relato, «los dolores son incendios. Te mantienen caliente», y está claro que a la hora de infligirlos la señora Ruin no tiene rival. ¿O sí? La señora Ruin, siempre acompañada de su inseparable e hiriente vara, se muestra implacable con sus hijos. Pero en ruindad el narrador tampoco parece quedarse atrás. Situado en un margen de la vida, asiste como espectador a la de sus vecinos. El narrador no se lo pone fácil al lector –y mucho menos a esta traductora–, así que cuesta trabajo identificarse con él. Observa a quienes le rodean con la mirada erotizada de un *voyeur*. Su erotismo resulta incómodo porque está soterrado bajo una gruesa capa de odio. Me atrevería a decir que en verdad es más ruin que la mismísima señora Ruin. Aun así, confieso que le seguí en todas sus correrías mientras espiaba a los otros personajes y, en el fondo, estaba deseando (como todos, imagino) que se colara en la casa de los Ruin, como amenaza con hacer al final del relato, pese a que nos haya

dicho que «el interior de la casa de los Ruin es claro y horrible como una pesadilla en la que nadie querría entrar por propia voluntad».

El siguiente relato, «Carámbanos», supone un cambio de registro. Narrado en tercera persona, Gass deja entrever aquí su sentido del humor, lo cual, llegados a este punto, se agradece. Cuando todo a su alrededor se desmorona, el protagonista, Fender, un agente inmobiliario, se preocupa por el bienestar de sus carámbanos como si de ello dependiese su cordura. Fender, como todos nosotros, vive en un mundo en que la gente está poseída por sus posesiones, y el autor lleva esta imagen al absurdo. Al final de un día de mierda, Fender se deja caer en el sillón y pasa revista a lo único que le queda, su cuerpo, con la mirada de un profesional. Se encuentra vacío, tan deshabitado como la casa que acaba de mostrar a unos clientes. Las ganas de reír se me quitaron rápido: siempre hay algo trágico en lo cómico. Pronto queda patente que el cuerpo de Fender es un mero envoltorio… de nada. En ese sentido, me recordó un poco al capote de Akaki Akákievich, personaje de Gógol, que estaba tan viejo y desgastado por dentro que no había por dónde remendarlo. Lo más triste de todo es que el pobre Akaki intuye que, por muy deteriorado que esté el capote que le envuelve, si le desposeen de él se le caerá el alma al suelo. Algo similar le ocurre al pobre Fender. Es admirable la forma en que Gass logra dotar de profundidad a los personajes quedándose en la mera superficie.

Después de quedarme un buen rato mirándole (supongo que quería asegurarme de que seguiría vivo cuando yo me fuera), dejé al desvencijado Fender en buenas manos (agarrado a los brazos de su sillón). Antes de darme cuenta, me encontré de nuevo en el umbral de otra casa. Vacilé un poco antes de entrar: estaba en la antesala de uno de los relatos más famosos, y más antologados, de William Gass: «El orden de los insectos». No había llegado a dar un paso y ya me topé con los cadáveres… Al principio desconfié un poco de la narradora, un

ama de casa. No podía entender cómo esos bichos que aparecían muertos cada mañana en la alfombra del piso de abajo se habían convertido en el único aliciente de su vida. Pese a su apariencia anodina, esta mujer intentaba convencerme de que era capaz de ver un Gauguin en una cucaracha. Y no fue hasta bien entrado el texto cuando la creí y, de algún modo, logré comprender esa fascinación suya por aquellos bichos. Toda muerte, hasta la del ser más insignificante, es una imagen poderosa. Al imaginarme a esos insectos muertos en la alfombra, me vino a la cabeza «La muerte de una polilla». Virginia Woolf decía en su relato que al mirar a la polilla muerta la «embargó la maravilla». La polilla de Woolf, completamente indefensa frente a la todopoderosa muerte, «yacía con toda decencia, compuesta, sin queja». Hablamos de la importancia de morir dignamente, pero, a la hora de la verdad, solemos desviar la mirada. Las protagonistas de estos relatos, en cambio, no apartan los ojos ante la muerte. Y nosotros queremos saber qué es lo que ven, dónde reside la maravilla que las embarga. Paradójicamente, «de algún modo –escribe Woolf– una volvía a ver la vida». Tal vez esta esperanza explique nuestra fascinación por lo siniestro. Tal vez por eso leemos este tipo de relatos con tanto interés.

También tiene un mirar distinto el protagonista del último relato, «En el corazón del corazón del país», un poeta que no puede evitar mirar adentro cada vez que mira afuera. Este poeta dice estar jubilado del amor, de manera que los vestigios de su amor perdido acaban asomando por todos los rincones de la pequeña ciudad de Indiana donde está varado. Traducir este relato ha sido muy placentero, entre otras cosas, porque el señor Gass se las ingenió para sacar poesía de escenas tan banales como las que protagonizan las animadoras con sus pompones de papel negro y naranja… Además, no pensaba encontrarme con Rilke en el Medio Oeste norteamericano, pero me alegró mucho verlo por allí: «Ella, cuya belleza fue cantada, rejuvenece al anciano». Gass había traducido al inglés

Las elegías de Duino y estas estaban muy presentes en mi primera novela, *Historia de una mirada.* Estas confluencias gustan mucho a los escritores, así que supongo que esta casualidad contribuyó a que me sintiera como en casa en B., Indiana, más en casa que el propio narrador, cuya verdadera patria es la infancia (otra vez Rilke), un lugar maravilloso donde vivir, salvo que pienses –como él– que la infancia es un engaño de la poesía.

Me había adaptado tan bien a vecinos como el señor Holsclaw que no me habría extrañado lo más mínimo que los del censo me hubieran incluido en la lista de habitantes de B. Supongo que por eso no me di cuenta de que se acercaba el final. Tenía que ir pensando en salir de allí y ahora no tenía a Emma para ayudarme –que yo sepa, Emma no salió del poema de Elizabeth Bishop–. Lo tenía difícil, ya que estaba en el punto más profundo del libro: «En el corazón del corazón del país». Ya el título sugiere un grado de profundidad inusitado: un relato que tiene lugar dentro de un interior, en el centro mismo del Medio Oeste. ¿Cómo iba a volver a la superficie? ¿Cómo iba a salir de ese estado «gasseoso» en que me encontraba? Tendría que hacer como Jorge Segren al final de «El chico de Pedersen» y buscar algo sólido a lo que agarrarme, algo que no fuera nieve o el recuerdo de haber estado viva alguna vez… Para dejar ese vaporoso estado y volver a tierra firme, tenía que recorrer el camino inverso a Emma. Tenía que atiborrarme, alimentarme a base de abundantes raciones de lenguaje llano, de innumerables cucharadas de palabras comunes. Solo así podría despojarme del cuidado lenguaje del señor Gass. Además, tendría que dejar de mirar el mundo a través de sus ojos, y los de Rilke, y volver a ver el mundo con una mirada burocrática, por puro trámite, podríamos decir. Pero no me pondré dramática. Lo cierto es que no me fui de B. con las manos vacías. Me guardé la mirada de Gass en el rabillo del ojo para cuando me hiciera falta. También me consuela saber que el chico de Pedersen, la señora Ruin y

compañía volverán a pisar estas tierras décadas después de su primera visita. Seguramente me los vuelva a encontrar en alguna librería o en la biblioteca. Ojalá sean tan bien acogidos en este país como yo lo fui en el suyo.